
VERÓNICA MENGUAL
LAS NORMAS DE LA REGENCIA 3
NO
ARRUINARÁS
A UNA
DEBUTANTE

© VERÓNICA MENGUAL

No arruinarás a una debutante

ASIN: B0G275R5HY

Sello: Independently published

Safe Creative: 2511103647057

Primera edición, enero de 2026.

Impreso en España.

Todos los derechos están reservados. Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo las advertencias legales previstas, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación de la autora o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

No arruinarás a una debutante

Las normas de la Regencia 3

Verónica Mengual

Esta historia está dedicada a quienes discuten con pasión,
se reconcilian con más pasión,
y luego le agradecen al destino haberlos unido.

Sinopsis

La hermana de un duque que siempre coquetea con el peligro.

Un vizconde correcto que nunca se equivoca.

Lady Lydia Wynthorpe tiene tanta sangre azul en las venas que, a veces, el deber la deja del mismo color. La joven debutante llega a Londres siendo muy consciente de lo que es en realidad el mercado matrimonial. No lo acepta; desea un amor tan grande que la ciegue y la haga desvanecerse. Su familia tendrá que asumirlo.

El destino tiene sus propios planes y no entiende la necesidad de una dama que sueña despierta. Lo que parecía un cuento de hadas se convierte en pesadilla cuando la realidad le asesta un duro golpe y Lydia tiene que recurrir al hombre más confiable de toda la ciudad para que la salve de la desgracia y la humillación.

Simon Beresford, **vizconde Trowbridge**, es justo el tipo de aristócrata al que las madres señalan en los salones con un suspiro mientras susurran a sus hijas la conveniencia de cazar un buen partido. Es discreto, metódico y excesivamente protector, aunque, por lo visto, no mide bien las consecuencias de sus decisiones. Cuando el nombre de Lydia corre peligro, Simon se ve obligado a salvarla porque siente que se lo debe… y porque no soporta la idea de verla caer.

Un matrimonio sensato, sin pasión ni emoción alguna, no parece un mal trato para ninguno de los dos. Al fin y al cabo, se espera de ella que se case esa temporada y a él no le vendría mal un heredero. La nobleza acuerda enlaces por mucho menos. Lástima que ni Lydia sea tan razonable… ni Simon tan aburrido como todos creen.

Arranca la tercera novela de la serie *Las Normas de la Regencia*, donde una debutante descubrirá que el verdadero riesgo no es arruinarse, sino atreverse a aceptar al caballero que de verdad puede hacerla feliz.

Índice

Prefacio
Todo tiene un principio
Capítulo 1
Una debutante tardía
Capítulo 2
Un enredo increíble
Capítulo 3
Los constantes avisos
Capítulo 4
El día de la boda
Capítulo 5
Las consecuencias lógicas
Capítulo 6
Una ansiedad insoportable
Capítulo 7
Un descubrimiento... ¿excitante?

Capítulo 8
Una pelea necesaria y un retiro
Capítulo 9
Un matrimonio apropiado
Capítulo 10
Noticias inquietantes
Capítulo 11
Confesiones necesarias
Capítulo 12
Acciones inmediatas
Epílogo
Una misiva esperada
No te pierdas la **siguiente** historia
«No perdonarás a un traidor»
Aclaración sobre la historia
Todos los títulos por orden
Sobre la autora

Prefacio

Todo tiene un principio

Eton College, Berkshire, Inglaterra, 1801.

El frío de marzo se había colado por cada rendija del patio interior. La piedra parecía humedecida por dentro, como si Eton entero hubiera decidido helar a sus alumnos desde los pies.

Simon Beresford, futuro vizconde Trowbridge, apretó los libros contra el pecho cuando dobló la esquina. A su lado, su primo caminaba en silencio, con la cabeza ligeramente adelantada, atento a cualquier ruido. El eco de sus pasos resonaba en el pasillo de vuelta al dormitorio.

—Deberíamos haber esperado a Rafe —murmuró Simon. El aludido era un amigo de ambos —. Dijo que no tardaría.

—Y si lo hubiéramos esperado, esos dos idiotas de sexto nos habrían encontrado a los tres juntos —replicó su primo—. No quiero que Rafe, que es más imprudente que yo mismo, empiece a gritar tu nombre por medio colegio y nos encuentren más rápido.

Simon intentó sonreír, aunque no lo logró. De sus amigos, el futuro vizconde era el más delgado, el más bajito. No era una ventaja y sí un inconveniente muy grave, dado que los matones más mayores habían decidido convertirlo en su diversión. Lo atemorizaban.

Ambos primos siguieron caminando. No tardaron en ser sorprendidos por dos sombras más alargadas que las de ellos.

—Mira qué tenemos aquí —canturreó uno, alto como una cigüeña enferma—. El pequeño petimetre y su perro guardián.

Simon se detuvo en seco. Reconoció la voz al instante. Varios chicos se habían pasado toda la cena susurrando a sus espaldas, riéndose de su apellido y de lo insignificante que era el futuro título que heredaría de su padre.

El primo de Simon, que era algo más corpulento y tenía más rabia que él, se adelantó medio paso y les ordenó:

—Apartaos.

El otro de los matones, más bajo y ancho, les cerró el paso por detrás. El olor a las cervezas que tendrían escondidas en algún rincón les dio de lleno en la cara.

—Venga, cachorro, ladra un poco —le dijo el más alto a Simon—. ¿Hoy no tenéis a nadie que os proteja? ¿Dónde está ese inmundo escocés que no merece estar aquí? ¿Escondido con sus libros? ¿O se ha metido en la cama con ese otro amigo vuestro?

Simon sintió que se le calentaban las orejas, pero no respondió. Había aprendido que toda respuesta se convertía en nueva munición.

Su primo, en cambio, no parecía haber aprendido nada de ese tipo.

—Si no nos dejáis en paz, habrá consecuencias —contestó el acompañante del futuro vizconde. En algunas ocasiones, el propio Simon envidiaba la seguridad de su primo, pese a que no evitaba que saliese indemne de sus problemas en muchos casos.

La mano del más bajo le agarró el cuello de la casaca y lo estrelló contra la pared antes de que Simon pudiera coger dos sorbos de aire seguidos.

—Escucha, maldito insolente —le susurró el matón cerca de su cara—. Aquí el linaje importa menos que la cama en la que te metes, pero en tu caso ni eso, porque no eres nadie, el hijo de un

segundón sin título ni fortuna. No hay nadie que te salve ahora y vas a pagar por tu atrevimiento.

Simon dio un paso adelante. Plantaría cara por su primo como fuese, aunque no tuviese ninguna posibilidad de salir indemne.

—¡Suéltale! —le gritó.

El mayor soltó una carcajada.

—¿Y si no? ¿Qué vas a hacer? ¿Retarme a duelo? No tienes fuerza para sostener una pistola.

No llegaron a oír la respuesta.

Una cuarta voz se mezcló en el pasillo, grave y cansada.

—No hace falta que él te rete a nada, y ya puestos ni que sostenga una pistola. Yo me encargaré de ti y de tu amigo a partir de ahora.

Ewan MacCrae, conocido por ser un escocés bastante violento cuando la ocasión lo merecía, se había apoyado en el quicio de la puerta más cercana como si llevara allí un rato, observando la escena. La luz escasa de la lámpara del rincón bailó sobre sus ojos claros cuando decidió avanzar. No corría. Nunca corría si podía evitarlo. Caminaba como si fuese un rey y todo le perteneciese. Podía permitírselo, pues era bastante robusto y se le adivinaba una fuerza fuera de lo común. Tal vez fuese más fuerte que el que mantenía inmóvil al primo de Simon.

Lord Raphael Deverell, más conocido como Rafe, nieto de un duque, iba detrás del escocés, con la chaqueta mal abrochada.

—Os dije que no salierais solos —les indicó Ewan a ambos primos, sin apartar la vista de los dos mayores que querían increparlos.

El abusón que sujetaba a una de sus presas le soltó el cuello, pero no lo dejó libre por completo.

—Esto no es asunto tuyo —le espetó a Ewan—. Estamos educando a los pupilos nuevos.

Cabría señalar que el señor MacCrae contaba con casi diecisiete años, mientras que Rafe tenía catorce y Simon y su primo, doce. El escocés no había planeado tener unas amistades tan extrañas, no obstante, fue a causa de las injusticias por lo que acabó unido a ellos. La primera vez que Ewan vio a esos tres, supo que serían carne de cañón. Rafe era demasiado apuesto y vanidoso, así que lo acogió bajo su ala en cuanto comprendió que lo harían picadillo si no lo protegía; y en honor a la verdad, a Ewan ese muchacho no le gustaba demasiado. Mientras, Simon se asemejaba a un esqueleto apenas rodeado de piel y en cuanto al primo de este último… su impulsividad acabaría matándolo si alguien no ponía remedio.

—Whitmore —llamó el otro a su compinche, al tiempo que mostraba una sonrisita muy petulante —, este es el escocés que se cree el dueño de la escuela.

Ewan dio otro paso al frente. Eso hizo que los matones se reagruparan, de tal modo que pudo situarse entre los mayores y los pequeños a modo de escudo. Cruzó los brazos sobre su pecho.

—La próxima vez que queráis educar a alguien —dijo—, probad con vosotros mismos. Y en caso de que preciséis de disciplina estaré encantado de reventaros la cabeza contra la pared.

Rafe carraspeó.

—Eso ha sido innecesariamente cruel, aunque muy ilustrativo, bruto escocés.

—Lo sé —replicó Ewan sin girar la cabeza para mirar a Rafe—. Ahora mismo me queda muy poca paciencia. ¿Os vais ya o probamos a ver si puedo reventaros a los dos la cabeza?

Uno de los mayores alargó la mano y le tocó el hombro para empujarlo.

—Apártate, insecto escocés, antes de que acabes tú hecho papilla.

El empujón habría hecho tambalearse a cualquier otro. Ewan ni se movió. Se limitó a clavarle la mirada y a gruñir, aunque se apartó para dejarles el camino libre y no tener problemas con la dirección. Era habitual que los matones saliesen huyendo de ese modo tan condescendiente, aunque en verdad se acobardaban cuando sospechaban que no saldrían victoriosos de la pelea.

Simon sintió un temblor de algo muy parecido al alivio cuando su primo se enderezó la casaca con gesto brusco.

—¿Estáis bien? —les preguntó Ewan.

—Sí —afirmaron al unísono los primos.

—Esos dos no sirven ni para pelear.

La afirmación tan segura de Ewan hizo que el más corpulento diese la vuelta y tratase de agredirlo.

—A ver si tu acento suena tan gracioso en la enfermería, con la nariz rota, maldito bárbaro impío —le dijo con el puño en alto.

El joven MacCrae fue más rápido. De un derechazo le dejó la nariz sangrando un solo segundo después de que el matón terminara la frase. El ruido del golpe llenó el pasillo. El chico cayó hacia atrás, aturdido, mientras su compañero larguirucho no se lo pensaba dos veces y se lanzaba hacia Ewan dispuesto a vengarse. Rafe lo interceptó por la cintura y ambos rodaron por el suelo.

Simon se encontró él mismo en medio del lío, tirando de la manga de uno, esquivando el codo de otro. Solo sabía que su primo se mantenía a su lado, entre él y cualquier mano que se levantara.

—¡Muchachos! —Una voz tronó desde el otro extremo del pasillo. El clérigo de cara enjuta,

responsable de su bloque, avanzaba a grandes zancadas hasta ellos, con la toga negra ligeramente alzada.

Todos se congelaron.

Los dos matones se separaron de Ewan y Rafe con una velocidad de vértigo. Uno se llevó la mano a la nariz sangrante. El otro respiraba con dificultad.

—¿Qué significa esto? —bramó el clérigo.

Nadie respondió.

Simon vio, en un segundo, cómo la escena cambiaba ante los ojos de la autoridad. Los rufianes, desaliñados pero con el cabello aún en su sitio, miraban al suelo con aire contrito. Ewan tenía los nudillos magullados. Rafe se arreglaba la chaqueta, despeinado. Y su primo parecía a punto de insultar a alguien.

Todos sabían lo que vendría a continuación: ofrecerían versiones diferentes a la realidad, medias verdades, sería la palabra de dos hijos de duques contra la de ellos.

Ewan avanzó un paso, todavía jadeante.

—Ha sido culpa mía, señor. —Rafe giró la cabeza hacia él, incrédulo, mientras el escocés siguió diciendo—: Yo empecé la pelea. Si ha de castigarse a alguien, que sea a mí.

Simon abrió la boca para decir:

—No es verdad, yo…

—Cállate, chico —lo cortó Ewan sin mirarlo.

El clérigo los escrutó uno por uno. Su mirada resbaló apenas sobre los dos hijos de un duque.

—Ya hablaremos de esto en condiciones —sentenció—. Por el momento, todos a sus cuartos, vendréis a mi despacho a primera hora. Rezad para que el director no decida expulsar a nadie.

Los seis se alejaron en silencio.

Cuando doblaron el recodo y quedaron fuera de la vista del profesor, Rafe agarró a Ewan del brazo.

—¿Qué demonios has hecho? —preguntó de pronto—. Tú no empezaste nada.

—Si me expulsan a mí, no expulsan a nadie más —respondió Ewan—. A esos dos villanos no los mandarán a casa porque sus padres son quienes son. A vosotros tres os quedan años por delante aquí y tenéis futuros que no incluyen llevar un kilt en Escocia y atender el ganado.

—Serás estúpido —masculló Rafe.

Simon se colocó delante de él.

—No voy a dejar que mientas —dijo—. Yo también les pegué, aunque dudo que les hiciese más que cosquillas.

—Y yo quería matarlos —añadió el último de los amigos—. Cargaré con la parte de mi culpa. ¿Qué haremos cuando te marches, escocés?

Por un momento nadie habló. El humo de las lámparas formaba una especie de niebla baja, mezclada con el vaho de su respiración.

Ewan apoyó la espalda en la pared y cerró un instante los ojos. No parecía cansado, solo muy serio.

—Escuchadme —dijo—. Algún día os daréis cuenta de que a la gente como yo no se nos perdonan los mismos errores que a otros más distinguidos. Llegado el caso de que os enfrentéis a las injusticias, solo dispondréis de vuestra inteligencia y vuestra fuerza. En especial si alguien quiere lastimaros.

—¿Fuerza? —inquirió Simon, derrotado. Era cierto que era un hombre excesivamente inteligente, entendía muy bien los números, pero en cuanto a tener que defenderse… Eso no sabía cómo lo lograría.

—Os daré unas clases. Me gusta pelear con honor porque me lo puedo permitir, por toda esa fuerza que me dieron mis antepasados escoceses. —Ewan chasqueó la lengua—. Los ingleses parten con desventaja ahí. Los *sassenach* no destacáis por

vuestra capacidad de pelear en el cuerpo a cuerpo, pero supongo que algo podré hacer con vosotros tres. Os mostraré qué hacer cuando se está en desventaja. Un par de lecciones sobre dar patadas en la entrepierna, puñetazos en los ojos… y alguna cosa más y os apañaréis.

—¿Harías eso por nosotros? —La pregunta de Simon estaba plagada de esperanza.

—*Aye* —afirmó en escocés—. La condición es que mañana no diréis una palabra sobre lo sucedido. Estaréis de acuerdo en todo lo que yo exponga ante el director.

—Pero… —comenzó a oponerse Simon.

Ewan arqueó una ceja.

—No te he pedido tu opinión.

—Y yo no te he pedido tu intervención cuando has decidido poner tu cara por delante de la mía para protegerme —replicó Simon—. Le diste su merecido a ese bufón antes de que nos tocara. Si crees que voy a quedarme sentado mientras veo cómo cargas con la culpa… No. No lo haré y es mi última palabra.

Su primo asintió y luego dijo:

—Si alguien cae por esto, caeremos los cuatro. Así que ahórrate tus planes de sacrificio heroico, escocés.

Rafe inspiró hondo y, pese al enfado por no haberles podido zurrar más a esos matones, mostró una sonrisa ante sus amigos.

—Parece que somos un pequeño ejército comandado por un *Highlander*. ¿Lo he dicho bien, Ewan? ¿Tus antepasados eran *Highlanders*?

—Así es. Yo mismo me considero uno —alegó con gran satisfacción. Ewan no era demasiado dado a las sensiblerías. Tampoco lo era su hermana Catriona, pese a que se esperaba de ella que lo fuese debido a su condición de joven dama. En realidad, ser tierno o afectivo no era un rasgo distintivo en su familia, pero la lealtad de esos tres muchachos le rozó el corazón.

Los miró, uno a uno. Vio la terquedad helada de Simon, la dureza de la mandíbula apretada del primo de este último, la chispa de desafío en los ojos de Rafe y entendió que ningún castigo de Eton haría tanto daño como apartarlos de su lado. Los tres necesitaban ese sentimiento de pertenencia que se acababa de instaurar entre todos. Que Dios mismo se apiadase de Ewan, porque incluso a él le agradaba la idea de ser parte activa en ese pequeño círculo de confianza recién creado.

—Muy bien —cedió al fin el escocés—. Entonces se hará como decís.

—¿Y cómo será eso, Ewan? —preguntó Rafe.

—No nos dividiremos. Si queréis que los cuatro —se señaló a sí mismo y luego a los otros tres — seamos iguales, lo seremos tanto aquí dentro como fuera.

—Si tocan a uno, nos tocan a todos. Si acusan a uno, los otros tres interceden. Nosotros cuatro contra quienes nos quieran derrumbar. ¿Entendido? —inquirió Simon, poseído por el espíritu de la lealtad que se iba forjando con fuerza.

Ewan notó que algo se le asentaba en el pecho, firme y pesado. La máxima expresión de la lealtad.

—Entendido —dijo.

El primo de Simon asintió sin hablar.

Rafe soltó una especie de bufido antes de dar su conformidad:

—Supongo que puedo formar parte de ese grupo. Tenemos un bruto escocés insensible, un enclenque a quien su inteligencia no lo salvará de los puñetazos y… a su primo, cuya boca y arrogancia lo meten en más problemas de los que puede salir.

—Sí, bueno —habló el último aludido—. También tenemos al nieto de un duque, quien solo sabe sonreír y alardear.

Rafe le sonrió.

—Bien jugado, amigo. Creo que tú y yo seremos grandes amigos.

—¿Ah, sí? —indagó el primo de Simon.

—Sí. Ambos somos más parecidos de lo que crees.

Ewan y Simon compartieron una mirada cómplice. Ambos pensaron que los que acababan de hablar no estaban mal encaminados. También dedujeron que ellos dos se complementarían mejor. Ewan era pura fuerza. Simon, inteligencia. Ambas cosas combinadas, serían invencibles.

Con la nueva alianza hecha y secundada, los cuatro amigos reemprendieron el camino hacia el dormitorio. Uno al lado del otro, ocupando la anchura del corredor. Cuando pasaron junto al punto donde los mayores los habían detenido, ninguno aflojó el paso.

En los años que siguieron después, cada vez que el mundo intentó separarlos o poner su lealtad a prueba, los cuatro lograron permanecer unidos. No sin esfuerzo, pues la relación entre los primos se complicó muchísimo en un breve espacio de tiempo. Eso sin olvidar que Ewan y Rafe tuvieron problemas cuando el primero se casó con la mujer que Rafe había señalado como suya. Aunque también era cierto que Rafe acabó casándose con la hermana del escocés y parecían haber limado asperezas.

Así pues, ellos mismos parecían ser sus peores enemigos algunas veces.

No importaba. Porque si tocaban a uno, los tocaban a todos. Se mantendrían unidos, pasase lo que pasase… ¿o no?

Capítulo 1
Una debutante tardía

Londres, 1819.

El cristal de las lámparas de araña multiplicaba la luz de cientos de velas y el salón de baile resplandecía como si fuera de día. A *lady* Lydia Wynthorpe le pareció que estaba demasiado iluminado, como si no quedara un solo rincón donde esconderse de tanta presión. Tampoco era que pensase camuflarse como algún tipo de animal exótico, pero había poca privacidad. Llevaba menos de media hora en aquel baile y ya había oído en dos ocasiones que la llamaban «la belleza de la temporada». Si Constance, su tutora, lo hubiese escuchado, diría que esas cosas no convenía creerlas, pero Lydia sabía sumar: hermana del duque de Wynthorpe, veinte años, presentación tardía pero deslumbrante ante la reina, ojos de un azul intenso poco común y un cabello cobrizo que ninguna doncella inglesa podía imitar con polvos ni peinetas.

Eso bastaba para que la alta sociedad quisiera mirarla, comentar sobre ella y casarla de inmediato.

Había acudido a la ciudad para eso mismo, para hacer un buen matrimonio, mas no estaba dispuesta a renunciar al amor.

Desde que había abandonado a regañadientes el castillo de Dunrath en Escocia —propiedad del esposo de Constance—, todo el mundo parecía tener un plan para su vida. Su hermano, el duque, hablaba de alianzas convenientes. Constance, más conocida formalmente como la señora MacCrae, le había aconsejado evitar «maridos que acabasen siendo unos perfectos idiotas» y para eso le había dado varias listas e indicaciones. Su tutora adoraba el orden y las dichosas listas. La anciana abuela de Ewan y Catriona, llamada Morna, solo había levantado las cejas y había murmurado en perfecto gaélico que las montañas escocesas echarían de menos a la joven inglesa de ojos azules, no sin antes advertirle que fuese consecuente con sus acciones y decisiones.

Porque, aunque estaba allí, vestida de blanco y plata, ataviada con un collar de diamantes digno de una princesa, una parte de su corazón seguía en Escocia. Seguía en las colinas que rodeaban Dunrath, en los paseos junto al lago con Ewan y Constance, en las tardes de risas con Catriona y su esposo Rafe y en las confidencias nocturnas con Morna…

Regresar a Londres implicaba revivir un pasado que le rompió el corazón. No porque un

caballero la hubiese abandonado, sino porque se enamoró perdidamente de él y no lo había visto durante un largo tiempo. Pensó que la distancia había posibilitado que aquella locura juvenil quedase en el olvido.

No.

Imposible. Aquel beso que compartió con él dos años atrás todavía le calentaba la piel, el corazón y el alma.

Azrael. Así lo llamaban sus más allegados.

Todos en ese extraño círculo que compartían habían adoptado el sobrenombre con naturalidad, como si aquel hombre no hubiera tenido nunca otro nombre más que ese. Azrael, el primo del vizconde Trowbridge, era misterioso, oscuro y tan peligroso como fascinante. Dos años antes, durante una cálida mañana —que tal vez no fuese cálida pero a ella la dejó ardiendo— él la había besado. Lydia repasaba en su cabeza ese grandioso pasaje más a menudo de lo que admitiría porque él la besó con una intensidad que ninguna novela podría describir del todo. A los dieciocho años, Lydia había descubierto que las rodillas de una mujer podían derretirse y que un solo hombre era capaz de borrar el mundo entero durante unos segundos.

Después de aquello, Azrael no había dicho la palabra correcta, ni la incorrecta, ni ninguna que sirviera. Ah, sí, después de robarle el aliento con aquel episodio tan ardiente, le ordenó, prácticamente, que fuese feliz sin él. El caballero no

le había declarado su amor eterno, no le había prometido nada, no había hecho otra cosa más que arruinarla en silencio de la única forma que no escandalizaría a nadie: dejándola totalmente enamorada.

Y, por si fuera poco, desde que había llegado a Londres apenas le hacía caso. Saludos formales y una sonrisa superficial.

Esa noche, Azrael estaba allí, en el mismo salón, apoyado en una de las columnas, conversando con un grupo de caballeros como si ella no fuese nada. Un hombre como él estaría más que acostumbrado a sacarse de encima a las mujeres, por supuesto que sí, pero también debería haber comprendido que una joven como ella, que prácticamente había sido criada entre algodones, no estaba acostumbrada a que la besasen de ese modo tan pasional. Era cierto que cuando Lydia conoció a Ewan, justo antes de que Constance se enamorase de él, pensó en casarse con el escocés cuando tuviese la edad adecuada, porque entre otras cosas, la rescató de las aguas del Serpentine cuatro años atrás. Luego vio al esposo de Catriona, Rafe, y pensó que era el hombre más apuesto del mundo, aunque cuando vislumbró a Azrael tuvo claro que acabaría casada con él. No. No era una mujer enamoradiza, al menos no del todo, pues ella había conocido al mejor amigo de Ewan, el vizconde Trowbridge —Simon— y lo desechó de inmediato. Poco tenía que ver con que lord Trowbridge una vez le dijese, sin amagos ni formalidad alguna, que Azrael no era para ella. Había algo en ese hombre, Simon, que la inquietaba sobremanera.

Suerte que no se parecía en nada a Azrael. Ah, pero su enamorado la estaba haciendo sufrir muchísimo.

¿Cómo podía un hombre besarla de aquella manera, darle a entender que estaba prendado y luego seguir su camino como si tal cosa? ¡Hombres! Estaba irritada, porque se había vestido con esmero para Azrael, y la miraba menos que cualquier otro hombre del salón. Eso, a juicio de Lydia, rozaba la descortesía.

En cambio, otros sí parecían muy interesados.

Un joven baronet se había presentado ante ella ya tres veces para preguntarle por su salud. Un capitán de los dragones de Su Majestad la había arrastrado a una contradanza y había cometido el atrevimiento de sonreírle demasiado. Incluso un viudo bastante maduro para ella la observaba desde el otro lado de la sala con aire calculador.

Lydia no había rechazado aquellas atenciones. Sería una insensatez desperdiciarlas cuando podían servirle para un propósito muy concreto. Si Azrael pretendía fingir indiferencia, aprendería lo que ocurría con los hombres que subestimaban a las mujeres recién salidas del cascarón. Si algo había aprendido de Constance, además de la paciencia para soportar Londres, era la capacidad de devolver los golpes sin mancharse las manos.

Pensaba comprobar si Azrael, cuando le dijo que no podía estar con ella porque estaba demasiado dañado, le había mentido.

Pensó en su tutora y sintió una punzada de nostalgia. Constance había sido quien la había criado de niña, quien la había defendido cuando su hermano se mostraba demasiado estricto, quien la había llevado a Escocia y le había mostrado que podían existir hogares que no dependían de columnas de mármol ni de una gran tropa de criados dispuestos en fila. Desde que Constance se había casado con Ewan MacCrae, Lydia se había movido entre dos mundos: la Inglaterra impecable y rígida y la Escocia salvaje y libre. Si la obligaban a elegir, su corazón sabía muy bien hacia qué lado se inclinaba.

—*Lady* Lydia, buenas noches.

La voz la devolvió al salón de un tirón. Alcanzó a ver cómo varias cabezas se giraban en la misma dirección. No necesitó buscar demasiado para encontrar al dueño de aquella voz.

El vizconde Trowbridge había avanzado hacia ella entre las parejas, con la seguridad tranquila de un hombre que nunca necesitaba empujar para abrirse paso. El mejor amigo de Ewan llevaba años entrando y saliendo de su vida como una presencia constante, seria y, a juicio de Lydia, ligeramente desesperante.

Era alto, aunque tan delgado que el corte perfecto de la levita parecía haber sido inventado para él. El cabello negro, domesticado con una

disciplina que Ewan jamás soportaría, enmarcaba un rostro de facciones correctas, serenas… aburridas como él. Sus ojos eran marrones, oscuros, atentos, y no tenían nada que ver con el azul glacial de Azrael ni con el brillo insolente de Rafe. Simon no deslumbraba, no intimidaba, no hacía que a Lydia le faltase el aire. Era, sencillamente, insípido.

Demasiado corriente.

Se inclinó ante ella con una reverencia impecable y la dama bajó la cabeza para corresponder a su saludo.

—Lord Trowbridge, buenas noches tenga usted también —respondió Lydia, de modo cortés.

Notó, como tantas veces antes, cómo su mirada se detenía un instante más de lo necesario en su rostro. No era una mirada descarada ni atrevida. No era nada que una dama debiera censurar. Sin embargo, la hacía sentir extrañamente desnuda, como si él estuviera sumando silenciosamente todos sus gestos para llegar a una conclusión que no quería compartir. También era cierto que hacía mucho tiempo que no la trataba como si ella fuese una calamidad, porque, oh, sí, al principio siempre estaba recriminándola por hacer esto o aquello. Era más, no la había dejado casi ni vivir en paz cuando Azrael comenzó a rondarla. Por supuesto que, como su primo se había alejado de ella, el vizconde comenzó a mostrarse menos… ¿paternal? Sí, esa sería la palabra. O ¿no?

No estaba segura. Siempre se había dado cuenta de que Trowbridge la miraba demasiado. Lo atribuyó a una especie de deber hacia Ewan, pues como su mejor amigo se habría propuesto cuidarla también. Pero en Dunrath, cuando iba de visita, cosa que ocurría con asiduidad, lo había pescado en más de una ocasión observándola con atención y él no desviaba la vista cuando ella se le quedaba mirando de modo acusador por su falta de decencia. Y en esos instantes, en mitad de un salón repleto de gente, no solo se había limitado a mirarla con fijación desde su posición, sino que había tenido el atrevimiento de ir a ofrecerle conversación. ¡De acuerdo! Lo último tenía una explicación más plausible, porque Azrael estaba cerca y seguro que solo trataba de vigilarla.

No obstante, ella sospechaba que había más en la atención extrema que siempre le ofrecía lord Trowbridge.

Al principio la había inquietado. Después empezó a halagarla. Lydia no era vanidosa —no en exceso, se corrigió en su fuero interno—, pero resultaba imposible no sentir cierto orgullo al comprobar que, entre tantas jóvenes casaderas, el hombre más serio y juicioso de todos se detenía precisamente ante ella.

Estaba convencida de que Simon Beresford sentía algo por ella. Nunca se lo había dicho a viva voz, nunca había cometido la torpeza de declararse, pero Lydia lo veía en esos silencios suyos que parecían cargados de palabras no pronunciadas. Lo notaba en la forma en que acudía a su lado cuando

un bailarín se mostraba demasiado insistente, en cómo se aseguraba de que Constance no la perdiera de vista, en cierto endurecimiento de su mandíbula cuando algún caballero se inclinaba para susurrarle algo al oído durante una contradanza.

¡No, claro que no! Lydia no estaba tan pendiente de Simon como él de ella, solo era que… que… que… ¡Lo que fuese! Trowbridge muy posiblemente estaba enamorado de ella y punto. Una mujer, por muy joven que fuese, se daba cuenta de una cosa así con suma facilidad.

Sabía que no podría corresponderle. No, mientras su corazón siguiera enredado con un caballero, aunque este estuviese en el mismo salón que ella y la ignorase a propósito. La idea de casarse con un hombre como lord Trowbridge la llenaba de una inquietud que nada tenía que ver con el miedo. Sería un matrimonio impecable, seguro, sensato… y la condenaría a una vida entera sin temblores, sin sobresaltos, sin esa mezcla de vértigo y deseo que sentía cada vez que recordaba las manos de Azrael en su cintura y su lengua saboreándola con deleite. Quería amor, sí, pero también pura pasión. El mejor amigo de Ewan no sabría ni escribir esa última palabra.

Lydia reprimió un suspiro y alzó el mentón. No podía permitirse ese tipo de pensamientos allí, bajo la atenta mirada de la nobleza londinense y, por encima de todos, del propio Simon.

Si Azrael no quería ver lo que tenía delante, otros lo verían por él. Y si el vizconde Trowbridge

había decidido enamorarse de ella, tendría que aprender que no todas las historias terminaban con un final feliz.

—¿Me escucha, *milady*? —La voz del vizconde la devolvió al presente por segunda vez.

—Desde luego.

—Le decía que confío en que esté disfrutando del baile. —Simon sabía que la dama no le había prestado atención.

—Enormemente —contestó ella, y alzó el abanico—. Londres parece decidido a deslumbrarme hasta dejarme ciega.

—Esperemos que solo la deslumbre —repuso él con calma—. La ceguera, en sociedad, suele traer consecuencias poco agradables.

Lydia arqueó una ceja.

—¿Habla por experiencia propia o por la de algún amigo imprudente?

—Digamos que he observado suficientes temporadas como para distinguir la imprudencia cuando la veo.

Su mirada se deslizó, apenas un instante, hacia el baronet demasiado entusiasta y luego hacia el capitán, que en ese momento se reía cerca de la orquesta. Lydia captó el gesto y se le erizó el orgullo.

—Ambos caballeros han sido muy amables conmigo —dijo con ligereza—. No veo imprudencia en permitir que me pregunten por mi familia o me ofrezcan una contradanza.

—Una contradanza nunca es peligrosa —concedió Simon—. A menos que la dama olvide que todo el salón la observa.

—No lo olvidé ni un solo segundo —replicó ella, con una sonrisa impecable—. Créame, lord Trowbridge, soy perfectamente consciente de cuántos ojos se posan sobre mí esta noche.

—Eso es precisamente lo que me inquieta.

Lydia abrió el abanico un poco más, como si el calor fuese insoportable.

—¿Y por qué habría de inquietarle a usted? No soy su pupila.

Él no se sobresaltó. Simon Beresford jamás se sobresaltaba; era una de las cosas que más la exasperaban.

—No, *lady* Lydia. Por fortuna para usted, ha escapado a esa desdicha —respondió, con un deje seco que casi podía confundirse con humor—. Pero sigo siendo el mejor amigo de Ewan. Y conozco a los hombres.

—Qué conveniente —murmuró ella—. Supongo que alguien debe conocerlos, ya que ellos

rara vez se conocen a sí mismos.

Sus miradas se cruzaron. Los ojos oscuros de Simon no tenían nada de brillante ni de glacial; eran solo serenos… y, sin embargo, Lydia percibió en ellos una firmeza que no había notado en otros caballeros.

—Algunos hombres saben exactamente quiénes son —repuso él—. Lo que no siempre saben es cómo convencer a las damas de que sean prudentes sin parecer entrometidos.

—Le aseguro que no corre ese riesgo conmigo. Siempre le he considerado a usted muy… —hizo una pausa; fingía buscar la palabra adecuada— …juicioso.

—¿Juicioso? —preguntó Simon—. Esa no suele ser la cualidad que una joven dama admira en un caballero.

—Tal vez no —concedió ella—. Pero es reconfortante. Londres está lleno de hombres dispuestos a causar problemas. Es agradable saber que hay al menos uno que jamás haría algo peligroso.

Lo dijo con toda intención. Por si Azrael estuviese lo bastante cerca como para oír una palabra suelta como esa. Simon no giró la cabeza, aunque ella captó un ligero endurecimiento en su mandíbula.

—Le sorprendería saber cuánto peligro puede causar un hombre *juicioso* cuando se lo propone —dijo él despacio—. Pero no es mi propósito esta noche. Solo deseaba preguntarle si necesita que la rescate.

—¿Rescatarme? —Lydia soltó una risa corta —. ¿De qué? ¿De un formidable baronet, de un valeroso capitán o de un viudo muy amable?

—De todos ellos y de alguno más —contestó Simon, sin inmutarse—. Y, si me lo permite, de usted misma.

Ella chasqueó el abanico contra la palma de la mano.

—Empiezo a creer que ha venido a regañarme, como cuando era más joven. ¿Lo recuerda? Yo nunca hacía nada bien a sus ojos. Creía que habíamos superado aquella época en la que usted me decía qué hacer.

—No la regaño —negó él—. La observo porque me preocupa. Hay una gran diferencia.

—Una bastante incómoda —farfulló Lydia—. ¿Qué ve, entonces, desde esa atalaya tan elevada que le da la experiencia masculina?

Simon guardó silencio unos segundos. No parecía buscar una frase ingeniosa, sino una respuesta concreta.

—Veo a una dama que ha decidido demostrarle algo a alguien —dijo al fin—. Y que está dispuesta a usar a quien sea para lograrlo, baronet, capitán o viudo.

El abanico de Lydia se detuvo a medio movimiento. No necesitaba que le preguntase a quién pretendía demostrarle nada. Azrael. Sintió cómo se le calentaban las mejillas.

—No sé de lo que me habla, lord Trowbridge —jugó al despiste.

—Ya —susurró él—. ¿Le ofrezco un vaso de ponche? Podría ayudarla a soportar la atención del salón.

—Estoy soportándola muy bien.

—Lo sé. Ese es el problema.

Había una nota de preocupación tan sincera en su voz que evitó cualquier réplica mordaz que pudiera ofrecerle. Lydia apretó los labios y apartó un instante la vista, para observar a Azrael, quien seguía conversando como si ella fuese invisible.

—No necesito que me vigilen —dijo en voz más baja—. He venido a Londres para casarme, no para que me traten como a una niña. Se me permite conocer a mis pretendientes y juzgarlos por mí misma.

—Precisamente por eso la observo —contestó Simon—. Porque esta noche todos la ven como a la futura esposa de alguien. Y algunos hombres confunden ese futuro con un derecho inmediato.

Lydia volvió a cerrar el abanico con un chasquido.

—¿Insinúa que uno de esos caballeros pretende sobrepasarse?

—Insinúo que, si vuelven a preguntarle por su salud tres veces en media hora, lo próximo será pedirle todos los valses del próximo baile, y la sociedad sacará conclusiones. No deseo que la obliguen a tomar una decisión por culpa de un rumor.

—Qué dramático —murmuró ella, aunque sabía que no exageraba—. ¿Y qué propone, entonces, mi juicioso lord Trowbridge? ¿Que me esconda detrás de una grandiosa columna?

—Propongo algo más razonable: concederme el siguiente baile. Eso distraería a los cazadores más impacientes.

—¿Y me pondría a salvo? —preguntó Lydia, irónica—. ¿De verdad cree que bailar con usted espantaría a los demás?

—Confío en que, al menos, los haga pensárselo dos veces —repuso él—. Tengo fama de ser muy divertido. Todos los caballeros quieren

asemejarse a mí, ya sabe, por mi jocosidad, por mi ingenio, título y fortuna, porque aunque no sea un duque como su hermano, tengo contactos importantes como él.

La dama estuvo a punto de reírse sin contención, porque el hecho de que dijese que era divertido era una mentira absoluta.

—No debería decir esas cosas de usted mismo —comentó—. Una estaría tentada a llevarle la contraria en algunos aspectos.

—No lo haga, se lo ruego —dijo Simon, con seriedad fingida—. Me he esforzado demasiado en construir mi reputación de hombre peligroso y bufón.

Lydia lo miró durante unos segundos demasiado largos. Era verdad. No deslumbraba, no incendiaba el aire a su alrededor como Azrael… pero cuando hablaba con ella, el resto del salón parecía enmudecer.

—Muy bien —cedió al fin—. Le concederé el siguiente baile, lord Trowbridge. No porque lo necesite, sino porque sería descortés rechazar a un caballero tan… peligroso.

—Me conformo con eso —respondió él, con una leve inclinación de cabeza—. Y, mientras tanto, permaneceré a una distancia decorosa. No quiero que piense que la vigilo.

—Llegan un poco tarde esas consideraciones —murmuró Lydia, pero ya no sonaba tan aguda.

Simon pareció contener una respuesta audaz y se limitó a hacerle otra reverencia.

—Entonces, hasta el próximo vals, *lady* Lydia.

—¿Un vals, milord? —preguntó con el ceño fruncido.

—Los hombres peligrosos juegan en el borde del precipicio, *milady* —le dijo con cierta picardía, antes de darse la vuelta.

Ella lo observó mientras se alejaba con su paso tranquilo, sin una sola mirada fuera de lugar. Un caballero aburrido, se recordó. Un hombre correcto, incapaz de hacer temblar a una mujer.

Y, sin embargo, cuando él se perdió entre la multitud, Lydia advirtió algo que no esperaba: el salón le pareció un poco más agobiante, y Azrael, apoyado en su columna, ya no conversaba con los caballeros. Estaba mirándola con suma atención. Los ojos de ese ángel desdichado estaban sobre los de ella.

Interesante.

¿Había logrado al fin celarlo?

Lydia no le sonrió. Siguió mirándolo con pereza, y justo cuando llegó a su lado un joven caballero, se permitió desviar la vista y ofrecerle al recién llegado una cálida sonrisa.

***

Simon Beresford había aprendido a observar y ver lo que a otros podría escapárseles. Aquello, en un salón de baile londinense, equivalía a llevar una pistola cargada en el bolsillo y jurar que solo era un adorno.

Desde su posición, a media distancia de la orquesta, lo veía todo. El brillo excesivo de las lámparas, el desfile de abanicos, las sonrisas que se concedían como limosna y los cuchicheos que se repartían como pan caliente. También la veía a ella.

Lady Lydia Wynthorpe destacaba con una facilidad insultante entre la multitud. No por el bonito collar que dejaba claro que era una mujer con una gran dote bajo el brazo, ni por el blanco y plata de su elegantísimo vestido, ni siquiera por ese cabello cobrizo que parecía cometer un delito de belleza en plena legalidad. Destacaba porque había llegado con la determinación de quien se negaba a ceder un solo palmo ante el público que la observaba, y Londres, como un animal mal criado, olfateaba esa clase de

carácter y se relamía esperando a que hubiese sangre cuando ella cayese.

A Simon no le habría inquietado que la miraran. La sociedad miraba. Era su deporte preferido. Lo que le resultaba intolerable era el tipo de mirada que le ofrecían a la pupila de su mejor amigo Ewan. La observaban porque era un excelente partido entre los caballeros. Hermosa, con la sangre tan azul que si la pinchasen sangraría de ese mismo color, y una dote que dejaría en mal lugar a Creso.

Era una presa fácil, aunque ella no lo supiera. Y Lydia… Lydia estaba dejando que se le acercaran demasiado.

No porque fuese ingenua. Si algo había tenido esa mujer desde que la conocía, era esa mezcla peligrosa de inteligencia y orgullo que convertía a una dama en un problema… y en una tentación para hombres con demasiada confianza. Simon sospechaba que se estaba permitiendo atenciones con una ligereza que no le nacía de la vanidad, sino de la estrategia. Ese detalle, el cálculo, era lo que le helaba la nuca a él. Porque un plan podía salir bien. O podía salir muy mal.

Simon apretó la mandíbula. Aquella noche no le había ocurrido nada a Lydia. Todavía. Sin embargo, al peligro no siempre se le veía llegar de cara; a veces se colaba con una sonrisa correcta y una invitación a bailar.

—¿Qué demonios estás haciendo? —murmuró para sí cuando vio que ella se quedaba

mirando con fijación y descaro a su primo Azrael.

La respuesta era fácil. Estaba provocando a un tigre.

Y él sabía exactamente el motivo. La pupila de Ewan se había encaprichado con Azrael, y de todos los presentes era el que menos le convenía. Su primo no estaba en paz. Era un polvorín que explotaría en cualquier momento y Simon no quería que se llevase a Lydia por delante cuando eso ocurriese. Dos años atrás logró engatusar a Azrael con dinero y unos documentos que él deseaba con fervor a fin de que la dejase en paz.

Azrael odiaba a Simon, pero no menos de lo que él detestaba a su primo.

El vizconde no soportaba ese sobrenombre que él mismo se había puesto. Le parecía una burla. Como si ponerse el nombre del ángel de la muerte fuese suficiente para convertir su crueldad en un encanto. Como si la oscuridad, cuando se vestía de terciopelo y hablaba en voz baja, dejase de ser tenebrosa.

Azrael se apoyaba en una columna, rodeado de caballeros que reían con un entusiasmo cuidadosamente moderado. En mitad de las risas, su mirada no se distraía. Había permanecido clavada en Lydia con la paciencia de un depredador que se sabía dueño de la caza, aunque fingiera lo contrario.

Simon sintió un tirón seco en el pecho, no de celos —qué ridículo— sino de rabia. Una rabia ponzoñosa, agria más bien, que venía de años de silencios, de heridas mal cerradas y de una certeza incómoda: su primo jamás se había fijado en Lydia con intenciones nobles.

La había mirado por culpa de Simon.

El recuerdo llegó como un golpe de agua helada. El Serpentine. La luz de una mañana que no había sido cálida, la hierba húmeda, un grupo de jóvenes ociosos buscando diversión donde no debía haberla… Lydia tenía dieciséis años entonces. Lo suficiente para sentirse invencible y lo bastante inocente para no sospechar que los hombres podían ser estúpidos con intención.

Ewan MacCrae, escocés recién llegado a Londres, había estado cerca, tratando de impresionar a la que era por aquel entonces la inaccesible y estirada señorita Constance Ainsworth. Y Simon había visto la oportunidad.

Un empujón, se había dicho. Solo un empujón. El agua no tenía demasiada profundidad. Habría un grito, cierto revuelo y la emoción de un formidable rescate protagonizado por su mejor amigo, pues Ewan saltaría hacia la joven, todos lo verían, la sociedad lo aplaudiría y lo declararía un héroe en plena temporada. Un héroe útil. Constance, la dama a la que pretendía impresionar, se quedaría prendada con la hazaña. Nada podía salir mal.

No había calculado el daño que podría producirle a Lydia, ni la sorpresa, ni el peso del vestido que se le enredó al caer. No había pensado tampoco en el agua helada tragándose su aliento, ni el instante en el que la cabeza de la muchacha desapareció y el mundo, de pronto, se tiñó de negro.

Lo peor no había sido el grito de Constance, ni la carrera o el salto de Ewan, cuyo mayor instinto era el de estar dispuesto a morir si era preciso para salvar a quien fuese. El escocés siempre fue el más honorable de los cuatro. Lo peor había sido la certeza, en el segundo exacto en que Lydia chapoteó sin encontrar el fondo, de que Simon había hecho algo que no tenía vuelta atrás. Imperdonable.

Ewan la había rescatado. Por supuesto que sí. El escocés siempre sacaba a flote lo que otros hundían.

Lydia había tosido agua y vergüenza. Simon había sentido un alivio tan brutal que le había dado náuseas. Y después había llegado el remordimiento, no como una punzada breve, sino como una correa alrededor del cuello. Deberían haberlo colgado por lo que hizo, se había dicho entonces, y la idea no le pareció exagerada. Desde aquel día, no había tenido paz. Solo Ewan conocía lo que había hecho y le faltó poco para darle su merecido.

A Lydia la habían protegido y pareció recuperarse bastante bien de aquel empujón censurable. A él nadie le había puesto un puñal en la garganta, pero Simon había vivido con uno allí

metido, fijo, invisible, recordándole que había jugado con una vida por una estupidez.

Desde entonces se propuso resarcir a Lydia ofreciéndole su protección sin que ella lo supiera. Solo Ewan estaba al tanto de los remordimientos que tuvo y de que se había propuesto ayudarla en todo lo que pudiese siempre. Por eso la vigilaba de cerca. Para colocar un obstáculo entre ella y los peligros. Para apartar a los buitres.

Sin embargo, Azrael lo había complicado todo. Porque Simon había cometido la torpeza de no ser discreto, de estar demasiado pendiente de ella. El supuesto interés que su primo creía que él tenía por la pupila de Ewan hizo que la quisiera también.

¿Había existido un tiempo en el que Azrael y él fueron cercanos? Simon no lo recordaba. Había demasiado dolor en su familia como para pensar en Azrael como en otra cosa que no fuese su mayor enemigo. Lo mismo le sucedía a su primo. Eran enemigos mortales, y cada uno de ellos pensaba que tenían motivos para serlo.

Por desgracia, más bien por culpa de Simon, Lydia se quedó en medio del fuego cruzado.

A partir de ahí, Azrael había rondado a la joven sin descanso. Su primo no era como él. Ese bastardo ingrato, con una sola sonrisa, era capaz de poner de rodillas a cualquier mujer. La hermana del duque de Wynthorpe no había tenido ninguna posibilidad de salir indemne del embrujo de Azrael.

Lord Trowbridge cometió un error al dedicarle tanta atención a la joven. Simon supo que algo trascendental había ocurrido entre ambos dos años atrás, pero como logró apartar a su primo de ella, pensó que la herida ya estaba curada. Y quería pensar que su primo no sería tan miserable como para haber mancillado a una joven inocente solo para fastidiarlo, por el mero hecho de decir que había logrado arrebatársela.

Pero de alguna manera, su primo había conseguido marcarla, porque ella no podía apartar los ojos de él.

Esa noche, en el salón, el odio por Azrael le subía por la garganta con furia, por cada mirada que Lydia le ofrecía a su primo. No eran miradas suplicantes, lo cual era casi peor. Eran miradas orgullosas, de desafío, como si quisiera obligarlo a arrancarle una reacción.

Simon conocía a su primo mejor de lo que habría querido. No reaccionaba como un hombre herido. Reaccionaba como un hombre que, cuando se cansaba, rompía cosas. Poco le importaría romperle el corazón a la dama si con eso lograba lastimar al propio Simon.

El vizconde había tomado una decisión. Tenía que poner en antecedentes a la dama, explicarle que Azrael solo se había acercado a ella porque creía que Simon estaba interesado. Solo así la joven podría protegerse de lo que podría ser una auténtica catástrofe.

Por eso Simon había cruzado el salón y se había plantado frente a ella para pedirle un baile.

No porque la amase.

La palabra «amor», le parecía un lujo indecente. El amor exigía pureza, o al menos una intención limpia. Simon había crecido sin conocerlo y en su familia había habido bastante suciedad, tanta como para no atreverse a luchar por buscar ese sentimiento que nunca traía nada bueno.

En su opinión, Ewan y Rafe habían tenido suerte de enamorarse y lograr la felicidad. Ambos tenían hijos para demostrar que conocían el amor. Ewan contaba con dos muchachos, tan duros como él, mientras que Catriona pronto daría a luz a gemelas, según había pronosticado la abuela Morna.

Azrael y él estaban marcados a fuego por la desgracia, jamás podrían superar el pasado y entregarse al amor. Ambos tendrían que aprender a vivir con la infamia y el dolor. No obstante, Simon sentía una gran responsabilidad hacia Lydia. Culpa también. Un deber que se le había metido en los huesos y que no podía dejar de lado.

Además —aunque le irritara admitirlo— sentía cierta ¿lastima? hacia la muchacha. Lo que fuese. Lydia no era solo la hermana de un duque ni la pupila de Constance. Era una mujer que merecía que tanto Azrael como él la dejasen libre para que encontrase su camino.

Simon había hablado con ella con calma, con ese tono de hombre sereno que se utilizaba para cortar un par de alas sin que sonara a crueldad. Le había ofrecido bailar porque… porque… Bueno, no sabía exactamente el motivo, solo deseaba hablar con ella. De hecho, pensaba llevársela a un rincón durante el vals para advertirle de una vez por todas del verdadero interés que Azrael tenía en ella. A la joven no le emocionó la sugerencia de bailar con él. Lydia, por supuesto, se había resistido. Se resistía a todo lo que tenía que ver con él porque la dama no lo soportaba y Simon era muy consciente de ese hecho. No le importaba demasiado. Su misión era protegerla, no encandilarla.

Mientras habían conversado, Simon notó cada gesto de ella, y averiguó el motivo por el que la habían calificado como el diamante de la temporada, pese a tener dos años más que las debutantes que habían tomado Londres por asalto esa temporada.

Había notado, también, la sombra de una mirada desde una columna cercana.

Azrael los observaba.

Y allí estaba el problema. Simon podía manejar a baronets arruinados, capitanes que disfrutaban de orgías secretas e incluso a un viudo que solo quería que su nueva esposa cargase con tres hijas que pronto tendrían que ser presentadas en sociedad.

Pero su primo… Azrael no se movía por normas sociales. Se movía por impulso y rencor.

Era imperativo que Lydia comprendiese que su primo no podría amarla jamás porque estaba demasiado herido.

Sonrió cuando recordó la conversación con ella de hacía unos instantes, cuando le vino a la mente lo que ella había insinuado sobre el peligro.

Simon se permitió bromear con ella porque aunque tenía fama de ser excesivamente serio en los negocios, en realidad era muy jocoso con sus amigos. Era un tipo divertido, en especial cuando se proponía sacar de sus casillas a Ewan o a Rafe, incluso cuando deseaba provocar a su primo. Por desgracia, a raíz del asunto de Azrael y debido a su afán de protegerla, nunca le había enseñado esa faceta suya a Lydia. Ni otras que la harían desmayarse si conociese su verdadera naturaleza.

Había aprendido a fingir con ella. Pero, mientras se alejaba y la dejaba con su abanico y su orgullo intacto, Simon no pudo evitar pensar que la prudencia, en ocasiones, era solo otra forma de cobardía. Esa noche no podía ser prudente.

En ese baile tendría que ser el hombre que Lydia creía que él no era: uno capaz de hacer algo tan peligroso como confesarle la verdad sobre las atrocidades que había cometido contra ella. Desde el empujón en el Serpentine hasta haber conseguido —sin proponérselo— que su primo se fijase en ella solo para fastidiarlo. Porque, si Azrael decidía herirla, no sería una herida pequeña. No sería un rumor ni un desplante. Sería una herida de muerte.

De modo que después de haberle pedido un vals, Simon se había situado en un lugar donde podía verla y, a la vez, vigilar a su primo.

Lady Lydia Wynthorpe era su responsabilidad y no la dejaría caer mientras pudiese sostenerla.

Así se lo había jurado cuando la empujó al Serpentine y así lo cumpliría hasta el fin de sus días.

Capítulo 2
Un enredo increíble

El vizconde Trowbridge se dispuso a acercarse hasta ella porque la próxima pieza sería la acordada. Por algún extraño motivo le apetecía mucho bailar con la joven. Seguramente porque Azrael se molestaría cuando los viese. Ewan no iba a estar contento con el movimiento, dado que su mejor amigo ya le había advertido que Azrael solo se había fijado en su pupila debido a la atención que le dedicaba.

¡Todo era muy irritante! En especial porque Lydia lo miraba como si fuese a caminar descalza sobre brasas en vez de bailar. No entendía esa aversión hacia su persona. Las matronas le ponían delante a un buen puñado de damas casaderas para que él pudiese elegirlas. Tal vez, Lydia, como hija de un duque, no se viese tentada porque tenerlo en consideración sería bajar varios peldaños en la escala

social. ¡Por Dios! ¿Qué más le daría a él que la dama no lo tolerase?

—*Milady* —dijo él, y su voz sonó tan serena que a Lydia le entraron ganas de cometer un crimen. No soportaba tanta corrección—, la orquesta se prepara.

—Sí, cierto, lo único es que… —Tenía que encontrar una excusa para no bailar con él. No quería estar cerca del vizconde.

—¿Está buscando una excusa para no bailar conmigo? —adivinó él.

Simon no se inmutó. Jamás se inmutaba. Si una plaga de langostas hubiera atravesado el salón en formación militar, él se habría limitado a apartar un hombro para no mancharse la levita.

—No creo que sea prudente bailar.

—Bailaremos —refutó Simon con una autoridad brutal. Ella se envaró.

—No.

—¿Por qué no? ¿Acaso teme desfallecer cuando le ponga una mano en la cintura?

—Ah, tal vez usted sí tenga un gran sentido del humor después de todo, milord. Lo que acaba de decir es la broma más impresionante que he escuchado.

Sus ojos marrones se posaron en los de ella, imperturbables.

—Aceptó bailar conmigo y es lo que hará.

Lydia soltó una risita breve, más peligrosa que alegre.

—Qué sorprendente. Debería haberlo sospechado. Un tirano. ¿No puede una dama cambiar de opinión?

—Deme una buena razón para retractarse y consideraré si la libero de su obligación.

—Lo he estado pensando detenidamente.

—La escucho —le indicó él.

—Creo que la respuesta es bastante simple, lord Trowbridge. En estos dos años nos hemos llevado bastante bien porque usted se ha mantenido relativamente alejado de mí. Ahora regreso a Londres y quiere convertirse en mi padre. Volveremos a pelearnos. Será mejor que cada uno siga su camino en la dirección opuesta a la del otro. Es por el bien de nuestra frágil paz.

—Estoy muy lejos de poder ser considerado su padre. No soy tan anciano como piensa. En cuanto a lo de pelearnos de nuevo, todo dependerá de usted. Por el contrario, sí que puedo ser bastante autócrata, más cuando ha habido un acuerdo previo y una de las dos partes pretende romperlo. ¿Me teme,

lady Lydia? La veo bastante nerviosa de pronto —indagó.

—Usted siempre ha sido muy dado a traducirme según le conviene. ¿Por qué iba a temerle? Solo es el mejor amigo del esposo de mi tutora —le dijo, algo despectiva.

Él ladeó apenas la cabeza, como si fuese a concederle ese punto por puro deporte.

—No daña quien quiere, sino quien puede. Ahora le aconsejo que camine hacia la pista de baile si no quiere ver lo déspota que puedo llegar a ser —la avisó.

La frase, dicha en un tono mortal, hizo que Lydia frunciese el ceño.

—¿Hará un escándalo delante de la buena sociedad? No lo creo. Puede que yo sea fácil de manipular, pero olvida que cuento con la protección de Ewan. ¿Qué diría su mejor amigo si lo viese cargándome al hombro para obligarme a bailar un vals con usted?

—Y dígame, *milady*… ¿sueña habitualmente que la cargo sobre mi hombro para obligarla a complacerme? —La frase tenía un claro doble sentido. Iría al infierno por burlarse de una dama inocente de ese modo.

Ella le sonrió.

—¿Y usted, milord?

Simon se tragó una gran carcajada. La muy descarada no era tan torpe como previó, pues estaba capeando sus insinuaciones maliciosas de modo admirable.

—¿Su orgullo se resentiría si le dijese que no pienso en usted más allá de que no cometa ninguna imprudencia?

La sonrisa de Lydia se hizo más evidente.

—¿Y el suyo soportaría que le confesase que sueño cada día con perderle de vista?

—Ah, así que sueña conmigo… Halagador —se mofó él.

Lydia no perdió ni un instante su sonrisa.

—Por muy estimulante que sea esta pequeña… charla, milord, debería seguir su camino.

—No me doy por vencido con facilidad —la avisó él.

—Muy bien, se lo diré en términos inconfundibles. Lo cierto es que sueñe o no con usted, no bailaré un vals porque no quiero. ¿He sido lo suficientemente clara?

—¿No quiere bailarlo o no quiere bailar conmigo? Son dos cosas muy diferentes —puntualizó.

—Es usted inteligente, adivínelo, lord Trowbridge.

Él se acercó más de lo aconsejable a su oreja.

—Ay, Lydia, no deberías retarme de ese modo. ¿O es eso precisamente lo que quieres? Te daré un consejo sencillo: no lo hagas, podría olvidar quién eres y quién soy yo. No tienes la menor idea de lo que hay detrás del mejor amigo del esposo de tu tutora —le dijo solo para sus oídos, sin usar la debida formalidad.

Ella no se separó, con toda la intención del mundo buscó la oreja de él y le dijo en el mismo tono amenazante:

—Ni quiero saberlo, Simon. No me interesa en absoluto nada que tenga que ver contigo.

A Lydia le tembló algo por dentro al utilizar su nombre de pila y prescindir también de la etiqueta en su respuesta. No le tenía miedo. Además, sintió una gran satisfacción por clavar la aguja. Su orgullo masculino necesitaba ese pinchazo. Constance habría suspirado y habría recitado una lista mental sobre cosas que no se le deberían decir a un vizconde, en especial cuando era parte de la familia, pero Constance no estaba cerca, y Lydia se había cansado de ser obediente en un salón que no le dejaba respirar.

Simon guardó silencio y dio un paso atrás. El murmullo del baile, las risas, el crujir de las sedas, todo siguió su curso como un río alrededor de una piedra.

—Muy bien —dijo al fin—. Entonces no bailaremos.

Lydia parpadeó, sorprendida de que cediera sin luchar más. ¿O era decepción lo que sentía?

—¿Así de fácil?

—No, así de inevitable. —Su mirada se deslizó por encima del hombro de Lydia, hacia la columna donde Azrael seguía apoyado como si el mundo fuese un escenario y él, el único que sabía el final de la obra—. No pretendo retener a una dama que desea marcharse.

Lydia apretó los dedos en el varillaje del abanico.

—¿Marcharme? —No lo entendía.

—No, marcharse no. Tiene razón. —Se quedó pensativo y añadió—: Usted, *milady*, desea huir —advirtió, recuperando ya la formalidad en su trato.

Aquella palabra le encendió la sangre.

—¿Huir? —repitió, con una suavidad peligrosa—. Milord, no he cruzado medio reino para

huir de un vals.

—No huye del vals —murmuró él—. Huye de mí. Y, cuando lo haga, ambos sabemos en qué dirección correrá. Él la hará tremendamente desgraciada. ¿Todavía no lo comprende?

Lydia sintió que le ardían las mejillas. No hacía falta pronunciar el nombre del aludido. Ambos lo sabían.

—No se atreva…

—Me atrevo a lo que haga falta para que no se haga daño, ya se lo dije una vez —la interrumpió él, con el mismo tono bajo y firme que no había perdido durante la segunda parte de la conversación —. No agite la cola del tigre o recibirá su zarpazo.

El orgullo de Lydia, que solía ser su armadura, se le tensó como un corsé demasiado apretado.

—No necesito que me hable como si fuese una niña.

—No. Necesita que le hablen como a una mujer a la que nadie quiere ver llorar en privado.

Aquello fue lo bastante cruel como para desear abofetearlo. Se contuvo. La paz, esa frágil a la que había aludido al inicio de la conversación entre ambos, se había roto en el momento en el que le prestó más atención de la debida a Azrael. Lydia lo

sabía. ¿Por qué Trowbridge no podía olvidarse de ella de una maldita vez?

La dama cerró el abanico con un chasquido.

—Qué consideración tan enternecedora —dijo, y su voz no tembló solo porque Constance la había enseñado a no temblar—. Dígame, milord, ¿esto forma parte de su misión? ¿Salvarme del mundo entero? ¿O solo de los hombres que a usted le disgustan?

Simon la miró un segundo más de lo necesario. En ese instante, Lydia comprendió que él estaba conteniéndose, más bien midiendo sus palabras. No porque fuese incapaz de perder los estribos, sino porque no se permitiría el lujo.

—Él no es para usted —respondió.

La frase, que no era la primera vez que se la decía, se le clavó a Lydia con una punzada incómoda, como si de pronto el salón entero se hubiese vuelto un poco más asfixiante.

La dama se enderezó.

—¿Otra vez con eso? Parece usted un pretendiente celoso. ¿Lo ha pensado alguna vez?

Simon no tuvo tiempo de replicar, porque una voz femenina, aguda y cargada de entusiasmo, irrumpió como una bandada de pájaros.

—¡Lord Trowbridge! Qué alegría verle. —Una dama de mediana edad, con un tocado que parecía querer colonizarle la cabeza, se interpuso entre ellos con una sonrisa—. Lamento la interrupción, pero mi esposo está ansioso por hablar con usted; ya lo conoce. Sus deseos son órdenes y una tiene que mantener contento a quien paga las abultadas facturas de su modista. Así que me preguntaba si podría atendernos unos instantes.

Simon inclinó la cabeza con esa cortesía impecable que tanto exasperaba a Lydia.

—*Lady* Brampton —saludó él—, siempre es un placer verla.

Lydia no conocía a *lady* Brampton lo bastante como para saber si era inofensiva o una asesina con encaje, pero la oportunidad fue tan clara que habría sido un pecado no aprovecharla.

—*Milady* —le habló Lydia, al tiempo que le ofrecía una inclinación breve con la cabeza—, no interrumpe en absoluto. La dejaré con lord Trowbridge. Estoy algo acalorada. Buscaré un instante de aire.

Simon giró la cabeza hacia ella. Su mirada penetrante intentó detenerla. No lo consiguió. Además, Lydia sabía que era un fanfarrón; él no haría nunca nada indecente en público, como por ejemplo sostenerla de la cintura y retenerla a su lado. Se quedó un momento pensativa cuando apareció ese extraño pensamiento en su interior. ¿Deseaba que él

se desembarazase de su corrección por ella? ¡Qué absurdo! ¡Si no lo soportaba!

Se recompuso.

La joven le sonrió con una dulzura tan falsa que el azúcar habría podido denunciarla por infame, y se escabulló entre abanicos y mangas de gasa antes de que él pudiera despedir a *lady* Brampton sin parecer un bárbaro.

No corrió. No podía correr. Las damas no corrían, solo parecían avanzar con prisa cuando el mundo las empujaba.

Atravesó el borde de la pista de baile, rozó a un grupo de jóvenes que se reían con estridencia, sorteó a un baronet empeñado en interceptarla otra vez y alcanzó la salida lateral que conducía al pasillo de las salas privadas.

Cada paso le aliviaba un poco el pecho. No había estado preparada para enfrentarse a Simon Beresford, vizconde Trowbridge. ¿Había disfrutado con ese enfrentamiento? No, claro que no. ¡Qué desfachatez! Entonces, ¿cuál era el motivo por el que el corazón le latía tan rápido?

El calor. Era el acaloramiento debido a la discusión. Solo se trataba de eso.

Fuera del salón, el aire olía distinto. A cera y a flores marchitas. Allí la música llegaba amortiguada y las voces se volvían menos claras.

Lydia se detuvo junto a un espejo alto, ante el que fingió acomodarse un rizo suelto, solo para comprobar el reflejo del corredor.

No vio a Simon.

Tampoco a Constance ni a Ewan.

Y no divisó a Azrael.

Sintió un pequeño pinchazo de decepción que la irritó aún más, pues había esperado que el primo de Simon la hubiese visto salir y la siguiera. Otra locura más, ¿por qué saldría tras sus pasos un hombre que la evitaba como si ella tuviese la peste?

Reanudó la marcha hacia la sala de descanso, con la seguridad de una dama que sabía perfectamente a dónde iba. Había pasado por allí al llegar a la fiesta. Recordaba el pequeño saloncito donde las mujeres se refugiaban para recomponerse, y la puerta del gabinete contiguo, apenas entornada, como si nadie supiera si era una estancia útil o un secreto.

Lydia no tenía intención de entrar en ningún gabinete. Solo quería alejarse del brillo, obligar a Azrael a moverse, a dejar de fingir que ella no existía.

Sin embargo, antes de alcanzar la sala de descanso, una sombra masculina se deslizó a su lado con una familiaridad indebida.

—*Lady* Lydia —dijo una voz agradable, demasiado agradable—, ¿se encuentra indispuesta?

Era el capitán de los dragones. El mismo que la había arrastrado a una contradanza con una sonrisa de triunfo.

Lydia sonrió con educación.

—No, capitán Harris. Solo necesitaba salir del salón principal.

—Eso es precisamente lo que iba a ofrecerle. —Él inclinó la cabeza, como si fuese un caballero considerado—. En el salón uno se ahoga con tanto comentario. Aquí se respira mejor.

Lydia se obligó a mantener la compostura. Un capitán no era peligroso. Harris era, como mucho, un fastidio con uniforme.

—Le agradezco su gentileza, pero prefiero reunirme con… —Se silenció cuando se dio cuenta de que no tenía ningún sentido lo que iba a decir. Azrael no iría a su encuentro porque no significaba nada para él.

—¿Con quién? —El capitán le cortó el paso hacia la sala de descanso con suavidad.

—Con nadie. ¿Me permite seguir mi camino, capitán?

—Por supuesto. Solo que… —bajó la voz— me pareció verla salir con prisa. Y la prisa, en una dama, siempre causa rumores. Yo, como hombre de honor, preferiría evitarle un mal rato.

La palabra «honor» le sonó hueca. La abuela Morna siempre le había dicho que se fiase de su instinto, porque ella era mucho más que una joven inglesa destinada a ir del brazo de un hombre.

—Lord Trowbridge me está esperando —improvisó Lydia.

El capitán soltó una risita.

—No lo creo, *milady*. Los estuve observando y aunque el interés de él es evidente, no lo es el de usted. Lo aborrece y me atrevo a pensar que ha salido huyendo de él.

A Lydia se le erizó la nuca. Aun así, sostuvo el abanico con más firmeza y lo miró a los ojos sin flaquear.

—Yo no huyo de nada —le dijo de modo tajante.

Él la miró como si la estuviera evaluando, y aquella mirada, de pronto, dejó de ser la de un hombre demasiado encantador. Se volvió fría y calculadora.

—Solo pienso en su bienestar.

—Qué casualidad —replicó ella, y el sarcasmo le salió tan fino como un alfiler—. Esta noche todo el mundo piensa en mi bienestar.

El capitán ladeó la cabeza, como si apreciara su ingenio.

—Las damas hermosas provocan ese efecto.

Lydia avanzó un paso para sortearlo. Él se movió también, sin tocarla, sin rozarla, pero colocándose de nuevo delante. Aquello ya no era galantería.

—No sé qué trata de hacer, pero le conviene pensárselo dos veces, capitán.

—*Milady* —le dijo, con un susurro—, quizá prefiera hablar en un lugar más discreto. La sala de descanso está llena de mujeres curiosas. El gabinete de al lado, en cambio… —señaló la puerta entreabierta—. Nadie entrará ahí.

Lydia miró la puerta y sintió una punzada de alarma.

—No.

—Solo un minuto —insistió él—. Para evitarle una situación desagradable.

—La situación desagradable está ocurriendo justo aquí —contestó ella, y su voz se endureció.

El capitán Harris sonrió.

—Le prometo que no la retendré. Ni siquiera echaré el cerrojo. —Se apartó un palmo, lo justo para que ella viera la cerradura—. ¿Lo ve? Transparencia. No soy un villano de novela.

Lydia se quedó inmóvil un segundo demasiado largo. Si daba media vuelta, él la seguiría. Si entraba, tendría una pared entre ella y el pasillo, y eso podía ser un error.

Apretó el abanico como si fuera un arma.

—He dicho que no. Déjeme pasar.

Cometió el error de pensar que él era tan galante como Simon, porque lo siguiente que sucedió fue que su pretendiente le agarró con fuerza un brazo, no sin antes comprobar que nadie lo veía en medio del pasillo, y la obligó a entrar con rapidez.

El gabinete era estrecho, con una mesa pequeña, un biombo plegado y un sillón que parecía haber sido olvidado allí por un decorador indeciso.

Lydia lo empujó, pero nada sucedió. Se negó a entrar en pánico.

—¿Sabe que cuento con la protección de un escocés que es conocido por ser un auténtico salvaje? Eso sin olvidar que mi hermano es el duque de Wynthorpe. Déjeme salir y no les contaré lo sucedido.

El capitán cerró la puerta. No echó el cerrojo. Ese detalle, lejos de tranquilizarla, la inquietó más.

Se acercó un paso. Lydia se mantuvo firme.

—Dejemos a un lado sus… contactos. Una dama tan encantadora como usted no debería estar sola en un pasillo —dijo él—. Se presta a interpretaciones.

—¿Qué es lo que pretende?

—¿Es consciente de que es una mujer fascinante?

—¿Lo soy por mi procedencia y mi dote, capitán? —lo desafió.

—No solo es eso. No necesito su dote; y, aunque sus contactos son más que dignos, tampoco son lo que más me interesa. No. Lo que sucede es que una dama como usted… despierta las fantasías íntimas más increíbles que pueda tener un hombre con mucha imaginación.

A Lydia se le revolvió el estómago.

—Capitán, tiene la misma elegancia que una bota embarrada en una alfombra persa. Su vulgaridad me asquea.

Él soltó una carcajada baja.

—Qué carácter. —La miró como si aquella insolencia fuese una invitación—. Me encanta.

—A mí, usted, no.

Lydia creyó que él retrocedería por fin.

No lo hizo.

—*Milady* —dijo él, y su tono se volvió más íntimo—, no finja que no entiende el juego. Esta noche ha estado sonriéndome. Ha bailado conmigo dos veces. Ha dejado que la mirara más de la cuenta.

—He sido educada —lo corrigió.

—La educación es una forma de promesa en ciertos círculos.

Lydia sintió que el aire del gabinete se volvía más pesado.

—No se atreva a ponerme un dedo encima —le advirtió.

El capitán alzó las manos en un gesto teatral de defensa mientras daba otro paso hacia su presa.

—Solo deseo… un recuerdo. Nada malo le ocurrirá si se comporta adecuadamente.

Lydia retrocedió hasta que el borde de la mesa le rozó la cadera.

—¡Apártese de mí!

—*Milady*, no sea cruel. —La voz se le suavizó, falsamente—. Será solo un beso. Y luego la dejaré volver al salón como si nada.

Lydia giró la cabeza hacia la puerta. Estaba ahí, sin cerrojo. A dos pasos.

El capitán, como si le leyera el pensamiento, se colocó de tal forma que le cortó el camino sin parecer brusco.

—No grite —susurró—. Sería una lástima. Su reputación… Ni el escocés ni su hermano podrían salvarla si la sorprenden aquí conmigo. Qué muchacha tan pícara está hecha.

—Usted me ha tendido una trampa, soy inocente de los cargos que me atribuye. —Estaba comenzando a ponerse muy nerviosa.

—Debería sentirse halagada. Ya le he dicho que la quiero por usted misma. Ni por su alcurnia ni su fortuna.

—No, me ha confirmado que me desea por mi cuerpo.

—Por usted misma, así es.

—No. Eso que dice no es lo mismo.

—Colabore y no le diré a nadie que se encerró aquí conmigo para seducirme.

—¡Vil mentiroso! Si tuviese un arco, le atravesaría el corazón con una flecha. Se arrepentirá de esto.

—Tenerla en mi cama cada día durante el resto de mis días será una gran recompensa, preciosa —le confirmó él.

Lydia sintió pánico. Comprendía la trampa con una claridad brutal.

—Está usted loco —dijo, pero la voz ya no le salió tan firme.

—Estoy decidido —la corrigió él.

El capitán se inclinó hacia ella.

Lydia lo abofeteó.

El sonido seco del golpe resonó en el gabinete como un disparo. El capitán se quedó inmóvil un instante, sorprendido, y luego su sonrisa volvió.

—Perfecto —murmuró—. Esto va a ser mucho más divertido.

Le agarró la muñeca con fuerza.

Lydia forcejeó, pero el capitán era un soldado y ella una mujer atrapada entre una mesa y un hombre sin escrúpulos.

—¡Suélteme! —exigió, y el abanico cayó al suelo.

—Pronto tendremos visita, preciosa. Cuando entren y nos sorprendan, le convendrá parecer menos… combativa, pues no querrá enfadarme y que al final no le ofrezca mi mano para salvarla del escarnio público —susurró él, y tiró de ella hacia sí.

Lydia giró la cara. Trataba de apartarse. Sintió el roce de su aliento y la humillación comenzó a subirle a la garganta como la bilis. Pelearía con todas sus fuerzas.

Y, justo antes de que el capitán pudiera forzarla más, la puerta se abrió de golpe.

Azrael llenó el umbral como si lo hubiera convocado la ira. Llevaba un cuchillo afilado en la mano que no dudó en ponerle directamente sobre el cuello. El capitán había estado tan ocupado luchando contra Lydia que no había advertido que un invitado indeseado había entrado en acción.

—Me parece que la dama ha dejado claro que no quiere recibir sus atenciones. No soy militar como usted, pero le aseguro que tengo muchos menos escrúpulos a la hora de herir a una serpiente

que se lo merece. Deme una pequeña razón y le corto el cuello.

—Somos caballeros, no hay necesidad de precipitarse.

—¡Suéltela ahora!

El capitán Harris, a regañadientes, hizo lo que le pidió. Lydia salió de su agarre y se colocó a una distancia prudente.

—¿Ve? Ya está. No hay necesidad de cometer ninguna temeridad.

—¿Estás bien, Lydia? —le preguntó con interés. No pensó ni en sus modales ni en nada más.

Azrael la había visto salir del salón y le fue imposible quedarse en su lugar. Le perdió el rastro y abrió cada maldita estancia del salón hasta la sala de descanso de las damas. Lo que vio hizo que la ira lo embargase. Deseaba matar al bastardo que se había atrevido a tocarla.

—S-sí —afirmó, tratando de controlar sus nervios.

Al instante siguiente, Azrael se movió con una rapidez brutal, lo bastante para que Lydia apenas viera el gesto. El capitán se encontró contra la pared, el brazo torcido detrás de la espalda y un sonido ahogado de dolor escapándole de la garganta.

—Y bien… me pregunto qué intenciones tenía. ¿Qué sucedería si yo me divirtiese a sus expensas? Disfruto mucho impartiendo justicia, puedo ser increíblemente brutal. ¿Lo comprobamos?

—Por amor de Dios, no sé quién es usted, pero le aseguro que mis intenciones con la dama son honestas.

—¿Ah, sí? ¿Es así cómo se acostumbra a pedir la mano de una mujer en la ciudad ahora? No lo creo.

Azrael le colocó el frío metal en la mejilla derecha y le hizo un pequeño corte, aunque lo bastante profundo para que el militar gritase.

—¿Se ha vuelto loco? No solo me hará daño a mí, herirá la sensibilidad de la dama.

Los ojos de Azrael se posaron en los de la joven.

—¿Te molesta lo que ves, Lydia?

—No. Merece que caiga la justicia sobre él por el miedo que me ha hecho pasar.

—Opino lo mismo. Ya ve, capitán, la muchacha es más dura de lo que parece. La marca que le he dejado en el rostro hará que jamás olvide lo que sucede cuando un cerdo como usted le impone sus atenciones a una mujer.

El capitán intentó revolverse. Azrael lo mantuvo sujeto como si no pesara nada.

—¡Pretendo casarme con ella! Solo iba a robarle un maldito beso —se defendió.

—¿Y cree que los amigos de la dama le permitirán casarse con alguien como usted? No es más que un réprobo. Le he investigado, capitán Harris, sé lo que le gusta hacer en la intimidad, y le juro por el diablo, que sus amigos no la tocarán jamás.

—No sé de lo que me habla —negó de inmediato el otro.

El cuchillo volvió a hundirse en la carne del villano. El capitán gritó de nuevo.

Lydia no podía consentir que Azrael se metiese en un lío por su culpa. Se acercó a él y le tocó el hombro.

—Te lo suplico, Azrael, déjalo.

—Te ha tocado, Lydia. Te ha tocado y Dios sabe lo que pretendía hacerte. Debería matarlo.

—Pero no ha sucedido nada. Tú has llegado a tiempo y me has salvado. No quiero que algo malo te suceda. Por favor, Azrael, deja que se vaya y abrázame antes de que me derrumbe. Abrázame… dime que todo saldrá bien.

No pudo ni quiso resistirse. Cogió un objeto pesado que había en la mesa y le dio con él en la cabeza, por lo que el capitán se quedó tendido en medio del suelo.

Entonces, el brazo de Azrael la rodeó con una firmeza que no era para nada ni cortesía ni prudencia. Fue un abrazo muy sentido, de los que se imponían porque el mundo acababa de volverse demasiado pequeño y cruel.

Lydia se aferró a él con la desesperación de quien llevaba un rato conteniendo el temblor por puro orgullo y, en esos instantes, ya no podía sostenerlo más. Tenía la muñeca ardiéndole, la garganta apretada y el eco de la voz del capitán todavía zumbándole en los oídos.

Azrael la estrechó un poco más, la mano en su nuca, como si quisiera, con su abrazo, borrarle la memoria.

—Respira —murmuró, tan cerca que el aliento le rozó el cabello—. Eso es. Conmigo. Uno… dos…

Lydia obedeció.

—Ha… ha… —Estaba muy perturbada—. Ha dicho que alguien vendría. Que tendríamos visita, Azrael.

El cuerpo de su salvador se tensó al instante, aunque su voz siguió baja, casi dulzona,

como si la calma fuese una cuerda que se negaba a soltar:

—No va a tocarte nadie —prometió—. Ni él ni sus amigos. Ni hoy ni nunca.

Lydia notaba el pulso de Azrael en la sien, rápido y feroz, y esa furia le resultó, al mismo tiempo, aterradora y segura. Como un vendaval que, por una vez, podía controlar.

A un par de pasos, el capitán permanecía vencido. Ella sabía lo que hubiese podido ocurrir y no lograba respirar con normalidad.

—Él quería… quería…

—Mírame —le pidió Azrael.

Ella levantó el rostro. Azrael la miraba con una crudeza animal, como si aún estuviera decidiendo si arrancarle el alma al hombre que acababa de tocarla. Tenía el cuchillo en la mano, pero lo mantenía bajo, fuera de su vista.

—No me has hecho caso hasta ahora. He sido invisible para ti, pero agradezco la intervención —le recriminó con suavidad.

—No quiero hacerte daño, Lydia. Ya te lo dije. No soy bueno para ti. No quiero arrastrarte a mi infierno. No te lo mereces.

—Te he extrañado tanto… —le confesó—. Y creí que todo se había acabado, que el capitán me… —se le escapó un gemido lleno de angustia.

—Ya ha pasado, estás bien —le dijo él, y aquella frase resultó casi absurda, porque no, no había pasado, pero su voz la obligó a creerlo—. Estás aquí. Estás conmigo, pequeña.

Lydia volvió a soltar un sonido que no llegó a ser un sollozo. Le dio vergüenza, y Azrael pareció adivinarlo, porque su mano le acarició la nuca con una ternura torpe. Él no consolaba nunca a nadie. No sabía cómo hacerlo.

—¿Por qué no me quieres? ¿Qué tengo de malo? —No había sido consciente de haber dicho esas dos preguntas en voz alta. Más tarde se acordaría y se sentiría humillada debido a su vulnerabilidad.

Azrael inclinó la cabeza hacia ella, lentamente, como si se acercase a algo sagrado. Lydia notó el roce cálido de su frente contra la suya, el modo en que sus respiraciones se acoplaban y se sintió extraña. Algo no estaba bien del todo.

—Dios santo, Lydia…

La dama alzó la vista. La boca de Azrael estaba muy cerca. Demasiado. Había una tensión entre ellos que recordaba muy bien. Un recuerdo que ella no conseguía desterrar de su mente, y que volvía a hacerla anhelar su contacto, su beso.

—Azrael… —susurró, y no supo si lo estaba deteniendo o llamándolo.

Él le rozó la mejilla con los nudillos, como si quisiera comprobar que en verdad la tenía así, cerca y segura contra él.

—Lo siento —dijo, y a Lydia se le hizo un nudo en el pecho porque aquella disculpa no era por el capitán, sino por algo diferente, más oscuro—. Lo siento. Nunca debí haberme acercado a ti. No puedo más, sé que te destrozaré y no encuentro la fuerza para contenerme.

El silencio se estrechó entre ambos. Azrael bajó un poco más la cabeza. Y la joven, pese al miedo, pese a la rabia, pese a su orgullo, sintió el golpe inevitable de la tentación.

Azrael se inclinó. Lydia cerró los ojos. Estaba más que preparada para ver si él seguía siendo aquel hombre que la enamoró con un beso increíble.

La puerta se abrió de golpe. Con una violencia incontenible.

—¡Suéltala! —La voz de Simon Beresford cortó el aire como una cuchillada limpia. No sonó alta, no sonó furiosa; sonó peligrosamente controlada, lo cual, en él, era infinitamente peor.

Lydia abrió los ojos de golpe. El mundo volvió a encenderse con una brutalidad insoportable:

el gabinete estrecho, el capitán aturdido, Azrael pegado a ella, y Simon en el umbral, impecable, con el rostro tan sereno que parecía una máscara. La vergüenza le golpeó primero, después la furia. Lydia se apartó de Azrael de súbito y avanzó hacia Simon con pasos cortos, rápidos y sin pensar.

—¡Siempre observándome! ¡Siempre pendiente de mí! ¡Siempre haciéndome sentir incómoda! —le gritó sin medir las consecuencias de lo que hacía. Casi ni era consciente de su propia reacción—. ¡Y cuando más te he necesitado no has estado ahí! ¡Te maldigo, Simon! ¡Te maldigo una y mil veces! —La etiqueta y los modales no tenían cabida para ella en esos momentos.

Simon parpadeó una sola vez. Fue lo más parecido a una grieta en su compostura.

—Lydia… —susurró, al ver que ella tenía los ojos brillantes debido a las lágrimas que estaba derramando.

—No. —La dama alzó los puños y empezó a golpearle el pecho con rabia. Por descontado que a Simon no le hizo el menor daño. Estaba demasiado impresionado por la reacción de la joven—. No te atrevas a decir que lo sientes o a regañarme por estar a solas con tu primo y con ese indeseable del capitán. ¡No te atrevas a decirme que me avisaste! No me digas nada.

Ella comenzó a sollozar. Simon la contuvo, y para eso tuvo que abrazarla a él. Ella se pegó a él y comenzó a llorar con más fuerza sobre su chaqueta.

El vizconde le acariciaba el pelo, la espalda, todo para tratar de calmarla mientras se dejaba consolar por él.

—Por amor de Dios… —susurró Simon al tiempo que miraba la escena. El capitán estaba tirado en el suelo y Azrael lo miraba como si quisiera clavarle el cuchillo que llevaba en la mano.

—¡No me…se…guiste! ¡Te que…daste en el salón mien…tras yo te nece…sitaba! —La frase le salió a trompicones, y la rabia la consumía.

—¿Qué le has hecho? —inquirió Simon, quien no había dejado de mirar a su primo.

—Salvarla de un indeseable —respondió Azrael—. ¿Qué estabas haciendo tú mientras ese —señaló al tercero en discordia— trataba de aprovecharse de ella?

El primo de Simon dio un paso hacia la pareja; estaba hirviendo de furia. Lydia percibió la rigidez del mejor amigo de Ewan de inmediato. El aire se espesó. Si Simon y Azrael hubieran estado solos, se habrían lanzado el uno a por el otro como animales.

Ella se separó para mirar al vizconde. Vio que no le prestaba atención, su mirada estaba clavada en Azrael y parecía listo para enzarzarse en una pelea épica. Entonces la ira hizo que el llanto acabase y comenzó a golpearlo de nuevo.

—Te odio, te odio… Solo te preocupa que él no me tenga, no te importa si estoy bien o no.

Entonces Simon le agarró las muñecas con suavidad, no para retenerla como un amo, sino para detener su temblor, para aliviar su dolor, y la atrajo hacia sí de nuevo.

Lydia estaba lista para empujarlo, lista para huir de su contacto. No pudo o no quiso. Ese segundo abrazo de Simon fue muy distinto al primero, incluso diferente del de Azrael. ¿En qué aspecto? No sabía cómo calificar lo que sentía con respecto a lo que le hacía sentir uno y otro. Azrael era puro fuego. Simon, puro hielo.

Lydia se quedó sin aire y se dejó consolar otra vez por el hombre que creyó que nunca le traería nada bueno.

—Te juro por mi honor que no volveré a dejarte sola, Lydia. Nunca más —le salió como una promesa del todo natural.

Detrás de Lydia, Azrael hizo un sonido bajo, un bufido de rabia que no se molestó en disimular.

—Qué conmovedor —ironizó, lleno de veneno—. Llegas, la abrazas y te crees su salvador.

Simon no buscó su mirada, estaba demasiado ocupado tratando de consolar a Lydia. Le besaba el pelo y la mantenía protegida contra su

pecho. Y ese gesto, en un hombre tan correcto, resultó casi provocador.

—Cállate, Azrael. Lárgate de aquí y llévate a ese bastardo antes de que yo mismo lo mate por lo que intuyo que ha tratado de hacer.

Su primo se colocó frente a la pareja. Sus ojos estaban oscuros, brillantes y llenos de violencia. Lydia, atrapada entre ambos, sintió que se le encogía el estómago. Se soltó de Simon y procedió a abrir los brazos para situarse entre los primos, a fin de que hubiese entre ambos una separación prudente. Confiaba en no saltar por los aires, porque parecía que de verdad iba a haber una guerra abierta entre ambos.

—No sabía que tenía tanta competencia… —susurró el capitán, quien había recuperado el sentido.

Los tres lo miraron. Él se estaba poniendo de pie y tuvo la decencia de quedarse en su rincón y no intentar nada. Era consciente de que estaba en inferioridad.

No hubo tiempo para nada más, porque entonces se oyó algo que los hizo ponerse a todos en guardia.

Voces en el pasillo, cada vez más cerca.

—¡Capitán Harris! —llamó alguien—. ¿Dónde se ha metido? ¡Había dicho que era cuestión

de un minuto y que si no regresaba viniésemos a buscarle! ¡Aquí estamos!

Otra carcajada. Un comentario soez. Un golpe ligero en una puerta cercana.

Lydia se quedó helada.

Simon frunció el ceño con gran desconcierto. Azrael, en cambio, dejó de parecer un diablo hambriento de sangre y se convirtió en puro instinto.

—Vas a tener que elegir lo que quieres, no tienes otra salida —le dijo Azrael—. Ese bastardo no quería solo salirse con la suya —murmuró—. Quería que te encontraran aquí con él. Quería obligarte a casarte con él.

Lydia sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Haberlo sospechado y confirmarlo eran dos cosas muy diferentes.

Las voces se acercaron más. Los pasos ya estaban allí, a un suspiro de distancia. Alguien golpeó la puerta que se había cerrado por si sola cuando Simon entró para protestar.

—Dios mío… Esto no puede estar pasando. ¡Solo llevo dos semanas en Londres! —se quejó—. ¿Qué será de mí ahora?

Azrael le colocó las manos en los hombros y la obligó a que se concentrase en él y solo en él. Se

escuchó un gruñido y, como el escocés no estaba allí, debió ser Simon quien emitió el sonido.

—Ocuparé el lugar de ese bastardo. Me casaré contigo, Lydia.

—¿Qué? —Ella no daba crédito.

—Nos casaremos. No habrá escándalo, tal vez algún susurro malintencionado que aplacaremos con una preciosa boda.

—¿Casarnos? —Seguía sin comprender el cambio tan radical de Azrael.

—¿No es eso lo que siempre has querido? —inquirió con dulzura.

—¿Y tú? Porque no creo que desees convertirte en mi esposo. Antes de esta noche ni tan siquiera me habías mirado. Sé que te debo mucho, Azrael, me has salvado de… —No quiso recordar lo que casi había ocurrido.

—Antes de esta noche no me había dado cuenta de cuánto me importas y lo que estoy dispuesto a hacer por ti.

Estuvo tentada a darse la vuelta para comprobar la reacción de Simon. De hecho, trató de ladear el rostro para ver si él tenía algo que decir al respecto, sin embargo, Azrael le sujetó la cabeza con suavidad y le dijo:

—Tú me quieres. Me has querido desde que me viste la primera vez. Tienes la posibilidad de tenerme. No habrá otra, Lydia. Es ahora o nunca.

La dama valoró sus opciones.

Casarse.

Se casaría con el hombre que llevaba dos años ignorándola a propósito pero al que amaba con toda su alma. Con el hombre que la había besado en una ocasión y había dado al traste con toda su vida. Con el hombre por el que se había vestido esa noche, por el que había sonreído demasiado a otros, por el que había fingido no sentir nada cuando lo único que había sentido era el hambre absurda de que la mirase.

Lydia había visto lo suficiente de Londres en dos semanas como para entender lo rápido que se convertía una mujer en un cuento mal contado. Y ella era la hermana de un duque, el diamante recién pulido, el trofeo que todos querían colocar en su vitrina. Un escándalo así no la mancharía a medias. Le prendería fuego a su nombre y, en la ciudad, el humo no se disipaba con facilidad.

Azrael estaba ofreciéndole una salida que la sociedad entendería de inmediato y ella al fin tendría lo que tanto había soñado. Azrael estaría a su lado, durante el resto de su vida. Elegirlo significaba tener al único hombre que le había importado de verdad y aceptarlo haría que, por fin, el territorio de los sueños fuese una realidad.

Lo amaba. Entonces, ¿por qué dudaba?

Había intentado convencerse de que se le pasaría. Que era una locura juvenil. Que Escocia le había curado esa herida. Pero el amor no se curaba con distancia; a veces la distancia solo lo volvía más intenso. Y en esos instantes, Azrael estaba allí. Estaba allí, hecho carne y furia. Había estado dispuesto a mancharse las manos por ella… y, más aún, dispuesto a ofrecerle su legítima protección. Porque el matrimonio no solo era un escudo. Era también una cadena. Y Lydia no era una santa, ni pretendía serlo. Si Azrael quería jugar a «es ahora o nunca», ella también sabía jugar.

Había querido que él la eligiera. Había deseado que la mirase como un hombre enamorado. Había pensado, incluso, castigarlo por hacerla esperar. Y la vida, con un sentido del humor perverso, le estaba entregando exactamente el momento en el que el hombre que la había ignorado le ofrecía la única cosa que no se pedía a la ligera.

Además, había otra razón para meditar bien su decisión. Más fría, más punzante, que se le coló entre el corazón y el orgullo.

Simon.

Lydia estaba notando el silencio del mejor amigo de Ewan del mismo modo que se notaba un gran vacío. Si él hubiese querido impedirlo, ya habría hablado. No era un hombre de grandes gestos, pero sí de palabras elocuentes. Y las usaba sin pensar si resultaban hirientes o no.

Azrael se le había declarado y Simon ni se había ofrecido en matrimonio ni tampoco se había opuesto a la proposición de su primo.

Había tres hombres en la habitación. Uno era un bastardo sin corazón, otro parecía no querer implicarse y el tercero, el que ella amaba, era el único que le daba una solución que no la dejaría manchada. Así que la situación era simple. No había más que reflexionar. O se casaba o sería su ruina.

Suspiró.

—Sí, Azrael, acepto convertirme en tu esposa.

El primo de Simon bajó la cabeza y procedió a sellar el trato con un beso. Fue un beso simple. Cuando la dejó libre, Lydia se dio la vuelta para buscar a Simon.

Él ya no estaba. La puerta estaba abierta y los amigos del capitán se miraban los unos a los otros desconcertados.

Azrael sonrió. Le colocó una mano en la cintura a Lydia —fue un gesto de posesión— y le dijo al resto de los presentes:

—Más suerte la próxima vez. La dama ha aceptado ser mi esposa.

No esperó nada más. Avanzó hasta la salida con ella a su lado.

La decisión estaba tomada.

Capítulo 3

Los constantes avisos

Hacía semanas que se habían prometido y ese era el primer día que Azrael había ido a buscarla para dar un agradable paseo.

Lydia caminaba del brazo de Azrael por Hyde Park. Parecía que el mundo hubiese decidido, por fin, volverse decente durante cinco minutos seguidos. El sendero estaba todavía húmedo por el rocío y olía a hierba recién pisada y a caballos bien alimentados; por encima de los árboles, el cielo había tenido a bien mostrarse azul, como si Londres quisiera disculparse por sus habituales caprichos sociales.

No. Londres no se disculpaba. La ciudad se limitaba a murmurar con malicia.

Aun así, Lydia flotaba, pero solo a medias. Estaba feliz, pero no tanto como podía esperarse. Era

cierto que sentía ese vértigo dulce que le había entrado la misma noche de aquel baile, cuando el anuncio del futuro matrimonio se había deslizado de boca en boca con la rapidez de un incendio en una biblioteca. Antes de que el capitán Harris y sus amigotes pudieran recomponerse y calumniarla, la noticia del futuro matrimonio ya estaba en manos de los dragones más respetados de la ciudad, matronas que darían cierta respetabilidad al compromiso de Lydia y Azrael. Había sido una jugada impecable, casi cruel. Azrael, en su modo de operar, no dejaba cabos sueltos. Los ataba para toda la eternidad.

Y al día siguiente, el periódico había hecho el resto. Ver su nombre impreso junto al de él le había provocado una alegría tan absurda que, durante un rato, incluso le habían parecido hermosos los malditos cuervos que observó por la ventana.

Luego había llegado el interrogatorio. Justo después del desayuno.

Constance, que siempre había creído que el orden era una virtud y la improvisación una enfermedad, se había sentado frente a Lydia con la misma serenidad con la que un general iniciaba una batalla que no pensaba perder. Ewan había estado presente, sí, con la calma de un hombre que fingía no escuchar mientras lo registraba todo por dentro. Lydia había sospechado que él sabía más de lo que decía debido a su silencio continuo. Lo había notado, además, en la forma en la que la miraba cuando Constance hacía ciertas preguntas sobre su prometido. Sin embargo, Lydia se había guardado

varias verdades que solo a ella le atañían. Había secretos que era mejor dejar en silencio.

Y, en esos instantes, mientras la doncella caminaba a unos pasos por detrás, tan atenta como una sombra educada, Lydia pensaba en la cara de Constance al oír el anuncio de su compromiso. No pudo leerle el rostro a su tutora, pero no hacía falta ser demasiado inteligente para saber que, aunque se comportase debidamente, la noticia le habría caído como un cubo de agua fría.

Mientras seguían avanzando por Hyde Park, Azrael le apretó apenas el brazo, como si adivinara que Lydia estaba pensando en cuestiones delicadas.

—Estás muy callada —murmuró—. Me da mala espina.

Lydia ladeó la cabeza hacia él para observarlo con atención. Ese era el hombre con el que pasaría el fin de sus días. No había vuelta atrás ya.

—¿Mala espina? Se me había olvidado lo dramático que puedes ser a veces.

—¿En qué piensas?

—¿Por qué has tardado tanto en venir a verme a casa?

—¿No es obvio, Lydia?

—Si lo fuese, no te lo habría preguntado.

—Ewan —soltó como si esa fuese una explicación del todo completa.

—¿Temes que pueda interponerse en nuestra decisión de casarnos?

—Temo que olvide que pronto seré tu marido y que me mate antes de poder convertirte en una bonita viuda, Lydia. El escocés es…

—Salvaje —lo ayudó ella.

—Sí.

—No te hará nada. Ni antes ni después de la boda.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —En verdad se había sorprendido por el modo en el que ella lo había asegurado, como si fuese una certeza indiscutible.

—Solo… lo sé. —Y no mentía, porque si Ewan hubiese desaprobado el compromiso, no se hubiese quedado callado cuando ella les contó a Constance y a él que se enamoró de Azrael en cuanto lo vio y que él le había dicho que deseaba casarse con ella esa temporada. No les contó nada más.

Azrael soltó una risa baja.

—Parece que lo conoces bien.

—Sí, sé exactamente la clase de hombre que es.

—¿Y cómo es?

—Salvaje, tal y como ya sabemos ambos, pero también es disciplinado, amable, un poco arrogante y tremendamente tierno.

—¿Ewan es tierno? —Azrael no daba crédito.

—No te sorprenderías tanto si lo hubieses visitado durante este tiempo en Escocia y lo hubieras visto con sus hijos y su sobrina.

—Detecto una recriminación ahí, Lydia.

—¿Por qué te mantienes alejado de tus amigos?

—Ya lo sabes.

—Explícamelo mejor para que pueda entenderlo, Azrael.

—Ben.

—¿Qué?

—Benedict. Ese es mi nombre. Mi madre me llamaba Ben. Quiero que me llames así, si no te importa, Lydia.

—Me gusta Ben, pero ya sabía cómo te llamabas.

—¿Lo sabías? —Estaba sorprendido de nuevo.

—No pensarías que era tan ingenua como para no conocer un par de cosas sobre el hombre con el que voy a casarme, ¿o sí?

—No. No eres una mujer ingenua. O tal vez sí, porque vas a dar un paso adelante conmigo y no veo ninguna duda en ti. Me marqué un pequeño farol cuando te dije, en aquel gabinete, que me querías desde el principio, pero creo que no erré, ¿verdad?

Lydia notó el calor subiéndole a las mejillas. Maldijo mentalmente el hecho de que el rubor fuese tan poco discreto.

—No —respondió escuetamente.

Azrael se volvió hacia ella con una intensidad que a Lydia le aflojó el paso.

—Nunca me han querido, Lydia. Ni mi madre, ni mi padre, ni… —se quedó en silencio.

—¿Quién, Ben?

—Hubo una muchacha.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó la joven con suavidad.

—No hay demasiado que contar. Fue simple, yo me enamoré de ella y ella no me correspondía.

—¿Te hizo mucho daño?

—Ay, Lydia —musitó, para después suspirar —. Todo yo estoy hecho de pura maldad. No hay ni un solo recuerdo bueno en mi vida. Es por ese motivo por el que he tratado de mantenerme apartado de ti. ¿Quién iba a pensar que estaba destinado a casarme contigo?

Lydia se permitió una sonrisa que le salió demasiado feliz para ser prudente.

—Creo que tu suerte está cambiando, Ben.

—No he sido un santo.

—Lo suponía.

—He vivido siempre sin que las consecuencias de mis acciones me importasen. Me preocupa que no puedas soportar las habladurías.

—¿Has matado a alguien, Ben?

—No, Lydia. Todavía no —expuso enigmático.

Ella lo miró de nuevo con fijación.

—¿Qué…? —comenzó a preguntar.

—No quiero que te juzguen —la interrumpió él—. Lo creas o no, desde que te conocí, lo único que siempre he querido es que estuvieses a salvo.

—Que todo Londres me juzgue —dijo la dama, y su tono se endureció—. Ya lo hacen y no me importa.

Sintió que él la miraba de reojo mientras avanzaban, sin apretar el paso. La ciudad se movía alrededor, coches, jinetes, risas, murmullos. Todo seguía igual. Y, sin embargo, a Lydia le parecía que el mundo era completamente distinto.

—¿Qué ha dicho tu tutora sobre nuestro compromiso? ¿Y tu hermano?

—Mi hermano, desde que fue padre está más a gusto en el campo. Supongo que la noticia no tardará en llegarle. Por su parte, Constance… bueno casi me arranca las pestañas a preguntas —murmuró, más para sí que para él.

Benedict alzó una ceja.

—¿Está muy disgustada?

—Nunca me lo diría si así fuese.

—Pero tú sabes que lo está.

—Preocupada es la palabra.

—Siempre me ha parecido que eras muy importante para ella.

—Es como una madre para mí, Ben. Llegó a mi vida cuando más la necesitaba. Mi padre falleció poco después y se dispuso todo para que me quedase a su lado.

—¿Tu hermano lo permitió?

—Mi hermano no se atrevería a incumplir la voluntad de mi padre. Henry, así se llama mi hermano, ha sido siempre un hombre muy estricto, muy correcto y aburrido. He sentido el peso de su yugo desde que tengo uso de razón, solo Constance evitaba que me aplastase.

—Lamento que haya sido así.

—No lo sientas. Él solo quería lo mejor para mí.

—¿Debo prepararme para un duelo, Lydia?

—No. Sé cómo manejar a Henry.

La miró con el ceño fruncido.

—¿Lo sabes?

—Sí. Confía en mí. Mi hermano no será un problema.

—Está bien. Supongo que mi único problema será Ewan. No tardará demasiado en advertirme de que, si te hago daño, les dará mis restos a sus ovejas para que eliminen la prueba del crimen.

—No lo sé. Durante el interrogatorio, Ewan se quedó ahí sentado —le explicó Lydia—, como si no estuviera. Pero… —dudó un instante— me miraba como si supiera que esto acabaría ocurriendo. ¿Tendría sentido si te dijese que me pareció que él no estaba sorprendido en absoluto?

Ben suspiró.

—Sí, Lydia. Mi primo, como te imaginarás, estaba al tanto de que tú y yo… No sé cómo definir lo que teníamos, pero algo había entre nosotros. En fin, Simon siempre ha sido el mejor amigo de Ewan, así que algo le debió decir. El problema del escocés es que tiende a guardarse las cosas para no provocar una guerra y eso lo hace cargar con el peso del mundo. Demasiado honorable.

Lydia lo miró con atención.

—¿Y tú? ¿Tú te guardas cosas?

Él sonrió con un punto de peligro.

—Quieres saber si soy honorable. ¿Por qué no me lo preguntas directamente?

—Posiblemente porque no quiero arriesgarme a escuchar la verdad, Ben.

—Entonces, ¿por qué me has aceptado?

—Porque te quería a toda costa. ¿Era eso lo que querías oír? ¿Necesitas confirmar de nuevo que me enamoré de ti? Ya no me importa mostrarme vulnerable ante ti. Una mujer más sensata se hubiese guardado sus verdaderos sentimientos para no exponerse. ¿De qué me serviría? Desde el principio, tú has sido muy consciente de lo que me haces sentir. Y aunque estoy satisfecha por haber logrado lo que tanto quería, no estoy del todo segura de que estemos tomando la decisión adecuada.

Lydia lo miró, retándolo. Mientras, Azrael la observaba como si sopesara darle una respuesta honesta. Estaban en mitad de Hyde Park, con una doncella detrás y el mundo delante.

—Ya te lo he dicho antes. Nunca nadie me había querido. Me haces sentir… diferente. ¿Has olvidado el disgusto que te causó el capitán Harris, Lydia?

—Cuando salí del salón principal lo hice con la única esperanza de que me siguieses. No esperé que fuese otro quien tomase la ventaja.

—Sea como sea, no quiero que recuerdes el pánico que posiblemente te hizo sentir esa rata de cloaca —dijo—. Quiero que lo olvides.

Lydia sintió una punzada amarga.

—No funciona así del todo.

—Conmigo sí —replicó él, con una calma peligrosa—. Si alguien intenta tocarte, lo mataré. Si alguien te lastima, estará igualmente muerto. Ese soy yo, Lydia, y harás bien en acostumbrarte a mi temperamento.

—Eso me tranquiliza y me aterra al mismo tiempo —confesó.

Benedict torció la sonrisa.

—Es el efecto que debes sentir.

Lydia lo miró de lado y, por primera vez en todo el paseo, se permitió preguntar sobre la sombra que planeaba entre los dos:

—¿Has sabido algo de Simon?

—No. Mi primo y yo no tenemos una relación demasiado cercana, como ya habrás advertido también.

—¿Por qué desapareció aquella noche, Ben?

Él no apartó la vista del camino. Pero su mandíbula se endureció.

—Porque es un cobarde cuando le conviene.

Lydia arrugó el ceño.

—Eso no es justo.

El caballero soltó una risa carente de humor.

—¿Lo defiendes?

—No lo defiendo. Solo… me sorprendió. Estaba allí. Y luego ya no. Creí que él… —Negó con la cabeza. No le diría que había esperado que el vizconde se opusiera y la apartase de Ben, incluso llegó a pensar que le ofrecería su mano en sagrado matrimonio. ¡Qué tontería creer algo así! Ella le hubiese dicho que no.

Su acompañante giró la cabeza y la miró con una suspicacia que la hizo arder por dentro. Como si le hubiese estado leyendo la mente.

—No pienses en él —dijo, y aquello sonó más a orden que a consejo—. No nos molestará ni a ti ni a mí a partir de ahora. Nuestro compromiso es un escudo. Además, él ya no te hace falta, me tienes a mí.

Lydia sintió un golpe en el orgullo, como si alguien le hubiera tocado un punto sensible. Recordaba haberse abrazado a Ben, sí, pero también recordaba la rabia que sintió al ver que Simon se presentaba cuando ya había sucedido lo peor, cuando el capitán la había atemorizado por completo. También había abrazado a Simon. Dos veces. Ben fue testigo de ello. ¿El motivo de esa cercanía? Lydia no

lo sabía. Tal vez fuese solo un producto de la ira, porque siempre la había estado espiando y, llegado el momento, le falló. Sí. Sería eso. Tenía cierto sentido. Seguro que nada tenía que ver con lo que le hizo sentir mientras la abrazaba y la consolaba.

—Tu primo no me hace falta —apuntó despacio—. Pero me gustaría entender el motivo por el que os lleváis tan mal.

Ben se inclinó un poco hacia ella, lo justo para que la doncella no pudiera oír la frase aunque se le despertara el oído.

—Ambos te queremos. Supongo que todo se reduce a esa rivalidad. Entiende esto —murmuró —: cuando llegó el momento de elegir, él eligió marcharse. Yo elegí quedarme para protegerte.

Lydia notó el corazón dándole un golpe seco.

—Y me pediste matrimonio.

—Así ocurrió.

—¿Te arrepientes?

—¿Tú sí?

—Yo he preguntado primero.

—Creo que podremos estar bien, Lydia. Eres una mujer bastante independiente y yo soy…

—¿Cómo eres? —indagó con interés.

—Supongo que deberías haberlo averiguado antes de aceptarme.

—Me has dicho, en más de una ocasión, que no eres bueno.

—Y no lo soy. No te he mentido nunca a ese respecto. Al principio de esta conversación te he dicho algo en ese mismo sentido.

—¿Por qué no eres bueno?

—Supongo que tienes derecho a saberlo. Verás, Lydia, no soy un hombre que permita que sus emociones lo dominen. No esperes que haya un gran amor entre nosotros, pero sí puedes esperar que te proteja siempre con mi vida.

—¿Es por eso por lo que trataste de apartarte de mí? ¿Porque no podrás amarme nunca?

Benedict suspiró.

—Esta conversación no nos lleva a ninguna parte.

—¿Tienes una amante?

—¿Sabes que una dama no hace esas preguntas?

—Puede que una dama no, pero Lydia Wynthorpe sí.

—Imagino que no te conformarás solo con mi protección.

—¿Tú qué crees, querido mío? —preguntó mordaz.

—Tienes que comprender que llevo toda la vida solo, haciendo lo que se me antoja y esta situación va a ser completamente nueva para mí, Lydia.

La dama abrió la boca para replicar… y se detuvo. Por una vez, no encontró una frase ingeniosa que protegiera su emoción.

Benedict, como si lo advirtiera, suavizó el gesto.

—No te haré daño —dijo, más bajo.

Lydia soltó una exhalación temblorosa.

—Ya me lo hiciste —respondió, sin dureza—. Dos años atrás. Y aun así…

—Y aun así estás aquí. Me tienes atado a ti. ¿Qué más quieres? —terminó él.

Lydia asintió, muy despacio.

—No lo sé… —musitó con sinceridad.

El caballero la miró con fijación, y su expresión perdió parte de su sombra.

—Entonces deja de pensar en cosas que te hacen daño y celebra la felicidad de que estemos juntos. ¿Puedes hacerlo? A partir de ahí escribiremos nuestra propia historia.

Lydia entrecerró los ojos.

—Un matrimonio es para toda la vida. ¿Lo entiendes?

—Sí. Y pese a ello di un paso adelante. Un paso hacia ti. Sé cuál será tu siguiente pregunta. No, Lydia. No me arrepiento.

—¿Pero y si nos arrepentimos los dos cuando ya no haya remedio?

Ben apretó los labios. Luego, con una calma extraña, bajó la mano desde su brazo hasta entrelazar los dedos con los de ella, un gesto sencillo, indecente solo para los que vivían para juzgar.

—Haremos lo posible para que eso no suceda.

Y Lydia, con Hyde Park extendiéndose delante como un escenario luminoso, comprendió que el arcoíris no iba a durar para siempre… pero también que, por primera vez, temía la tormenta que podría

avecinarse aunque Ben siguiese caminando a su lado. A veces, lograr un sueño no significaba alcanzar la felicidad eterna.

***

Rafe Deverell vivía plácidamente en Escocia con su esposa Catriona y su primera hija. Lord Rafe había llegado a Londres con el ceño fruncido y el equipaje mal hecho, como si hasta sus baúles hubieran notado que aquello no era un viaje de placer. La abuela Morna no enviaba recados a toda prisa por capricho. Cuando lo hacía, el castillo de Dunrath entero se ponía en pie, y Rafe —por mucho que su esposa estuviera encinta y a él le costara un mundo separarse de ella— no había podido ignorar ese tono suyo que sonaba más a presagio que a recomendación.

Días después de escucharla decir que tenía que ir a Londres porque se le necesitaría allí, Rafe caminaba por Mayfair junto a Ewan MacCrae.

Ewan no se parecía a ningún caballero londinense. Ni en el paso, ni en la forma de mirar, ni en el modo en que contenía su temperamento, porque, entre otras cosas, era extraño que se contuviese cuando las situaciones complicadas tenían que ver con quienes le importaban. Llevaba el

sombrero con la misma paciencia con la que uno soportaba una corbata demasiado apretada, y Rafe habría jurado que cada carruaje que pasaba se llevaba una maldición muda pegada a la rueda. El escocés estaba muy nervioso y no le sorprendía en absoluto después de escuchar las novedades sobre Azrael y su compromiso con Lydia.

—¿Seguro que no te apetece derribar la puerta de Simon para descargar un poco de tensión? Ya sabes, mejor la puerta que a él —comentó jocoso Rafe, al tiempo que miraba la preciosa fachada de la casa del vizconde Trowbridge.

Ewan gruñó.

—¿Y si te derribo a ti?

—¿Por qué? Yo no he hecho nada… ahora.

—Por casarte con mi hermana. Eres mi condena particular y eterna, ¿lo sabías?

—Agradece que me quedase con Cat, porque de otro modo estaría sola.

—No hubiese sido tan terrible, Rafe.

—Eres un desagradecido, Ewan. ¿Me explicas qué estamos haciendo en la puerta de Simon cuando deberíamos estar en la de Azrael? —Decidió cambiar de asunto.

—Me da en la nariz que Simon sabe cosas que se nos escapan.

—¿Sobre Lydia?

—Sí. Azrael no ha dado la cara y la narración que escuché de la muchacha sobre lo bonito que fue todo cuando se comprometieron, no la veo creíble.

—Te veo muy seguro en tu aseveración.

—Desde que conocimos la noticia de la futura boda, Simon tampoco ha dado señales de vida. Ni siquiera para obligarme a ir a matar a su primo.

—De acuerdo, eso es sospechoso. Simon no desperdiciaría una ocasión así para declararle la guerra a su mayor enemigo. ¿Alguna vez te ha contado lo que sucedió entre ellos para que no puedan casi ni verse?

—No. Es algo sobre la familia, pero no sé más.

—Azrael tampoco me ha explicado nunca nada. Supongo que hay secretos que no quieren salir a la luz. —Rafe le hizo una breve reverencia mientras le indicaba—: Haz los honores, llama a la puerta, pero procura no echarla abajo.

El mayordomo abrió tras el aldabonazo que dio el escocés con una expresión irritada. Los dejó pasar tras un saludo correcto, aunque la rigidez de su

espalda delataba que la visita no le entusiasmaba por algún motivo que a Rafe y al propio Ewan se les escapaba.

—Lord Trowbridge se encuentra… ocupado.

Ewan se quitó los guantes despacio, como si hubiese decidido que estrangular a alguien con las manos desnudas sería más efectivo que teniéndolas cubiertas.

—Dígale que lord Rafe y el señor MacCrae están aquí y que no se irán sin verlo —le ordenó de modo feroz Ewan.

El mayordomo pestañeó.

—Pero tengo órdenes de no…

Rafe carraspeó y procedió a mostrarse amable.

—Haga lo que le dice antes de que acabe enfrentándose a la furia de un bruto escocés. Créame, le irá mejor si le da cuentas a su patrón antes que a mi amigo.

El mayordomo, que tenía instinto de supervivencia, se inclinó solícito más rápido de lo que pedía la etiqueta y desapareció.

Poco después regresó para conducirlos al despacho de Simon, donde los esperaba sentado tras su inmaculado escritorio. Ewan no se sentó. Rafe sí,

porque era un hombre civilizado y porque alguien tenía que aparentar que aquello no iba a terminar con muebles volando por la ventana. Rafe no comprendía todavía el motivo por el que Simon debía ser amonestado por algo que había hecho Azrael. Ah, pero él nunca llegó a entender del todo la relación tan estrecha de Simon y Ewan. Aunque tal vez fuese porque ambos eran igual de aburridos. Azrael y Rafe sí que se habían divertido a lo grande hasta que el amor llegó para dejarlo completamente asombrado. Rafe estimaba muchísimo a Azrael, pero sabía que su amigo no estaba preparado para abandonar su vida disoluta o su… venganza.

El silencio se alargó entre los tres.

Ewan paseaba de un lado a otro como un lobo enjaulado en un salón con cortinas caras. Rafe observaba los detalles a su alrededor; el santuario de Simon seguía igual que la última vez; la montaña de libros que se alzaba tras el escritorio estaba exquisitamente ordenada, los papeles apilados con precisión, todo aquello era el reflejo de un hombre que no dejaba espacio para el error, ni para la emoción.

—Este lugar continúa rezumando control —murmuró Rafe.

—Simon siempre ha sido un fanático del control —gruñó Ewan.

—¿Qué queréis? Tengo mucho trabajo pendiente —habló al fin el vizconde.

Ewan se detuvo en seco y lo miró con gran seriedad.

—¿Eres consciente de lo que está sucediendo?

—Sí. El precio del carbón está por las nubes, tengo que vender…

—¡Olvídate de los malditos negocios! —tronó Ewan.

—Creo, Simon, que nuestro amigo se refería a Lydia —expuso el que parecía más tranquilo de los tres.

—¿Has venido a Londres por eso, Rafe? Una vez te escuché jurar que no pondrías un pie en la ciudad a no ser que hubiese un cataclismo.

—¿Y no te parece que estamos ante una catástrofe, Simon? —indicó con suavidad Rafe—. No me malinterpretes, amigo mío, adoro a Azrael tanto como para luchar batallas por él, pero lo conozco lo suficiente como para saber que se está metiendo en la boca del lobo. No creo que viva más de dos meses si se casa con la muchacha.

—¿Piensas matar a la horma de tu zapato? —se burló Simon.

—No, yo no, pero los dos sabemos que acabará haciendo a Lydia desgraciada antes de que

concluya incluso la luna de miel. Ewan no se quedará de brazos cruzados.

—Bueno, si eso sucede, al fin tendré la pelea que siempre he deseado. Regresa a Escocia, Rafe, y no dejes que los tres te arrastremos a esta guerra.

—No quería venir —razonó el aludido—. Mi mujer no tardará mucho en volver a hacerme padre. He descubierto que no me gusta lo más mínimo separarme de Cat, pero la abuela Morna no me dio opción. Lydia está en peligro, creo que más que ella, se trata de su corazón. Y tu primo y tú… digamos que la anciana me dijo que si no venía e intervenía, que fuese escribiendo un panegírico. Porque pronto habría un funeral.

—¿El de Azrael? —inquirió sin disimular una gran sonrisa.

—No lo precisó.

Ewan apretó la mandíbula.

—Ya está bien de tonterías. Hablemos de cosas más serias que la propia muerte.

—¿A qué has venido, Ewan? —preguntó Simon sin dejar a un lado la seriedad.

El escocés avanzó hasta el escritorio y se inclinó un poco hacia él. Tenía los ojos encendidos.

—A preguntarte por qué demonios no has dado la cara.

Simon alzó una ceja.

—¿En relación con qué?

—¿Pretendes seguir jugando al ratón y al gato? —escupió Ewan—. Te hablo de Lydia; de este absurdo compromiso.

Rafe contuvo el aliento. A veces lo más peligroso no era un golpe, sino una frase pronunciada con rabia.

Simon apoyó los codos sobre la superficie pulida del escritorio.

—Está hecho. No entiendo qué esperas de mí.

Ewan soltó una carcajada seca.

—Espero que seas el hombre que llevo conociendo media vida, no esta estatua de mármol que se desentiende y que mira al suelo cuando sabe que una muchacha inocente acabará más rota que un vaso de cristal estampado contra la pared en un momento de furia, si esto continúa.

Simon apretó la mandíbula.

—Estoy siendo exactamente el hombre que conoces. Me he echado a un lado.

—No —insistió Ewan—. El hombre que conozco no dejaría que una muchacha como Lydia se atase a un hombre como Azrael.

Rafe dejó la mano sobre el brazo del sillón, como si se preparara para intervenir si aquello se desmadraba.

Simon clavó los ojos en los de Ewan.

—Entonces impide la boda.

—¿Yo? Estamos en esto por tus malos cálculos, Simon. Te avisé de que tu atención hacia Lydia había hecho que las ansias de tu primo por competir contigo aumentasen. Me aseguraste que lo tenías controlado.

—Tú has sido el que la ha vuelto a traer a Londres, Ewan. Todo iba bien mientras estuvo alejada de él. No me culpes solo a mí.

—Es la maldita hija de un duque. Bastante suerte tuve cuando Lydia decidió retrasar su presentación social durante dos años. Constance ya no nos dio más tregua, ni a ella ni a mí. Su hermano mismo me envió una misiva para advertirme de que la muchacha tenía que cumplir con su destino. ¿De verdad piensas que me hizo feliz la idea de tener que regresar a la ciudad para buscarle un esposo adecuado? Maldita sea… ¡Dos malditos años y ella no se sacó de la cabeza a tu primo!

—Supongo que tendrás que acostumbrarte a la idea de que no solo Rafe forme parte de tu familia. Azrael también tendrá ese honor.

La mirada que Ewan le dio a Simon no fue menos dura que la de Rafe.

—El bruto escocés ha tenido suerte conmigo. Manejo el castillo mejor que él —saltó Rafe enfadado.

—Triple maldición, Simon —siguió Ewan sin hacerle caso a su otro amigo—. Lydia no merece sufrir por vuestras peleas familiares y lo sabes. No querrás que te recuerde lo que me dijiste cuando hiciste aquello en aquel lugar. Ibas a protegerla siempre.

Ewan y Simon sabían que se refería a lo sucedido con Lydia en el Serpentine, cuando él se juró que siempre la protegería.

—¿De qué habláis? —intervino Rafe.

—De nada que te importe —trató de zanjar Simon.

—Yo creo que sí. Huelo un chisme jugoso. Contádmelo. ¿Qué hizo Simon para obligarse a proteger a la muchacha?

—Te lo contaré cuando tú nos expliques qué le hiciste a Catriona en aquella fiesta de los duques de Ravensvy para que te dejase atrás a toda prisa.

—Eres un desgraciado, Simon —siseó Rafe.

—Sí, ya pensaba que no desearías intercambiar secretos… peliagudos.

Rafe apretó los labios y no insistió.

—¿Y bien Simon? —retomó el asunto inicial el escocés.

—¿Qué me pides exactamente, Ewan? —preguntó porque no sabía qué esperaba que hiciese él.

—Lydia estaría mejor contigo —dijo ya sin amagos.

Simon abrió los ojos por completo y luego soltó una risa breve, sin humor. Esa respuesta sí que no se la esperaba.

—¿Conmigo? —No se lo creía.

—Sí —dijo Ewan, sin titubear—. Eres el hombre indicado para ella. El único capaz de equilibrar las cosas. Lydia precisa luz, no… —miró alrededor, y luego suspiró— sombras. No dejaré que Azrael se hunda, siempre le prestaré mi ayuda, pero no puedo arriesgarme a que se lleve a los infiernos a una persona a la que tanto ama mi esposa. Además, yo también… también le he cogido mucho cariño a la muchacha.

Rafe vio cómo a Simon se le tensaban los dedos que tenía entrelazados y sobre los que estaba apoyando la barbilla.

—¿Eso crees? ¿Que ella podría tener un futuro conmigo? —murmuró Simon. Había pensado que el escocés estaba bromeando, pero parecía que lo decía completamente en serio.

—Sí, lo sé —insistió Ewan—. Y sé también otra cosa.

Simon lo miró de frente.

—¿Qué cosa?

—Que la quieres.

Rafe contuvo una exhalación. Aquel golpe había sido directo. ¿Simon estaba enamorado de Lydia?

El vizconde no se movió, pero en su cara, advirtieron tanto Ewan como Rafe, apareció un gesto de… de… de algo, como una fisura.

—No es verdad.

Ewan gruñó.

—No me mientas.

—No te miento —respondió Simon, más bajo—. No la quiero de esa forma.

—Entonces explícame —Ewan golpeó el aire con la mano— por qué has estado pegado a ella como una sombra durante años.

Simon cerró los ojos un segundo, como si aquello le cansara por dentro.

Rafe intervino con voz serena.

—Si la respuesta es complicada, mejor dánosla de una vez y que sea sencilla, amigo. Morna no me ha enviado a Londres para escuchar rodeos.

—Los dos sabemos el motivo por el que yo siempre estoy pendiente de ella. No es amor, Ewan. Es por lo que tú y yo sabemos.

Rafe bufó.

—¿No me lo vais a contar? ¿Tan escandaloso es? —preguntó el esposo de Cat, quien sentía una curiosidad brutal.

—¿Y lo tuyo, Rafe? ¿Tan humillante es lo que sucedió en casa de los duques de Ravensvy como me imagino que debió ser?

—¿Quieres olvidarte ya de eso, Simon? —masculló.

—¿Y tú de lo que sucedió entre Lydia y yo?

—¿La profanaste y por eso debes protegerla? No, no sería eso, porque si lo fuese estarías eufórico porque tu primo tuviese algo que ya fue tuyo… A no ser que te hayas enamorado y no puedas olvidarla, lo cual tampoco tiene sentido porque no se la darías… A menos que tus ansias de darle una lección a Azrael superen tu amor por Lydia. ¿De qué se trata, Simon? —preguntó atónito Rafe.

—No digas sandeces o me levantaré y pensaré que eres mi primo antes de asestarte el primer puñetazo para darte con más fuerza.

—¿Ves, Simon? —intervino Ewan—. Estás enfadado con tu primo porque va a tener a la mujer que quieres. No debes dejarlo ganar.

—Ese truco no te servirá, Ewan. Sé lo que pretendes. No. Lo de Azrael y yo viene de largo, no es por Lydia.

—Está bien. Tal vez no haya despertado el amor todavía, pero no me niegues que ella te interesa. He visto cómo la miras.

—¿Cómo la miro? —Simon no creía que fuese de modo indecente.

—Con hambre —Sorpresivamente la intervención provino de Rafe.

—¿Disculpa? —Simon no daba crédito.

—Ya me has oído. He visto lo mismo que Ewan, Simon. No tiene sentido no decirlo abiertamente. Ella te interesa. Aunque no estés dispuesto a reconocerlo, es así.

El vizconde Trowbridge exhaló despacio y se pasó la mano por la nuca, un gesto rarísimo en él. No solía dejar patente su nerviosismo. Alzó la vista hacia Ewan, y en sus ojos había cansancio.

—Llegué tarde. Lydia está en esa situación porque llegué tarde. Ya está. Ya lo he confesado —alegó Simon lleno de una angustia tremenda.

Ewan frunció el ceño.

—¿Tarde a qué?

Simon apretó los labios. Rafe notó que estaba eligiendo qué parte de la verdad podía salir sin incendiarlo todo. Lo conocía bien. No tan bien como a Azrael, pero lo suficiente como para saber que había detrás de esa afirmación una historia que lo avergonzaba.

—Hubo un hombre —dijo al fin—. Un bastardo.

Ewan se tensó.

—Explícate. Cuéntalo todo y di quién era ese bastardo.

—Da igual su nombre —lo cortó Simon—. Lo importante es lo que intentó.

Rafe inclinó la cabeza, atento.

—¿Intentó hacerle daño a Lydia, Simon?

El aludido asintió una vez.

—La noche en la que se anunció el compromiso con Azrael hubo un incidente. Alguien urdió una especie de plan para obligarla a casarse con él. Preparó una escena, un escándalo. —Los ojos de Simon se endurecieron—. Lydia estuvo en peligro, aunque salió ilesa. Pero yo… llegué tarde.

Ewan dio un paso hacia él. Estaba furioso.

—¿Debo suponer que Azrael llegó a tiempo? —cuestionó el escocés.

—Sí. Él no le falló, yo sí.

Ewan cerró los ojos, como si se le clavara algo.

—¡Maldita sea! Exijo saber quién pretendió hacerle daño.

—No te lo diré porque ya me he ocupado del bastardo.

Rafe arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—No está muerto. Lo estaría si ella hubiese sufrido algún daño físico, solo… decidí que tenía que darle una lección. Contraté a gente —respondió Simon, seco—. Gente que no hace preguntas. Le dieron su merecido. No volverá a acercarse a ninguna mujer con intenciones poco decentes.

Ewan lo observó con mucha atención.

—Siempre tan correcto, Simon. Incluso para romper piernas lo haces sin ensuciarte las manos.

—No tengo tu fuerza, Ewan, pero sí dinero y contactos. Hay cosas que no necesito hacer por mí mismo si sé que otros las harán mucho mejor que yo —le explicó al escocés.

Rafe soltó un resoplido breve.

—Estás narrando el suceso a cuentagotas. Di lo que sucedió en realidad.

Simon bajó la mirada un instante, y esa pequeña rendición resultó más potente que cualquier discurso.

—Cuando localicé a Lydia, ella estaba en los brazos de mi primo y el bastardo en el suelo. —No les contaría que por un instante, cuando ella lo abrazó, creyó que… No. Mejor no decir nada sobre esa cuestión—. Cuando comprendimos lo que ese sapo

pensaba hacer, Azrael se ofreció de inmediato a casarse con ella para salvarla.

Ewan se quedó quieto.

—¿Qué?

—Lydia está enamorada de mi primo —dijo Simon, y las palabras salieron como si le raspasen la garganta—. No fue un capricho. No fue una reacción al miedo. Lo llevaba dentro desde hacía tiempo. Ella no se lo pensó demasiado. Aceptó de inmediato.

—¿Te ofreciste, Simon? —inquirió Ewan.

—No hizo falta hacerlo. Lydia ya lo había decidido en el mismo momento en el que mi primo le ofreció lo que creo que ella lleva soñando desde hace mucho tiempo. Así que no me pidas que intervenga, porque no puedo ni deseo arrancarle la felicidad, Ewan.

—¿Crees que Azrael puede cambiar tal y como lo ha hecho Rafe? ¿Podría hacerla feliz? Responde con sinceridad, deja a un lado el odio que sientes hacia él, Simon, te lo ruego. —Ewan necesitaba un poco de luz sobre el asunto.

—No lo sé, amigo mío. Siempre consideré que Rafe estaba tan podrido como mi primo…

—¡Oye! —lo amonestó el aludido.

—Sin embargo, lo has visto con tus propios ojos, Ewan. Si Catriona le pidiese que saltase por un acantilado, él se limitaría a preguntar por cuál.

—¿Y qué hay de malo en eso? —escupió Rafe—. Ewan mismo me acompañaría en el salto si su esposa decretase que él también tendría que hacerlo.

—Nunca haré enfadar tanto a Constance para que me pida algo así —se defendió el escocés.

—Es cierto —tomó la palabra Simon—. Te casaste con ella a traición y no pidió tu cabeza sobre una bandeja de oro.

—La expresión es en bandeja de plata —lo corrigió su mejor amigo—. Además no estamos hablando de Rafe o de mí. Necesito saber si debería darle un voto de confianza a Azrael.

—Mi primo ha sufrido muchísimo. Lo reconozco. Yo también, pero él… Benedict más. Perdió a su madre y luego a otra mujer muy importante para él.

—¿Vas a contarnos la verdad sobre vuestra relación ahora? —preguntó con suavidad Ewan.

—No. Ya tenemos suficiente dramatismo con Lydia. Lo dejaremos para otra ocasión. Me has pedido mi opinión sobre la futura boda. Te diré que Lydia podría hacerlo cambiar.

—¿Debo dejar que se casen?

Simon alzó los hombros a modo de incertidumbre.

—Solo el tiempo podrá decirte si tomaste la decisión correcta no interviniendo. Ella parece estar segura de su decisión y no es una mujer tan ingenua como uno pensaría. Creo que sabe que tendrá que vivir con las consecuencias de sus actos y lo ha aceptado.

Ewan respiró hondo, como si estuviera tragándose un rugido.

—Entonces, ¿me estás diciendo que no vas a hacer nada? ¿No lucharás para ver si ella te elige sobre tu primo?

—Ya he hecho lo único que podía —respondió Simon—. Me ocupé del hombre que quiso destruirla. Y me aparté cuando ella eligió lo que más deseaba. Llevo luchando contra esa relación desde que supe que Azrael se había fijado en ella y no he logrado más que ponerme a Lydia en mi contra. Me detesta de un modo que…

—Es cierto —lo interrumpió Rafe—. Te odia. —Lo cual le valió para que Simon bufase y Ewan lo mirase con reprobación—. ¡Vamos, lo hemos visto todos! Ella siempre se ha mantenido a distancia cuando él nos visitaba en Dunrath.

—Supongo que está todo dicho. Vámonos, Rafe. Veo a un hombre que se ha rendido ya —murmuró Ewan.

—Rendido no. He aceptado la elección de una dama —lo rectificó Simon.

—Lo mismo es. Una excusa. Quédate de brazos cruzados y acepta que Azrael te ha ganado en tu propio terreno. Y no me digas que no la quieres, amigo mío, porque cuando a un hombre le importa una mujer se sacrifica.

—No puedes llamarme cobarde y a la vez dar a entender que estoy siendo honorable porque ella me importa.

—Piensa lo que quieras, Simon. ¿Rafe?

—Sí. Vámonos. Aquí no podemos hacer nada. Supongo que los dos nos tendremos que acostumbrar a que Azrael nos relate cada día el modo tan brillante con el que le ganó la mano a Simon.

—Sois un par de desgraciados. No os servirá de nada tratar de enfurecerme.

Rafe se encaminó hacia la puerta, seguido de Ewan, y, antes de salir, miró a Simon por última vez.

—Si Morna me obligó a venir a Londres a toda prisa, esto solo ha empezado.

Simon no lo negó. Se quedó en su despacho, solo, con la casa completamente en silencio y una sensación que ya no se parecía al control, sino a la derrota.

***

Aquella tarde, el duque de Wynthorpe irrumpió en el salón de los señores MacCrae como un vendaval.

No llevaba barro en las botas, pero sí el aire de un hombre que había recorrido un largo camino sin que la furia y la determinación lo abandonasen. La levita le sentaba impecablemente. El ceño, no.

Constance, sentada con la espalda recta, sostenía la taza de té como si la porcelana pudiera servirle de escudo. Lydia, en cambio, era consciente de que su hermano no había llegado para conversar civilizadamente. Había ido para dictar sentencia.

—¿Qué vamos a hacer al respecto? —exigió Henry, sin saludo previo, sin cortesía, sin ese barniz social que tanto le gustaba exhibir ante la aristocracia, independientemente de que ellas fuesen de su familia.

—Buenas tardes, Henry —dijo Constance, serena—. Me alegra comprobar que la etiqueta no te ha hecho daño por el camino.

El duque giró la cabeza hacia ella como si acabase de descubrir que la chimenea tenía voz.

—No te burles de mí, Constance.

—No me burlo. Me protejo —replicó, con la calma de quien había visto tempestades peores—. ¿A qué debo el honor de tu… entrada triunfal?

—A que mi hermana se ha comprometido con un hombre que se hace llamar como el ángel de la muerte —escupió Henry—. A que Londres entero lo comenta. A que nuestra reputación está colgando de un hilo y tú… tú lo has permitido.

Lydia apretó la mandíbula. Se quedó quieta, porque conocía esa faceta autoritaria de Henry.

Constance dejó la taza en el platillo con un golpe apenas audible.

—No he permitido nada. Y, desde luego, no lo he alentado.

Henry soltó una carcajada breve, sin humor.

—Oh, claro. Tú no alientas. Tú solo miras, asientes, organizas… y luego finges sorpresa cuando el mundo se cae. Admirable talento.

—Si has venido a echarme la culpa de lo que Lydia ha decidido, te advierto que tengo una lista de razones para devolverte —dijo Constance, con una sonrisa tan fina que podría cortar pan—. Y me temo que tu paciencia no dará para leerla entera.

Henry clavó los ojos en Lydia por primera vez.

—No habrá boda.

La frase cayó como un trueno en medio de una gran tempestad.

Lydia sintió cómo el pecho se le llenaba de fuego. No dijo nada todavía. Se permitió escuchar un segundo más; fue como si se estuviese asomando al borde del precipicio antes de saltar.

—Henry… —empezó Constance.

—No —la cortó él—. No me pidas calma. No me pidas comprensión. No me pidas que acepte que mi hermana se case con un libertino sin fortuna que se pasea por burdeles, apuesta como si el demonio le pagara las deudas y se cree intocable porque se ha puesto un apodo dramático.

Lydia alzó la barbilla.

—Qué curioso. Si hubieras descrito a un tercio de tus amigos del club, te habría salido el mismo retrato. Solo que a ellos los invitas a cenar.

Henry se volvió hacia ella, lenta y peligrosamente.

—Cualquiera de esos que acabas de calumniar vale más que el que dicen los periódicos que es tu prometido.

—Esa es la palabra, Henry. Prometido. Es mi prometido —replicó Lydia, y su voz sonó más firme de lo que se sentía por dentro. Se levantó.

Constance inspiró despacio. Lydia notó que su tutora estaba tensándose, como si contuviera una réplica que le quemaba la lengua.

Henry ignoró la mirada de Constance y siguió con la guerra.

—Te lo prohíbo. —Lo dijo como si su palabra fuese la ley.

Lydia soltó una risa corta, incrédula.

—¿Me lo prohíbes?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer si no obedezco? —preguntó Lydia—. ¿Encerrarme en el campo? ¿Separar mi cabeza del cuerpo para que no me dé por pensar? ¿Ponerme un candado y colgarte la llave al cuello? No, hermano. Hubo un tiempo en que hubiese hecho cualquier cosa para tener tu aprobación. Con el paso de los años comprendí que

jamás sería suficientemente buena para ti. He decidido vivir mi vida según mi propio criterio y cuento con suficiente apoyo para hacerlo.

El duque dio un paso hacia ella. Lydia no retrocedió.

—No te convertirás en un escándalo. Te salvaré de ti misma si es lo que debo hacer —dijo él, con seguridad—. No voy a permitir que mi familia…

—Tu familia —lo interrumpió Lydia—. Qué expresión tan preciosa para alguien que siempre me recordó que yo existía para servir a la familia. ¿Sabes lo curioso, Henry? Que cuando te conviene, soy parte de ella, pero la mayoría de las veces lo olvidas.

Constance volvió a hablar, por fin, con un tono más serio:

—Henry, yo tampoco estoy a favor de ese matrimonio.

Lydia giró la cabeza hacia ella, sorprendida. El duque se aferró a la frase como si fuese un arma.

—¿Lo ves? Hasta ella lo admite. —Señaló a Constance—. La única persona que debía vigilarte, Lydia, está de acuerdo conmigo.

La señora MacCrae no se movió. Miró a la joven.

—Estoy de acuerdo en que Azrael es un riesgo muy alto —dijo, y sus ojos regresaron a los del duque—. No estoy de acuerdo en que puedas tratarla como a una niña.

—Yo la trato como a lo que es: una dama con obligaciones —espetó Henry.

Lydia sintió una punzada en el pecho. Esa última palabra le había puesto grilletes desde la infancia.

—¿Obligaciones? —murmuró, y algo en ella se rompió en su interior—. Perfecto. Entonces hablemos de obligaciones. Hablemos de las tuyas.

Henry frunció el ceño.

—No te atrevas a discutir conmigo, Lydia. No te gustarán las consecuencias.

—Me atrevo. —Lydia dio un paso hacia el centro del salón, como si por fin hubiese dejado de estar sentada en su propia vida—. Porque estoy cansada. Cansada de que decidas lo que debo sentir, lo que debo hacer y con quién debo casarme. Y ahora cansada de que hasta Constance me mire como si la felicidad fuese una trampa, y de que tú me mires como si yo fuese un error que hay que corregir. —Constance apretó los labios. Henry abrió la boca, pero Lydia lo frenó con la mano alzada—. No. Me toca hablar a mí y a ti escuchar. —El duque se quedó inmóvil, y esa inmovilidad, en él, fue casi más alarmante que un grito—. Has venido aquí hecho un

basilisco —continuó Lydia—, echándole la culpa a Constance, acusándola de haber permitido que yo tome mis propias decisiones, porque eso es lo que ha ocurrido. Yo he decidido lo que quiero. —Se giró para mirar a la esposa de Ewan—. Y tú, la mujer que ha sido como una madre para mí, te has quedado callada cuando él ha dicho que no habrá boda.

La señora MacCrae se tensó.

—Lydia…

—¿Sabéis lo que veo cuando os miro? Veo a dos personas diciéndome que debo obedecer… mientras guardan secretos como si yo no tuviera derecho a conocer ni mi propia realidad.

Henry enarcó una ceja, de modo muy frío.

—¿Qué secreto?

Lydia sonrió, pero no fue una sonrisa bonita.

—Hipócritas —dijo, suavemente, y la palabra que le había salido fue lanzada como una piedra—. Los dos.

Constance palideció. El duque frunció el ceño con desconcierto, como si por primera vez una variable no encajara en su ordenada vida.

—No sé qué estás insinuando —gruñó.

—Claro que lo sabes —repuso Lydia.

Constance se levantó y dio un paso hacia la joven.

—Lydia, por favor, tienes que comprender que tu hermano y yo nos preocupamos por ti. No queremos verte sufrir. Eso es todo.

Henry clavó la mirada en Constance.

—¿De qué demonios habla? Trato de protegerla y a cambio recibo insultos.

Lydia se volvió hacia su tutora y la miró con un brillo desafiante.

—No te preocupes, no voy a decirlo para hacerte daño. Voy a decirlo porque estoy harta de ser un títere en manos de los demás.

El duque de Wynthorpe golpeó el suelo con la bota para mostrar su impaciencia.

—¡Lydia! —la llamó al orden para que se comportara tal y como se esperaba de la hija de un duque.

La joven lo miró de frente.

—Constance no es solo mi tutora. —Respiró hondo, y el corazón le latió con una furia extrañamente liberadora—. Constance es tu hermana. Y también la mía. Aunque te moleste. Aunque no sea conveniente. Aunque sea ilegítima.

El silencio que siguió fue tan absoluto que Lydia oyó su propia respiración.

Henry se quedó inmóvil. Por un instante, su cara perdió esa máscara de control y asomó algo crudo.

—¿Se lo has dicho tú, Constance?

La señora MacCrae cerró los ojos un instante.

—No —negó con rapidez.

—Entonces, ¿cómo…? —empezó el duque, pero las palabras no llegaron más allá de lo espetado.

Lydia soltó una exhalación amarga.

—Lo descubrí hace años. No porque tú me lo contaras. Ni porque tú, Constance, decidieras que yo merecía saber la verdad. Lo descubrí porque escuché una conversación que no debía oír.

La señora MacCrae abrió los ojos por completo. Se veía muy tensa.

—¿Qué conversación?

—Eso no importa —dijo Lydia—. Lo que aquí está sobre la mesa es que tengo derecho a cometer mis propios errores.

Henry apretó los dientes.

—Imposible. No te veré caer, Lydia.

—Lo que deberíais haber hecho ambos es haber sido sinceros conmigo y explicarme la verdad cuando la descubristeis. —Constance y Henry intercambiaron una mirada cómplice—. Oh, sí, estoy al tanto de todo lo referente a la relación de mi padre con la madre de mi tutora y de cuándo Henry lo descubrió. Me creéis tan débil que no quisisteis explicarme la verdad sobre mi propia familia, y me hubiese llevado el secreto a la tumba, pero no pienso consentir que vosotros dos me deis lecciones sobre la moralidad cuando mi propio padre buscó la cama de una mujer mientras mi madre estaba enferma. No. He tomado una decisión y la respetaréis si no queréis que esto se convierta en una batalla que solo yo puedo ganar.

Henry miró a Constance. La acusación silenciosa pasó entre los dos como una carta marcada.

Constance habló al fin, despacio, con la voz controlada:

—No era tu carga, Lydia.

La joven soltó una risa breve.

—Qué generosidad. Me ocultáis la verdad por mi bien, pero me exigís que me case con otro hombre al que no amo por mi deber. —Se acercó un

poco a ellos—. ¿Sabéis qué? No, y es mi última palabra.

Wynthorpe respiró hondo, trataba de recuperar la compostura

—Mi único pecado es querer protegerte, Lydia. Te permití vivir con Constance porque además de la voluntad de nuestro padre era también tu mayor deseo. He investigado a ese hombre, hermana, te destruirá en un pestañeo. Ya arruinó a otra dama por venganza. Te lo ruego —se escuchó decir con humildad—, no le des ese poder. En cuanto seas su esposa, solo prevalecerá su voluntad.

—Entonces cambiaré la tuya por la de él, Henry.

—Constance, haz algo —le pidió el duque.

—Lydia, respetaré tu decisión, pero ahora que todo ha saltado por los aires no puedo quedarme callada. Por favor, aunque no puedas creer que tu hermano y yo solo pretendemos salvarte, ¿podrías al menos darte un tiempo para conocer mejor al hombre con el que deseas pasar el resto de tu vida? No precipitemos las cosas. Solo… conócelo y determina si es quien piensas que es.

—Cuando Ewan apareció, ¿no supiste que él era el hombre que deseabas? ¿Y tú, Henry? Saliste un día de casa y regresaste al siguiente con tu esposa colgada del brazo. Aceptad mi decisión o mandadme al cuerno. No tengo más que decir.

Y después de eso, salió de la salita de mañana como una reina tras haber decretado su santa voluntad.

Constance y Henry se miraron con suma consternación.

Nada se podía hacer. Los dos lo sabían, porque en caso de intervenir, su hermana no los perdonaría jamás. La conocían lo suficiente como para saber eso.

Capítulo 4
El día de la boda

Había llegado el día más feliz de su vida. Aquella estancia olía a cera fría, a lino planchado y a esa humedad celestial que parecía vivir en todas las iglesias aunque fuera un día cálido y el sol estuviese empeñado en ofrecer bondad. Lydia estaba allí, apartada de la nave central, en la pequeña sala de la sacristía donde habían decidido que esperase con decoro, como si el decoro pudiera sostenerle el pulso cuando el mundo iba a arder.

Llevaba encaje en las muñecas, un velo corto que le caía por la espalda y un ramo demasiado perfecto para una mañana que no lo era.

Al otro lado de la puerta, la música del órgano llegaba amortiguada, como un corazón que latía lejos. Se colaban también carraspeos, el murmullo inquieto de bancos ocupados o el roce de

los zapatos sobre el mármol. La ciudad entera aguardaba… y su prometido no aparecía.

Constance caminaba alrededor de Lydia con una seguridad envidiable. Le alisó una arruga inexistente del vestido y le recolocó una horquilla con la precisión de una mujer que, si el mundo se ponía a arder, todavía tendría tiempo de ordenar las cenizas por tamaño.

—Solo se habrá retrasado —dijo, por tercera vez—. Ya sabes cómo es Londres cuando decide… complicarlo todo.

Lydia no se volvió. Tenía la mirada fija en un punto de la pared, en una grieta diminuta que no recordaba haber visto al entrar y que, aun así, le parecía lo único sincero de aquella mañana.

—No es un retraso.

Constance se detuvo detrás de ella, y su pupila notó la tensión.

—Lydia…

—No, Connie. —La frenó sin alzar la voz, pero con una firmeza que hasta a ella le sorprendió.

La señora MacCrae le sonrió.

—Hacía mucho tiempo que no me llamabas así, Lydia.

—Ewan comenzó a llamarte por tu nombre completo y supuse que te gustaba más —le explicó—. Esto va a ser un desastre —advirtió, retomando el asunto de la ausencia de Azrael en la iglesia.

—Seguro que ha ocurrido algo y que…

—No me digas que se le habrá roto el carruaje, ni que habrá perdido un guante, ni que se le habrá caído el cielo encima. Las dos sabemos que no vendrá.

Constance suspiró despacio.

—Podría tener una indisposición. Un hombre puede ponerse enfermo.

—Azrael no es de los que se ponen enfermos, estoy segura. —Lydia soltó una risa breve, sin alegría—. Si se cayese, arrastraría el suelo con él.

Connie se acercó.

—Quizá… quizá le haya surgido algo. Un asunto. Una urgencia.

Lydia cerró los ojos un instante. Sentía el peso del velo, del encaje, del ramo. El peso de todas las miradas al otro lado de la puerta, impacientes por ver una ceremonia y no una humillación.

—Es el día de su boda —murmuró la novia —. ¿Qué podría haber más importante?

Constance se quedó quieta. Cuando volvió a hablar, su voz salió más baja:

—Dale cinco minutos más.

Lydia abrió los ojos y, por fin, miró a su tutora. Constance intentaba sostenerle la realidad con las dos manos, como si pudiera evitar que se rompiera por pura voluntad. Era el mismo afán que había tenido cuando Lydia era niña, cuando la consolaba por una crueldad de Henry, cuando le decía que todo pasaría.

Solo que aquello no iba a pasar. Aquello iba a permanecer para siempre.

—Necesito ver a Simon —dijo Lydia.

Constance se quedó helada, como si Lydia acabase de pedirle que rezara en gaélico delante del arzobispo.

—¿A Simon?

—Sí.

—¿Para qué?

Lydia apretó el ramo con fuerza. Las flores crujieron un poco, discretas, obedientes. Ella no.

—Debo hablar con él —contestó—. Por favor, mira que no se haya escabullido. Lo vi cuando entré en la iglesia, confío en que todavía esté.

Constance dio un paso hacia ella.

—Lydia, ¿qué pretendes? —preguntó recelosa.

—Iba a casarme con un hombre que no vendrá, Constance, no tengas miedo. Lo peor ha sucedido ya.

—En algún punto te hiciste mayor ante mis propios ojos y no quise darme cuenta. Eres una gran mujer, no lo olvides nunca, Lydia. Y jamás dudes de que todo lo que he hecho, todo lo que haga, siempre será porque te quiero más que a mi vida. Has descubierto que eres mi hermana y me alegro. No te lo dije para no hacerte daño, sé cuánto has idolatrado siempre a tu padre.

—No hablemos de eso, Constance. Déjalo en el pasado. Todo está bien entre nosotras. Incluso con Henry.

Hubo un golpe suave en la puerta, indeciso, como si hasta el sonido pidiera permiso para interrumpirlas. Constance se giró de inmediato, agradecida por cualquier estorbo que la librara de aquella conversación. Lydia no se movió.

—¿Sí? —preguntó Constance.

La puerta se entreabrió apenas. Se asomó en el quicio el rostro del vicario, pálido, sudoroso, con la mirada de un hombre que preferiría confesar

adulterios antes que gestionar un escándalo con la hermana de un duque.

—Señora MacCrae… —susurró—, los invitados empiezan a impacientarse. ¿Debo…?

Lydia se adelantó un paso.

—Necesito unos minutos más.

El ministro de Dios miró a Constance, buscando autoridad. La tutora de la joven asintió con rigidez y luego le dijo:

—Unos minutos. Solo… unos minutos más.

La puerta volvió a cerrarse con cuidado, para evitar que la iglesia entera pudiese derrumbarse.

Constance se volvió hacia Lydia.

—¿Llamo a Simon?

La novia le sostuvo la mirada.

—Sí. Ahora, por favor.

—De acuerdo —murmuró—. Pero prométeme una cosa.

—¿Cuál?

Constance tragó saliva con cierta dificultad.

—Que pase lo que pase… no te derrumbarás. Saldremos de esta, te lo juro por el amor que siento por ti.

Lydia sonrió.

—Sé que me salvarás siempre, pero tienes que comprender que yo también sé cómo salvarme, Constance.

—Una mujer. Eres toda una mujer —repitió.

La esposa de Ewan soltó una exhalación que pudo haber sido un sollozo, y salió. Lydia se quedó sola.

El órgano seguía emitiendo sonido. Los murmullos crecían, se apagaban, volvían… La joven notaba cómo el tiempo se estiraba hasta volverse una crueldad. En algún momento, oyó pasos rápidos en el pasillo, una voz baja, un intercambio de palabras que no alcanzó a comprender. Luego, silencio.

Y entonces, de nuevo, la puerta.

Esta vez se abrió con un movimiento más firme.

Simon Beresford apareció en el umbral. No se le veía con la serenidad habitual que lo caracterizaba. Tenía el cabello ligeramente revuelto, la mirada más oscura de lo normal, la boca apretada como si hubiera estado conteniendo algo desde hacía días y se hubiera quedado sin fuerzas para seguir

fingiendo. Cerró la puerta tras de sí con cuidado, pero el gesto no tuvo nada de delicado. Fue… definitivo.

Lydia lo miró sin moverse. El ramo, a punto de hacerse trizas en sus manos debido al nerviosismo.

—*Milady* —la saludó con suma formalidad, y su voz sonó demasiado alta para un lugar sagrado.

Lydia levantó el mentón.

—Está de más la formalidad ahora mismo entre ambos. ¿No te parece?

Simon se quedó inmóvil un segundo.

—Como desees. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ella dio un paso hacia él, despacio, como si el suelo pudiera traicionarla. Sentía que el corazón le golpeaba contra las costillas, rabioso.

—Cuando llegué a Londres para casarme tenía muy claro que solo daría el paso por amor. Deseaba conocer el amor. Quería conseguir lo que Constance y Catriona tienen. Elegí con el corazón cuando tuve la oportunidad. Está más que claro que me equivoqué.

—No has respondido a mi pregunta, Lydia. ¿Por qué estoy aquí?

—Sálvame, Simon. Sálvame ahora —le pidió con sinceridad.

—¿Disculpa? —Seguro que no la había escuchado bien.

—Desde que estoy en la ciudad he visto cómo las madres arrojan a sus hijas a tus pies. No es solo por tu título o fortuna. Es porque saben que eres un hombre en el que se puede confiar. Yo confío en ti, Simon.

—Has elegido un momento muy significativo para comenzar a hacerlo.

—¿Vas a dejar que caiga?

—Yo no he dicho eso.

—Sabes tan bien como yo lo que implicará salir de aquí como una novia abandonada. Puedo regresar a Escocia, pero no soy ninguna cobarde, así que no lo haré. Me quedaré en la ciudad y les plantaré cara a todos.

—Dilo, Lydia —la retó.

—¿Tu orgullo necesita que el mío se quiebre, Simon?

—No. Solo quiero saber con certeza lo que estás proponiéndome.

—Dudo que solo sea eso. Supongo que mereces que me muestre humilde después de todo lo que ha sucedido.

—Sigo sin oírte decir lo que pretendes —le advirtió.

—Creía que eso estaba más que claro. Bien. Me gustaría que aceptases casarte conmigo, Simon. Hoy mismo si fuese posible. No sé cómo podríamos solventar el inconveniente de que las amonestaciones que declaraban que… que él y yo íbamos a… En fin, sé que te estoy pidiendo demasiado, pero creo que no sería tan terrible que nos casásemos si lo consintieses. En algún momento necesitarás un heredero y vine con la única idea de casarme esta temporada. Desde que llegué no he visto que sintieses admiración por alguna dama, así que…

—¿Un matrimonio sensato, seguro, en el que quede claro desde el principio lo que esperamos el uno del otro, Lydia? ¿Es eso lo que tienes en mente?

—¿Por qué no? Sé que seguramente desearías verme ahora mismo en el infierno por no haber hecho caso de tus advertencias, pero también sé que de algún modo, yo te importo. ¿Está mal que te lo haya pedido, Simon? No me pareces un hombre al que alguien obligaría a hacer algo que no quisiera ni por compromiso.

—Desde que te vi por primera vez en Hyde Park, cuando solo eras un proyecto de mujer, sabía

que me traerías problemas. Sí, Lydia. Nos casaremos hoy porque no puedo verte sufrir.

Ella asintió y cerró los ojos. Por fin pudo respirar con alivio. Lo volvió a mirar.

—Tienes mi juramento. Haré que no te arrepientas de tu decisión.

—No estoy tan seguro de que puedas lograrlo. Me conformaré con que seas tú la que no te arrepientas. Ahora es necesario que comprendas lo que será tu vida si salimos ahí fuera y logro convencer a Constance y a tu hermano de que me den su consentimiento.

—Lo harán. Sé que lo harán.

—Bien. Entonces, espero de ti que siempre te comportes como lo que eres: una auténtica dama, la hija de un duque. Me acompañarás a todas las fiestas y reuniones en las que considere que debes estar.

—Hasta ahora, me parece todo perfecto.

—Y no habrá amantes, Lydia. Ni cuando me hayas dado hijos ni nunca.

—¿Las tendrás tú? —se atrevió a preguntar.

Él se quedó callado un momento.

—¿Qué harías si las tuviera? —inquirió con seriedad y mucho interés.

—Te he considerado siempre brutalmente sincero. Confío en que esa cualidad no cambie nunca, así que si me dices que piensas tener una esposa y otra mujer que te caliente la cama, te diré que prefiero andar por las brasas del infierno descalza. No podría casarme contigo.

—En cambio, sí que ibas a casarte con Azrael, quien es conocido por sus múltiples escarceos. ¿O te dijo que pensaba serte fiel?

—No. Nunca me dijo que lo sería —le dijo con humildad.

—¿Y por qué tengo yo que jugar con reglas diferentes a las que aceptaste con él? ¿Qué pasará si te niegas a cumplir con tus deberes conyugales?

—Tú no eres él.

—Eso es indiscutible.

—No quiero que tengas a otra mujer, Simon —murmuró.

—¿Por qué?

—Porque he descubierto que no quiero que mi esposo esté con nadie más que conmigo, y si vas a recordarme otra vez quién es tu primo, puedes irte al…

—Cuidado, Lydia —la frenó—. No estás en posición de hacerme enfadar.

—No, supongo que no.

—¿Por qué yo? ¿Por mi increíble atractivo? ¿O porque soy el único amigo de Ewan que sigue libre después de que mi primo haya decidido abandonarte? —La crueldad de sus palabras no podía esconder la verdad. Ella aceptó la crítica.

—No te tenía por un hombre vanidoso, aunque me imagino que tratarás de castigarme por cómo ha ido todo. Cuando nos casemos, ¿cuánto tiempo tendré que soportar tus impertinencias?

—Merecidas impertinencias, Lydia —la corrigió.

—¿Cuándo me absolverás? ¿O serás honesto conmigo y me confesarás que nunca podrás perdonarme por haber desoído tus advertencias sobre él?

Lord Trowbridge le sonrió.

—Supongo que tendrás que arriesgarte y ver lo que sucede. ¿Estás preparada para el reto que será casarte con un hombre al que detestas para salvarte?

—Simon, yo debería confesarte que… —comenzó a decir ella.

No hubo tiempo para nada más. La puerta se abrió para dar paso a Ewan, Constance, Rafe y al duque de Wynthorpe.

Simon se giró hacia ellos y los miró divertido.

—Cambio de planes; felicitadme porque *lady* Lydia será mi esposa.

—¿Qué? —soltaron todos.

—Vamos, salvo el duque de Wynthorpe, todos conocemos a Azrael muy bien, así que no deberíais asombraros de lo que os acabo de contar. Y menos cuando os diga que vine prevenido.

—¿Prevenido? —inquirió Ewan.

—Una cara licencia especial lista para usar. Necesitaremos el permiso de Constance y del duque porque mi recién nombrada prometida no ha cumplido los veintiún años todavía, por supuesto. Aunque imagino que no habrá impedimento alguno. Soy conocido en Londres por tener una reputación de hierro. —Se giró de nuevo para mirar a Lydia—. ¿Nos casamos, hermosa? —le preguntó, al tiempo que le ofrecía su brazo.

—¿Sabías que él no vendría? —preguntó solo para sus oídos.

—Lo supuse —le confesó.

Lydia apretó la mandíbula, pero no le dijo nada. Comprendió que el muy ladino ya había tomado la decisión de salvarla antes de que ella comenzase a arrastrarse a sus pies.

Nadie se opuso a que el novio fuese relevado. Mejor ese escándalo que otro en el que ella fuese plantada frente al altar.

***

Casada. Se había casado.

Lydia apenas podía creerlo mientras el carruaje avanzaba con un traqueteo constante, como si Londres se negara a admitir que el mundo acababa de cambiar para siempre. Era una mujer casada. La vizcondesa Trowbridge. Y la alianza de bodas, discreta y fría contra su piel, se lo recordaba con una insistencia implacable cada vez que movía los dedos. Simon había ido a su boda completamente preparado para todo. ¡Increíble!

¡Se había casado con Simon!

Había recitado sus votos con un hombre que había estado a su lado con una naturalidad casi insolente, como si no hubiera sustituido a su primo en el último instante, como si aquello no hubiera sido

un incendio sofocado a base de aplomo y papel sellado. Simon no había titubeado. Tampoco había buscado su mirada mientras el ministro de Dios los casaba. Había pronunciado sus votos con esa voz tan pulcra y serena que lo caracterizaba, y Lydia tuvo la sensación de que, si el techo de la iglesia se hubiera desplomado, él habría seguido ahí, firme, sosteniéndolo con pura obstinación.

Y lo más desconcertante fue que ella también se mantuvo en pie.

Recordaba los rostros de los invitados más importantes como fogonazos entre la bruma: Constance rígida, pálida y orgullosa a la vez; Henry con la mandíbula apretada, el basilisco domesticado a fuerza de reputación; Ewan más tranquilo, aliviado más bien; Rafe observándolo todo como si ya estuviera decidiendo en qué momento regresaría al castillo de Dunrath. Y, entre todos, Simon, sin una sola grieta en su gesto, como si aquello no fuese a ser un escándalo, como si en realidad fuera un plan cumplido a las mil maravillas.

Lydia no se sintió tan inquieta como había supuesto que estaría. La presencia de Simon a su lado, sólida, controlada e insoportablemente tranquila, la mantenía sobria. No la había cogido de la mano cuando terminó la ceremonia, ni tampoco le dio un gran beso, solo uno insignificante en la mejilla. No le ofreció ningún tipo de ternura, seguramente no sabía darla en público y estaba segura de que él iba a estar resentido con ella durante una buena temporada, así que le iría mejor no esperar ningún gesto en ese sentido. Pero su mera presencia, la

forma en que ocupaba el espacio a su lado, había gritado algo con más contundencia que cualquier declaración.

No la había dejado caer. No se había equivocado con él.

Casada. Y, por primera vez en mucho tiempo, Lydia no sabía lo que sentía en realidad, porque había elegido un destino que todavía no alcanzaba a comprender del todo.

Tras la ceremonia, tuvo lugar la celebración. El almuerzo nupcial había terminado con una velocidad sospechosa, como si hasta los platos hubieran comprendido que aquel día no convenía alargar nada que pudiera convertirse en un auténtico espectáculo.

Lady Lydia —no, *lady* Trowbridge— había sonreído, había aceptado felicitaciones, había permitido que la miraran con esa mezcla de curiosidad, envidia y lástima que solo Londres sabía destilar. Nadie parecía atreverse a mencionar el nombre del novio que no se había presentado. La ciudad tenía un talento perverso para fingir en público que lo indecente nunca había ocurrido… siempre que se le ofreciera una alternativa lo bastante respetable.

El carruaje los dejó ante la casa de él cuando el sol ya empezaba a esconderse. Simon la ayudó a bajar y se limitó a ofrecerle el brazo. Lydia subió los escalones con la espalda recta y la sensación de estar entrando en un territorio enemigo.

La fachada era impecable; las ventanas, discretas; el silencio, tan pulcro que parecía prohibir la respiración.

Dentro, la casa olía a madera recién encerada. El mayordomo los recibió con la expresión de un hombre que ya lo había visto todo en la vida y, aun así, preferiría no volver a verlo nunca más. No se sorprendió cuando la presentó como su vizcondesa.

—Hoy tenemos una cena bastante formal. Será a las ocho —le informó Simon, justo antes de proceder a dejarla sola.

Lydia frunció el ceño.

—¿Cena?

—Así es.

—¿Hoy? ¿El día de nuestra boda?

Él la miró sin mostrar ninguna emoción. Simon no pareció sentirse culpable. Eso también era muy propio de él.

—Debes comprender que no estaba seguro del todo de que fuese a convertirme en el sustituto de mi primo. Tenía una obligación importante que cumplir esta noche y no me pareció sensato variar mis planes, Lydia.

—¿Cuántos invitados?

—Tres caballeros.

—Pero eso no puede ser, Simon. Sabes tan bien como yo que las veladas deben ser pares, una mujer por cada hombre. La cita no será para nada tan formal como pretendes.

—Me basta con que te veas impresionante. No todos los días uno se casa con la hija de un duque.

—¿Seré un trofeo? —La pregunta le salió sin poder evitarla.

Simon alzó los hombros.

—¿Eres un trofeo por ser la hija de un duque?

—Olvida lo que he dicho —dijo antes de darse la vuelta para seguir al mayordomo, quien esperaba que la condujese a su habitación, dado que su flamante esposo parecía que iba en dirección a su despacho.

—¿Lydia?

—¿Sí?

—Necesito que los deslumbres; son socios con los que cuento para mis negocios. Tenemos entre manos un proyecto muy importante.

—Comprendo —dijo ella.

Y lo comprendía. Lo que no comprendía era por qué demonios aquel compromiso incluía su presencia. De acuerdo, sí, ya se lo había dejado claro, quería presumir de su alta nobleza, pero ella no estaba lista para seguir con su vida tan pronto.

—Nada puede salir mal esta noche —reiteró él.

—Si temes que salga corriendo por la escalera para esconderme en mi alcoba, puedes estar tranquilo; no lo haré. Como bien has dicho, soy la hija de un duque; me instruyeron para desenvolverme a la perfección en sociedad.

—Entonces espero que las cosas te salgan mejor que hasta el momento. —Y después de soltarle semejante afirmación, se marchó sin mirar atrás.

Ella suspiró. Paciencia. Se dijo que tendría que hacer acopio de toda su paciencia porque era del todo natural que él se sintiese dolido por el devenir de los recientes acontecimientos.

—Haré lo que deba. Se lo prometí —musitó en voz muy baja y solo para sí misma.

La habitación que le habían asignado —su habitación, se obligó a pensar— estaba en la primera planta, apartada del bullicio de la calle, como si la casa entera hubiera decidido que las emociones debían ocurrir en silencio.

Era amplia sin resultar ostentosa. Simon no decoraba para impresionar; decoraba para controlar, seguro. Las paredes lucían un papel pintado en tonos claros, con un motivo discreto de hojas y flores diminutas. Sobre la chimenea de mármol reposaban un reloj brillante y un jarrón de porcelana, alineados con una exactitud casi militar.

La cama, alta y perfectamente hecha, tenía colgaduras en un color suave y un dosel sencillo. En una esquina aguardaba un biombo para cambiarse con decoro; junto a la ventana, un pequeño secreter con la tapa inclinada, listo para redactar cartas que todavía no sabía si escribiría.

A la derecha de la chimenea, medio disimulada entre el panelado, estaba la puerta interior que comunicaba con la habitación de Simon. Lydia la reconoció sin sorpresa: era lo habitual en casas nobles donde los esposos podían mantener estancias separadas sin renunciar a la comodidad —ni a la etiqueta— de tener un paso privado entre ambos cuartos. No era una amenaza ni un misterio. Era una costumbre… y, en cierto modo, una declaración silenciosa de cómo funcionaba aquel mundo.

Suspiró. Sabía que Ewan y Constance compartían la misma cama cada noche. Lo mismo hacían Cat y Rafe. ¿Qué desearía Simon?

Sus baúles, que habían estado preparados para llegar a casa de Azrael, estaban ahí. En la de Simon. Una doncella la ayudó a desabrocharse el vestido que había sido testigo de la peculiar boda y a continuación se dio un baño. Para esa noche le había

pedido a la sirvienta que le planchase un vestido de noche, marfil y azul pálido, elegante. Lydia eligió la sobriedad a propósito. No iba a una fiesta; la cena iba a ser una prueba. Ella lo sabía muy bien.

El momento llegó. Cuando bajó, el reloj del vestíbulo marcaba la hora exacta. Simon ya la estaba esperando.

—Estás muy… adecuada —dijo él.

—Lo tomaré como un cumplido —replicó ella—. Al menos espero que lo sea en tu idioma.

—En mi idioma, es un cumplido. Sí —le confirmó.

Unos segundos después, el timbre anunció a los invitados.

Llegaron tres caballeros, todos con la misma mirada, la de hombres que olían inversiones incluso antes de que se sirviera el primer plato. El primero, el señor Hargreaves, tenía aire de comerciante y las uñas demasiado limpias. El segundo, sir Augustus Meyer, parecía banquero. El tercero, el señor Redmayne, quien buscaba invertir en un proyecto seguro, se apreciaba un hombre de mediana edad, sonrisa cortés y ojos despiertos.

Simon los recibió con esa frialdad impecable suya, como si la cordialidad fuese su única seña de identidad.

—Caballeros, les presento a mi esposa, *lady* Trowbridge.

Lydia inclinó la cabeza.

—Señores, sean bienvenidos.

Los tres intercambiaron una mirada rápida y contuvieron su sorpresa.

Sir Augustus le besó la mano enguantada con un respeto perfecto.

—Es un placer, *lady* Trowbridge. En caso de haber sabido que… —carraspeó con incomodidad—. Lamento que mi esposa no haya podido acompañarme —se disculpó pese a que era natural que no hubiese pensado en llevar a la mujer.

—Confío en tener el privilegio de conocerla en otro momento —comentó Lydia—. Seguro que seremos grandes amigas.

El resto la saludaron de modo correcto también. Tras las presentaciones pasaron al comedor. La mesa estaba dispuesta con un refinamiento sin ostentación, y eso decía mucho de Simon. No necesitaba impresionar; necesitaba dominar cada situación, pensó Lydia.

La nueva vizcondesa habló con el señor Hargreaves de su esposa y de sus hijas. Le preguntó a sir Augustus por su casa en el campo con interés verdadero. Al señor Redmayne lo dejó para el final,

como se dejaban los platos importantes, porque intuía que ese caballero era a quien Simon más pretendía impresionar.

Lord Trowbridge, desde el otro extremo dela mesa, la observaba de vez en cuando con atención.

Cuando llegó el segundo plato, el señor Redmayne por fin se decidió a hablar del asunto que había motivado la cena.

—Milord, he venido a proponerle una participación en una empresa que, en mi opinión, dentro de unos años será tan común como el pan. No sé si es conveniente tratar este asunto con una dama delante o si sería menester aguardar a que pasemos a su despacho para disfrutar de un oporto y una conversación más masculina.

—No se preocupe por mí, señor Redmayne, soy una dama por nacimiento, pero también una mujer práctica que ha estado en Escocia ayudando a la familia con asuntos menos elegantes y más interesantes, como es la cría de ovejas. Espero que no considere que me hace menos aristocrática confesarle algo de lo que tan orgullosa estoy, pues a diferencia de muchas de mis congéneres entiendo que para prosperar es necesario esforzarse. Allí donde algunos consideran que el comercio o las inversiones son una cuestión vulgar, personalmente, opino que son un método para que las arcas familiares puedan sobrevivir a situaciones difíciles.

—¿Milord, se ha casado usted con una progresista? —indagó divertido sir Augustus.

Simon no se veía muy satisfecho con el arranque de sinceridad de su esposa.

—Lo cierto es que no tenía la menor idea de que las hijas de los duques albergasen opiniones tan peculiares —dijo finalmente.

—¿Su padre es un duque, *milady*? —indagó el comerciante muy sorprendido.

Ahí ella se dio cuenta de que le tocaba presumir de su linaje. Le sonrió al amigo de su esposo.

—Mi hermano es el actual duque de Wynthorpe, tal vez haya oído hablar de él o lo conozca.

—Oh, cielos. Ya es tener bastante suerte que un vizconde nos tuviese en consideración, *milady*. Jamás nos plantearíamos conocer a un duque. Permítame decirle que es un honor cenar con la hermana de un hombre tan importante y distinguido. —El resto secundó lo dicho.

—Al contrario, el placer es todo mío. Atender a los amigos de mi esposo es un honor para mí.

—Bien, señor Redmayne —intervino Simon —, acaba de comprobar que a mi esposa no le disgusta que tratemos sobre negocios en la mesa. ¿Qué iba a comentar usted?

—Cierto. Sí. Se trata del alumbrado por gas. No solo para las avenidas principales de la ciudad, sino para barrios enteros. Marylebone, Bloomsbury… hasta donde alcance la ambición —dijo, y alzó la copa —. Londres quiere luz.

—Serán héroes. Londres cotilleará con más claridad —murmuró Lydia antes de poder evitarlo.

Los tres caballeros se rieron. Simon no lo hizo. Ella creía que su esposo la reprobaba.

—La luz también disuade —prosiguió Redmayne, encantado por el ambiente—. Menos sombras, menos robos. Y, por supuesto, contratos con las parroquias, con los comisarios… con quien haga falta.

Sir Augustus asintió con gravedad.

—Y con quien ponga el capital —añadió, siempre práctico.

Simon bebió un sorbo de su copa de vino. Llevaba tiempo orquestando esa reunión, porque hacía meses que había escuchado que había un puñado de hombres con ideas revolucionarias sobre el futuro. Tenerlos en su casa al fin constituía un gran triunfo.

—El capital no me asusta. Me asusta el suministro.

—Carbón —dijo Redmayne—. Y ahí, milord, entra usted.

Lydia levantó la vista, interesada. Simon había hablado con un desdén que no era habitual.

—¿Ustedes pretenden vender luz y humo a la vez? —preguntó ella con educación impecable—. Qué negocio más interesante.

Redmayne se inclinó, satisfecho al ver que una dama se interesaba por sus ideas.

—Pretendo vender seguridad, *lady* Trowbridge. Y futuro.

—Entonces asegúrese de que el futuro no huela a chimenea apagada —repuso Lydia, suave—. Las damas toleramos muchas cosas por la moda, señor Redmayne, pero no solemos tolerar que nos arruinen el papel pintado.

Hargreaves se rio y levantó la copa.

—Por la sensatez femenina. ¡Milagro raro!

Simon miró a Lydia con su acostumbrada seriedad.

—Mi esposa puede ser bastante ocurrente cuando se lo propone —dijo él. La vizcondesa no sabía si era una acusación velada—. ¿Crees que debería invertir en la idea que se nos plantea, querida mía? —preguntó con seriedad y sin formalidad.

—Un hombre con tus instintos no necesita que su esposa lo aconseje, amor mío. Si me preguntases sobre si deberías elegir un chaleco negro o uno rojo, no tendría la menor duda en ayudarte. ¿Sobre negocios? Poco sé si no tiene que ver con ovejas. —Oh, sí. Como Simon había sido el primero en usar un mote cariñoso que no tenía ningún valor, a ella le pareció bien devolverle el golpe.

—Ovejas, sí… Se me olvidaba lo… rústica que te has vuelto durante los últimos años.

Ella le sonrió. Aunque eso había sido un corte bastante directo, mostró una preciosa sonrisa.

—Ah, amor mío, no te muestres tan sorprendido. Tú mismo me viste en el castillo de Dunrath ayudando a tu mejor amigo. Creo que fue por ello por lo que te enamoraste perdidamente de mí. —Acto seguido le guiñó un ojo.

El gesto tan audaz no provocó ninguna reacción en el vizconde, tal y como ella había previsto.

—El amor… No fue fácil conquistar a una dama tan práctica como tú. ¿Cómo se llamaba aquel otro caballero que trató de deslumbrarte? —se quedó un momento pensativo.

—¿Otro caballero, amor mío? ¡Qué ocurrencias tienes! Sabes de sobra que solo tuve ojos para ti desde el principio —siguió ella, al tiempo que hacía un aspaviento. Por supuesto. Si Simon creía

que la derribaría al primer golpe, era que no había conocido bien al duque de Wynthorpe. Lydia había ganado batallas más conflictivas que la que Simon le estaba proponiendo.

—Y por eso nos casamos. No hay nada como una mujer que sabe lo que le conviene nada más lo tiene delante. Un hombre afortunado, ese soy yo, caballeros. Me vio y decidió que sería todo suyo. ¿Qué más se le puede pedir a la vida?

Los tres invitados consideraron que los esposos estaban jugando a adularse y no sospecharon que Simon la estaba atacando. Se rieron debido a la complicidad que consideraban que había entre el matrimonio. Por descontado que no estaban al tanto de lo relacionado con los asuntos reales de la pareja.

—¿Sabes qué, amor mío? —le dijo ella llena de inocencia y dulzura—. He cambiado de opinión. Te ordeno encarecidamente que formes parte del proyecto de estos fascinantes caballeros. Tengo la misma buena sensación que cuando decidí que deseaba fervientemente casarme contigo. —Ella procedió a bajar la voz para hacer como si les confesase una confidencia—: Me costó bastante que me preguntase si quería ser su mujer. ¿Quién iba a pensar que mi amado Trowbridge iba a resultar un hueso tan duro de roer? Ah, pero siempre he sido una mujer decidida; se deberá a que fui engendrada por un duque con mucho poder. Así que no me rendí, hice todo lo posible para cazarlo. Cosas censurables, incluidas. —A continuación le ofreció una preciosa

sonrisa a un Simon que estaba más serio que… que… que alguien que fuese muy severo.

—No me hable de caza, *milady* —intervino el banquero—. Mi Margaret me hizo pasar un gran apuro con su padre. Hasta que no logró que me declarase no se dio por vencida. Digamos que el difunto señor Jackson, así se llamaba el guardián de mi mujer, nos pescó mientras ella trataba de robarme un beso. La versión oficial es que fui yo quien buscaba sus hermosos labios, por supuesto, y no a la inversa. No le diga que le he contado eso, porque tendré que negarlo. Uhm… Creo que debería refrenarme con el vino. Delicioso, pero si no me detengo acabaré por contar otros secretos que no debería.

Y así comenzó una agradable velada, donde los caballeros se relajaron y compartieron algunas hazañas divertidas sobre las damas a las que habían cortejado. Lydia estaba satisfecha con su actuación. No tanto Simon, pues la miraba como si fuese a condenarla a la horca.

Tras los postres, los invitados se despidieron cuando lord Trowbridge les propuso hablar de números en un entorno más adecuado para ello.

Se movieron hasta el despacho y ella por fin pudo respirar con más tranquilidad. Ingresó en un pequeño salón donde pidió que le sirvieran un poco de jerez. En realidad lo necesitaba para relajarse, dado que la prueba que quedaba por afrontar era la decisiva: su noche de bodas.

Se negaba a ponerse nerviosa. Constance, muerta de vergüenza, le había dicho lo que debía esperar. Le aconsejó dejar que su marido llevase la batuta durante el acto, aunque también le dijo que poco a poco iría descubriendo lo divertido que podría ser compartir intimidad con un hombre decidido y complaciente. Suerte que la abuela Morna le había dicho, antes de marcharse de Escocia, que no se le ocurriese ser una mojigata en la cama. Ahí la que estuvo bastante azorada fue Lydia y se marchó a toda prisa antes de que la anciana la hiciese ponerse completamente roja.

Una hora más tarde, mientras ella leía un libro que había cogido de la biblioteca nada más terminar la cena, Simon llamó a la puerta del pequeño saloncito. Se asomó, y desde el umbral le dijo:

—Debo revisar unos documentos antes de acostarme. Sería conveniente que descansases, has tenido un día muy largo, Lydia. Hasta mañana.

No le dio tiempo a preguntar o a hacer alguna observación con respecto a lo que le acababa de decir su esposo. Desapareció tan rápido como había aparecido.

—Desde luego. No se preocupe, milord. Sé ocuparme de mí misma —le dijo al aire, porque necesitaba tener la última palabra pese a que no hubiese nadie para escucharla.

Y mientras él se encerraba en su despacho, Lydia subía la escalera sin correr, sostenida solo por el

poco orgullo que le quedaba… y con esa incómoda certeza de que la vida que acababa de empezar no iba a concederle ni un solo instante de tregua.

Capítulo 5
Las consecuencias lógicas

Al día siguiente, Lydia se había despertado con el cuerpo descansado y el orgullo magullado. Había desayunado sola, había fingido que el silencio de la casa era un lujo y no una sentencia, y había paseado por su habitación como si examinara los muebles, cuando, en realidad, era muy consciente de una ausencia.

La de su esposo la noche anterior.

No había llorado. No tenía derecho a hacerlo. Había cambiado a Azrael —no podía ser Ben o Benedict para ella— por Simon como quien se quitaba un vestido y se ponía otro. Tampoco se había permitido pensar en la puerta interior que comunicaba con el cuarto de su marido. Ni una sola vez.

Mentira. La había mirado tantas veces que, si la madera hubiese tenido sentimientos, se habría sentido acosada.

Aun así, Lydia no se consideraba una mujer desdichada. No del todo. La vida podía ser cruel, sí, pero también era clara cuando le daba la gana. Y ella llevaba años observando a Simon Beresford con la misma determinación con la que Londres observaba una caída: esperando el instante exacto en el que se vería la verdad.

Simon tenía motivos para hacerla pagar. Era evidente. Él era el tipo de hombre que no gritaba, no rompía nada y no montaba escenas. Confiable y seguro. Él castigaba con elegancia. Con frialdad. Como si el dolor fuese una cuenta que debía cuadrar al final del día.

Lo que de verdad la perturbaba era el hecho de que no hubiese consumado el matrimonio. Había observado que Constance y Catriona muchas veces tenían que esconderse de sus respectivos esposos porque no podían sacárselos de encima. Pensó que a Simon le sucedería lo mismo, porque, aunque frío, al fin y al cabo, también era un hombre. Parecía que sus ganas de darle una lección eran más grandes que su propio deseo.

Tenía que desearla… Nadie vigilaba a una mujer durante tantos años por una especie de deber hacia su mejor amigo. Nadie aparecía en el momento justo, una y otra vez, con esa rigidez peligrosa en los hombros, si no le importaba. Nadie miraba a un

hombre —a Azrael— con ganas de arrancarle la garganta solo porque estaba cerca de ella.

Lydia apretó los dedos alrededor del borde del libro que llevaba leyendo desde hacía una hora sin pasar una sola página, aquella tarde.

Él la amaba. ¡Tenía que amarla!

No existía otra explicación más convincente. Y si Simon era algo, era honorable hasta el pecado, así que no le habría dado tantas pistas sobre lo que sentía por ella si no fuese verdad.

Un golpe breve en la puerta exterior la obligó a alzar la cabeza. Antes de que pudiera responder, la hoja se abrió por completo.

Simon entró.

No lo hizo con prisa ni con cautela. Lo hizo como si la casa entera fuera una extensión de su voluntad. Llevaba el abrigo oscuro todavía puesto y el aire frío de la calle pareció colarse tras él, como un lacayo indiscreto. Tenía el cabello apenas humedecido por la niebla y la expresión impecable de un hombre más que correcto.

Lydia se levantó despacio, sin regalarle el espectáculo de su sobresalto.

—Milord —saludó, con una inclinación mínima.

Simon cerró la puerta. Sus ojos se posaron en ella de un modo que parecía esconder una acusación.

—Has pasado el día aquí —dijo.

No era una pregunta. Ni una cortesía. Era un hecho.

—Su casa es… muy acogedora —indicó, con suma etiqueta. No sabía cómo relacionarse con su propio marido.

—Cuando estemos en privado podemos tratarnos sin tanta formalidad. Anoche mismo lo hiciste incluso delante de mis socios.

—¿Hice mal?

Él se quitó el abrigo y lo dejó sobre el respaldo de una silla sin pedir ayuda. Ese detalle, tan insignificante, le resultó casi ofensivo. Simon no hacía cosas insignificantes. Si lo hacía, era porque estaba demasiado ocupado conteniéndose. ¿No habría salido un lacayo a recogerle el abrigo? ¿O él había entrado tan aprisa a buscarla que no se había detenido a quitárselo en la entrada?

—Esta noche saldremos —anunció, sin responder a la pregunta de su esposa—. Hay una fiesta a la que debemos acudir.

Lydia parpadeó una vez y trató de contener su sorpresa. Por un instante pensó que él iba a hablar

de algo trascendental, algo que los implicase a ambos.

—Por supuesto.

—Necesito que causes una impresión determinada.

Ahí estaba. El negocio. El plan. El mundo entendido como tablero. Ella suspiró.

—¿Qué soy? ¿El adorno que se coloca en el centro de la fiesta?

La mirada de Simon se deslizó, apenas un instante, por su vestido de día. Luego volvió a sus ojos.

—Eres mi esposa. Ya que tengo una, lo menos que puedes hacer es ayudarme a hacer mejores contactos. Pensé que eso quedó muy claro antes de que sustituyese a Azrael en el último momento.

Ella se controló. Quería estrangularlo. Se recordó que Simon no había dicho ninguna mentira. Lydia alzó el mentón.

—Desde luego. Disculpa mi olvido. Sonreiré, no diré nada inconveniente esta vez y tampoco respiraré demasiado fuerte.

—Es una buena estrategia. Haz eso mismo. Además, quiero que te vistas de modo espectacular.

Tendrás un vestido más que adecuado, supongo. De todos modos, no estaría de más que visitases Bond Street y encargases varios vestidos de noche. Colores vivos, nada de pasteles —precisó él, y su voz se mantuvo neutra, pero esa neutralidad tenía el mismo calor que una losa de mármol—. Y quiero que lleves el collar de diamantes que llevabas en el último baile en el que coincidimos pese a que no haya sido un regalo mío.

—Estaré encantada de visitar a la modista, gracias. Tendré en consideración tu opinión sobre los colores con los que debería vestir.

—No es una sugerencia, Lydia.

—Comprendo. —Era una orden.

—Quiero verte en algún momento con un vestido rojo, si no tienes uno cómpralo. Los demás colores, mientras sean vibrantes, me parecerán bien.

—No será un problema. En cuanto al collar al que aludes… —tragó saliva con suavidad.

—¿Qué ocurre?

—Ya no lo tengo.

El silencio que siguió fue bastante extraño.

Simon ladeó la cabeza con lentitud, como si estuviera preguntando con la mirada si aquello era una broma o una provocación.

—¿Cómo que no lo tienes? Era un regalo de tu madre, según tengo entendido.

Lydia se obligó a no apartar la vista. En esos instantes, comprendía que el infierno no siempre olía a azufre. A veces olía a cera de madera, a papel de despacho y a la colonia discreta de un hombre que sabía controlarlo todo.

—Lo perdí —respondió.

Los ojos de Simon se entornaron.

—Explícate.

Lydia inspiró con cuidado. Tenía que sonar ligera. Casual. Despreocupada. Como si los diamantes fueran botones.

—El cierre estaba flojo. Me di cuenta tarde. Debió soltarse en algún momento y… —se encogió de hombros— lo perdí.

Simon dio un paso. Solo uno. No invadió su espacio, pero estuvo lo bastante cerca como para que Lydia percibiera la tensión en su mandíbula.

—No se pierde un collar de diamantes como se pierde un pañuelo, Lydia.

Ella aguantó el gesto de indiferencia como quien sostenía un vaso lleno hasta el borde y se preparaba para lanzarle su contenido a la cara.

—Te aseguro que no lo hice por deporte.

Un destello pasó por los ojos de Simon. No era compasión. Era algo más oscuro, más peligroso, como si la idea de que ella pudiera ser descuidada le ofendiera.

—¿Dónde lo perdiste?

La pregunta fue sencilla. El tono, mortal.

Lydia tragó saliva, esa vez con gran dificultad. En su mente, una imagen se impuso con una claridad cruel.

Un mostrador. Una mano masculina con uñas limpias pasando un paño sobre el metal, sin mirarla demasiado. El sonido de unas monedas al caer dentro de una bolsa. El recibo por haberlo empeñado, destruido para no dejar rastro. Había necesitado el dinero y era lo que más valor tenía. No le contaría a un alma jamás lo que había hecho con la suma que consiguió con el collar. Era algo que tenía que hacer y lo hizo. No valían los remordimientos, aunque no estaba orgullosa de lo que había hecho con ese dinero. Pero no había tenido elección; y no fue una elección decente porque su vida había estado en juego.

Y eso era lo peor. Lo volvería a hacer sin pestañear.

—No lo sé con exactitud —mintió, y se odió un poco por hacerlo tan bien—. En aquel baile,

supongo. O al subir al carruaje. No me di cuenta hasta el día siguiente.

Simon la observó durante un largo latido, como si estuviese estableciendo la veracidad de sus palabras. Lydia no apartó la mirada; aguantó sin pestañear, con el corazón golpeándole las costillas como si quisiera acusarla.

Al final, él habló.

—Lo recuperarás.

Lydia notó que se le tensaban los hombros.

—¿Perdón?

—He dicho que lo recuperarás —repitió con calma—. No me interesa cómo. Hazlo.

La orden fue tan seca que Lydia sintió que la sangre le subía a las mejillas.

—Qué considerado. ¿También quieres que aplaque la ira de Dios cuando mande una plaga de langostas, Simon? ¿O prefieres que convierta el agua en vino?

—Sospecho lo que has debido hacer con él. Dime cuánto y te daré la suma, pero mañana lo quiero aquí.

—Ah, tienes el poder de la adivinación. No me extraña que llegases a mi boda con una licencia

especial, un anillo y las cosas tan claras. Fue una jugada sublime. Ya sabes, esa de hacerme creer que mi idea de proponerte matrimonio era una absoluta locura, solo porque Azrael me dejó plantada.

—Seré muy claro, Lydia. No volverás a mencionar a mi primo en mi presencia.

—Por supuesto —estuvo ella de acuerdo. Que siguiese sus indicaciones o no, ya era otra cosa.

—Y en cuanto al dinero que le diste al empeñar esa joya; en el mejor de los casos sirvió para contentar a alguna actriz francesa o a una cantante de ópera italiana. En el peor, para pagar la deuda que acumula en un fino burdel que le gusta frecuentar. Sea como sea, le dirás a mi administrador la suma exacta que necesitas e irás a recuperar lo que te pertenece. ¿Está claro?

—Por supuesto —se limitó a decir.

—Bien. Hablemos de esta noche. Voy a presentarte ante hombres que pueden convertirse en socios. Necesito que entiendan que la estabilidad no es una palabra bonita, sino un hecho. Estar casado me abrirá puertas que antes no estaban disponibles.

—Muy bien —murmuró Lydia. Simon no reaccionó. Eso la irritó más—. ¿Alguna otra cuestión?

—Sí. No vuelvas a hablar de nuestra supuesta felicidad en público. Trataré de hacer lo mismo. Ni tú eres mi querida, ni yo soy tu amor.

—Si lo que pretendes es castigarme —expuso ella, con una suavidad peligrosa—, podrías hacerlo de un modo más sencillo. Por ejemplo, podrías seguir ignorándome.

Por primera vez desde que había entrado, Simon dejó que se viera algo en su rostro. No fue una sonrisa. Fue una grieta mínima en su armadura. Una sombra de cansancio o de furia, Lydia no supo distinguirlo.

—No te estoy ignorando —dijo, y el tono resultó insoportablemente correcto y molesto—. Te estoy utilizando. Como hija de duque, di por supuesto que conocías las reglas del juego.

—¿Estamos jugando, Simon? ¿Nuestro matrimonio es un juego para ti?

—Como no fui tu primera opción no has tenido tiempo para acostumbrarte a mí, es por ese motivo que pasé por alto tus impertinencias de anoche.

—Tienes razón en una cosa.

—La tengo siempre, Lydia.

—No fui impertinente. Observé a tus socios y supe de inmediato el papel que debía representar para facilitarte las cosas. Eso lo aprendí bien como hermana del duque de Wynthorpe —le aclaró con mucha tranquilidad—. Ahora bien, lo importante de tu aseveración, en lo que realmente debo darte la razón,

es en que tú no fuiste mi primera opción porque solo tuve dos en aquel gabinete. La primera fue un militar que pensó que sería una presa fácil, y la segunda recayó en un hombre —no mencionaría a su primo— que se ofreció para salvarme. A pesar de que hubo una tercera persona allí dentro, se marchó tan deprisa que a veces dudo de que hubiese estado realmente contemplando el horror que padecí.

La honestidad de ella le dio un golpe seco en el pecho. Él bajó la vista un instante. Luego volvió a mirarla a los ojos.

—Tienes dos horas para prepararte para la fiesta —sentenció—. No me hagas esperar.

Lydia apretó el libro con más fuerza para no terminar lanzándoselo a la cabeza.

—Oh, no, Simon. Jamás soñaría con irritarte. Tengo muy claro que no debo hacerte enfadar hasta que puedas ser mínimamente razonable.

Simon se inclinó un poco, lo justo para que ella percibiera su voz más baja.

—Y harás bien, Lydia. Eres mía ahora.

Se incorporó, dio media vuelta y se fue.

La puerta se quedó cerrada y Lydia tardó un momento en respirar con normalidad. Se llevó una mano al pecho para comprobar que su corazón

seguía dentro. Latía desbocado. Santo Dios, había cambiado al diablo por el demonio. Azrael y su marido eran diferentes, pero se parecían muchísimo, al menos, en la forma de dominar la situación.

Lydia llamó a su doncella, Penny se llamaba, con voz firme, como si no estuviera a punto de entrar en una guerra todavía más feroz con su esposo. Cuando la tuvo delante, le dijo:

—Necesito el vestido verde esmeralda, por favor. Y también que me hagas un peinado diferente para que me vea… Necesito estar perfecta. ¿Podrás hacerlo, Penny?

—Será como dice, *milady*. Le aseguro que su esposo se volverá loco.

La vizcondesa suspiró al tiempo que la despachaba. Sí. Simon estaba loco y, aunque achacaba su malhumor a los celos y la rabia por lo que ella le había hecho al elegir a su primo por encima de él, no podía arriesgarse a contarle la verdad sobre lo que había costeado tras empeñar el collar de diamantes.

***

El carruaje aún no había terminado de detenerse cuando Lydia sintió cómo Simon se inclinaba hacia ella en la penumbra, con esa quietud peligrosa que le había resultado mucho más inquietante que cualquier grito.

—No me falles esta noche, Lydia —murmuró.

La vizcondesa Trowbridge mantuvo la vista en el reflejo tembloroso de las luces sobre el cristal de la ventanilla. Le ardía todavía el recuerdo de la última desagradable conversación mantenida. Aun así, alzó la barbilla.

—No pienso hacerlo.

Simon no pareció tranquilizarse. Eso también era nuevo. Antes, él siempre le había parecido un hombre fabricado para no tambalearse jamás.

—Necesito que encandiles al conde de Ketteridge —dijo—. Edmund Ashcombe. Su participación en el negocio del alumbrado de gas es crucial. Sin él, los demás aristócratas a los que pienso convencer dudarán. Con él, todos se pelearán por entrar.

—A veces te muestras tan desesperado por lograr el triunfo en los negocios que parece que tienes problemas de dinero.

—Dudar de la economía de un caballero es como poner en tela de juicio su hombría, Lydia. Eso sin olvidar que es de muy mal gusto que una mujer hable de los negocios de su esposo. Comienzo a pensar que no has recibido la educación que yo daba por hecho. Espero equivocarme y no acabar lamentando mi decisión de ocupar el lugar de otro frente al altar.

Ella no dejó que la furia la embargase. Le sonrió.

—Qué romántico por tu parte, Simon.

El vizconde la miró de lado, sin humor.

—No lo tomes a broma.

—No lo hago. Solo intento sobrevivir a mi nueva función social.

—No es ninguna función. Es la vida real. Eres mi esposa.

—¿Lo soy?

—¿No estabas presente cuando un hombre de Dios nos casó?

Ella ladeó la cabeza y lo miró sin parpadear. Estaba pensando en si debería ser audaz o sensata. Ganó la primera.

—El que no estaba presente la noche de bodas, creo que fuiste tú, Simon. No hace falta ser la hija de un duque para saber que un matrimonio resulta verdadero cuando se consuma.

Él abrió los ojos con auténtica sorpresa.

—¿Es una manera sutil de decirme que deseas que te haga el amor, Lydia?

—Es una manera elegante de decirte que cumpliré con el papel que me has dado. Encandilaré a tus socios con mi estirpe, sonrisas y educación.

—No espero nada más de ti… por el momento —añadió. Ella se lo tomó como una advertencia, pues llegaría el día en que tendría que darle un heredero.

La vizcondesa suspiró. No quería seguir con la guerra. Al menos necesitaba una pequeña tregua.

—Tienes que saber una cosa, Simon. No me considero ninguna necia, aunque te haya dado la impresión de que lo soy. Entiendo que estés disgustado porque no tuve en cuenta cada una de tus advertencias. Sé bien que tu primo no se presentó y que no tenía derecho a pedirte que me salvases. Lo hice. Aceptaré todas las consecuencias de cada acción y decisión que tomé. Me prometí a mí misma que tendría paciencia contigo y tienes que creerme cuando te digo que estoy tratando de hacerlo. Sé que no lo parece, porque llevamos poco más que un día como marido y mujer y te muestro las uñas cada vez

que me siento atacada. Es mi naturaleza, supongo. Aprendí a mantener la boca apretada cada vez que mi hermano me decía algo que no me gustaba. Constance era un modelo perfecto a seguir. Siempre lo fue y siempre lo será, aunque desde que se casó, Ewan la ha hecho menos rígida. Luego me topé con Catriona y… Bien, tú la conociste antes que yo y sabes cómo es. Me gusta el carácter de Cat y vivir tanto tiempo junto a dos mujeres, tres, si contamos a Morna, que son fuertes… —Se quedó sin palabras.

—Te han hecho convertirte en una descarada impertinente —terminó él por ella—. Lo sé, Lydia. Sé exactamente la clase de mujer que eres, pero tú no tienes ni idea de la clase de hombre que soy yo.

La vizcondesa suspiró de nuevo. ¡Su marido era imposible!

—¿Quieres una disculpa por haberte mantenido a distancia desde que nos conocimos?

—En absoluto. Tu corazón estaba donde deseaba estar. Eso es un hecho que no se puede controlar. Como has sido sincera conmigo, lo seré yo también. No he consumado nuestro matrimonio, Lydia, porque me niego a tocar a una mujer que sigue enamorada de otro. Y si por si tienes miedo de que esté pensando en pedir la anulación más adelante, como una forma de castigarte, te diré que…

—No se me había pasado eso por la cabeza —lo interrumpió angustiada. ¿Lo haría él? ¿Podría ser Simon tan cruel?

—Mejor, porque no he reclamado tu cuerpo, pero, tal y como te he dicho esta misma tarde, tú eres mía, y jamás me desprendo de nada de lo que me pertenece —repitió.

—Supongo que las sillas de tu casa, al igual que yo, deberíamos estar agradecidas por tu determinación.

—¿Es ahora cuando imitarás a Cat y me mandarás al infierno? —Era una de las frases preferidas de la escocesa, y según recordaba él, también de Constance según le había dicho el propio Ewan.

—Oh, no, Simon. El día que te mande ahí, no hará falta que te lo diga; lo sabrás sin necesidad de emitir una sola palabra.

Él se acercó un poco más. Su voz se volvió más baja, más peligrosa. Los dedos de Simon rozaron la muñeca de Lydia un instante, como si fuese a sujetarla. No llegó a hacerlo. Se contuvo. La soltura fingida era su nueva forma de crueldad.

—Cuidado, Lydia. —Era una frase que ella comenzaba a odiar—. No sea que al final acabes caminando por las brasas del infierno descalza, o peor, bajo las órdenes del mismo demonio.

—De acuerdo —dijo ella, suave, complaciente—. Lo haremos a tu modo.

—Eso espero —musitó él.

Al bajar del carruaje, el aire frío le mordió el rostro, pero el calor del salón la envolvió de inmediato. La sala principal de los Montford resplandecía como si alguien hubiese decidido eclipsar a la noche a base de velas, espejos y lámparas de arañas de cristal. Lydia había elegido el vestido con una precisión casi beligerante. Verde profundo, una seda que caía como agua oscura y un escote lo bastante atrevido para que su esposo comenzase a sentir hambre, pero no tanto como para que la juzgaran sin remedio. En el cuello, una gargantilla de perlas y zafiros, con los pendientes a juego.

Simon, a su lado, parecía estar evaluándola. Iba de su brazo y en público su postura se volvía impecable, la de un marido que iba a presentar a su esposa como si fuese un triunfo personal.

Lydia vio abanicos que se abrían como si fuesen armas de seducción, sonrisas que se estiraban como cordeles y ojos que juzgaban más que admiraban.

—Recuerda —murmuró Simon sin mover apenas los labios—. Ketteridge. Al otro lado del salón. Cuando se acerque o lo hagamos nosotros hacia él, serás atenta.

—Lo recuerdo —susurró ella—. ¿Es el del bigote o el de la nariz grande y altiva?

Él apretó la mandíbula.

—No bromees.

Lydia sonrió con dulzura. La dulzura era un buen instrumento cuando se empleaba con intención.

—No bromeo. Estaba identificando al objetivo, pero hasta que comience la misión trataré de divertirme un poco.

El salón era un mar de música y muselinas. La orquesta acababa de terminar un cotillón y el murmullo de los asistentes crecía con la expectativa del siguiente baile. Lydia reconoció muchas caras, nombres y rivalidades. La alegría que sintió al ver a Constance casi la hizo llorar. La esposa de Ewan se encontraba cerca del extremo derecho, acompañada por una dama madura que tenía cara de haber nacido para dictar veredictos. En eso se parecía a Simon, pensó distraídamente. Connie la vio y le guiñó un ojo, un gesto que Lydia habría agradecido si no sintiera que estaba caminando por el borde de un precipicio.

Simon avanzaba con ella colgada de su brazo con determinación y la cabeza bien alta. Se detuvo ante un hombre de unos cuarenta años, impecablemente vestido, con un aire de aristócrata inconfundible. Ese debía ser el conde. Su mirada se posó en Lydia con esa lentitud que no era cortesía, sino inspección. A ella no le agradó en absoluto, pero tal vez fuese porque su esposo la había hecho enfadar en el carruaje.

—Lord Ketteridge —lo saludó Simon—, qué alegría verle.

—Trowbridge —respondió el conde, y el tono fue amable del modo en que lo eran los depredadores antes de decidir si valía la pena atacar —, veo que las noticias son ciertas. Se ha casado. — La volvió a mirar de modo poco cortés—. Ah, ya comprendo el revuelo. La dama es sencillamente exquisita. Bien jugado, amigo mío. Uno debe aprovechar la oportunidad en cuanto se le presenta.

Lydia sintió un cambio en la compostura de su esposo a través del brazo. Se había tensado muchísimo.

—Al contrario, milord, la oportunidad fue mía —intervino ella por si Simon hacía algo que no debía—. Y como creo que sería una extravagancia hacer como si los rumores no circulasen y no fuesen ciertos, me limitaré a decir que la suerte estuvo de mi parte cuando recité mis votos con la persona que debía ser mi compañero durante el resto de mis días.

—Se parece usted poco a su hermano. A Wynthorpe le daría un ataque de apoplejía si la escuchase.

—¡Desde luego que no! —exclamó alegre la negación—. ¿De quién cree que aprendí, lord Ketteridge?

El conde soltó una carcajada.

—Me gusta su vizcondesa. Jovial y refrescante. Haga la presentación formal pese a que no sea necesaria del todo.

—Desde luego. Milord, le presento a mi esposa, *lady* Trowbridge.

Ella le hizo una pequeña reverencia y él le cogió la mano enguantada que tenía libre y dejó caer un beso tibio.

—Ahora sí, ya somos amigos, *milady*.

Lydia mantuvo la mirada del conde sin pestañear. Había aprendido a detectar el tono, la intención y el borde pegajoso de ciertos cumplidos. Edmund Ashcombe tenía esa clase de voz que podía sonar respetable mientras decía algo indecente.

—Me alegra. Los amigos de mi esposo son los míos también.

Simon, con su habilidad innata, condujo la conversación hacia los negocios mientras ella contemplaba el salón. Su marido habló del aumento de la demanda en el comercio, de la necesidad de inversión, de la expansión hacia determinadas zonas de la ciudad. Lydia no tenía por qué entenderlo todo para comprender que el conde disfrutaba del poder que sabía que tenía sobre su marido, no solo por rango, sino porque había dejado entrever en varias ocasiones que estaba al tanto de que su participación en la propuesta sería esencial.

—La luz cambia el mundo —comentó Ketteridge—. También cambia a las personas. Ya no se puede esconder nada en las sombras. Es lógico

que el futuro sea el alumbrado. ¿No le parece, *milady*? —la metió de lleno en la conversación.

Lydia sonrió.

—Lo que me parezca es irrelevante. Lo que sí sé es que mi esposo es conocido por su agudeza en las transacciones.

Simon la miró un instante, quizá sorprendido de que hubiese entrado en el juego con tanta soltura. Lydia se inclinó hacia él apenas, lo justo para que pareciera un gesto cómplice.

El conde se rio.

—Ya lo había escuchado, pero esta noche lo he comprobado de primera mano. Jamás volveré a dudar de que lord Trowbridge sabe cómo ganar… un verdadero tesoro.

Simon la volvió a mirar. Ella le sonreía al conde. Como vio que su marido la observaba casi sin pestañear, se le ocurrió romper la tensión, por lo que se acercó más a él de lo que el decoro permitía y le dijo:

—Estoy encandilada contigo. No me mires como si te sorprendiera. Pareces a punto de hincarme el diente y no es el lugar indicado, amor mío. —Usó la fórmula con toda la intención del mundo—. Y tampoco te atrevas a censurarme porque haya hablado más de la cuenta frente a uno de tus estimados amigos. Seguro que el conde comprende

que estamos sumidos en nuestra luna de miel y que es del todo natural que nos saltemos un poco el protocolo social.

Simon se limitó a sonreírle para darle la razón, por más que ella sabía que deseaba estrangularla.

—No hay nada más enternecedor que una pareja bien avenida.

—¿Qué puedo decir? —habló al fin Simon—. La vi y supe que debía ser mía a toda costa. Es muy gratificante encontrar el amor en los lugares más insospechados. —Después se ladeó hacia ella y le dijo —: Ya sabes lo que se dice, querida mía, la pérdida de uno es el tesoro de otro.

Lydia amplió la sonrisa.

—Te besaría ahora mismo para demostrarte cuánto me complaces, amor mío. Y lo haría si no fuese a causar un escándalo mayor que el que ya protagonizamos ayer.

—Querida, escandalizaremos al conde con nuestro arrebato. —Los ojos de Simon se posaron sobre el noble y suspiró—. Es cierto. Está siendo una luna de miel encantadora, y tan solícito soy con mi vizcondesa que le permití seguir gozando de la temporada pese a que me hubiese encantado llevármela a una de mis casas de campo y tenerla solo para mí. Pero me fue imposible privarla de las fiestas, la ópera, las compras… Las mujeres hacen

con nosotros, hombres enamorados, lo que se les antoja.

—Ah, amor mío, no exageres. Quien te conoce sabe que eres un hombre que hace lo que se le antoja cuando lo desea. Es una cualidad que siempre he admirado en ti. —No pudo contenerse y cerró su afirmación dándole un beso en la mejilla. Él se limitó a sonreírle.

La música cambió. La orquesta anunció un vals, y el salón pareció despertar del todo. Ketteridge alzó la mano.

—¿Bailará conmigo, *lady* Trowbridge?

Lydia no se atrevió a aceptar sin el consentimiento de su esposo. Lo miró para observar su reacción. El vizconde tardó un poco más de la cuenta en intervenir.

—Mi esposa estará encantada —dijo con suma naturalidad.

Encantada.

Lydia mantuvo la sonrisa. Ni un vals iban a bailar siendo marido y mujer. Bueno. Si él consideraba que era oportuno cedérsela a un conde disfrazado con piel de lobo, ella no se opondría. Se volvió hacia el socio de su esposo.

—Será un placer, milord.

Mientras cruzaban la pista, Lydia percibió que Simon se quedaba atrás, y que varios hombres comenzaban a rodearlo. Le daba en la nariz que podría estar observándola, no admirándola como un esposo debería hacer; más bien la estaría examinando como un general que enviaba a su mejor soldado al frente para que cumpliese bien su misión.

El conde le colocó la mano en la cintura con una firmeza demasiado íntima para ser casual. Lydia mantuvo la distancia reglamentaria y el mentón en alto. Si Ketteridge esperaba ingenuidad, había elegido mal a su compañera de baile.

—Está muy serena para ser una novia con una historia tan delicada. La felicito por su templanza, *milady* —comentó él mientras avanzaban al ritmo de la danza.

—La serenidad es una habilidad muy útil en Londres. La templanza es esencial para sobrevivir.

—Oh, lo es. En especial cuando una mujer sabe que su marido estará siempre tan ocupado —dijo él, y su mirada se deslizó hacia Simon con una sonrisa—. Negocios, acuerdos, socios… cosas tediosas. Las obligaciones masculinas siempre lo son. Tendrá usted mucho tiempo libre mientras su vizconde se ocupa de asuntos tan trascendentales.

Lydia giró cuando tocaba girar. Dejó que la música se convirtiese en un escudo.

—Las obligaciones son aburridas cuando se usan como excusa —replicó—. Mi esposo sabe la clase de mujer con la que se ha casado. Es el mejor amigo del marido de quien había sido mi tutora hasta que me casé, el señor MacCrae, así que Simon —usó su nombre adrede— y yo hemos tenido siempre una estrecha relación. Sabe que si me descuida lo reprenderé. No me desatenderá. Es bastante posesivo.

—Y sin embargo, usted está aquí, en mis brazos mientras él la observa.

Lydia lo miró con inocencia fingida.

—Estoy bailando. Eso no suele considerarse ni un pecado ni un sacrificio.

—Depende de con quién baile —murmuró él —. Es usted muy hermosa, una tentación para cualquier hombre. Y yo… yo puedo ser muy generoso y… amistoso.

Ahí estaba la insinuación sin lugar a duda. No se había equivocado al juzgarlo. Decidió ser directa. Constance le había enseñado que la hija de un duque podía permitirse desafiar a cualquiera; ese era su derecho de nacimiento incluso aunque fuese en esos momentos una vizcondesa.

—Milord, si quiere seducirme, le aconsejo que se lo replantee. Lo crea o no, estoy casada con el hombre con quien me propuse hacerlo. Además, soy

una recién casada disfrutando de las mieles del lecho conyugal.

El conde soltó una carcajada breve, llena de reconocimiento.

—No es ingenua. Y definitivamente no se parece en nada a su hermano.

—Sería una desgracia fingir que soy algo que no soy, ¿no cree? Una mujer ingenua no sabría distinguir entre una invitación a bailar y una invitación a… otras cosas. Nunca me ha gustado andarme por las ramas y no pienso comenzar a hacerlo ahora. Puedo permitirme saltarme las normas a pesar de ser una simple mujer.

—¿Por su condición de hermana de un duque?

—Porque tengo fortuna y contactos. Además, ser considerada la hermana excéntrica de un duque está de moda. Eso sin olvidar que he descubierto que adoro Escocia.

—Sí, tengo entendido que ha estado residiendo allí y que ha retrasado su presentación en sociedad hasta este año. Es una pena que tanto Trowbridge como su primo la hayan visto antes que yo.

Lydia comprobó que él podía ser tan directo como ella.

—Mi esposo me ha comentado que es usted un hombre casado.

El conde se inclinó un poco y aprovechó un movimiento del baile para acercarse a su oreja.

—Pronto se dará cuenta de que eso es una ventaja, querida.

—Usted sabe que mi esposo lo necesita para rematar el negocio que tiene entre manos, a diferencia de él, yo a usted no lo necesito para nada. Dejaré pasar su atrevimiento y lo consideraré una especie de halago. No vuelva a intentarlo porque puedo parecerle una esposa complaciente y mi marido un hombre que desea triunfar en los negocios a toda costa, pero un susurro mío sobre lo que tiene en mente, y le aseguro que Simon no se lo pensará dos veces y elegirá a la mujer a la que ama locamente.

—Premiaré su sinceridad, *milady*. Todo Londres rumorea sobre que el primo de Trowbridge la dejó abandonada y que el vizconde, motivado por su honor, se ofreció en lugar del prometido inicial. La actuación de ambos mientras se profesaban amor frente a mí ha sido bastante convincente, pero olvida que está tratando con un hombre que sabe cómo funcionan las cosas. Me han metido en la cama a mujeres más embelesadas con sus esposos por la mitad de lo que me pide su marido que invierta. ¿Qué hará si su Simon le pide el sacrificio?

Lydia le sonrió.

—¿Qué está dispuesto a apostar a que eso no ocurrirá jamás?

—Ah, un reto. No debería tentarme. Podría usted acabar muy decepcionada.

—O usted muy magullado.

El conde soltó una carcajada.

—Su marido no sabe lo que tiene.

Lydia respondió sin titubear.

—Mi marido sabe exactamente lo que tiene. Usted lo llama honor; no es solo eso, porque *mi Simon* —arrastró ambas palabras—, a diferencia de otros aristócratas, sabe lo que es ser honorable, pero también está perdidamente enamorado de mí. No debería subestimar lo que puede llegar a hacer si se entera de lo que ha insinuado. —Y en verdad Lydia no creía que se estuviese echando un farol. Creía en sus propias palabras.

El conde guardó silencio un instante.

—Al final sí que va a ser usted tan ingenua como creía al principio. Aprenda lo que pueda de su esposo en el lecho. Lo agradeceré cuando llegue al mío. —Su voz se había vuelto más baja, más sucia, sin necesidad de ocultar lo explícito.

Lydia no se estremeció. No le concedió el placer. Se limitó a alzar las cejas, con una delicadeza

insultante.

—Ingenuo es usted por pensar que saldrá indemne por esto.

Acto seguido, ella se separó del conde y lo dejó plantado en medio de la pista. No buscó a Simon. Aunque había hablado de él considerando que había dicho grandes verdades con respecto a defenderla, no quería comprobar la veracidad de su suposición. Buscó a Constance con la mirada y se dirigió hacia ella. Necesitaba una amiga más que nunca.

Se alejó del bastardo sin prisa, con el pulso firme por fuera y el estómago apretado por dentro.

—Lydia, te ves pálida —dijo Connie llena de preocupación cuando la tuvo delante.

—Necesito paz, Constance.

—Ven conmigo.

Ambas salieron sin mucha discreción del salón. No se dieron cuenta de que Ewan había visto la escena y se colocó detrás de ambas porque también había percibido la falta de brillo en la mirada de Lydia.

Capítulo 6

Una ansiedad insoportable

Constance la llevó a un pequeño salón lateral, uno de esos refugios que las casas grandes escondían tras una puerta discreta para que las damas pudieran recuperar el aliento… o la compostura. Estaban solas.

—Ahora respira —dijo Connie, al tiempo que le cogía las manos—. ¿Qué ha pasado?

Lydia notó que, de pronto, le temblaba todo el cuerpo. No por el vals. Fue por lo que el conde le había dicho, por lo que había insinuado, por el modo en que la había mirado como si una mujer fuese un capricho al que se le podía poner precio.

—No lo sé —mintió a medias, porque lo sabía de sobra. Los acontecimientos de las últimas semanas la habían sobrepasado. Y la gota que colmó

el vaso fueron las insinuaciones de ese maldito conde.

Constance la miró llena de compasión.

—La vida de casada puede resultar abrumadora.

—A veces desearía haberme quedado en Escocia —se le escapó.

—¿Simon no te trata bien, Lydia? —indagó con cierta preocupación la señora MacCrae.

—Oh, no. Mi nuevo y flamante esposo es justo lo que siempre supe que era.

—¿Estás ironizando? Te lo pregunto porque te enseñé a hacerlo mejor que eso.

—Estoy bien, Constance. Ha sido el calor, las miradas, los susurros. Todo el mundo sabe lo que sucedió en mi boda y… Pensé que sería más fuerte —improvisó. No quería preocupar a Connie y tampoco airear sus asuntos, entre otras cosas porque la misma Lydia era la culpable de todo su drama y solo ella podía solucionar el entuerto.

—Los rumores pasarán en cuanto haya otro escándalo más suculento.

Lydia soltó una risita baja.

—¿Más que el mío? No lo creo.

Constance apretó sus manos, firme.

—No me opuse a Simon porque estoy convencida de que es el hombre que puede hacerte brillar. Lo conoces desde hace años y siempre ha mostrado una sensibilidad especial por ti.

—Sé que Azrael era un error, Constance, no tienes que justificarte. Y no. Si lo que te preocupa es que me esté arrepintiendo de mi decisión, puedes estar segura de que no lo haré. Lo que ocurre es que todo esto es nuevo. —Eso era una gran verdad. Al menos así Lydia lo sentía.

—Date un poco de tiempo. ¿Por qué no le dices a Simon que te enseñe su gran finca solariega? Creo que os iría bien estar solos, lejos de Londres; afianzar vuestro reciente matrimonio.

—Eso es imposible. Simon tiene muchos negocios que necesitan su atención.

—Creo que si se lo pidieras…

—Ya le he causado suficientes inconvenientes, Constance —la interrumpió—. Quiero… Lo que necesito ahora mismo es que él comprenda que nuestro matrimonio funcionará.

—Le importas muchísimo. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí. No dudo de sus sentimientos por mí. Lo que tengo que hacer es que comprenda que los

que yo tengo por él son igual de fuertes.

—¿Qué me estás diciendo, Lydia? —inquirió Constance, con el ceño fruncido.

—¿Tan extraño sería que me importase el hombre con el que decidí casarme?

—No, en absoluto. Solo es que… Bueno…

—Diste por hecho que amaba a Azrael.

—¿No es así? —Constance estaba un poco perdida.

—Oh, sí, Connie. Me enamoré de él al instante. Fue un flechazo. Era peligroso, apuesto y… y se fijó en mí de inmediato. Pero Simon, él… y luego yo… y al final esos sueños que tuve con él desde lo del capitán…

—Espera, Lydia. ¿Soñabas con Simon? Vas muy rápido y no dices mucho. ¿Puedes empezar de nuevo?

La joven le sonrió.

—¿Me creerías si te dijese que estuve siempre tan obcecada pensando que era un incordio que no me di cuenta de la verdadera clase de hombre que es?

—¿Estás enamorada de él?

—Oh, Constance, para haber sido siempre tan práctica y correcta, te empeñas ahora en ver amor por todas partes. No. No lo llamaría amor, es demasiado pronto. Es… es el principio de algo y… —La joven suspiró—. Comencé a soñar con él sin parar hace semanas. Justo cuando me comprometí con Azrael y eso me trastocó por completo. Y luego estaba el hecho de que Morna me avisó de que habría un momento en que tendría que tomar la decisión más importante de mi vida, y que no me iría mal si decidiese hacer caso a mis sueños. No sé en realidad cuándo comenzó a cambiar todo con Simon. Solo fui consciente de que la cercanía que habíamos compartido estos años no me producía el efecto que yo creía. Lo detestaba, pero había algo más. ¡Ay, Dios! Debo ser la peor esposa del mundo por hablar de ese modo de mi marido. Lo que pretendo decir es que…

—Es que te diste cuenta poco a poco de que lo que te producía no era solo irritación, había algo que necesitabas explorar. —Constance le estaba sonriendo.

—¿Ewan también te hizo sentir lo mismo?

—¿Lo dudas? Cuando lo conocí deseé mandarlo a la luna de inmediato, luego sentí ganas de atizarle con un objeto muy pesado y, de pronto… ¡zas! Todo cambió sin darme cuenta.

—No ha sido repentino del todo, Constance. Es cierto que la primera vez que lo abracé…

—¿Cuándo lo abrazaste? —inquirió sorprendida, porque le daba en la nariz que eso habría sido cuando era una mujer soltera.

—Eso no importa ahora. Solo quiero explicarte que lo abracé y fue como si lo viese sin máscara. Y maldito fuese, comenzó a meterse en mis sueños y ¡me hechizó! Sí, eso es exactamente lo que creo que hizo. ¿Considerarías posible que le hubiese pedido a la abuela Morna algún tipo de brebaje para que yo comenzase a sentir fascinación por él?

—Eso no funciona así, Lydia. Por lo que dices, creo que Azrael te deslumbró. Es un hombre que causa esa sensación en las damas; siempre ha sido muy apuesto, por lo que no te permitió apreciar todo lo que Simon vale.

—Hay más, Constance. Hice una cosa terrible y no sé si Dios me absolverá.

—Habla, no te juzgaré —la animó.

—Es un pecado muy grande que me asfixia, y juré no decírselo a nadie, pero necesito…

—No puede ser tan grave como para ocultármelo. Eres una buena persona, Lydia. Estoy segura de que exageras.

—Prométeme que tratarás de comprenderme.

—Siempre lo haré. Eres mi pequeña. Toda una mujer ya, pero siempre serás mi pequeña, Lydia.

—Es sobre Azrael…

No pudo seguir. La puerta se abrió y Simon apareció en el umbral. Se veía formidable, con los ojos oscuros y la expresión de un hombre que parecía haber estado buscando a su otra mitad sin descanso por toda la casa. A su lado entró Ewan, con la misma cara que ponía cuando veía acercarse un desastre.

—Confío en haberos dado suficiente tiempo para hablar —comentó el escocés—. Simon parecía dispuesto a derribarme a mí y después a la puerta. Tuve que apartarme porque uno no debería romperle la nariz a su mejor amigo justo el día después de su boda con mi pupila.

Lydia sonrió.

Se adelantó, rodeó a Simon con los brazos y lo abrazó con una intensidad que no tenía nada de dócil. Notó cómo él se quedaba rígido un segundo, como si aquel contacto le hubiera pillado desprevenido, y Lydia aprovechó ese segundo para sentirlo como una victoria.

—¿Y puedes culpar a mi esposo por no poder vivir sin la luz de su vida, Ewan? —Lydia se ladeó para mirar a Constance y amplió la sonrisa. No había soltado a Simon, quien, por inercia, la tenía bien sujeta por la cintura—. ¿Qué te he dicho, Connie? —cuestionó con voz dulce, al tiempo que se

pegaba todavía más a su marido—. Mi vizconde no me deja sola ni un solo instante. Es halagador y un tanto agotador. —Le enmarcó el rostro a Simon con las manos y le sonrió por completo—. ¿Verdad, mi amor?

Ewan carraspeó; estaba a punto de atragantarse con la risa, y Constance se llevó una mano al corazón y emitió un suspiro. Lydia tenía razón, pues Connie, que nunca había sido pasional ni dada al romanticismo, desde que se casó, comenzó a emocionarse cuando veía a una pareja enamorada.

Simon miró a Lydia. No había humor en su mirada, pero sí una chispa peligrosa, como si hubiera entendido la provocación… y hubiera decidido también jugar con fuego.

—Querida mía —respondió, y su voz sonó amable—, ¿cómo podría dejarte sola un instante cuando alegras tanto mi existencia? Confío en que no hayas compartido demasiados secretos con nuestra Constance. En especial los de alcoba. Aunque no te censuraré si decidiste confesarle que eres bastante ansiosa en el lecho a pesar de tu inexperiencia. No veo la hora de regresar a casa para poder…

—¡Simon! —saltó Constance azorada.

Ewan ya estaba carcajeándose a gusto. Lydia lo miraba como si quisiera darle un puñetazo en el pecho. Se obligó a recuperarse y compuso otra sonrisa servicial.

—Mi pícaro adorable —comentó Lydia, con teatral resignación, mientras le guiñaba un ojo a su marido. Luego se giró para contemplar a los señores MacCrae—. ¿Lo veis? Estamos tan hambrientos el uno del otro que incluso perdemos la compostura y caemos en la indecencia. Imagino que eso estará permitido para un par de recién casados que se pasa el día besándose y no pueden apartar las manos el uno del otro. No hay salvación para nosotros.

—Ninguna —confirmó Simon, y esta vez la suavidad de su tono pareció sincera. Aunque no quisiera admitirlo, esa mujer lo divertía con sus locuras. Siempre había sido así—. Te estaba buscando porque no soportaba la soledad.

—¿Me echabas de menos después de estar separados tan solo durante unos breves instantes?

—Muchísimo. No comprendo cómo he podido vivir sin ti durante todos estos años, querida mía —respondió él.

—¡Qué gran elogio para una recién estrenada esposa, mi amor! —exclamó ella, haciendo todavía más patente su sonrisa.

Ewan dio un paso para agarrarle la mano a su esposa. La obligó a moverse hacia la puerta mientras la pareja seguía ensimismada en sus asuntos. Cuando salieron de allí, Constance miró con seriedad al escocés.

—¿Te has creído todo ese teatro, Ewan?

—Ni por un momento.

—¿Debo preocuparme? —Connie no deseaba que Lydia sufriese.

—En absoluto. Los dos están tan empeñados en demostrarse que no se soportan, que cuando se den cuenta de que se desean con esa hambre a la que han aludido, ya será tarde para disimular… y demasiado temprano para negarlo sin perder la dignidad.

Mientras tanto, lord y *lady* Trowbridge seguían muy concentrados el uno en el otro, tanto que ni se dieron cuenta de que se habían quedado solos y de que la puerta de la pequeña estancia se había cerrado con ellos dentro. Antes de pensar en lo que estaba haciendo, la mano de Simon se posó en la nuca de su esposa con una firmeza que la hizo contener el aliento. No era una caricia tímida. Era una sujeción deliberada, segura, como si él hubiese decidido que, de pronto, el mundo entero debía saber que ella le pertenecía.

—Simon… —susurró Lydia, sin saber si era una advertencia o una invitación.

Él no contestó con palabras.

La besó.

Fue un beso que la elevó a los cielos. Primero, un choque de calor, la presión de su boca reclamaba la suya sin vacilación, sin pedir permiso en

voz alta, aunque el cuerpo de Lydia se lo concedió al instante, traicionero y obediente. Su mano en la nuca la mantenía cerca, y la otra se deslizó a su cintura hasta apretarla contra él con un control que no era delicado, pero sí perfecto, como si Simon temiera que ella fuese a echar a correr.

Lydia se había quedado inmóvil durante una fracción de segundo, sorprendida por la intensidad. Luego sintió la plenitud abriéndose paso en su interior. Se concentró en el aroma de él, limpio y oscuro, y el latido de su propio corazón, ridículo y desbocado.

Separó los labios para poder tomar aire y Simon aprovechó esa rendija con una impaciencia cruel. El beso se volvió más profundo, más lento, como si él se tomara el tiempo de memorizarla, de marcarla por dentro, de convertir la mentira de su amor en una verdad eterna. Lydia notaba el temblor que le subía por el cuello, el deseo recorriéndole todo el cuerpo. Se aferró a las solapas de su chaqueta para no caerse por el mareo que estaba sintiendo.

Y entonces, cuando comenzó a responderle con la misma ansiedad con la que él la reclamaba, cuando le devolvió el beso con un hambre que la debería avergonzar y que la incendiaba, Simon emitió un sonido bajo, un gemido lleno de lujuria, y la apretó aún más para que ella sintiese su virilidad presionando sobre el bajo de su vientre.

Lydia tembló y se sintió llena de satisfacción al ver que lo había vuelto completamente loco.

Simon se separó un instante, lo justo para rozarle la boca de nuevo con una suavidad que no había estado al principio, como si ese último roce fuese más íntimo que el beso entero. Lydia se quedó con los labios entreabiertos, el aire retenido en el pecho, la mente embotada y el pulso en la garganta.

Figuraban muy cerca. Decididos a devorarse de nuevo. Al menos Lydia así lo creía.

Los ojos de Simon estaban oscuros, tensos, increíblemente desorbitados.

—Yo… —empezó ella.

—No digas nada —murmuró él, y la orden sonó extraña.

Lydia tragó saliva con dificultad. ¿Por qué se había detenido?, quiso preguntarle. Notó que aún tenía las manos en su solapa, que aún lo tenía demasiado cerca y que la habitación parecía más silenciosa de lo que debía.

Entonces lo comprendió. Giró la cabeza, buscó a Connie y a Ewan. No estaban.

Los habían dejado solos en el instante exacto en que Simon decidió que iba a besarla. Lydia volvió a mirar a su marido, se moría por pedirle que terminase lo que había empezado.

No. No era el lugar adecuado. En especial porque la mirada de él había cambiado radicalmente

y parecía estar a punto de salir huyendo. Parecía como si el vizconde de Trowbridge acabase de darse cuenta de que, por primera vez en muchísimo tiempo, había perdido el control por completo.

—Simon… —probó de nuevo.

—He dicho que no digas nada. —Se separó de ella por pura fuerza de voluntad y se dio la vuelta. No sabía lo que le había sucedido. Solo era consciente de que no había podido dejar de besarla, de que necesitaba tocarla por todas partes, de que… de que… ¡la deseaba con una intensidad sobrenatural!

—Si vas a arrepentirte de lo que acaba de suceder, preferiría que me lo dijeses ahora.

Él se dio la vuelta. La máscara imaginaria volvía a estar en su lugar.

—No seas ridícula. Estamos casados, es natural que compartamos algún que otro beso.

—No ha sido una nimiedad como lo haces sonar y lo sabes.

Él la miró con los ojos bien abiertos.

—¿Y qué ha sido? Si vas a ponerte a interpretar el papel de amorosa esposa, recuerda que no tenemos público.

—¿Por qué te empeñas en discutir después de lo que acabamos de compartir? ¿No puedes darme un minuto de tregua y reconocer que hay deseo entre los dos?

—¿Deseo? —indagó falsamente sorprendido.

—Si tienes que hacerme esa pregunta es que no has prestado atención mientras te devolvía el beso. Tal vez… bueno…

—¿Qué? —la interrogó al ver que ella bajaba la vista al suelo con cierta modestia.

—Estaba pensando que sería recomendable que volviésemos a besarnos para comprobar si lo que hemos sentido ha sido deseo. —Las mejillas le ardían.

—Podrías hacer pecar a un santo eunuco. No. No me arriesgaré a besarte de nuevo y a terminar poseyéndote en un lugar como en el que estamos. —Frunció el ceño y se dio un par de golpecitos en la sien—. Ahora bien, me estoy preguntando si debería preocuparme por tu inconstancia. Accediste a casarte con un hombre, lo cambiaste por otro en un pestañeo ayer mismo, y de inmediato pretendes explorar el deseo con su sustituto. Un pobre sustituto al que nunca has tolerado. ¿Tan poco te importaba él, Lydia? —Él. Ese él era Azrael y los dos lo sabían.

—Vete al infierno, Simon —le escupió con amargura, para después dar un paso para pasar por

delante de él decidida a salir de allí. No quería que la viese llorar y si no se marchaba, eso sería precisamente lo que ocurriría.

—No tan rápido. Hay un asunto serio que debemos tratar.

—¿Más que acusar a tu esposa de ser una casquivana sin corazón?

—Son tus palabras, no las mías, querida.

Ella levantó la mano para abofetearlo, pero Simon le atrapó la muñeca antes de que pudiese llevar a cabo la acción. En un abrir y cerrar de ojos, Lydia estuvo presionada contra la pared y con el pecho de él encima del de ella.

—¿Qué pretendes, amor mío? —lo desafió porque no le tenía miedo.

—Te pedí una cosa muy sencilla al inicio de la fiesta. Y no lo has hecho.

Lydia alzó las cejas.

—¿Encandilar a tu socio? ¿Hablas de eso?

—Sí. Encandilar. No humillar al hombre que puede decidir el futuro de mi inversión. ¡Por amor de Dios, lo has dejado plantado ante toda la sociedad unos minutos antes de que finalizase la música!

—¿Cuánto debía encandilarlo, Simon? ¿Qué debería permitirle además de bailar el vals, para que estuvieses contento, Simon?

—¿Qué insinúas?

—Nada.

—¿Te ha molestado de algún modo? —Ella se quedó callada—. ¡Habla! —la urgió. Lydia lo veía fiero, parecía que estaba apretando los dientes.

—¿Y qué harías si así fuese? —volvió a retarlo.

—Dime lo que ha sucedido.

—Dime primero qué harías, Simon, si alguien se atreviese a molestarme. ¿Me protegerías? ¿A la mujer a la que acabas de acusar de ser inconstante en sus afectos, de la que sospechas que sigue pensando en tu primo?

—No lo nombres ahora, Lydia. Mi paciencia tiene un límite y estás sobrepasándolo.

—Yo te lo diré —siguió ella—. No harías nada, porque no te importo más allá de desear llevarme a la cama. —Vio que él iba a abrir la boca—. No te atrevas a negarlo porque lo he sentido mientras me devorabas. Lo estoy sintiendo ahora mismo. ¿O me crees tan ingenua como para no saber lo que es la dureza que me presiona la pierna? No olvides, amor mío —se atrevió a provocarlo de nuevo—, que

llevo viviendo dos años en Escocia y allí las cosas son diferentes.

—Escúchame bien, Lydia, porque solo te lo diré una vez más y jamás lo pondrás en duda. Eres mía y solo yo tengo derecho a tocarte, molestarte o traer alegría a tu vida. ¿Me oyes? —preguntó con un susurro afilado—. Si me entero de que algún otro se toma esas tres libertades contigo, pagará por su afrenta. Ahora me dirás si Ketteridge ha hecho algo que te haya molestado.

Lydia negó con la cabeza. Le bastaba con saber que él la defendería en caso de necesitarlo. No lo llevaría a una guerra abierta con un conde que no merecía ni dos pensamientos seguidos.

—No, Simon. Me has hecho bailar con él un vals, cuando esta era la primera fiesta a la que acudíamos como marido y mujer. Le he sonreído. He sido educada —no mentía del todo porque no le había dado un bofetón— y luego, en un ataque de rabia porque te ha resultado tan fácil cederme, decidí llamar tu atención de la única manera que se me ocurrió. Supongo que tendrás que añadir a mi larga lista de defectos que, además de inconstante y casquivana, también soy una niña caprichosa.

—Lydia…

—No. Soy yo la que te ordena ahora que no digas nada. Suéltame y regresemos a la fiesta. Imagino que tendrás más amigos con los que necesitarás que baile e impresione con mi linaje. Es toda una suerte que el hecho de ser la hija de un

duque y de que tú te hayas casado conmigo a toda prisa, no me haya convertido en una paria, ¿no te parece?

El silencio cayó de golpe entre ambos. Simon apretó la mandíbula con más fuerza. Podría incluso saltarse un par de dientes.

—¿Qué quieres de mí, Lydia? —preguntó cansado.

—La pregunta debería ser: qué quieres ofrecerme tú a mí, Simon. No puedo retroceder en el tiempo y cambiar lo que hice, pensé o decidí. Y a sabiendas de que no me creas, te diré que me alegra estar casada contigo y no con él. Y no. No permitas que tu rabia vuelva a incidir en la supuesta fragilidad de mis sentimientos. Elige creerme o no lo hagas, pero tendrás que aprender a vivir con la elección que también hiciste.

Sintió su aliento directamente sobre sus labios y pensó que volvería a besarla. Le pareció escuchar un breve gemido, justo después de mirar sus ojos y contemplar su boca, y la dejó libre.

No esperó a que él añadiese algo más. Lydia pasó por su lado, abrió la puerta y regresó hacia la música con paso sereno, como si en su interior no estuviese librándose una guerra. No diría nada. Había hecho bien en no contarle la verdad sobre lo que el conde le había insinuado.

Y mientras se convencía de que su esposo solo necesitaba tiempo y hechos para comprender que no se arrepentía de haberse casado con él, Lydia aún notaba en la boca la presión de los labios de Simon, la caricia de la lengua masculina sobre la suya.

¡Dios, cómo lo deseaba!

Quería borrarle la frialdad y hacer que se deshiciera con ella. Deseaba arder con él.

Cuando el vizconde regresó a la fiesta, unos pocos minutos después de ella, se acercó para decirle que era hora de marcharse a casa. Le pareció bien. Se despidieron de los anfitriones y también de Connie y de Ewan, quienes no comentaron nada fuera de lo común.

Una vez dentro del carruaje, el silencio se volvió espeso, pese a que el beso compartido estaba muy presente entre ambos.

Simon se sentó frente a ella. No la tocó aunque se moría por hacerlo. No se permitía mirarla tampoco. Observaba la oscuridad mientras revivía una y otra vez lo que había sido sentirla débil y complaciente entre sus brazos.

Lydia clavó los ojos en la ventanilla. Londres pasaba ante su mirada como un conjunto de manchas de luces y sombras. El reflejo de su rostro en el cristal le devolvía a una mujer que sentía los

labios todavía hinchados y tenía los ojos demasiado brillantes.

Cuando por fin llegaron a casa, Simon bajó primero y le tendió la mano con una cortesía impecable. Lydia la aceptó porque no iba a darle la satisfacción de demostrarle que estaba resentida.

Entraron sin mirarse. Uno al lado del otro, teniendo sumo cuidado para que sus hombros no se rozaran. Se dio cuenta de que mientras ella iba a dirigirse hacia la escalera para encerrarse en su habitación, él se movía en dirección a su despacho. Otra noche más en la que no visitaría su lecho. Se sintió muy miserable a pesar de que era consciente de que su marido tenía motivos para estar dolido.

—¿Lydia? —la llamó cuando había puesto el pie en el primer escalón.

—¿Sí? —Ella no se volvió para mirarlo. Las lágrimas estaban ya resbalando por sus mejillas.

—¿Te tocó?

—¿Quién? —No había entendido la pregunta. ¿Habría adivinado que el conde pretendía convertirla en su amante?

—Mi primo. ¿Te tocó Azrael? —repitió.

—Si lo que te preocupa es que no sea pura, no tienes motivos. No soy tan mezquina como para

habérmelo callado cuando te pedí que me aceptases —dijo con cierta suavidad.

—No te he preguntado eso. Hay muchas formas en las que un hombre puede profanar a una mujer sin arrebatarle su virginidad.

—Hubo un beso hace dos años y te juro por lo más sagrado que no se pareció en nada al que hemos compartido esta noche —le confesó la verdad, sin mirarlo todavía. Tal vez en aquella ocasión ella se sintió conmovida y lo disfrutó, pero lo que acababa de vivir con Simon era… era… Era tan indescriptible que la dejaba sin palabras.

—¿Es cierto que me deseas?

Ella se giró, sin pensar en que debía tener los ojos aguados, porque la vulnerabilidad que detectó en Simon la dejó asombrada.

—¿Y tú?

—Respóndeme.

—No debería hacer falta. De igual modo que yo no te debería haber hecho la pregunta a modo de defensa.

—Quiero escuchártelo decir.

—Sí, Simon. Te he deseado muchísimo mientras me besabas.

—¿Y ahora? ¿Me quieres ahora?

—Quisiera zarandearte para hacerte comprender que… —se silenció y luego suspiró.

—¿Qué? Dímelo.

—Necesitamos tiempo, Simon. Creo que deberíamos conocernos mejor. No te pediré dejar Londres porque sé que tienes negocios importantes que atender, pero Constance ha dicho algo esta noche que me ha parecido interesante.

—¿Sabe que no estamos bien? ¿Se lo has dicho, Lydia? —No quería tener problemas con Ewan, ni tampoco le apetecía que nadie opinase sobre su relación con Lydia.

—No, Simon. No le he contado nada que pueda preocuparla. Nuestros asuntos son privados.

—¿Qué ha dicho Constance que te ha parecido interesante? —se interesó.

—Me ha sugerido que te pidiese visitar tu casa solariega para estar solos los dos, alejados de los susurros de la ciudad.

—¿Querrías estar conmigo, y solo conmigo —reiteró— en el campo?

—Me has dicho al menos tres veces que soy tuya. ¿Acaso tú no eres mío?

—¿Lo soy? —Ahí de nuevo esa nota de incertidumbre.

—Eres mi esposo. Mío y de nadie más, así que sí. Sí que me gustaría estar contigo a solas durante un tiempo para tratar de que nuestro matrimonio funcione.

Lady Trowbridge esperó para ver si él añadía algo más. Parecía que no iba a hablar, así que levantó la pierna izquierda para subir otro escalón.

—¿Lydia?

—¿Qué, Simon? —Volvió a mirarlo.

—Subiré a tu habitación en cuanto te hayas preparado. —Carraspeó y se maldijo, porque había sonado demasiado autoritario—. Es decir, si no tienes inconveniente, me gustaría… quisiera… —Se maldijo de nuevo por sonar en esos momentos como un colegial imberbe.

—Ven, Simon —lo interrumpió un poco más alegre—. Te estaré esperando.

—En… en… ¿en media hora?

—Sí. Eso sería perfecto.

***

Simon se había pasado años diciéndose que lo suyo con Lydia era una mezcla decente de responsabilidad y costumbre. La había visto terminar de convertirse en mujer en los márgenes de su propia vida, demasiado joven al principio, demasiado arpía después, siempre rodeada de gente que la adoraba o la subestimaba, y él había ocupado ese lugar incómodo del hombre que vigilaba sin pedir nada a cambio porque ella no le agradaba más allá del placer de molestarla. Al menos eso se repetía cuando le convenía creerse virtuoso.

Lo cierto era que, en cuanto supo que su primo iba a casarse con ella, aquel discurso se le desmoronó como una fachada con humedad.

Podía llamarlo honor. Podía llamarlo deber. Podía llamarlo sentido común, incluso. Pero, por debajo de la superficie, donde no llegaba la voz de nadie, lo que había sentido fue una punzada diabólica y feroz, como si le hubieran hurgado una herida que nunca terminaba de cerrarse.

Azrael.

Siempre Azrael.

Su primo había estado en el centro de sus peores pesadillas mucho antes de convertirse en el centro del mundo de Lydia. Y lo más humillante de todo era que Simon no necesitaba que nadie le recordase la jerarquía. La había aprendido de niño, en la forma en que los adultos miraban a Benedict con indulgencia y a él con exigencia, en las comparaciones lanzadas como quien arrojaba migas a

los perros para verlos pelear. Incluso su madre… incluso ella, con su elegancia y su frialdad, había preferido el brillo de Ben frente al hijo que sería el heredero de su esposo. Aunque no fue hasta la adolescencia cuando todo el drama familiar les estalló en el rostro a ambos y los convirtió en enemigos.

Simon había crecido con esa certeza clavada en el pecho que era el segundo, siempre por detrás de su primo. Había aprendido a ganar por acumulación, por disciplina, por ser constante. Cuando no se podía ser el favorito, se podía ser imprescindible. Cuando no se podía ser el amado, se podía ser el que resolvía los problemas.

Así se había construido a sí mismo.

Por eso, cuando Lydia eligió a Azrael aquella fatídica noche, Simon se obligó a inclinar la cabeza ante la realidad y a repetirse, una y otra vez, que la dama había hecho su elección y que él por fin sería libre. Lydia sería el problema de otro. Se lo repitió hasta creérselo a medias. Lo repitió incluso en voz alta. No sirvió. El estómago lo había tenido tan contraído como uno de los mejores nudos del pañuelo de la corbata que hacía su ayuda de cámara.

Luego llegó la idea. La posible solución.

No fue un relámpago romántico ni una epifanía noble. Fue algo más sencillo y oscuro, propio de un hombre acostumbrado a controlar lo que estaba a su alcance cuando el resto del mundo se empeñaba en que él no se saliese con la suya. Eso hacía Simon, y lo llevaba a cabo a cualquier precio.

Ewan era pura fuerza, Rafe constante, pero la mayor cualidad de Simon era que, tal vez, fuese más oscuro y peligroso que su propio primo.

Si Azrael desaparecía en el momento adecuado, Lydia no podría casarse. Si Lydia no se casaba, su reputación caería en desgracia con la rapidez de una copa rota. Si su reputación estuviese a punto de caer, alguien tendría que rescatarla. Y Simon, que llevaba la vida entera salvando lo que otros rompían, aparecería como lo que era: un salvador inevitable.

Había contratado a varios hombres para hacerlo. Ni caballeros, ni criados torpes, tampoco muchachos de barrio con la lengua suelta. Hombres peligrosos. Hombres que no preguntaban y que sabían mantener cerrada la boca cuando el dinero intervenía. Les había dado instrucciones precisas. Nada de sangre. Nada de marcas. Tres días, ni uno menos. El tiempo justo para que el novio no se presentase, para que la iglesia se llenase de susurros, para que el escándalo madurase como una fruta demasiado dulce y, cuando el hedor empezase a esparcirse por ese lugar sagrado, Simon aparecería con la mano tendida dispuesto a sacrificarse para que ella no perdiese por completo su reputación.

Tres días. Ese era el margen.

De esos tres, ya había consumido dos.

Y Lydia había sugerido marcharse al campo; la idea no le parecía descabellada en absoluto. Londres era una jaula llena de ojos. En el campo,

había mayor libertad. En el campo, una pareja podía desaparecer lo suficiente como para que la tormenta cambiase de dirección.

El plan había sido magistral, al menos en su mente. Incluso había disfrutado —con un placer agrio, vergonzoso— al imaginar el momento en que su primo, ya liberado, hambriento de respuestas, descubriera que Simon se había casado con Lydia. Azrael no era estúpido. Ataría cabos. Buscaría culpables. Lo buscaría a él.

Simon lo sabía. Por eso había previsto cada detalle. Por eso había comprado una licencia especial y un anillo antes de que la tragedia se representase por completo. Algunos hombres improvisaban. Simon no. Simon no se sacaba nada de la chistera. Era metódico, discreto y nunca tuvo miedo de hacer lo necesario para impartir justicia. Lydia no era la mujer que Azrael necesitaba. La destruiría si él no se interponía.

Lo tenía todo listo para interpretar ese papel que él mismo se había dado como salvador cuando la novia ultrajada reescribió el guion. Eso fue irónico. La suerte de Simon cambió cuando Constance fue a buscarlo mientras él estaba decidiendo cómo iniciaría el primer movimiento para ofrecerse en sacrificio para que Lydia no se rompiera. La prometida de su primo necesitaba hablar con él. Eso dijo Connie. Simon sintió mucha curiosidad.

La sorpresa fue mayúscula. No había contado con que fuese ella quien, agraviada por la ausencia del prometido, acorralada por el inminente

escándalo, le pidiera lo que él había planeado ofrecer. Simon habría podido quedarse inmóvil, fingir sorpresa, ser caballeroso y actuar como el salvador humilde y perfecto. Sin embargo, su orgullo había exigido otra cosa. Su orgullo había querido verla bajar la cabeza mientras le pedía ayuda. Su orgullo necesitó que le suplicase.

La había arrastrado por el fango con palabras poco elegantes. La había humillado sin levantar la voz. Había retorcido el momento hasta obligarla a sostenerle la mirada y ser sumisa, a reconocerse vencida por las circunstancias y a darle a él el título de héroe por no haberla dejado caer.

Y, cuando por fin la convirtió en su esposa, tampoco había ganado la paz. Su orgullo seguía hambriento, ávido por darle una gran lección. No estaba especialmente satisfecho con su actitud, pero no podía controlarse. Sencillamente quería castigarla y no encontraba la disciplina necesaria para contenerse. Iría al infierno. No le importaba. Ya vivía entre las llamas del averno; desde el primer segundo en el que el ministro de Dios los declaró casados, se transportó allí.

Porque el matrimonio no borraba la evidencia de que ella lo había preferido a él solo cuando no tuvo otra opción. Porque el anillo en su mano no cambiaba el hecho de que Lydia había soñado con su primo, que había querido a su primo, que lo había mirado como Simon jamás había sido admirado. Azrael siempre sería el gran amor de su esposa.

Ese detalle no lo había calculado bien. Vivir con esa certeza de volver a ser el segundón era como llevar una piedra atada a la pierna. Un gran pedrusco que, a cada paso, le recordaba los anhelos de Lydia y convertía la caminata en un suplicio.

De ahí la excesiva frialdad con su esposa. De acuerdo, rozaba la crueldad. ¡Pero no podía evitarlo! Si al menos hubiera algún método para mostrarle el futuro que él sabía que Lydia acabaría padeciendo junto a Azrael, se lo habría mostrado. Algo como una bola de cristal. Además, su hazaña, por casarse con una mujer de la que no estaba enamorado y hacia la que no tenía más que un excesivo sentimiento de protección, debería ser recompensada de algún modo. ¡Solo hizo lo que hizo para evitarle un terrible sufrimiento que la llevaría tempranamente a la tumba! ¡Por amor de Dios!, su primo se había prometido y ni siquiera tuvo la decencia de acabar la relación que mantenía con una rica viuda que le hacía regalos extravagantes para mantenerlo embelesado.

Ella no tenía la menor idea de nada de lo que había implicado salvarla, porque la crueldad de Azrael hubiese sido muchísimo peor. No serían pocos los que lo catalogarían como un hombre egoísta por no haberle permitido a ella tener la última palabra después de haberle contado todas las verdades que le había ocultado. Tampoco le importaba. Según su propio código moral y caballeresco, había actuado como se esperaba que lo hiciese. La rescató del mal y le ahorró todo el dolor de descubrir la causa por la que él la protegía y el motivo por el que Azrael la rondaba.

De ahí ese trato incapaz de ser cordial con Lydia, porque estaba irritado con toda la maldita situación.

No era amor, se repetía Simon. No podía serlo. Lo suyo era responsabilidad y nada más.

Eso era. Tenía que ser eso.

La noche anterior no había visitado sus aposentos para consumar su matrimonio por una razón que no le gustaba reconocer. Se conocía bien. Sabía lo que hacía el resentimiento cuando se mezclaba con el deseo. No quería volcar en Lydia su rabia, no quería tocarla como si estuviera castigándola por no haberlo elegido. Si se acercaba a ella con esa hambre amarga, terminaría odiándose por ello… y acabaría odiándola a ella también, por el mero pecado de estar en medio de la guerra entre Azrael y él.

Y, aun así, su pícara vizcondesa había decidido jugar a la provocación.

Había interpretado a la esposa enamorada con una soltura deliciosa y jocosa. Había usado las palabras «mi amor» como un alfiler. Lo había provocado delante de sus socios, de Constance y Ewan, y lo había obligado a seguirle la corriente, y Simon —que no se permitía perder el control nunca— había sentido cómo se le escapaba entre los dedos el dominio.

El beso había ocurrido antes de que pudiera frenarlo.

Y no había sido una nimiedad.

Fue incendiario.

Simon había notado la pasión de Lydia, su respuesta, esa ansiedad que ella no habría podido fingir ni en caso de saber cómo hacerlo. Había sentido su cuerpo temblar contra el suyo, había percibido la honestidad de su deseo, y de golpe se quedó sin defensas. Ella podía detestarlo, sí. Podía creer que él era un carcelero, una sombra incómoda que la acechaba, un hombre incapaz de ternura, pero su esposa lo había deseado con desesperación.

Y, ante esa evidencia, Simon estuvo perdido.

Si Lydia lo deseaba, ¿qué habría de malo en hacerle el amor esa misma noche? ¿Por qué demonios tendría que seguir castigándola, si el cuerpo de ella lo invitaba? El orgullo se le revolvió, intentando recuperar el control, intentando volver a la idea de no tocarla mientras estuviese enamorada de Azrael. Pero las sensaciones del beso, incluso las breves confesiones que su esposa reveló después de esa muestra cruda de deseo, le decían que tenía que reclamarla sin demora.

Había algo allí. Algo que no era solo rabia.

Algo que lo dejaba descolocado.

Cuando ella le dijo que lo esperaría en su alcoba, Simon supo que no encontraría la fuerza para controlarse y mantenerse alejado. La deseaba. No la amaba, pero quería conquistar su cuerpo. ¿Cuándo había comenzado a pensar en Lydia como una mujer seductora capaz de volver a un hombre loco?

No era relevante.

Esa noche la poseería.

Y, de pronto, la palabra esposa comenzó a adquirir un significado distinto. Lydia no era una compañera de alcoba que recibía obsequios y promesas a cambio de favores. Lydia era su vizcondesa, no su amante. Su igual ante el mundo.

Que Dios la ayudase, pensó Simon, porque él no era un amante fácil. Lo había sabido desde una edad demasiado temprana. Todo el control que ejercía a su alrededor se multiplicaba cuando compartía intimidad con una mujer bien dispuesta. Donde otros hombres se abandonaban, él se concentraba en obtener todo aquello que deseaba de ellas. Donde otros se perdían, él se mantenía cuerdo para guiarlas. Sus manías no eran simples caprichos. Eran una forma de respirar para saciar completamente su lujuria.

Lydia tendría que aprender a disfrutar de eso, y a él se le hacía la boca agua pensando en cómo la instruiría para que gozase mientras saciaba sus necesidades masculinas más peculiares.

Y, mientras su imaginación se desbordaba en lo que pronto acontecería, mientras su pulso seguía demasiado alterado para un hombre que se consideraba frío, Simon comenzaba a comprender lo peor con una lucidez incómoda.

Su plan había sido perfecto para derrotar a Azrael. Lo que no había previsto era el daño colateral. Lo que no vio venir, al apartar a su primo del tablero, fue que se había quedado cara a cara con una reina capaz de doblegarlo con una sonrisa burlona… y de hacerle desear, por primera vez en años, algo que no se podía controlar con una licencia especial y un anillo.

La media hora que Lydia le había concedido se le estaba haciendo eterna. No porque dudara de su invitación, sino porque, a solas, el valor solía convertirse en otra cosa, en expectativas, en un poco de miedo que jamás confesaría tener, en una ansiedad deliciosa que le tensaba los músculos como si estuviera a punto de saltar hacia un precipicio y al que se moría por lanzarse.

Todo iría bien, se dijo Simon.

Capítulo 7

Un descubrimiento… ¿excitante?

Todo iba a ser un desastre.

Lydia no tenía ni la menor idea de lo que tendría que hacer o decir. ¿Por qué los malditos libros de etiqueta y manuales sobre cómo comportarse como una dama no tenían ningún apartado sobre lo que una esposa tenía que hacer en el lecho con su marido?

Oh, sí. Por supuesto que sí. Mientras un caballero ansioso trataba de controlarse, una dama había comenzado a ponerse muy nerviosa.

Nada más llegar a su alcoba, Penny la ayudó con la misma diligencia que la noche anterior. El camisón elegido para la ocasión era una pieza de muselina fina, casi impúdica para los estándares de una casa respetable. Tenía el escote bordeado por un encaje delicadísimo y unos tirantes estrechos que

dejaban los hombros al descubierto con una inocencia falsa. La tela, apenas más consistente que un suspiro, caía pegada a su figura con cada movimiento, como si el propio tejido le recordara que ya no era soltera.

Cuando la doncella se marchó, Lydia se miró en el espejo y, durante un instante, no se reconoció.

Lady Trowbridge. Casada. Con un vizconde que podía ser hielo durante horas y, después, incendiarla con un beso impresionante. Un hombre que hablaba de posesión como si fuera una ley natural. Ella le había devuelto el favor. No le importaba ser suya siempre que él fuese suyo.

El golpe suave en la puerta le detuvo el corazón.

—Pasa —dijo, y su voz salió más firme de lo que se imaginó.

Simon entró sin vacilar. Había dejado la chaqueta en alguna parte y llevaba la camisa blanca con el cuello desabrochado y el nudo de la corbata aflojado. Se veía como si hubiese perdido una batalla contra su propia compostura. La luz de las velas dibujó sombras en su rostro, y Lydia vio enseguida que él tampoco se veía sereno.

Simon se quedó inmóvil al verla. Sin respiración, al ver lo que llevaba puesto… o más bien lo que no llevaba encima. Su virilidad se estremeció al instante.

Lydia le sostuvo la mirada un instante; sintió deseos de cubrir su cuerpo porque él la miraba una y otra vez de arriba abajo. Esconderse de su esposo sería absurdo y contraproducente. La tela dejaba poco a la imaginación, y la imaginación de un hombre como Simon sería, sospechaba, peor que la de cualquier otro.

Él cerró la puerta con calma.

La cerradura sonó como si aquella noche fuese el final y el principio de algo que no tenía nombre todavía.

Simon mantenía tensa la mandíbula. Lydia entendía, sin necesidad de palabras, en qué estaría pensando. Interesante. La deseaba muchísimo. No era capaz de disimularlo. La dureza que se apreciaba en sus pantalones era una evidencia indiscutible.

Simon dio un paso hacia ella.

Luego otro.

Se detuvo a poca distancia, lo suficiente para que el calor de su cuerpo empezara a parecer una amenaza.

—Ese camisón… —comenzó a decir.

Lydia alzó la barbilla.

—¿Te desagrada?

Los ojos de Simon se oscurecieron todavía más. No había nada caballeroso en esa mirada. Había decisión, hambre y una necesidad que parecía contrariarlo.

—Me gusta —admitió, y la palabra sonó a condena—. Y no me gusta que me guste.

Ella le sonrió. Eso sería el único halago que recibiría.

—Cuando lo encargué, supe que te agradaría —se vanaglorió. Y no mentía, fue así.

Él frunció el ceño.

—¿Fuiste de compras ayer? —Lo que ella había dicho no tenía ningún sentido. Solo hacía un día que era su marido. Esa prenda había sido elegida para tentar a… Movió la cabeza para ahuyentar ese pensamiento. Azrael, más que nunca, debía permanecer lejos de ellos.

—No sé si sentirme insultada, Simon. Estoy pasando la mayor vergüenza de mi vida, vestida con una prenda que tal vez sea una indecencia incluso para una cortesana, y tú me preguntas por mi agenda de ayer. —Dios santo. Había cometido una temeridad al decirle que lo eligió para él. Rezó una breve plegaria para que su marido se concentrase en lo que acontecía y no en cosas que sería demasiado vergonzosas si se las confesaba.

—Estás jugando con fuego, Lydia. Una mujer que busque que su esposo sea tierno y amable con ella no lo alentaría del modo en el que lo estás haciendo.

—¿Entonces lo apruebas o no, esposo? —lo retó.

—Estoy completamente seguro de que estás todavía más impresionante vestida con eso que si estuvieses desnuda —replicó él, sin levantar la voz.

Lydia notó que se le aceleraba el pulso. El mismo hombre que se había mostrado impenetrable desde que se casaron, en esos instantes, se veía… salvaje. Aterradoramente indómito. Sentía vergüenza, así que se concentró en mirar a un punto invisible en la nada. Jamás la habían admirado de ese modo tan crudo. En honor a la verdad, comenzaba a cohibirse. Tan valiente que se creía y Simon la tenía acorralada.

El vizconde dejó escapar el aire poco a poco por la nariz, como si con ese gesto se obligara a ordenar sus propias ideas.

—Mírame —le ordenó.

La palabra cayó con tal firmeza que Lydia se estremeció. No porque él la asustara, sino porque una parte de ella… respondió de un modo extraño. Se sintió de pronto muy húmeda donde sus piernas se unían.

Lydia obedeció.

Simon bajó la vista solo un instante; recorrió con la mirada la línea de su escote, la fragilidad del encaje, percatándose de la forma en que la seda se ajustaba a su cintura. Luego volvió a sus ojos, como si lo demás le resultara secundario. Como si quisiera dejarle claro que la reclamaba entera, no por partes.

—Deberías saber que me gusta tener el control siempre —dijo.

—Es algo que no me sorprende —advirtió—. Y en esta ocasión creo que lo agradeceré. No tengo la menor idea de lo que debería o no hacer.

Simon se aproximó un poco más y buscó su oreja.

—No lo entiendes.

Lydia tragó saliva con dificultad porque había una mota de diversión en su voz.

—¿Qué es lo que no comprendo?

Él inclinó la cabeza, como si fuese a besarla, y se detuvo a un suspiro de distancia. Su aliento le rozó los labios cuando le dijo:

—Esta noche y todas las que vengan, me obedecerás. Harás cada una de las cosas que te pida y las harás rápido para no disgustarme, Lydia. Sea lo que sea que te ordene, no lo cuestionarás, porque estás aquí para complacerme, y yo premiaré tu

diligencia otorgándote la misma satisfacción que me hagas sentir. Ese es el trato que firmaremos una vez que te reclame. ¿Estás dispuesta a darle a tu marido lo que te pide? —Le tocó el turno a él de desafiarla.

El descaro de cada palabra la irritó… y, a la vez, la encendió.

—¿Acaso tengo otra opción? —se atrevió a preguntar.

—Sí, Lydia, la tienes. Si te asusta lo que te he dicho, puedo comportarme como se esperaría que lo hiciera cualquier esposo considerado. Será básico y calculo que poco satisfactorio para ambos, pero servirá para que me des un heredero y un reemplazo.

—Dos varones… ¿También estoy obligada a seguir esa orden? ¿Qué sucederá si hay niñas?

—Nada malo. Tendremos que seguir hasta que cumpla con la obligación que tengo hacia mi título.

—Soy una mujer inexperta. No sé cómo funcionan estas cosas, pero lo que has dicho sobre que te obedezca… todo me parece muy extraño.

—Como estarás intuyendo y pronto comprobarás si eliges seguir mis reglas, soy un hombre peculiar en lo que se refiere a saciar mis apetitos carnales, a la hora de hacer el amor.

—¿Será eso lo que ocurrirá?

—¿A qué te refieres?

—¿Haremos el amor, Simon?

—Oh, sí. Eso no estará en duda, lo que sí será diferente será el modo en el que lo hagamos. Soy extremadamente… tirano cuando hay un lecho de por medio.

—¿Solo lo eres a puerta cerrada? Nada de eso, Simon. Eres un autócrata de los pies a la cabeza, supongo que no debería sorprenderme de que incluso en estas circunstancias te muestres tal y como siempre sospeché que eras en realidad.

—Aclarado, pues. ¿Qué será, Lydia?

—Si consiento en hacer todo lo que deseas, ¿qué me darás a cambio?

Él cruzó los brazos sobre su pecho y la miró con una sonrisa socarrona. Chica lista, se dijo.

—¿En qué estás pensando? ¿En más joyas de las que esperas que te compre? ¿En no tener que preocuparte nunca por lo que gastas en la modista?

—No. Todo eso no me preocupa demasiado.

—¿Qué es lo que quieres entonces?

—Me tratarás siempre con cortesía. No, no. Te esforzarás en demostrarme que te importo y para

eso dejarás a un lado tu orgullo. Me exigiste que me olvidase de tu primo. Tú harás lo mismo.

—Ah, ¿das por supuesto que me importas? —inquirió sorprendido.

—Oh, Simon… no me hagas ser cruel y decirte que llevo muchos años sabiendo que estás completamente enamorado de mí.

No. Antes no había estado sorprendido. La sorpresa le llegó ahí. ¿Ella pensaba que la amaba?

—¿Disculpa?

—Vamos, no tiene sentido negarlo. ¿Por qué crees que he consentido que me tratases con tanta dureza desde que te pedí que te casaras conmigo? Sabía que te costaría reponerte de mi primera elección, pero me juré que tendría paciencia. Después de todo, era comprensible que un hombre que me amase tanto estuviera lleno de ira.

—Lydia, yo no… —comenzó a decir.

Ella le puso la mano sobre la boca.

—No. No lo niegues. Sé lo que he visto en ti a lo largo de estos años y no me convencerás de que estoy equivocada. Estamos en esto juntos, quiero que funcione, Simon, te lo dije cuando regresamos de la fiesta. Haré lo que desees, te daré todo lo que me pidas.

El vizconde le quitó con suavidad la mano de la boca, no sin antes darle un beso en el dorso.

—Entonces tenemos un trato. —Él se movió para buscar su boca y ella ladeó el rostro, por lo que los labios de Simon se estamparon contra la mejilla de Lydia—. ¿A qué juegas?

—A nada. Lo que sucede es que todavía no te he dicho el resto de mis exigencias a cambio de… ¿obediencia ciega en el lecho? Es eso lo que me pides, ¿no?

—Cierto. —Simon se retiró medio paso—. Perdona la confusión, no me había dado cuenta de que no habíamos terminado de negociar tus términos.

—Lo haces sonar como un acuerdo comercial y no lo es. Esto es más profundo e importante. El resto de nuestras vidas dependerá de lo que estemos dispuestos a ofrecer esta noche.

—¿Siempre te sales con la tuya, Lydia?

—Y pretendo que siga siendo así, aunque eso signifique entregarte todo el poder en la alcoba.

—No. En la alcoba solo no. Me lo darás en cualquier momento en el que yo reclame intimidad. No será solo por la noche.

—¿Y si la reclamo yo, Simon?

—Está bien —claudicó con gentileza—. Te autorizo para que puedas seducirme cuando lo desees.

—¡Qué complaciente! —ironizó ella.

—Di lo que deseas de mí, de una vez, Lydia, para que podamos empezar.

—Muy bien. Quiero lo que tienen Ewan y Cat.

—¿Qué? —No la había comprendido.

—Es sencillo, quiero ser dichosa en mi matrimonio y para eso preciso, además de un trato benevolente hacia mi persona, tu fidelidad y lealtad eternas.

—Ah, Lydia, pides mucho.

—Nada más y nada menos que con lo mínimo que debería conformarse una esposa exigente.

—Me parece un pago excesivo. ¿Y si no estás a la altura de mis expectativas? —indagó.

Ella alzó los hombros en un gesto de despreocupación, sin darse cuenta de que su esposo acababa de ver el pequeño pezón derecho sobresalir de su insignificante confinamiento. Simon se tragó un aullido.

—Si no cumplo con tus deseos, solo tú tendrás la culpa por no… instruirme debidamente, amor mío. —Y terminó la exposición con una sonrisa de lo más inocente. Falsa, por supuesto.

Por su parte, Simon sonrió apenas. Una sombra de sonrisa que no tenía nada de amable.

—Muy bien, Lydia. Enhorabuena, porque acabas de hacer un trato con el diablo para toda la eternidad.

Lydia abrió la boca para replicar, pero él alzó una mano y le rozó la barbilla con dos dedos, para obligarla a mantenerse quieta.

—Simon…

—El tiempo de la conversación ha pasado. No hables —ordenó—. Asiente si lo entiendes.

A Lydia le ardieron las mejillas. Aun así, asintió.

Y odió lo rápido que lo hizo.

Simon se quedó observándola, como si ese gesto le hubiera aflojado una cuerda por dentro. Su mano descendió hasta la muñeca de Lydia, la sostuvo con firmeza y la llevó hacia él, sin brusquedad.

—Dame la otra mano.

Lydia se la ofreció. Simon las sostuvo un instante, como si comprobara que estaban ahí, que eran reales, que ya no pertenecían a nadie más.

—Bien. Eres capaz de seguir órdenes sencillas —dijo.

Su marido la condujo un paso hacia la cama. La llevó con una calma deliberada, como si no quisiera precipitar nada. Como si el control fuese parte del castigo y del placer.

La colocó frente al colchón y se situó a su espalda. Lydia sentía su presencia sin verlo, el calor que desprendía, la sombra de su pecho cerca de su nuca.

—No te muevas —susurró.

Lydia se quedó quieta. Notaba cómo el camisón rozaba su piel con un leve temblor. Tenía el pulso en la garganta. Era consciente de que no quería que él se apartara.

Simon apoyó los dedos en el tirante del camisón, en su hombro. No lo bajó de inmediato. Lo sostuvo allí, como si tuviese todo el derecho de hacer lo que se le antojase.

—Te crees muy valiente —murmuró él, cerca de su oído—. Creo que de verdad podrías serlo.

El espejo que tenían delante devolvía la imagen de ambos: Lydia con el camisón que parecía

un secreto a punto de confesarse, Simon detrás con una expresión dura y concentrada, como si el mundo fuera un problema que solo podía resolver de una manera.

Lydia cerró los ojos sin querer. Simon presionó con la punta de los dedos su hombro.

—Abre los ojos.

Ella los abrió.

Simon le besó el cuello, justo debajo de la oreja. Fue un mordisco de amor que le dejaría una clara marca en unos instantes. Fue una marca de intención, una manera de decirle que le pertenecía. Lydia gimió bruscamente.

Simon se apartó lo justo para mirarla a través del espejo.

—Creo que te gusta que te tenga así, que te exija ser dócil mientras yo decido lo que haré contigo.

Lydia se obligó a contestar con dignidad.

—¿Querrías que fuera de otro modo?

Los ojos de Simon brillaron de modo peligroso.

—Ten cuidado con lo que deseas, esposa. Antes de lo que crees, podrías estar suplicando para que te dé paz.

—¿Paz? ¿Será una guerra? —inquirió contrariada.

—Pronto entenderás a lo que me refiero. Cuando tu cuerpo febril clame por mi piedad lo entenderás. —Aquello sonó a promesa.

La vizcondesa se estremeció.

Simon la hizo girar con firmeza y la puso frente a él. Le sujetó las muñecas, no para inmovilizarla, sino para recordarle que podía hacerlo. Lydia notó que aquella sensación la hacía respirar con mayor dificultad.

Él inclinó la cabeza y la besó. Esta vez no hubo juegos. Fue un beso profundo, lento, como si estuviera reclamando, además de su cuerpo, su alma. Como si quisiera borrar el eco de cualquier otro nombre que hubiera existido antes en su mente.

Lydia se aferró a su camisa con los dedos torpes. Intentó decir algo, pero él la interrumpió con otro beso, y luego con otro, hasta que la única respuesta posible fue su respiración, agitada y rendida.

Simon separó los labios apenas, lo justo para hablar sin alejarse.

—Esta noche no eres de nadie más —murmuró—. Ni de tus recuerdos, ni de tus fantasías, ni de tu orgullo. Solo mía. Y será así siempre desde ahora. Conseguiré que te obsesiones conmigo, Lydia.

No podrás volver a pensar en ningún otro hombre cuando termine contigo esta noche. Ese es el juramento que sellará nuestro trato.

Lydia tragó saliva con dificultad. Le dolía admitir que eso había sido lo que siempre había temido. De alguna manera había adivinado la clase de hombre que se escondía bajo la máscara. Su marido no era alguien que fracasase cuando se proponía algo. Ella no estaba segura de si podría resistirse. O peor, si quería resistirse a ser suya en cuerpo y alma.

Simon la guio hasta el borde de la cama. La hizo sentarse con la presión de la mano en su cintura, como si fuera la cosa más natural del mundo. Lydia obedeció; mantenía la espalda recta, intentando conservar el control de algo, aunque fuese solo de su postura.

El vizconde se quedó de pie frente a ella. La miró como si la evaluara, como si decidiera el orden exacto en que iba a romperla para luego recomponerla.

—Mírame —dijo otra vez.

Lydia lo miró.

Simon deslizó los dedos por el encaje del camisón, despacio, sin prisa, como si cada centímetro tuviera su tiempo y su derecho. No la tocó con brutalidad. Fue peor. La tocó con sensualidad. Con paciencia. Con esa precisión que había usado durante

el día para hablar de negocios y que, en esos instantes, convertía cada gesto en una orden silenciosa.

Lydia notaba que el aire le faltaba.

Simon inclinó la cabeza y besó su clavícula, luego el borde del escote. Lydia se estremeció, y él levantó la vista para observar su respuesta.

—Eres muy receptiva. Me gusta que lo seas.

Lydia no sabía qué hacer con ese nuevo Simon que estaba descubriendo. Con ese hombre que no pedía, que no rogaba, que no se mostraría dulce. Con ese hombre que parecía tener una idea muy concreta de cómo quería que ella se sintiera: desarmada, obediente y… suya.

Y lo más importante era que, con cada orden, Lydia notaba cómo su hambre crecía, cómo su cuerpo respondía, cómo la seducción se convertía en algo más íntimo y peligroso.

Simon se arrodilló ante ella solo para estar a su altura, como si el gesto no fuese de humildad, sino una estrategia. Le cogió la mano y besó su palma, haciendo que ella sintiese la presión de su lengua con una calma que resultó indecente.

—Te lo advertí —murmuró—. No soy amable cuando deseo algo y vas a comprobarlo de inmediato.

Lydia tomó una larga bocanada de aire.

—¿Y qué deseas?

Simon alzó la vista. Sus ojos estaban oscuros.

—Que te rindas ante mí —dijo.

Lydia sintió un vuelco en el pecho. Una parte de ella quería discutir. Otra parte… aquella que seguía temblando desde el beso en la fiesta… la hizo asentir.

—Dime qué quieres que haga —susurró, casi sin voz.

—Súbete el camisón y abre las piernas para mí. Deja que vea lo que es mío, Lydia.

Gimió. Aquello sí sería indecente. ¿Él pretendía mirar su feminidad? No sabía demasiado sobre las relaciones pero eso se presentía demasiado íntimo como para…

—Pero…

—Ah, ah, Lydia —la cortó—. Tenemos un trato. Haz lo que te pido. No te gustará si me obligas a romperte el camisón y a obtener lo que tanto deseo a mi modo —le advirtió.

Tuvo que tomar otra larga bocanada de aire con el fin de obtener la valentía necesaria para cumplir con su petición. Se levantó de la cama y se subió el camisón hasta la cintura. A continuación,

sintiendo que iba a morirse de la vergüenza, porque una cosa había sido hablar y consentir y otra llevar a cabo lo prometido, abrió las piernas y, como se imaginaba que él esperaría que las tuviese bien separadas, así lo hizo. Vio una mirada llena de satisfacción.

—Buena chica. Ahora, haga lo que haga, no te moverás. No te apartarás ni tratarás de huir de mi contacto.

Colocó las manos por debajo de sus piernas y la hizo situarse en el borde mismo de la cama, pensó que se caería y a punto estuvo de protestar. No pudo hacerlo porque cuando la lengua de él se colocó directamente en el centro de su feminidad…

—¡Ay, Dios! —exclamó cuando Simon comenzó a *comérsela*. Oh, sí. Aquello no era nada sutil. Lydia era un banquete y él se estaba dando un auténtico festín con ella.

La lengua, lasciva, inquieta y diabólica, la lamía por todas partes. Sin descanso. No podía soportar esas sensaciones. Era demasiado. Le había prometido que no se movería, así que como no le había dado ninguna indicación con respecto a lo contrario, ella decidió ser audaz y lo cogió del pelo para guiarlo justo donde más lo necesitaba. Él premió su reacción introduciendo un dedo en su apretado canal.

—¡Simon! —gritó ansiosa.

—Lo sé, querida. No será suficiente. Probaremos con dos… —Entonces un segundo dedo la profanó y ella soltó un grito tan alto que él temió, por un momento, haberle hecho daño—. ¿Estás bien, Lydia?

—Oh, por Dios, Simon. ¡No pares! —le ordenó. Puesto que él no había tenido reparos en informarle de lo que esperaba de ella antes de comenzar a hacer el amor, no se sintió culpable por mostrarse tirana. Lo que él le hacía debía ser un pecado que acabaría con los dos en el infierno, pero era tan deliciosamente exquisito, que ya pensaría en eso después.

Algo comenzaba a formarse en su interior. Algo se avecinaba. Algo grande, supuso ella. Aunque no lograba alcanzarlo y eso la hacía sentirse inquieta y desesperada.

Simon dejó de lamerla y se separó para observarla mientras sus dedos la seguían estirando.

—Ruega, Lydia. Quiero escuchar cómo ruegas para que te dé paz.

—Oh, por amor de Dios, Simon —murmuró llena de deseo, completamente fuera de sí—. Lo que quieras, pero termina con este sufrimiento; no puedo más.

—Te escucho darme órdenes, pero no oigo cómo ruegas, amor mío —se mofó él.

—¡Te lo suplico! —exclamó con fuerza porque no podía más. De verdad que no. Necesitaba alcanzar esa promesa que se escondía en toda esa indecencia—. ¡Ya, Simon! ¡Termina con esto ya! ¡No me tortures más! —ordenó.

Y, aunque estuvo tentado a dejar de tocarla y darle una lección, decidió ser compasivo porque era la primera vez que ella jugaba a su juego. Se encontró riéndose por su reacción. No se ofendió porque su esposa no estuviese cumpliendo con su parte del acuerdo. Tenía todo el tiempo del mundo para hacerle comprender que ella no mandaba; que solo tenía que aceptar lo que él le ofreciera.

Volvió a colocar su boca entre las piernas de su esposa y procedió a hacer su magia.

—Simon, Simon, Simon… ¡Oh, Dios míooooooooooo! —Ahí estaba. La promesa cumplida. La paz encontrada por fin.

Su esposo continuó lamiendo su zona íntima hasta que ella se quedó completamente relajada. Acto seguido, Simon se incorporó con una lentitud deliberada, como un pavo real que iba a mostrar su plumaje. El muy desgraciado estaba deslumbrante y no tenía el menor reparo en mostrarse orgulloso por haberla vuelto loca. Se lamió los labios mientras la miraba a los ojos.

—No vuelvas a exigirme nada, Lydia. La próxima vez podría no ser tan misericordioso y negarte el placer.

Ella abrió los ojos por completo.

—¿Harías algo así? ¿Me dejarías en medio de la demencia sin darme esa maldita paz que al fin he comprendido lo que es?

Él le sonrió.

—No vuelvas a ponerme a prueba si no quieres averiguarlo. Ahora levántate. Quiero ver si tu boca es tan profunda como me imagino.

—¿Qué? —Seguro que lo había entendido mal.

—Vamos, Lydia. Sé que eres una mujer inocente, pero te has mostrado tan audaz cuando has negociado que esperaba que no te sorprendiese tanto mi petición. Quiero sentir lo mismo que has sentido tú.

Ella iba a desmayarse. Él lo sabía.

—No puedes creer que yo haría… ¡Oh, Dios, Simon! Ni siquiera estoy segura de que lo que me has hecho esté permitido. ¿Cómo voy yo a… a… hacerte algo así a ti?

—No seré duro. Solo probaré lo que se siente cuando me lames. Ponte de rodillas y abre la boca.

—¡Simon! —se quejó, pero la petición tan dura e intransigente le había enviado una especie de

tirón que le llegó hasta el mismo centro de su ser.

—¿Quieres disgustarme, Lydia? No seguiré haciéndote el amor si no cumples con lo prometido.

—¿Hacer el amor? ¿Esto no parece eso?

—¿No has sentido placer cuando te he lamido? —indagó él.

—Sí, pero…

—Te gustará complacerme, te lo garantizo. No discutas más y haz lo que te he dicho.

—Oh, Simon. Acabaremos los dos en el infierno —se lamentó, pero se levantó dispuesta a seguir sus órdenes.

—Y allí seguiremos haciendo lo mismo que aquí. No tengas miedo por eso —se burló de ella.

Lo miró con reprobación mientras él procedía a desembarazarse de sus pantalones. Se quedó solo con la camisa. Cuando vio la longitud de su virilidad, palideció. No sabía qué tamaño debía tener un instrumento masculino, pero aquello no se veía especialmente pequeño.

—¿Pretendes que abra la boca y…? ¡No hablarás en serio!

—Yo, si fuese tú, me preocuparía más cuando use mi virilidad para hundirme en tu sexo. No

te dolerá en la boca, te he dicho que seré gentil. —Se arrepintió de lo que acababa de decir cuando vio la cara de pánico que puso su esposa.

—¡Oh, no! No. No y no. Usaré mi boca, bien, pero no vas a meter *eso* en ningún otro lugar. —Se imaginaba que la partiría por la mitad. Ya veía complicado que cupiese en el lugar donde él pretendía estar, pero *¿ahí* abajo? ¡No, de ninguna manera!

—Seré gentil también en ese momento. Aunque habrá otras veces en que no te daré tregua y seré muy duro contigo. —Vio que ella se ponía pálida y se arrepintió de nuevo por haber hablado de más—. No te asustes tanto, te enseñaré bien y te prometo que siempre, cada vez que te toque, sentirás placer y solo placer.

—No me engañes. Constance me avisó de que la primera vez sería dolorosa.

—Lo es para todas las mujeres —corroboró —, pero te prometo que te trataré bien e intentaré que solo sientas un poco de incomodidad. ¿Confías en mí, Lydia? —preguntó. Y ella vio una nueva muestra de vulnerabilidad de la que ni él mismo habría sido consciente.

—Está bien. Sí, Simon, confiaré en tu experiencia.

—Eso está mejor —dijo, y su tono la dejó ardiendo.

Se colocó delante de ella, pues ya estaba en la posición que le había pedido y antes de proceder con lo que más deseaba, le pasó los dedos por los labios.

—Abre la boca, Lydia. —Su esposa obedeció y él le acarició el borde con la yema de los dedos. Luego le metió dos dedos en su cavidad. Delicado, paciente y tranquilo—. ¿Ves? No hay nada que temer. Será lo mismo ahora. —Tras lo cual, Simon dejó su boca libre, sostuvo su pesado tallo y procedió a mostrarle cómo tenía que acogerlo.

No la forzó. Entre otras cosas, porque nada más sentir que su lengua lo rozaba, a punto estuvo de soltar su semilla. No. Quería reclamarla como debía hacerse. Estuvo unos instantes entrando y saliendo con suma paciencia, incluso le cogió la mano a Lydia para mostrarle cómo tenía que acariciarlo mientras lo lamía y acogía. Aquello era el paraíso y, si ella tuviera razón y acababa en el infierno por permitirse esos caprichos, iría sonriendo y sin quejarse.

Era perfecta. Ingenua y torpe, tal y como debía ser, pero perfecta. Tanto que le hizo enfadarse consigo mismo por su falta de disciplina. Cuando comprendió que no duraría más, la obligó a incorporarse. Nada más la tuvo delante, se inclinó hacia ella, la cogió por la nuca con firmeza y la besó. Lydia lo recibió sin reservas, con una sinceridad que la asustó.

Simon la recostó hacia atrás con una presión suave. No la dejó caer; la guio hasta la cama.

La colocó con cuidado sobre las sábanas, como si fuese algo valioso. Lydia percibía cierta ternura en sus movimientos. Era muy consciente de que era un hombre experimentado que se estaba conteniendo —en la medida de lo posible— para no asustarla más de lo necesario. Eso la conmovió. No había estado equivocada al pensar y afirmar que la amaba. Estaba completamente segura del amor de Simon y solo por eso valía la pena apostar su cuerpo, su corazón y su propia alma.

—Quietecita ahora —ordenó.

Lydia obedeció. Sus dedos se cerraron sobre la tela de la colcha. El camisón se le pegó a la piel, y el aire de la habitación pareció volverse más denso.

Simon se situó a su lado, inclinado sobre ella. La observaba como si estuviera memorizándola.

—Cuando termine la noche —dijo, muy bajo —, no vas a tener la menor duda de a quién perteneces realmente.

Lydia lo miró con el pulso desbocado.

—¿Y tú? ¿También lo comprenderás?

Simon rozó su boca con la suya, apenas un roce justo después de haberle sonreído.

—Lo mío será diferente, pues yo voy a aprender a no perder la cabeza contigo… —susurró, y su voz se quebró lo justo para sonar más tierna que

nunca—. Aunque sospecho que ya es demasiado tarde.

Lydia soltó un jadeo mínimo y cerró los ojos. Simon sonrió, peligrosamente satisfecho una vez más.

—No apartes la mirada de mí —ordenó, y el tono no admitió réplica.

Lydia obedeció. No porque estuviese domada ya, sino porque la forma en que él mandaba le encendía algo que no sabía lo que era.

—Simon… me haces sentir…

—¿Cómo?

—Sucia… —confesó.

—¿Y qué hay de malo si lo disfrutas, amor? Compartir el lecho no es algo limpio y sereno. Es húmedo, lleno de lujuria y satisfactorio. Además, soy tu esposo, Dios nos permite comportarnos como queramos.

El vizconde agarró la tela de su camisón y le dio un tirón violento. Ella jadeó debido a la sorpresa. Lo había roto y estaba completamente desnuda.

—Ah, así está mucho mejor. No necesitabas nada para la siguiente parte, así que me ocupé de ponerte cómoda. —Se agachó y comenzó a lamerle los pezones. Amasó sus pechos y no tardó nada en

hacer que volviese a suplicar que la ayudase a calmar la necesidad.

Simon se quitó la camisa y se puso directamente sobre ella. Le abrió las piernas con las suyas. Sintió que Lydia se tensaba.

—No tengas miedo. Te he dicho que no soy amable cuando deseo algo, pero esta noche lo seré contigo —dijo, y aquello no sonó a consuelo. Sonó a promesa.

No se apresuró. No pensaba penetrar su bastión como un hombre desesperado, sino como uno que reclamaba un derecho. Sus manos fueron seguras, exigentes, y cada vez que Lydia intentaba adelantarse y buscar más placer del que él deseaba darle, Simon la frenaba con una orden breve, una palabra baja, una mirada que la dejaba sin aire.

—Me vuelves loca —confesó sin querer.

Los ojos de Simon se oscurecieron de nuevo, como si esa frase le hubiera arrancado un pedazo de la coraza.

—Eso es lo que quiero.

Había llegado el momento de poseerla. Se colocó en su abertura y se fue introduciendo con una paciencia que ni siquiera él sabía que albergaba. Y en su contención había una especie de cuidado brutal, una forma de protegerla incluso mientras la

dominaba. Lydia no sabía cómo encajar esa contradicción y se dejó ir.

Permitió que él marcara el ritmo.

Celebró que él la reclamase como su esposa.

Llegó hasta el fondo y se quedó muy quieto. Con la frente apoyada en la de ella. Su esposa había mostrado algo de incomodidad, pero soportó muy bien la intrusión. Simon sabía que lo que había sido una agonía exquisita para él, no lo habría sido en absoluto para ella. Se separó un poco para examinarla y vio que las lágrimas corrían libres. Se maldijo. Había pensado que si era delicado ella sufriría menos. Ese era el problema de no haber estado nunca con una mujer virgen.

—Respira —ordenó, con la voz más baja—. Pasará en un momento. —Ella obedeció. Se obligó a relajarse—. ¿Mejor?

—No lo sé. Estoy… Me siento muy llena. Muy llena.

Él le sonrió.

—Llena de mí —fanfarroneó.

Y, cuando el cuerpo de Lydia empezó a ceder, lo hizo de verdad, con esa mezcla de rubor y hambre que la dejó de nuevo sin orgullo, sin aire y con ansias de encontrar la liberación de nuevo.

La habitación pareció quedarse pequeña para la intensidad que se levantaba entre ambos. Simon seguía hablándole al oído, marcando el camino con palabras posesivas, con órdenes cortas, con esa voz que no tenía piedad. Lydia las siguió una por una, porque en cada orden se sentía más mujer, más viva, más arrollada por una certeza que la asustaba y la excitaba a partes iguales.

Simon mecía las caderas con un cuidado que a ella le rozaba el corazón. No tardó en salir a su encuentro, a arquearse contra él, como si Simon Beresford fuese lo único sólido en el mundo.

—Oh, Dios… Ahí viene… Simon…

—Mía, y solo mía —masculló, antes de que ambos surcasen aquella gran ola de placer.

Ella gritó su nombre, él gimió como si fuese la primera vez que intimaba con una mujer. Su propia desesperación lo humilló.

Estaba hecho. Su matrimonio había sido consumado. No había marcha atrás.

Durante un largo y formidable rato, el mundo no había existido más allá de las sábanas, la respiración compartida y la voz de Simon guiándola en la oscuridad como si fuera dueño incluso del aire. Después, el silencio cayó despacio, como una manta.

Lydia permaneció inmóvil un instante, con el cuerpo temblándole todavía, la piel demasiado

sensible y la mente embotada.

Simon se incorporó apenas, apoyado sobre los codos. La miraba con esa expresión extraña de un hombre que había ganado algo… y que al mismo tiempo no sabía qué demonios acababa de desatar.

Lydia suspiró. Simon trató de salir del interior de su cuerpo y ella lo detuvo.

—No te haré daño ya —le dijo, pensando que tendría miedo de volver a padecer dolor.

—Me gusta sentirte así.

—¿Así cómo?

—¿Siempre me obligarás a ser indecente?

—Por supuesto. Ahora dime qué es lo que te agrada de esta posición.

—Que estés dentro de mí. Es como si fuésemos solo uno. Es… casi místico. ¿No te parece?

Él le dio un beso en la frente y se rio.

—Temía que todo esto hubiese sido demasiado para ti, pero veo que tuve que haber sido más estricto incluso aunque fuese tu primera vez.

—Ay, Simon. Me he sentido admirada, querida y deseada. No tengo nada que recriminarte

—le dijo con honestidad.

—Perfecto. Ahora… sobre descansar un poco, ¿qué prefieres?

—¿Qué? —No lo entendía.

—¿Me voy a mi habitación o me quedo a dormir contigo?

—¿Qué quieres tú? —le preguntó un poco tímida.

—Me da igual. Lo que deseaba ya lo he conseguido, así que haré lo que tú mandes ahora. No te acostumbres, es solo un pequeño premio porque te has mostrado bastante dócil.

—Constance y Ewan comparten la misma cama siempre.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Porque la cama de él siempre está hecha.

—¿Y entrabas mucho en las habitaciones privadas de Ewan, Lydia? —preguntó con un punto celoso.

—No seas ridículo. Solo estoy tratando de decirte que quiero que te quedes a dormir conmigo.

—Cuando quieras algo de mí, no hace falta que te andes por las ramas. Solo dímelo.

—Está bien. Probemos cuán complaciente puedes llegar a ser. Allá voy: quiero que duermas en mi cama y que me abraces.

—Muy bien. —Simon salió al fin de ella con cuidado, se colocó a su espalda y la abrazó desde esa posición—. ¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad?

Ella no respondió. Se durmió con una brillante sonrisa en el rostro.

Sí. Todo saldría bien. Lydia podría construir un buen matrimonio con el amor que Simon le profesaba y el deseo que ambos compartían.

Aquella noche fue la primera desde que ocurrió aquella escena con el capitán Harris y Azrael, que Lydia se durmió sin el peso de la culpa.

Capítulo 8

Una pelea necesaria y un retiro

Simon se levantó antes de que amaneciera del todo. Era lo que solía hacer cada día. No necesitaba que nadie lo despertase porque él solo ya tenía la costumbre. Lydia dormía de lado, con el cabello desparramado sobre la almohada y la boca ligeramente entreabierta. A Simon le bastó ese detalle para que el orgullo se le mezclara con una posesión áspera. Se obligó a no acercarse, a no rozarla, a no permitirse un solo gesto que lo ablandara. Ella no debería interferir en sus asuntos y, por consiguiente, no le daría poder para hacerlo. Una cosa era retozar —ahí todo estaría permitido… Todo lo que él desease que estuviese permitido, por descontado— pero fuera de esa intimidad compartida las cosas debían ser más civilizadas.

No había dormido mal, lo cual lo irritó. La calma que le había traído la noche anterior era impropia. Un solo encuentro no tenía que cambiar su

carácter de ningún modo. Era su esposa. La contentaría cuando le pidiese cosas razonables solo por ese motivo. Por más que ella creyese que él estaba irremediablemente enamorado, eso no era verdad. No lo era… ¿no? No, seguro que no, porque si estuviese enamorado de una mujer, él lo sabría. Bueno, era una tontería absurda, así que si ella quería pensar eso, a él no le importaba demasiado. Lo que Lydia debía comprender era el sitio que ocupaba como su vizcondesa. Y sí. La experiencia de acostarse con ella había resultado… interesante. Sabía que era una joven más dura de lo que parecía, de tal modo que no vio la necesidad de ocultarle sus manías íntimas. Si su esposa no iba a permitirle tener una amante —cosa que por otro lado no se había propuesto tener a corto plazo— lo mejor para no tensionar más la relación era que Lydia aprendiese a satisfacerlo del modo en el que lo necesitaba. Ah, pero ella también lo había disfrutado. Le gustó que la dominase. Dejó de lado ese pensamiento porque se puso duro como una piedra y Lydia necesitaría descanso durante un par de días como mínimo. No le gustó verla llorar. No le agradó saber que él le había hecho daño mientras la reclamaba. La labor de un esposo era proteger a su dama de todo mal. Chasqueó la lengua al comprender que no se había comportado demasiado bien con ella desde que se casaron. Bueno. Eso tampoco importaba. Los dos parecían estar dispuestos a luchar para que el matrimonio saliese bien y no se convirtiese en un infierno. A partir de ahí ya verían cómo seguir.

Salió de la cama a regañadientes y lamentándose por haber dormido tan plácidamente

junto a ella. Cuando llegó al vestidor, su ayuda de cámara ya lo estaba esperando para vestirse.

Había decidido irse con su mujer a la mejor finca de campo que poseía. Y quedaban demasiadas cosas que dejar atadas antes de marcharse.

Entre esas cosas figuraba un asunto importante que resolver con el conde de Ketteridge.

Salió de su casa cuando Londres comenzaba a despertarse. El carruaje avanzaba con rapidez. Simon no miraba el paisaje; repasaba números, nombres, citas futuras y alternativas. Ketteridge tenía peso entre la nobleza, aunque había cosas que no resultaban imprescindibles. En realidad, nada era importante, salvo su título. Y su esposa —se corrigió mentalmente con brusquedad— aunque aquella idea le resultase nueva y peligrosa, porque Lydia era importante.

El mayordomo de Ketteridge lo hizo pasar con una cortesía impecable. Sabía —porque le gustaba investigar a sus posibles socios— que era un hombre madrugador como él. El conde lo recibió en un despacho amplio y excesivo, con la chimenea encendida a medias y el aire de quien se creía el dueño de cualquier conversación antes de empezarla. No era de extrañar; su rango era superior al de Simon. Cabría señalar que el vizconde era muchas cosas, no todas buenas, pero nunca fue un clasista. No le irritaba especialmente que un hombre se considerase más importante que él. Salvo Azrael, por supuesto.

—Trowbridge —lo saludó Ketteridge con afabilidad—. No esperaba verle tan temprano. Supongo que es un tiburón de los negocios. Me gusta eso en usted. No obstante, no he tomado todavía una decisión definitiva.

Simon no se molestó en sentarse.

—He venido a retirarlo del negocio —sentenció con frialdad excesiva.

El conde parpadeó, asombrado. Luego se le dibujó una sonrisa lenta, de esas que fingían diversión cuando en realidad buscaban medir el daño.

—Había escuchado que era usted muy duro. Ahora veo que su reputación no está de más. Imagino que sus trucos le funcionan con otros, pero en lo que respecta a mí, no le aconsejo utilizar esa táctica para presionarme, no le servirá.

—Soy duro, es así, pero esto no es ninguna medida para presionarle. Está usted fuera del negocio del alumbrado —repitió Simon, con calma—. No habrá participación. No habrá firma. No habrá nada.

Ketteridge soltó una risa breve, incrédula.

—Debe de ser una broma.

—No lo es.

Hubo un silencio espeso. El conde dejó un papel que sostenía, con más cuidado del necesario.

—No comprendo su repentino ataque de orgullo —dijo por fin—. A menos que… —Su mirada se estrechó—. Mire, Trowbridge, si esto es por lo que le haya podido decir su esposa, tiene que saber que las mujeres lo malinterpretan todo.

Simon sintió el cambio en la sangre, rápido. La frialdad se le esfumó. Se obligó a contener la furia que había comenzado a rugir con fuerza.

—¿Qué tendría que haberme dicho mi esposa? —Ahí estaba la confirmación de que algo había sucedido para que Lydia le diese semejante corte al conde la noche anterior.

Ketteridge le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Ya sabe, ellas a veces consideran que un elogio tiene una finalidad diferente de la que pretendía. Me limité a alabarla. Eso es todo.

Simon no se movió, pero el aire pareció endurecerse a su alrededor.

—No creo que eso haya sido todo, milord.

—¡Vamos, hombre! Anoche su vizcondesa estaba… alterada —comentó el conde con falsa delicadeza—. Dejó un vals a punto de terminar como si el suelo quemara. En todo caso, debería ser yo el ofendido y no lo estoy en absoluto. No compliquemos las cosas por un pequeño malentendido.

—Y según usted, milord, ¿cuál sería ese pequeño malentendido? —preguntó en un tono muy bajo e inquietante.

Ketteridge se permitió encogerse de hombros.

—Mire, sé que es usted muy honorable y todo eso. Debe de serlo si asumió sin dudar el lugar de su primo. Un detalle que le honra, no todos los hombres estarían dispuestos a ponerse los grilletes por una mujer sin pensárselo dos veces. Es muy hermosa, y supongo que eso fue un punto a su favor, pero no tiene que fingir conmigo. Regrese a casa y dígale que me ha puesto en mi lugar por haber resaltado sus… numerosas cualidades como una mujer exquisita.

—¿Esa es su única recomendación? —preguntó en el mismo tono anterior.

—Los dos sabemos que anoche estaban ambos interpretando un papel porque les conviene parecer enamorados para no despertar más rumores. Su secreto está a salvo, Trowbridge.

Simon notó que la mandíbula se le tensaba, pero no le dio el placer de una reacción inmediata.

—Así que como supuso que no tengo el menor interés en la dama a la que supuestamente rescaté de las fauces de la desgracia, y dio por supuesto que ella tampoco sentiría nada por mí, se le

insinuó sin ningún miramiento. ¿Qué le dijo a mi esposa exactamente, Ketteridge?

—No lo haga sonar como si fuesen imaginaciones mías. Todo Londres lo comenta. Además, solo hubo un pequeño flirteo inofensivo, nada indecente con lo que una mujer casada no supiese lidiar —trató de restarle importancia.

—Lo que usted llama un flirteo inofensivo seguro que resultó una infamia digna para que mi vizcondesa decidiese ponerlo en su lugar. Verá, Ketteridge, le confesaré que vine a su casa esta mañana con la intuición de que la había agraviado de algún modo. Ahora usted lo ha confirmado. Debe saber que le dije a mi esposa que tenía especial interés en que le causase una buena impresión. Lydia no se arriesgaría a enfadarme cometiendo la temeridad de avergonzar al hombre que sabe que pretendo tener como socio en uno de mis negocios. Aun así, mi vizcondesa lo hizo.

—Entonces, puede estar tranquilo, Trowbridge, la dama me impresionó. Es bastante salvaje, creo que no se aburrirá con ella. Ahora entiendo que fue demasiado pronto para… alabarla. Hagamos un trato. Verá, cuando usted se canse de ella, puede dejar que yo la entretenga. Eso haría que mi decisión de entrar en su negocio sea definitiva hoy mismo.

Simon se acercó hacia él y le tendió la mano. El conde se puso de pie dispuesto a cerrar el trato. En cuanto lo tuvo a tiro, no se lo pensó dos veces, levantó el puño en alto y le dio de pleno en la

mandíbula. El golpe fue seco, brutal, incontestable. La violencia hizo que el bastardo acabase sentado de nuevo, con una mano en la boca y la dignidad hecha pedazos.

—¿Se ha vuelto loco? —bramó el otro.

—En absoluto. He estado entrenando con Gentleman Jackson y a él le complacería saber que mi derechazo sigue siendo bastante letal. No se levante —dijo con una calma que daba miedo— si no quiere que esto vaya a mayores.

El conde lo miró con los ojos húmedos de rabia y sorpresa.

—¡Está loco! —escupió, con la voz deformada—. ¡Esto es un escándalo!

—Un escándalo habría sido permitirle quedar impune —replicó Simon—. Como conozco a Lydia, sé que además de haberle humillado dejándolo plantado, lo hizo también de palabra. Mi esposa puede llegar a ser una auténtica arpía cuando la ocasión lo merece. —Se quedó pensativo un momento y sonrió—. De hecho, creo que es eso lo que siempre tanto me ha gustado de ella. Es fuerte. Así que dé gracias a Dios de que me conforme con darle una lección más leve de la que merece. Ahora, escúcheme bien. No volverá a mirar a mi vizcondesa. No volverá a insinuarse. No volverá a pronunciar su nombre con esa boca sucia suya. ¿Me he explicado?

Ketteridge tragó saliva con gran dificultad. Movió la mano para ver los efectos del golpe. Tenía sangre en los dedos, por lo que su expresión se volvió aún más amarga.

—Me necesita —murmuró. Estaba tratando de recuperar algo de control—. Sin mi participación, sus inversores se esfumarán. Usted sabe cómo funciona esto. Un conde abre puertas. Usted solo…

Simon torció su sonrisa.

—Mantuve la oferta de participación, que hoy he rescindido, solo por cortesía —dijo—. Ya le había hablado del proyecto, y no me pareció elegante apartarle sin más cuando mi situación cambió. Ya se imaginará que no es lo mismo ser solo el vizconde Trowbridge que convertirse en el hermano por matrimonio del duque de Wynthorpe. Según su criterio, un duque abre más puertas que un conde. Así que ahora no solo no le necesito, sino que lo desprecio por haber ofendido a mi esposa. Calculó mal cuando decidió irritar a mi mujer. No vuelva a provocar mi ira, porque entonces no me conformaré con asestarle un solo golpe.

La mirada del conde titubeó un instante, muy breve. Simon lo vio y lo disfrutó. Ketteridge apretó los dientes.

—Se arrepentirá de esto, Trowbridge.

—No se moleste en levantarse, conozco la salida.

Simon salió del despacho sin prisa. El mayordomo palideció al verlo y fingió no haber oído nada.

En el carruaje, ya de regreso a casa, Simon no sintió remordimiento alguno. Al contrario. Estaba eufórico. No solía ensuciarse las manos. Por norma general, cuando tenía un problema echaba mano de hombres más preparados. Le resultaba reconfortante haberse ocupado él mismo de darle su merecido a ese conde. Gimió. El puñetazo le sabía a poco. Desearía haberle pegado hasta que el maldito rogase piedad. Bueno, con un poco de suerte, Ketteridge sería estúpido y lo volvería a hacer enfadar más pronto que tarde. Entonces no tendría compasión con él.

Y mientras el coche avanzaba hacia su casa, se descubrió pensando en la espalda desnuda de Lydia, en su boca, en el sonido de sus gemidos; se moría de ganas de hacerle el amor. No. Tenía que darle tiempo para recuperarse, pero… ¡Dios, cuánto la deseaba!

***

Lydia abrió los ojos con esa lenta claridad que solo traía el amanecer cuando uno había dormido poco… y sentido muchísimo.

Lo primero que notó fue el silencio.

Lo segundo, la ausencia.

A su lado, la cama estaba fría. No había rastro de Simon. Lydia se incorporó a medias, con el corazón latiendo sin cesar, y miró hacia la puerta interior, como si el vizconde fuese a aparecer de pronto, impecable, con una sonrisa arrebatadora y algún gesto de esposo devoto.

Qué tontería. ¿Sonriendo, él? ¿Devoto? ¿De ella? Eso todavía estaba lejos de conseguirlo. Ah, pero se había propuesto el reto y no era de las que abandonaban sin pelear hasta el final.

Aunque sí era cierto que había esperado despertarse como una princesa, siendo besada por su príncipe.

Y, en su lugar, la realidad le ofrecía una cama vacía y un marido que, al parecer, no necesitaba dormir demasiado para seguir dominando el mundo.

La decepción le mordió apenas un instante. Luego se le coló en su interior otra sensación, mucho más tibia y difícil de ignorar: el cuerpo le recordaba la noche anterior de un modo preciso y escandaloso. No era dolor, no exactamente. Era esa agradable molestia que hacía que cada movimiento le devolviera un eco de lo vivido. Lydia se llevó una mano al cuello y rozó una zona sensible. Entonces notó cómo se le encendían las mejillas cuando recordó *todo* lo que él

le había hecho. *Todo* lo que él la había obligado a hacer.

Y esa mañana, cuando Lydia más lo necesitaba para sentirse plena, Simon no había considerado necesario estar a su lado. Bueno… al menos se quedó a dormir junto a ella cuando se lo había pedido.

Ese pensamiento le pareció un consuelo práctico, casi cómico. Como si el hecho de que Simon hubiese cedido a algo tan simple fuese un regalo. Y, sin embargo, lo era. No porque él fuera un hombre dócil —Dios la librase de considerarlo así—, sino porque Simon Beresford no hacía concesiones sin obtener más de lo que daba.

Lydia dejó caer la espalda contra la almohada y cerró los ojos y el recuerdo se le impuso con la misma insolencia con la que él le había ordenado mirarle, abrir las piernas y… la boca.

¿Quién iba a pensar que tras un caballero tan correcto se escondía un hombre así? Tan pasional. Tan decidido a dar placer como si fuese un objetivo que no admitía fracaso. Suspiró. Le vino a la mente la forma en que la había observado, como si fuese lo más importante en el mundo; el modo en que cada orden, en vez de asustarla, la había encendido por dentro; la certeza con la que la había besado hasta adormecerla.

Y luego… luego estaba lo otro. Lo indecente. Lo que una dama bien educada no mencionaría ni en voz alta ni recordaría en su fuero

interno. Suerte que ella era mucho más que la hermana de un duque acostumbrada a coquetear con el peligro.

Simon había usado la boca como un arma, como una promesa, como un pecado exquisito. La había adorado sin pudor, con una dedicación que parecía incompatible con el hombre frío que la había hecho rabiar desde casi el mismo instante en el que se conocieron. Lydia se estremeció por completo al recordarlo y, por pura vergüenza, se tapó la cara con el antebrazo, como si así pudiera esconderse de sus propios pensamientos. Sus propios indecentes pensamientos.

La lengua de Simon había explorado todo su cuerpo.

¡Santo cielo! Constance jamás le había hablado de esa parte de los matrimonios.

Se obligó a respirar despacio.

Aun así, la imagen de Simon, concentrado y dominante, la tenía grabada a fuego en la mente, en la piel y en el alma. Tener intimidad con un hombre lo cambiaba todo. A partir de ahí las reglas del juego ya no podían ser las mismas. ¿Cómo podría volver a considerarlo como un hombre frío y sin emociones? Ay, Dios del cielo… Su voz. Su manera de sujetarla sin brusquedad. Esa posesión y determinación…

Lydia apretó los labios.

Azrael no habría sido así, pensó, y el pensamiento le llegó con una claridad sorprendente. Azrael habría sido encanto y peligro, sí… pero no le habría dado esa entrega feroz, ni la habría convertido en el centro del universo.

Y, contra todo pronóstico, Lydia se sintió contenta por lo que había descubierto de su marido.

Contenta con su decisión de haberse casado con él. Con su atrevimiento. Con su nueva vida, aunque viniera con un vizconde que parecía capaz de dictarle órdenes hasta al aire.

Ah, pero había culpa también. Y esa culpa empañaba sobremanera su reciente felicidad. La culpa no se había marchado. No había menguado. Ni siquiera con el placer, ni siquiera con ese raro alivio de haberse dormido sin sentir el peso aplastándole el pecho. Siempre estaba ahí. Aunque a veces se escondiese, volvía a colarse, como un ladrón que conocía la casa y no necesitaba encender una vela para moverse con libertad.

Era imperativo hablar con Constance. Crucial. No podía seguir tragándose aquel secreto que la asfixiaba. Constance trataría de comprenderla como siempre hacía, y Lydia necesitaba a alguien que la mirase y siguiera viéndola como algo más que una mujer que había hecho algo imperdonable.

Se incorporó despacio. Se obligó a ignorar el leve cansancio de su cuerpo y el temblor íntimo que aún se reflejaba en sus piernas si pensaba demasiado en Simon.

Miró hacia la ventana. El cielo estaba gris. Un amanecer frío y húmedo; era como si la ciudad hubiera decidido que el mundo debía castigarse con una niebla espesa.

Le pediría a Penny que le preparase un baño, se vestiría, desayunaría e iría a ver a Constance.

—No eres un príncipe —murmuró para sí—. Eres un enigma, Simon Beresford.

Un problema delicioso. Un problema autoritario. Un problema que, en esos instantes, era todo suyo.

Así pues, en menos de una hora, Lydia había llegado a su destino. La salita principal de los MacCrae olía a té recién servido y se apreciaba en el ambiente esa calma engañosa que enmascaraba preocupación. Lydia estaba sentada frente a Constance con la taza entre las manos, intentando parecer serena, mientras por dentro se le amontonaban palabras que deseaban salir en tropel.

La señora MacCrae le sostenía la mirada con ternura, esperando a que dijese algo trascendental. Lydia se lo habría contado todo de golpe, sin respirar. El inconveniente era el escocés enorme y muy atento que se había instalado junto a su mujer, cerca de la chimenea, como si fuese parte del mobiliario.

Ewan MacCrae no sorbía el té. Observaba.

—Bueno —dijo él, con ese tono que siempre sonaba a interrogatorio poco educado—. Cuéntame, Lydia. ¿Cómo van las cosas?

La aludida parpadeó y se obligó a sonreír como una mujer de lo más recatada y respetable.

—Las cosas van bien.

Constance emitió un suspiro breve. El escocés bufó para luego carraspear.

—Me refiero al matrimonio —le aclaró Ewan, como si estuviese refiriéndose a una reparación en el tejado—. ¿Tu marido te trata bien?

Lydia notó cómo se le calentaban las mejillas. Repetir que todo iba bien, dada la noche anterior, sería decir muy poca cosa. Lo cierto era que todo parecía prometedor.

—Es Simon, tú conoces muy bien a tu mejor amigo. Te imaginarás cómo va todo —salió del paso ella.

—No has respondido a mi pregunta —le advirtió el escocés.

—Uhm… de acuerdo. Me trata con… con… con disciplina —dijo al fin. Lo cual no era ninguna mentira. En el lecho había sido un instructor muy exigente.

—¿Disciplina? —repitió Ewan, con una ceja alzada.

Constance le dio un toque en el brazo discreto y le dijo a su marido:

—No la atosigues. Lydia, cariño, puedes decirnos lo que sea. Ya lo sabes. Lo bueno y lo malo.

Lady Trowbridge apretó la taza con fuerza y miró a Constance con una urgencia muda. En caso de haber estado solas le habría confesado muchísimas cosas además de lo urgente. Y como no lo estaban, hablaría solo lo justo.

—Mi matrimonio no comenzó de un modo convencional. Estabais allí y fuisteis testigos de lo que sucedió, pero él está dispuesto a luchar y desde luego yo no me rendiré.

—Eso sí me lo creo —murmuró Constance, y le sonrió como si Lydia fuese todavía su pupila y el mundo pudiera arreglarse con una charla sencilla y un par de listas.

Ewan iba a insistir en si debería tener una charla con Simon. Lydia lo sabía. Ese escocés era fiero pero más tierno que un dulce. No llegó a proponer su idea.

La puerta se abrió de golpe.

Y Simon apareció.

Entró sin que nadie lo anunciara porque cuando los visitaba nunca le permitía al mayordomo hacer su trabajo. Tenía la suficiente confianza como para pasearse por la casa de Ewan con suma naturalidad. Sus pasos resonaron en el mármol como una orden. Se le veía serio. ¿Preocupado, tal vez?

Lo cierto era que no parecía feliz.

Lydia se quedó inmóvil un momento, confundida por ese gesto duro, por esa mirada que se clavó primero en Constance, después en Ewan, y por fin en ella; parecía como si Simon estuviera comprobando algún tipo de sospecha.

Entonces la vizcondesa hizo lo único que sabía hacer cuando su marido se volvía difícil.

Se levantó. Fue hacia él sin titubeos, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó antes de que pudiera protestar. No fue un roce casto, sino un beso breve y firme, con intención. Después lo abrazó como si él fuese, sencillamente, suyo.

Simon se quedó atónito durante un segundo. Lydia lo notó y disfrutó de ello. Le gustaba sorprenderlo. Cuando se separó de su esposo le dijo, sin perder la sonrisa:

—Amor mío, no tengas pudor. Llevo años soportando estas mismas muestras de cariño por parte de Constance y Ewan. Estoy segura de que no nos estarán juzgando.

La señora MacCrae abrió mucho los ojos.

—¡Lydia! —exclamó, escandalizada—. ¡No debes contar las intimidades que compartimos Ewan y yo!

Lady Trowbridge se separó un poco de su esposo con el fin de mirar a su tutora, y lo hizo falsamente ofendida.

—No lo hacía. Solo trataba de hacer que Simon comprendiese de dónde saqué la idea de saludarlo de ese modo.

Ewan soltó una carcajada tan franca que casi se atragantó.

—¡Por Dios! —se rio aún más—. Alégrate, Simon, ya me lo recompensarás de algún modo. No hay nada más placentero que el hecho de que tu esposa te reciba y se despida de ti así. Constance y yo fuimos buenos maestros para la muchacha y ahora tú te beneficias de nuestras enseñanzas.

El vizconde, que había entrado como una tormenta, pareció relajarse un poco. No del todo. Con Lydia nunca lo conseguía. Era como si ella tuviera un talento especial para desordenarle lo que él llevaba años manteniendo en cajas perfectamente separadas e identificadas. La miró con una mezcla de incredulidad y posesión que a *lady* Trowbridge le provocó un escalofrío ridículo. Luego, con el gesto todavía serio pero la voz un poco menos cortante, le dijo:

—Tenemos que regresar a casa. Hay que preparar los baúles. Salimos hacia el campo.

Lydia parpadeó.

—¿Hoy?

—Hoy —confirmó él, como si fuese lo único sensato que diría.

Constance emitió un ruidito de sorpresa complacida. Ewan, en cambio, lo observó con una atención distinta.

Lydia se llevó una mano al pecho, todavía sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Su esposo había tenido en cuenta sus deseos sobre marcharse durante una temporada para afianzar su matrimonio. No era una cuestión baladí. Sabía que Simon tenía muchos negocios en marcha. Y que estuviese dispuesto a descuidarlos en favor de ella suponía un gran paso hacia adelante.

Lo que Lydia no sabía —lo que Simon no pensaba explicar— era que había vuelto a casa después de visitar a un conde estúpido, y que, al saber que ella no lo había estado esperando en la cama, se enfadó de un modo irracional. Había sido Penny la única que le informó de que Lydia había salido a visitar a Constance y a Ewan.

Desde ese momento, la tensión se le había clavado en la garganta. Había tenido miedo, aunque eso no lo confesaría tampoco. Porque, pese a saber

que Lydia había disfrutado de sus *manías* la noche anterior, él sabía que con la luz del día las cosas podían verse de un modo diferente. Por un momento creyó que habría ido a decirles a Constance y a Ewan que era un depravado del que la tenían que salvar. Así que Simon, por mucho que se negara a admitirlo, había subido a su carruaje temiendo encontrarla allí, en casa de los MacCrae, llorando; quejándose; despellejándolo con palabras duras y confesándoles que lo de anoche había sido una aberración tolerada por obligación.

Fue una buena señal entrar en la salita y que el escocés no le asestara un puñetazo. Todavía mejor, el hecho de que su mujer lo hubiese saludado de esa manera tan… tan… tan peculiar.

Ewan dejó que el silencio cayera un instante más antes de intervenir, ya más serio.

—Lydia, vuelve a casa y prepárate para partir con tu esposo —dijo, con tono de orden amable —. Y… aprovecha la oportunidad. Tengo que hablar un momento de un asunto importante con Simon.

Constance asintió con energía.

—Sí. El campo os sentará bien. Debes marcharte de inmediato y preparar tus baúles.

Lydia quiso protestar, decir que había ido precisamente porque necesitaba hablar. Quiso fulminar a Ewan por haber estado allí en el peor momento posible.

No pudo. No quería arruinar las buenas noticias.

Por su parte, Simon observó al señor MacCrae y asintió una sola vez. La tensión regresó. ¿Su esposa al final sí que le habría dicho algo al escocés y por eso necesitaba hablar con él? ¿Lo amonestaría por…? ¿Por qué? ¿Por no haberla tratado bien desde que se casaron, o por haberla tratado peor la noche tardía de bodas?

—Lydia —dijo lord Trowbridge—, ve. No tardaré. Mis pertenencias ya estarán preparadas. Antes de venir a buscarte aquí les dije a los criados que comenzasen a ordenar mi equipaje.

La vizcondesa apretó los labios. Odiaba obedecerle. O, peor, le fastidiaba lo fácil que era hacerlo cuando él hablaba de ese modo que la encendía. ¿Iba a ser toda la vida así? No. Le haría caso cuando considerase que debía hacerlo. En especial en el lecho y cuando la ocasión lo requiriese. Ni más ni menos.

Se volvió hacia Constance, frustrada.

Connie se levantó y se acercó para cogerle las manos con firmeza, como si con ese sencillo gesto fuese a pasarle un poco de su fuerza.

—No te preocupes —murmuró—. Todo saldrá bien. Y, Lydia… —su mirada se ablandó—, de verdad: aprovecha la soledad que os ofrecerá el

campo. Estar con tu marido a solas puede aclarar muchas cosas.

Lady Trowbridge suspiró. O complicarlas para siempre, pensó, pero no lo dijo.

Asintió; se despidió con una sonrisa que pretendía ser natural y salió de la salita con la sensación amarga de haber ido buscando libertad… y haber encontrado más barrotes. Antes de salir por la puerta, Simon le cogió la muñeca y la detuvo. Se aproximó a ella y la besó con minuciosidad.

—Ahora. Ahora puedes marcharte, querida mía —le dijo, para luego sonreírle porque esta vez fue él quien la dejó atónita y bastante mareada.

Constance sonrió. Ewan volvió a carcajearse. Ella se marchó bastante azorada. Una cosa era mostrarse descarada por propia iniciativa y otra ser la presa de un auténtico y formidable depredador que la hacía temblar como una hoja cada vez que estaba cerca.

Ewan y Simon se encaminaron hacia el despacho.

El escocés no se sentó. El vizconde tampoco. Estaban frente a frente.

—¿A qué viene tanto secreto y teatro? —lanzó la pregunta Simon.

—¿Teatro? No. Lo tuyo y lo de Lydia anoche sí que fue excesivamente teatral. Pero eso no es lo importante ahora.

—La recriminación que quieras hacerme… escúpela de una vez —lo azuzó Simon.

—Ella parece estar bastante satisfecha con el matrimonio y no diré nada… de momento —añadió como una sonora advertencia.

—¿Entonces es porque me la llevaré al campo en plena temporada?

—De nuevo te equivocas. Entiendo que quieras estar a solas con tu nueva y flamante esposa.

—Agradezco tu generosidad. —No se le ocurrió qué más decir.

—No me la agradezcas demasiado pronto —replicó Ewan—. Porque tengo un problema. Y tú vas a ayudarme a resolverlo y eso tal vez haga que tengas que retrasar tus planes.

Simon alzó una ceja.

—¿Desde cuándo no puedes ocuparte tú de un problema?

Ewan fue hasta la mesa, cogió una carta y se la lanzó como quien arrojaba un guante para plasmar un desafío.

—Lee.

Simon la cogió. La letra era tosca. Leyó sin mover un músculo del rostro. A medida que avanzaba, algo oscuro se le asentaba en el pecho… y al mismo tiempo una chispa de diversión parecía estar naciendo. Cuando terminó, alzó la vista.

Ewan estaba evaluando su reacción. Simon se veía muy tranquilo tras la revelación. ¿Lo censuraría? ¿Lo llamaría traidor? ¿Lo felicitaría? El muy bastardo no parecía dispuesto a hablar.

—¿Qué vas a decir al respecto? —lo azuzó el señor MacCrae.

—Vaya —dijo Simon con una suavidad insultante—. Así que contrataste a un par de hombres para retener a Azrael. Sí que eres un bruto escocés, después de todo.

El esposo de Constance apretó los dientes.

—¿Eso es lo único importante que mencionas?

Hubo un silencio.

Simon parpadeó una sola vez… y entonces explotó en una carcajada, breve, incrédula y descaradamente divertida.

—Quitar de en medio a mi primo… ¿fue idea tuya o de Constance? Lo pregunto porque nunca

fuiste muy calculador. No quiero acusar a una dama de actos reprochables, menos a una mujer a la que considero una muy estimada amiga, pero esto tiene el sello de la señora MacCrae no el tuyo. Por lo de la inteligencia, previsión y demás.

Ewan se puso rojo de irritación. No de vergüenza, porque Ewan MacCrae no se avergonzaba de nada.

—Eres un desgraciado —gruñó.

Simon se sentó al fin y se permitió otra carcajada, más controlada.

—A medida que leía la carta sabía que todo lo orquestó tu mujer. Tenía que haberlo previsto, ella no se quedaría de brazos cruzados y permitiría que Lydia acabase en el infierno.

—Fue idea de mi mujer, sí —escupió Ewan al fin, a regañadientes—. Pero yo ya lo había barajado antes de que me lo sugiriese.

Simon ladeó la cabeza. Mostraba una sonrisa que no prometía piedad.

—Claro. Y casualmente ella lo ordenó, justo después de que tú lo barajaras.

—No me molestes más, Trowbridge. —Usó su título para reprenderlo.

—Que te refieras a mí con formalidad no impedirá que te diga que haces lo que tu esposa te manda sin pestañear. ¡Quién iba a decir que el salvaje escocés terminaría siendo un corderito tierno al servicio de su dama! —exclamó bufón.

Ewan lo fulminó con la mirada.

—Desgraciado es poco para calificarte. Eres un perro infiel e ingrato.

—¿Qué más te ordena que hagas, amigo mío? Dime que por lo menos te impones en el lecho.

—Constance es… persuasiva —reconoció Ewan, porque en verdad ella se había convertido en una amante perfecta—. ¿Qué hay de malo en ello?

—Ah, sí —murmuró Simon, con un gesto solemne—. La persuasión conyugal. Ese invento diabólico que convierte a los hombres en criaturas razonables… o en cobardes.

Ewan soltó un bufido.

—Hablas como si tú fueras inmune a ella.

Simon alzó las cejas.

—Yo no bebo los vientos por nadie.

Ewan lo miró durante un segundo que se hizo muy largo. Luego sonrió. Fue una sonrisa lenta. Mortal.

—¿No? —preguntó, con malicia—. Porque, si quieres mi opinión, cuando has entrado en la salita y has visto a Lydia, has estado a un paso de ponerte de rodillas. Parecías un esposo que esa mañana había perdido a su mujer. No. Me rectifico. No lo parecías. Lo eras. Te conozco lo suficiente como para leerte bien. Cuando la has visto en mi casa has sentido alivio. ¿Habías pensado que ella te había abandonado tan pronto, Simon? —se burló Ewan.

El vizconde apretó los labios.

—Si quieres la verdad, la tendrás. Estaba preocupado porque anoche fui brusco con ella en la cama y temía que estuviese pidiéndote piedad pese a que lo disfrutó con gran placer. ¿Contento?

Le gustó ver al escocés soltar una larga maldición en gaélico. Y aunque no la entendió, supo que había logrado irritarlo más. Ewan negó un par de veces con la cabeza. Y lo fulminó con la mirada.

—No me ganarás en esto a pesar de haberme hecho pensar en una escena repugnante. Has venido porque tu vizcondesa no estaba en casa cuando has regresado o porque has descubierto que ella se había marchado sin avisarte, y te ha dado un ataque de… —Ewan fingió pensarlo— ¿cómo lo llamaríamos? ¿Ansiedad doméstica? ¿Desesperación matrimonial? ¿O ha sido el clásico «me moriré si mi mujer me abandona»?

Simon le clavó la mirada.

—Resultas ridículo, Ewan.

—Tú lo eres más por negar la verdad. Y como dudo que nos vayamos a poner de acuerdo en quién está más sometido a su esposa, será mejor que hablemos de lo importante.

—Azrael —dedujo Simon. Ewan asintió.

—Contraté a dos hombres para hacer un trabajo que no han podido llevar a cabo porque parece que tu primo ha desaparecido. Mis… secuaces me han enviado esa misiva esta mañana. Ya lo has leído. Se disculpan. Dicen que no han cumplido el acuerdo porque fueron incapaces de dar con Azrael.

—Estás preocupado por él —intuyó Simon.

—Así es. Si dos hombres que viven de encontrar a otros hombres no han sido capaces de localizarlo… —Ewan chasqueó la lengua—. Significa que Azrael tuvo la decencia de huir porque no quería atar a Lydia a él o…

—¿O?

—¿Y si está herido, Simon? He sabido que le debía mucho dinero a mucha gente. Cuando trascendió la noticia del compromiso, no fueron pocos los que se presentaron en mi puerta para dejar caer que esperaban que la dote de la muchacha pudiese pagar las deudas de Azrael. No le deseo ningún mal, te lo juro, solo necesitaba que Lydia no acabase casada con él.

Simon suspiró.

—Mi primo está bien.

—¿Se ha puesto en contacto contigo?

—No.

—¿Cómo lo sabes, pues? Sé que dices que lo odias, pero de igual modo sé que no te lo perdonarías jamás si algo malo le sucediese. No podemos dejarlo en la estacada. Yo mismo no he obrado del mejor modo posible, pero eso no implica que pueda echarme a un lado cuando uno de mis amigos me necesita tanto. Tenemos que dar con él. Así que deberás posponer tu viaje hasta que sepamos qué le ha sucedido.

—Yo lo mandé secuestrar también, Ewan. Mis hombres debieron llegar hasta él antes que los tuyos —soltó, como si fuese una conversación sobre el tiempo.

Ewan se quedó helado.

—¿Qué?

—Me ocupé de que no se casase con Lydia —repitió Simon, como si estuviera hablando de mandar a arreglar una rueda del carruaje—. No tienes nada de lo que preocuparte. Mi primo estará bien con los hombres que envié para hacer el trabajo.

El silencio que cayó fue tan pesado que casi se oyó el crujido de la chimenea.

Ewan abrió la boca. La cerró. La volvió a abrir. El escocés nunca titubeaba. Esos gestos eran insólitos en él.

—Tú… —empezó, y se detuvo, como si estuviera calibrando si debía estrangularlo o reírse—. ¡Tú eres un bastardo!

—Gracias —respondió Simon, con una educación impecable—. Siempre he apreciado tu franqueza.

—¿Cuándo? —Ewan señaló la carta—. ¿Cuándo lo decidiste?

—En el momento oportuno.

—Esa respuesta es una estupidez —gruñó Ewan.

Simon le dedicó una sonrisa fina.

—No. Es la verdad. Fui más hábil que tú.

El escocés se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—Así que mis hombres no lo encontraron porque ya estaba en manos de los tuyos.

—Exacto.

—¿Y pretendías decírmelo en algún momento?

Simon se encogió de hombros.

—No era estrictamente necesario. Ibas a tener a Lydia a salvo de todos modos.

—¿A salvo? —Ewan soltó una carcajada sin humor—. ¡Tú estabas dispuesto a consentir que se casara con él! Me lo dijiste cuando te pedí que dieses un paso adelante la última vez que hablamos del asunto. Rafe es testigo de lo que digo.

Simon se quedó un segundo en silencio. Después, su mirada se afiló de una forma distinta, más sardónica.

—No.

Ewan entornó los ojos.

—¿No qué?

El vizconde ladeó la cabeza, como si estuviera reconstruyendo una escena que todavía le resultaba increíble.

—No iba a permitir que la tuviera. Lo más lógico era apartarlo del tablero y presentarme como la única salida viable para tu pupila.

Ewan lo miró, y entonces la comprensión le cruzó el rostro.

—Cuando Rafe y yo fuimos a verte, tú ya lo habías decidido. ¿Qué demonios hiciste exactamente? Confiesa toda la maldita verdad de una maldita vez —lo urgió.

Simon se limitó a sostenerle la mirada.

—Ya te lo he dicho. Hice lo necesario para que Azrael no la tuviese.

Ewan apretó los labios. Estuvo a punto de decir algo hiriente. En su lugar, soltó un bufido cargado de ironía.

—Claro. El salvador de la damisela. Muy noble, Trowbridge. Confiesa que lo tenías todo bien previsto. En la boda… ese día… ¿qué planes tenías tú para Lydia?

Simon se quedó inmóvil otra vez. Esa inmovilidad significaba que la pregunta había dado justo donde debía.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que quieres saber exactamente?

—Quiero tu confesión.

—No. Debería ser yo quien exigiera la tuya. Tú estuviste en la iglesia; viste cómo me saqué de la

manga una licencia y un anillo. —Simon frunció el ceño y miró con fijación a su mejor amigo—. ¿Ewan?

—¿Qué?

—Tenías una licencia especial y un anillo para Lydia y para mí. —No fue una pregunta.

El bruto escocés se cruzó de brazos.

—¿Tú qué crees, Simon?

—¿Y el bastardo soy yo? ¿Qué hubieses hecho en caso de que no hubiera estado dispuesto a casarme con ella?

—Supongo que nunca lo sabremos porque diste el paso, con facilidad debo añadir. Al final todo ha salido tal y como debía.

—Confiesa, Ewan. Sé valiente y dime que tu esposa y tú lo teníais bien pensado también.

—De acuerdo —confesó, irritado—. Constance y yo lo tuvimos claro. Si Azrael no aparecía, no íbamos a dejar que Lydia saliera de esa iglesia sin estar casada. Tú eras nuestra opción, porque yo no iba a permitir que la destrozaran en los periódicos, ni que su hermano tratase de encerrarla en la más alta torre de su castillo.

—Wynthorpe no tiene ningún castillo —apuntó Simon.

—Ya me has entendido.

—Ahora quiero escucharte decir que me hubieras obligado de cualquier modo a casarme con ella.

—Está bien, Simon. Te habría golpeado hasta hacerte entrar en razón, pero los dos sabemos que no hubiese hecho falta porque ella te importa más de lo que siempre has estado dispuesto a reconocer.

—No veas cosas donde no las hay, Ewan. Esto ha sido por responsabilidad, porque yo la metí entre la disputa que mantengo con Azrael desde hace años cuando me empeñé en protegerla para resarcirla por lo del Serpentine. Además, será un placer verle la cara a mi primo cuando descubra que se la robé en sus propias narices. Le he ganado la mano y es lo que importa.

—Sí, lo que tú digas. Háblame de lo que sentiste cuando la suerte te abrazó y te sonrió.

—¿A qué te refieres, Ewan?

—Tengo entendido que fue la propia Lydia la que te hizo llamar. ¿Qué te dijo?

—Las cosas entre ella y yo son privadas.

—Así que no tuviste ni que ofrecerte… Lydia te pidió que la salvases. Dime una cosa, Simon.

—No te diré nada más al respecto.

—Ya… Te haré la pregunta de todos modos: ¿la hiciste sufrir mucho cuando te pidió que te casases con ella? ¿O al final fuiste todo un caballero y te arrodillaste para pedir su mano?

—Vete al infierno.

—Está bien. Respetaré tu voluntad de mantener el asunto en secreto. ¿Quieres hablar de negocios?

—¿Negocios? —Esa salida Simon no se la había esperado.

—El alumbrado de gas y toda esa cuestión que lleva un año trayéndote de cabeza.

—¿Quieres participar?

—Oh, no, Simon. Solo me preguntaba qué clase de necesidad te impulsaría a dejar el negocio de tu vida para retirarte un par de semanas o más al campo. Te lo señalo porque los dos sabemos que esperabas terminar con el asunto de los inversionistas pronto.

—¿Así es cómo vas a devolverme el hecho de que me haya mofado de ti antes, Ewan?

El escocés soltó una carcajada muy auténtica.

—Oh, sí. La señora de tu casa ya te ha puesto en tu sitio en menos de cuarenta y ocho horas.

—No exageres —refunfuñó Simon.

Ewan se cruzó de brazos, satisfecho.

—Ve a decirle estupideces sobre que todo esto es solo por cumplir con tu deber de protegerla y robársela a Azrael. A mí no me engañas. Y te diré más: Constance estaba muy segura de que te ofrecerías en lugar de tu primo en cuanto él no apareciera. No obstante, no lo tuvimos que poner a prueba porque tú, amigo mío, ya habías decidido tu propio destino.

—Pura suerte, Ewan. Eso y que me tomo muy en serio mis promesas. Juré que no la dejaría a su suerte y lo estoy cumpliendo.

—La suerte que tuviste es que Lydia no fuese tan inmune a ti como todos creíamos.

Simon se quedó quieto, y esa vez no fue para mantener la compostura, sino por auténtico desconcierto.

—¿Cómo dices? —Ese asunto que acababa de sacar a colación su mejor amigo ya le importaba más que el resto.

Ewan sonrió con esa expresión insoportable de un hombre casado que ya lo sabía todo sobre el

matrimonio.

—Lo que has oído. Constance tenía la sensación de que Lydia llevaba tiempo… —hizo un gesto con la mano— sintiendo algo o como sea que ellas lo llamen cuando se interesan por un caballero que las saca de sus casillas.

Simon se obligó a parecer indiferente.

—Constance ve romanticismo hasta en un gato callejero si maúlla con cierta emoción.

—Mi mujer es muy intuitiva —lo cortó Ewan —. Si te digo que ella presentía que Lydia comenzó a fijarse en ti sin, tal vez, darse cuenta, es que eso fue así.

Simon soltó un sonido breve, casi una risa.

—Eso es absurdo.

—No lo es —insistió Ewan—. Y tú también te darías cuenta si hubieses prestado tanta atención como Constance a vuestros encuentros y palabras. ¿Recuerdas el año que Cat y Rafe comenzaron a enamorarse?

—¿Qué tiene que ver eso con nada?

—Me dijiste que tu primo se había interesado por Lydia. Mi propia hermana me lo advirtió también y yo, por ahorrarle sufrimiento a mi

esposa, no le dije una palabra sobre lo que todos veíamos que estaba sucediendo.

—¿Insinúas que Connie ya se imaginaba, años atrás, que Lydia se había enamorado de Azrael?

—Sí. Y no solo me lo dijo sin florituras cuando llegamos a Escocia mientras Catriona se relamía las heridas que le causó Rafe. Trató de tranquilizarme porque me dijo que tú harías lo que debías llegado el caso.

—¿Que tu esposa trató de tranquilizarte a ti, advirtiéndote de que yo me casaría con Lydia cuando fuese necesario?

—Como lo oyes —razonó el escocés.

—Pensaba que la que tenía el don de la providencia era la abuela Morna, no tu esposa.

—¿Y quién crees que debió *tranquilizar* —arrastró la palabra— a mi esposa, Simon? —preguntó, porque parecía que su mejor amigo era obtuso.

Lord Trowbridge se quedó callado, porque, en ese momento, varias cuestiones se le colaban en la cabeza con una claridad aterradora. ¿Todo el mundo creía que Lydia también albergaba sentimientos por él? ¿No solo sentimientos de resentimiento porque él se convirtió en su sombra? ¿Desde cuándo Lydia había pensado más de la cuenta en él? ¿Sería verdad lo que veían Connie y Morna?

Simon se dio cuenta de que llevaba demasiado tiempo callado. Cuando levantó la mirada y se centró en su mejor amigo, lo vio sonriendo de oreja a oreja.

—Suéltalo de una vez.

—¿El qué? ¿Que pareces un cachorro alegre que acaba de descubrir que su esposa ya lo tenía en su punto de mira desde hacía tiempo? ¡Vamos, Simon! Conoces a Lydia, supongo. ¿Crees que ella te llamó en la iglesia solo para salvarse del ostracismo social? Tenía la salida de regresar a Escocia, a Dunrath, donde nadie la criticaría sin enfrentarse a mi ira. Los escándalos no duran para siempre; pudo haberse escondido durante un tiempo y luego regresar a Londres para buscar un buen partido.

—¿Qué estás insinuando, Ewan?

—Tú no te hubieses casado con ella en caso de no haber estado seguro, pero Lydia tampoco te habría elegido para convertirte en su esposo sin haber estado segura de que a tu lado podría ser feliz. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo que entiendo es que tu esposa y tú sois un par de entrometidos. Ahora te dejo ya, tengo un viaje que hacer.

—Y ahí está todo el agradecimiento que me mostrarás por abrirte los ojos. Muy bien, Simon. No te diré nada más con respecto a tus asuntos con tu

mujer. —Ewan señaló la carta otra vez, volviendo a lo práctico—. ¿Y Azrael?

—Cuando lo liberen estará enfadado —respondió Simon, con una calma absoluta—. Furioso, probablemente. Humillado, seguro. Tratará de entender qué demonios ha pasado.

Ewan cabeceó un par de veces afirmativamente.

—Acabará atando cabos —consideró el escocés.

Simon sonrió, socarrón.

—Confío en que lo haga. Me enfrentaré a él cuando llegue el momento, pero podrías darme una breve tregua. Dile que Lydia y yo estamos de viaje por Europa. Ya sabes, has estado en mi lugar, necesito tiempo para disfrutar de mi mujer.

Ewan suspiró.

—No me gusta pensar que Lydia… —Torció el gesto en una mueca—. No me acostumbraré a que sea toda una mujer y pueda hacer todo lo que una esposa tiene permitido hacer. Y menos contigo, como no paras de recordarme a cada instante —apostilló.

—Lo que te disgusta es que te imaginas que soy mejor que tú en la cama.

El escocés soltó un bufido en esos momentos.

—Eres un maldito arrogante. Esto no es una competición.

—Tienes razón, no lo es, pero si lo fuese ganaría yo.

—Podría decirle a Azrael, nada más me lo cruce, dónde puede encontrarte; veremos lo que opina Lydia de tu brillante plan sobre haberlo secuestrado, porque aunque yo también lo tenía previsto, al final fueron tus hombres quienes llevaron a cabo la acción. Eso me exculpa… Así que cuando tu vizcondesa descubra tu plan, será mejor que esté locamente enamorada de ti ya o tendrás un serio problema.

—Sí, podrías enviar a mi primo a hacerme una visita —concedió Simon—, pero soy tu maldito arrogante mejor amigo y por eso me darás tiempo. ¿No fui yo a buscarte un cura católico cuando Connie estaba enferma en la cama para que te casases con ella? Lo hice. Y no rechisté.

Ewan lo miró durante un buen rato y, contra su voluntad, se le escapó una sonrisa llena de satisfacción al recordar el modo en el que se apoderó de su Constance sin que ella se diese ni cuenta.

—Vete —ordenó—. Parte a tu casa solariega y haz bien tu trabajo.

Simon no replicó. Se dirigió a la puerta y salió del despacho más ligero de lo que había entrado.

No era felicidad. No exactamente.

Era algo peor.

Esperanza.

Capítulo 9

Un matrimonio apropiado

El viaje hasta la finca solariega transcurrió sin sobresaltos, aunque no sin esa clase de incomodidad absurda que se instalaba en el pecho cuando una esperaba una cosa… y recibía otra.

Lydia viajó dentro del carruaje, arropada por una manta porque el cielo seguía gris y el aire tenía esa sensación húmeda que se colaba por cualquier rendija. Simon, en cambio, había optado por ir a caballo, escoltando el coche como si fuese un guardián y no un esposo recién estrenado que no podía alejarse de su mujer. A ojos de cualquiera, aquello habría parecido un gesto de celo protector. A ojos de Lydia, que lo conocía bastante bien, suponía establecer distancia.

La vizcondesa se tragó la decisión de Simon con dignidad. Lo hizo como soportaba casi todo desde que se casaron, exhibiendo una sonrisa

impecable y escondiendo un pequeño nudo que le ardía por dentro.

Al llegar, comprobó que la casa se alzaba ante ella con esa sobriedad que solo tenían las propiedades que no necesitaban presumir. Piedra clara, ventanas altas, un porche discreto, jardines bien trazados y una paz que no era romántica. Era práctica. A Lydia le pareció que aquella tranquilidad podía ser un premio… o una trampa, según lo difícil que decidiese mostrarse su marido con ella.

Los criados los recibieron con la precisión esperada: el mayordomo, el ama de llaves, lacayos que se movían como si flotasen, y el hombre de confianza de Simon —su ayuda de cámara— que ya tenía el equipaje del vizconde organizado antes de que nadie hubiese terminado de oler el aire del campo. Lydia observó todo aquello con atención; estaba preparada para asumir el control de la casa como dueña y señora.

El primer día se consumió en la llegada, los saludos y la inevitable procesión de estancias. Simon le mostró la casa con la eficacia de un hombre que enumeraba activos: salones, biblioteca, despacho, comedor, habitaciones de invitados, la zona de servicio…

Le presentó a su administrador y a los principales responsables de la finca como si Lydia fuese una parte del inventario recién adquirida. Ella sonrió, saludó con el aplomo propio de la hermana de un duque y se obligó a no fruncir el ceño cada vez que notaba que Simon hablaba con ella sin terminar

de reconocer que era su compañera, no un mueble más.

Aun así, cuando por fin se quedaron a solas, la frialdad del día no se sostuvo igual por la noche.

Aquella primera noche en el campo, Simon había entrado en su alcoba y le preguntó si estaba bien para mantener relaciones conyugales. No había necesidad de grandes gestos, porque con esa pequeñez ya se ganó el derecho de hacerle el amor. No se había disculpado por haber cabalgado fuera del carruaje, por descontado, porque Simon no entendería el motivo por el que ella no había estado contenta con esa decisión ni aunque se lo explicase durante una semana entera. Después de asegurarse de que no estuviese dolorida por la noche anterior, se había limitado a mostrar esa determinación suya que convertía cada movimiento en una decisión irrevocable.

Lydia había descubierto que el Simon nocturno no se parecía al diurno. No era menos serio, pero sí más… claro. Más honesto en su forma de reclamarla, de guiarla, de imponer su voluntad sin titubeos. Y ella, que durante el día quería empujarlo por un terraplén, por la noche se quedaba sin fuerzas para discutirle nada.

Le horrorizaba lo fácil que era dejarse llevar con él en el lecho.

Y le conmovía, en secreto, que siempre se preocupase por satisfacerla como mínimo dos veces. Era bastante concienzudo en todo lo que emprendía,

pero en la cama eso se multiplicaba por diez, como poco.

A la mañana siguiente Lydia se levantó con el cuerpo recordándole, sin pudor, lo ocurrido. Sin dolor, pero sí con esa sensibilidad íntima que convertía cada paso en un pensamiento pecaminoso. Y, aun así, cuando Simon apareció para desayunar, lo hizo con el mismo gesto correcto de siempre, como si nada trascendental ocurriese de noche entre ambos, como si no durmiesen uno en los brazos del otro hasta que el sol despuntaba y él se marchaba con cuidado de no despertarla demasiado temprano.

Eso la irritó, pero no se lo reprochó. En cambio, decidió jugar con las armas que mejor entendía su esposo: el orden y la estrategia.

No le pidió ternura. Le propuso un plan para compartir tiempo juntos. Así pues, a media mañana sugirió dar un paseo por los jardines más próximos, para conocer el terreno. Simon aceptó con la misma seriedad con la que habría aceptado revisar las cuentas de la propiedad. Le mostró los setos, el invernadero, el tramo donde el barro se adueñaba del sendero y la zona de rosales que parecía resistirse al clima. Lydia hizo preguntas sensatas y él contestó con más detalle del necesario. Aquello fue un primer acercamiento.

No romántico, pero sí real.

Esa tarde, Lydia pidió ver el libro de gastos domésticos. El ama de llaves se lo ofreció con sumo respeto. Simon lo averiguó y se presentó ante ella.

No protestó. Se limitó a mirarla como si estuviese calibrando si su vizcondesa iba a jugar a ser la señora de la casa por capricho o por compromiso matrimonial. Lydia quería ser una buena esposa para él. Y, por primera vez, el gesto de su marido, mientras la observaba repasar las anotaciones del ama de llaves, pareció menos tenso.

Esa noche, cuando él entró en sus aposentos, Lydia ya no lo esperó con la inseguridad de las dos primeras veces, sino con muchísima expectación. No sabía todavía cómo ganárselo en el mundo de las emociones, pero estaba comprendiendo cómo aproximarse más a él. Y Simon, pese a negárselo a sí mismo, parecía responder mejor cuando ella se mostraba más segura de su relación.

El tercer día montaron a caballo. Lydia se vistió para la ocasión con decisión y cierto orgullo. Simon no la trató como una muñeca delicada. No le dio lecciones en voz alta. Le ofreció un caballo adecuado, ordenó lo necesario a los mozos con un par de frases y se limitó a acompañarla, a observarla con esa mirada perpetua con la que siempre parecía estar juzgándola.

Cabalgaron por los lindes, bordeando campos húmedos y una arboleda donde el viento levantaba un aroma a tierra húmeda. El cielo seguía gris, como si el mundo se hubiese olvidado del agradable calor, pero la finca tenía su propia belleza, sobria y resistente.

A Lydia le llamó la atención que Simon no se adelantase demasiado. Él cabalgaba cerca, a la distancia exacta que permitía hablar sin tener que levantar la voz. Cuando ella hizo un comentario jocoso sobre la poca utilidad del barro, Simon no se rio con ganas, pero su mirada se suavizó apenas un instante. Fue poco, pero suficiente para ver que podía llegar a él y hacer que su gesto cambiase.

Esa noche, Lydia notó otro cambio casi imperceptible. Su marido seguía siendo dominante en la intimidad, igual de exigente, igual de preciso, pero hubo momentos en los que su control no sonó a castigo, sino a… suma protección. Como si no quisiera asustarla, aunque no pensara renunciar a la manera en que le gustaba poseerla. No supo qué hacer con esa contradicción. Solo sabía que le gustaba que él la tuviese en tan alta consideración.

El cuarto día, Simon le enseñó a conciencia los establos, con un orgullo silencioso. Le presentó al mozo principal, habló del carácter de un caballo joven y de cómo había que tener paciencia con ciertas bestias. Lydia tuvo que morderse la lengua para no decir que aquello le sonaba peligrosamente familiar.

Después recorrieron una parte de las tierras de cultivo. Simon habló con varios arrendatarios, escuchó quejas concretas, señaló cosas que debían arreglarse; y Lydia se dio cuenta de que él no era un noble común. Entendía el funcionamiento de su propiedad del mismo modo que entendía sus negocios. Simon nunca dejaba nada a su suerte.

Lydia pensó, por primera vez, que Simon era muy admirable. No lo dijo. Se lo guardó. Pero esa tarde lo miró de diferente forma, como si supiera que el hombre con el que se había casado era el correcto pese a su rigidez y frialdad. Simon lo notó y no supo identificar lo que eso le hacía sentir.

El quinto día, Lydia propuso que tomasen el té en el invernadero. Lo hizo con toda la intención, porque allí la luz era más amable incluso con el cielo encapotado, y a Simon le sería más complicado esconderse de ella.

Hablaron poco, pero ya no era aquel silencio lleno de aristas de Londres. Fue un silencio compartido que no les incomodaba. Era uno compartido.

Lydia observaba a su marido leer una carta, mientras fruncía el ceño con una concentración feroz. Cuando él levantó la vista y la encontró mirándolo con fijación, no la reprendió. No preguntó qué tramaba. Solo le sostuvo la mirada un segundo más de lo habitual y luego le sonrió. Una sonrisa que le llegó a los ojos. Era un gran avance y Lydia lo sabía.

Esa noche, *lady* Trowbridge se dio cuenta de algo que la dejó asombrada.

No era solo el crudo deseo lo que los ataba el uno al otro cuando Simon entraba en su alcoba. Era el hecho de que, pese a su distancia diurna, a él ya no le era tan fácil mantener sus sentimientos separados de la relación física, pues había comenzado a susurrarle palabras más cálidas

mientras le hacía el amor. Y en esos susurros más amables había algo parecido a las promesas que se hacían los enamorados.

El sexto día, Lydia le pidió visitar a los arrendatarios más necesitados. No para hacer un teatro de beneficencia, sino porque necesitaba comprender el mundo que Simon gobernaba.

Fueron juntos, sin un despliegue excesivo. Lydia habló con las mujeres, preguntó por los niños, por la harina, por las goteras, por una tos persistente que había pasado por varias casas. Simon la escuchaba con una atención seca. Ella lo vio ofrecer soluciones concretas, ordenar reparaciones y tomar nota mental de todo. Al enterarse de las complicaciones, reprendió a cada familia por no haberle hecho partícipe de las incomodidades para solucionarlas lo antes posible. A Lydia se le aceleró el corazón con ese Simon tan humano y decidido. Era un buen hombre que se preocupaba por todos los que dependían de él. No obstante, en su pecho comenzó a albergar una idea inquietante. Lydia no quería solo la protección de su marido. Quería su amor incondicional, que se lo cantase a viva voz. No deseaba que Simon la viese como una propiedad a la que tenía que mantener con buenos cuidados. ¿Sería capaz él de darle todo lo que ella estaba dispuesta a reclamarle? Solo el tiempo lo diría.

Lo que sí estaba claro era que Lydia confiaba en él.

No debido a su título, ni por el hecho de que era rico como Creso, ni por su manera de

imponerse. Confiaba en él por el modo en que arreglaba lo que veía roto; por cómo asumía sus responsabilidades sin hacer un drama de ello. Parecía que Simon siempre buscaba soluciones.

El séptimo día, Lydia propuso organizar una velada pequeña e informal para la aristocracia rural.

Nada similar a un gran baile londinense, sino una reunión sin demasiadas pretensiones, con música suficiente, conversación fluida y la clase de elegancia tranquila que no buscaba titulares. Ofrecieron una cena correcta y después hubo unas danzas adecuadas. Cuando sonó un vals, por fin bailaron juntos y fue exquisito. Simon se tensó al ponerle la mano en la cintura ante las miradas de los invitados, pero no tardó más de cinco segundos en relajarse y disfrutar de la complicidad que imperaba entre ambos mientras se movían con ligereza. Era un bailarín soberbio. Incluso le sonrió un par de veces. Y cuando ella bailó con dos jóvenes caballeros, comprobó que la frialdad de su marido no era tan controlable como él se imaginaba. Simon se mostró celoso. No de una manera grosera. Fue peor. Fue silencioso, porque su mirada no la abandonó durante toda la pequeña fiesta. Lydia se sintió absurdamente satisfecha.

Esa noche, Simon fue todavía más dominante en su forma de reclamarla y ella sabía el motivo. Le estaba dejando claro, sin necesidad de palabras, a quién le pertenecía. Y Lydia, que durante el día se había comportado como una anfitriona perfecta, descubrió que por la noche le gustaba cederle todo el control. Adoraba que él decidiera. Le

encantaba que su cuerpo respondiera sin vergüenza a cada petición de su esposo, incluso a la que le había hecho de atarle las manos con un pañuelo de seda sobre la cabeza. Simon era perverso y delicioso a la vez.

Los días siguientes cayeron en un ritmo que, sin hacerse monótono, fue asentándolos como pareja.

Un día pasearon por el límite de la propiedad y Simon le habló de un proyecto antiguo de drenaje que nunca se había terminado y no sabía bien el motivo de su abandono. Lydia, práctica, sugirió retomarlo porque mejoraría los resultados de las cosechas y él la miró como si acabase de recordar que su esposa no era solo un bonito adorno, sino una mujer capaz de pensar y enumerarle razones válidas sin dudar. No debería estar impresionado, pues sabía que Lydia había aprendido un par de cosas al lado de Ewan en Escocia, pero aun así lo estaba.

Otro día cabalgaron más lejos, hasta una zona donde el viento era más cruel y el cielo parecía más bajo. Lydia volvió con las mejillas rojas y el pelo rebelde. Simon la observó con una intensidad que la dejó sin aliento.

Lady Trowbridge empezó a orquestar planes de futuro con una naturalidad que a Simon le sorprendía. Pequeñeces pensadas para probarlo. Una mañana le habló de cambiar algunas flores del jardín. Simon dijo que era irrelevante… y al día siguiente el jardinero recibió instrucciones precisas para comenzar lo antes posible y ponerse a las órdenes de su

vizcondesa. Ella lo averiguó. Entró en el despacho sin llamar y se lo agradeció con una sonrisa y un beso impresionante que los dejó a los dos jadeantes, como si fuese lo más lógico del mundo interrumpir su trabajo para ofrecerle esa muestra de cariño.

A Simon no le incomodó.

Otra tarde, Lydia insistió en visitar el pueblo cercano. Compró varias telas, habló con la maestra y dejó caer un donativo sustancial para el párroco, no por santidad, sino por sentido común social. Simon hizo cada parada que ella propuso sin protestar.

Y al regresar, su marido parecía menos rígido. No se estaba volviendo más tierno, pero sí… más humano, más tranquilo, menos frío. Era como si el campo le hubiese aflojado una correa interna.

Lydia comenzó a confiar en él de un modo peligroso. Porque una cosa era saber que Simon la protegería en sociedad y otra muy distinta era confiar en que, debajo de la coraza, había un hombre capaz de sostenerla sin destruirla.

Simon, por su parte, se negaba a nombrar lo que estaba ocurriendo entre ambos. Se decía que la apreciaba. Que le tenía cariño. Que le reconocía inteligencia y valor. Se decía que el deseo insaciable de cada noche era normal debido a la reciente novedad, y que la costumbre terminaría por suavizarlo todo. Lord Trowbridge creía lo que le convenía, porque admitir otra cosa le habría hecho sentir vulnerable y hacía muchos años que no se había permitido serlo.

Pero Lydia lo veía.

En gestos pequeños. En decisiones que la incluían. En el hecho de que, desde que estaban en el campo, él la había buscado cada noche sin falta, como si la idea de no hacerlo fuese inconcebible.

Ella se estaba enamorando sin remedio y estaba aterrada. No la había conquistado con palabras bonitas, sino con esa terquedad que tanto lo caracterizaba y con la que parecía capaz de sostener el mundo entero… de sostenerla a ella. Una cosa era saber que Simon siempre la había amado aunque jamás lo reconociese, y otra muy diferente comenzar a saber que no podría vivir sin él.

Esa noche, la pareja se encontraba en una sala pequeña y coqueta contigua a la habitación de la vizcondesa, de paredes claras, cortinas discretas y con un fuego que crepitaba para volver íntimo incluso el silencio. Iban con ropa informal. Preparados para meterse en la cama en cualquier momento.

En la mesita baja habían colocado el tablero de ajedrez. Lydia estaba sentada con la espalda recta. Llevaba el pelo recogido de manera sencilla y tenía una expresión que Simon había aprendido a reconocer: la de una mujer que planeaba algo.

Lord Trowbridge figuraba frente a ella y se le apreciaba la misma calma con la que firmaría un contrato productivo que duraría treinta años o más, aunque sus ojos no se quedaban solo contemplando las piezas del tablero de ajedrez. A veces se detenían

en sus manos. En su boca. En la sombra suave del cuello cuando ella inclinaba la cabeza para pensar.

La partida avanzaba despacio, tal y como estaban avanzando ellos en su relación. Con amagos, con retrocesos estratégicos y silencios que ya no dolían tanto porque estaban llenos de cosas no dichas pero sí intuidas.

Fuera, el viento sacudía las ramas con un rumor persistente. Dentro, solo existían el tablero, el fuego y la presencia del otro a poca distancia.

Él miró el tablero, luego a ella. ¿Lo estaría dejando ganar? Simon era muy bueno, pero había comprobado, durante los primeros intercambios, que ella también sabía jugar, así que cuando le dejó comerse su alfil frunció el ceño.

—¿Juegas en serio o piensas distraerme con… —sus ojos bajaron un instante, lo justo para insultarla con elegancia— con tus ocurrencias?

Lydia le sonrió.

—Voy a jugar en serio. Lo que sucede es que he pensado en hacer la partida… más interesante, porque me estoy aburriendo soberanamente.

Simon se inclinó un poco hacia delante, como si fuese a escuchar una confidencia de Estado.

—No me gusta cuando dices eso. Tus ideas son peligrosas.

—¿Te refieres a cuando pedí atarte las manos a la espalda y te negaste de inmediato? —Eso había ocurrido justo la noche anterior. A él casi le dio un ataque de apoplejía cuando le dijo que quería saber lo que él sentía cuando tenía todo el control, que deseaba acariciarlo mientras tenía las manos atadas.

—No volvamos a empezar, Lydia. Las reglas que impuse en el lecho no son negociables. —Desde luego que Simon no le permitió salirse con la suya, pero su esposo no sabía que ella era única cuando quería conseguir algo que deseaba mucho.

—Uhm… —murmuró, como si lo estuviese desafiando.

Él estrechó los ojos. Lydia se permitió disfrutar de esa mirada. Era la misma que ponía cuando quería controlar algo y la realidad tenía la mala educación de no respetar sus deseos.

—¿Qué haría más interesante el juego?

Lydia apoyó el dedo índice en el borde del tablero. No tocó ninguna pieza todavía.

—A partir de ahora, cada vez que me captures una pieza… yo me quitaré una prenda.

Simon no parpadeó durante un instante largo; era como si su cerebro estuviera examinando la frase desde todos los ángulos posibles, buscando la trampa. Lydia lo vio tensarse. Una tensión peligrosa, deliciosa.

—Juegas con fuego —le advirtió.

—Y, sin embargo, no me has dicho que no.

—No he dicho nada todavía.

—Porque estás imaginándote cuántas piezas piensas capturarme y cuán rápido podrás dejarme sin una puntada de ropa.

Los ojos de Simon brillaron. Lydia reconoció ese gesto. Era su manera de decir que estaba hambriento.

—¿Te quedarías desnuda aquí y me dejarías contemplarte todo lo que quisiera? —preguntó, al fin.

—¿Te limitarías… solo a contemplarme? —lo retó.

—¿Qué quieres que te haga, Lydia?

—Lo que desees, siempre que no te permitas ser benévolo conmigo.

—Ah. Me pides que sea despiadado.

Lydia ladeó la cabeza y le mostró una sonrisa de lo más pícara.

—Te estoy ofreciendo una excusa para serlo. Sospecho que todavía no lo he visto todo de ti porque te contienes. Temes que me rompa y te aseguro que soy más fuerte de lo que parezco —precisó.

Simon dejó caer la espalda contra el sillón. Estaba más duro que el mármol del suelo. Esa mujer tentadora sabía cómo llevarlo al límite en unos pocos segundos. ¿Cuándo remitiría esta dolencia llamada Lydia? No podía ser sano desearla a cada momento. Dios sabía el esfuerzo que le costaba limitarse a poseerla solo durante la noche. En especial cuando ella se había permitido, no hacía mucho, entrar en su despacho para darle aquel beso que… ¡Dios! La hubiese tendido en su escritorio, le habría levantado la falda y la habría poseído de una sola estocada. Rápido, duro y muy placentero para los dos. Ella no tenía la menor idea de lo cerca que había estado de ser saqueada sin compasión. Lord Trowbridge decidió aceptar el reto.

—Empieza —ordenó.

—Ah, no, amor mío.

—¿Te rindes tan pronto, querida mía? —bromeó. Habían adoptado de modo natural ese modo de referirse el uno al otro y ya no lo usaban como un arma arrojadiza.

—En absoluto. Yo también quiero algo si comienzo a ganarte.

—¿Qué quieres de mí?

—Ya lo sabes.

—No, Lydia —se negó de inmediato.

—¿Acaso tienes miedo de perder frente a una mujer desvalida?

—Eres muchas cosas, pero… ¿una mujer desvalida? —Simon alzó una ceja sardónica.

—Por lo que sé, eres un hombre que no teme arriesgarse para ganar.

—Siempre que me arriesgo sé que voy a ganar, querida —la corrigió.

—Entonces, ¿cuál sería el problema?

—No pienso cederte mi control.

—Cobarde —susurró.

—¿Has dicho algo?

Ella levantó los ojos y lo miró con seriedad. Esa que él siempre se vanagloriaba de exhibir.

—¿No me has oído?

—Creo que no.

—Eres un cobarde por no aceptar mi apuesta —repitió como quien decía que iba a llover.

—¿Crees que apelar a mi orgullo masculino me hará claudicar?

—Oh, no. No te he llamado gallina solo porque no quieras prestarte a la apuesta. Te lo llamo porque si fueses un hombre valiente, me habrías permitido atar tus muñecas a la espalda cuando te lo pedí y habrías confiado en haber enseñado bien a tu mujer, tanto como para que la dama pudiese proporcionarte el suficiente placer como para volverte loco. —Le gustó hablar de sí misma en tercera persona. La hacía sentirse importante.

Él dejó escapar todo el aire de sus pulmones. Tragó saliva con dificultad. Ella sabía que él estaba al límite. Se veía como un lobo a punto de devorarla.

—Bien. Supongamos que aquella noche me hubiese prestado al juego que dices. ¿Cómo habría ido la cosa?

—Ah, ah. Para saberlo tendrás que apostar.

—Dame un incentivo, porque me da en la nariz que me has estado dejando ganar hasta el momento y en cuanto me descuide descubriré que eres una consumada jugadora de ajedrez.

—¿Insinúas que te estoy tendiendo una trampa? —inquirió ofendida.

—No. No lo insinúo, lo afirmo. Así que para que acceda a ser tu esclavo por una vez, vas a tener que convencerme de ello.

—¿Cómo esperas que lo haga?

—Dime qué implica tenerme a tu merced.

—¿Siempre tienes que quitarle toda la expectativa a algo interesante? Si te lo digo, amor mío, no será una sorpresa.

—Un incentivo, Lydia, o no jugaré a tu juego; sencillamente me levantaré y te haré el amor sobre la mesa más próxima. En realidad lo he estado deseando desde que entraste a mi despacho para provocarme.

Le tocó a ella soltar todo el aire de su interior. Se había humedecido entre las piernas con solo imaginarse lo que él le haría.

—Uhm… ¿Es un truco para que te deje ganar y me muestres lo que tienes en mente?

—Descarada y provocadora. Te mereces que lo haga y no sea compasivo, querida mía.

—¿Es una promesa? —lo tentó de nuevo.

Simon suspiró.

—Tendré que ser benévolo. Parece ser que acabo de descubrir que tengo cierto interés en cómo podrías desenvolverte en una situación en la que te ceda el control.

—¿Me lo permitirías? —preguntó, con los ojos completamente abiertos.

—Oh, Lydia, jamás me tendrás atado, pero puede que sí te permita tenerme desnudo frente a ti; quieto mientras tú haces lo que se te antoje.

—¿Y podría ordenarte hacer…?

—No —la cortó—. Sin órdenes. No confundas mi curiosidad con otra cosa.

—Me conformo con lo que ofreces. Si tú ganas dejaré que te salgas con la tuya, tal y como haces cada noche.

—¿Hay un matiz de desaprobación en tu frase? Porque no me parece que te conviertas en una mártir cuando te hago el amor.

—Has hablado antes de curiosidad. Yo también la tengo, pero cada vez que decido ser audaz, tú me lo impides. Disfruto mucho en el lecho, no hace falta que te lo diga porque lo sabes muy bien, pero eso no excluye que yo también quiera tocarte por todas partes y lamerte sin necesidad de que me lo impongas. No puedo ser tan autoritaria como tú, Simon, porque no tengo capacidad, pero sí quiero…

—Lydia —la frenó.

—¿Qué?

—No me pidas que cambie.

—No lo haré.

—Lo estás haciendo.

—No —negó de inmediato—. Solo te pido que me des pequeñas concesiones. Ya no estás tú solo, Simon, yo formo parte de ti, de tu vida. ¿Qué habría de malo en aflojar un poco las riendas? —le preguntó con el corazón en la mano.

Él valoró durante un largo instante lo que ella acababa de mencionar. No estaba fuera de lugar su observación y él lo sabía.

—Te diré lo que haremos. Jugaremos sin que tengas que quitarte la ropa; intuyo que tu plan era desconcentrarme. Si gano yo, te prestarás a que sea más duro de lo que lo he sido hasta el momento.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Te daré placer, siempre lo haré, pero esta vez será más rápido, más excitante y más… ardiente. No te haré daño, si es que eso es lo que te preocupa.

—Sé que nunca me lo harás, Simon. Eso no me preocupa en absoluto. Me interesa más otra cosa… ¿Y si gano yo?

—Me tendrás desnudo frente a ti y te permitiré tocarme como desees sin darte ni una sola orden.

Ella lo miró de lado y con los ojos entornados.

—¿Durante cuánto tiempo?

—El suficiente como para que estés satisfecha.

—Una respuesta ambigua, amor mío —razonó.

—Mueve y da gracias de que haya consentido.

—Déspota sin corazón… —musitó ella, para después resoplar.

Entonces ocurrió algo insólito. Lo escuchó reír. Reírse de verdad. Y fue el sonido más agradable del mundo. Lydia le sonrió.

—Me gusta verte enfurruñada, creo que siempre me gustó. Serás mi perdición, querida mía, si no voy con cuidado contigo. Ahora sigue jugando —la animó.

La confesión le calentó el corazón. ¿Se estaría derribando el muro? Piedra a piedra, ella lo lograría, se juró.

—Pienso quitarme una pieza de ropa cada vez que ganes un movimiento —lo avisó.

—No esperaba menos de ti. Siempre estás dispuesta a ganar y eso te honra.

—Ni te imaginas de lo que soy capaz cuando tomo una decisión, Simon.

—No será tan terrible.

—Oh, he hecho cosas que te harían estremecer si las descubrieses.

—Ah. ¿Me las cuentas?

—Tal vez algún día —flirteó la vizcondesa.

Lydia movió un peón. Un avance tímido, casi cándido. No lo era. Ella había aprendido una cosa muy importante en esas noches: Simon disfrutaba cuando ella se atrevía a ser más intrépida.

Simon contestó sin prisa. Su mano era firme. Sus dedos, precisos. Capturó aquel peón con la facilidad de un hombre que estaba acostumbrado a ganar.

Lydia alzó las cejas.

—Vaya.

Simon dejó caer la pieza y se escuchó un sonido seco.

—Cumple lo amenazado. Quítate una pieza de ropa.

—¿Ya no te importa estar desconcentrado durante el juego, amor mío? —se burló.

—No. Esto será divertido, querida mía.

Lydia se llevó la mano al cuello y se desató, muy despacio, una cinta fina que sujetaba el lazo de su bata ligera. No era una prenda gruesa, sino una caricia de tela que había llevado por decoro mientras jugaban. La dejó resbalar por sus hombros con una parsimonia estudiada y la dobló sobre el brazo del sillón.

No se exhibió. No lo necesitaba. Lo que hizo fue peor: pareció tranquila y se ajustó mejor el escote para que fuese de lo más sugerente. Simon volvió a echarse a reír. Y ella le sonrió a su vez.

La partida seguía un ritmo intrépido.

Lady Trowbridge movió el caballo. Un salto audaz. Un gesto más de desafío que de estrategia.

Simon capturó otro peón. Luego, el otro alfil. Sin piedad, ni remordimientos.

—Vas directa al desastre —comentó él.

—¿Y tú? ¿Vas directo a la victoria… o vas directo a mí?

Simon se quedó un instante inmóvil. Lydia vio la vena leve junto a su sien, esa señal diminuta de que su control estaba a punto de extinguirse.

—Quítate otra media —le sugirió él.

Lydia obedeció, y esta vez su sonrisa fue más lenta. Se quitó la segunda media igual que había hecho instantes antes con la primera. Se puso en pie, se levantó el camisón y dejó que él viese bien todo lo que había debajo. Se la quitó despacio. A continuación se sentó con naturalidad, como si no se hubiese exhibido sin pudor ante él. Le parecía que Simon estaba preparado para tirar el tablero al suelo en cualquier momento y que daría rienda suelta a sus instintos más primarios. Así que haría bien en no agitar más el avispero. Ah, pero Lydia nunca fue una mujer sensata. Se pasó la lengua por los labios a sabiendas de que él la estaría mirando y luego alzó los ojos hacia los de él. El deseo de su marido era incontenible.

—Tu respiración es muy rápida, amor mío… ¿debería llamar a un médico?

—No podrás caminar durante una semana si yo gano, Lydia. Cuanto más me hagas arder, más te desearé y más te utilizaré para nuestro disfrute. ¿Has tenido en cuenta esa circunstancia?

—¿Tan inocente me crees después de todo lo que me has enseñado, Simon? —rebatió ella, llena de coquetería.

—No sa…sabes lo que ha…haces —murmuró Simon. Ya le costaba respirar y hablar.

—Claro que lo sé. Tal vez haya considerado que puedo ganarte otro día y tenerte tal como deseo, por lo que podría estar anhelando que… ganases la partida para comprobar si todas las amenazas que has lanzado son pura vanidad o acabarán siendo una realidad.

Simon no esperó a que terminase de hablar. Se levantó. No fue un gesto rápido. Tampoco un arrebato. Se levantó como se levantaba él siempre, con esa calma peligrosa de un hombre que sabía exactamente lo que quería.

Lydia se quedó sentada, mirando hacia arriba.

—¿Vas a abandonar el juego? —preguntó, con falsa candidez.

Simon rodeó la mesa y se detuvo detrás de ella. Lydia sintió su presencia y se estremeció. No lo veía.

—No —dijo él, muy cerca de su oído—. Voy a darte lo que has estado pidiendo desde que nos sentamos.

Lydia soltó el aire sin querer. Simon puso una mano en el respaldo de la silla. La otra se posó en su hombro con firmeza, sin brusquedad, y la obligó a girar un poco la cabeza para mirarlo.

Sus ojos estaban oscuros. Hambrientos. Y lo peor era que no parecía un hombre que estuviera perdiendo el control… parecía uno que acababa de decidir cómo lo iba a usar.

—Eres una insensata —murmuró.

—He ganado una cosa —replicó Lydia—. He hecho que te muevas para que me des lo que quiero.

—Eso no te conviene.

—Me conviene muchísimo.

Simon sonrió apenas, una sombra peligrosa.

—Dime —susurró—. ¿Te has ido desvistiendo para distraerme o con la sola idea de provocarme?

Lydia le sonrió.

—Para que dejes de fingir que solo soy una compañera con la que compartir placer. Soy tu esposa, Simon.

—Lo sé. Sé bien quién eres, lo que eres y lo que me provocas. No cederé el control, Lydia. Si te

permito ganarlo, estaré perdido y no pienso convertirme en tu siervo.

—¿Y no podemos ser iguales?

—No. Ya te he dicho que te conozco bien. No dejaré que olvides tu lugar.

—¿Qué lugar ocupo en tu vida, Simon? —preguntó con interés.

—Eres mía. ¿Qué más quieres?

—Más. Siempre querré más de ti.

—¿Qué deseas exactamente?

—Que no te escondas, Simon. No soy tu enemiga, quiero ser tu compañera. Yo también estoy aterrada —le confesó—. No pensé que pudiese enamorarme de alguien con esta intensidad que siento. Soy consciente de que podrías destruirme con facilidad si te lo propusieses. Me tienes, eso es innegable, pero no porque me consideres tuya, amor mío —le dijo con sinceridad—. Soy tuya solo porque he decidido serlo. Confío en ti. Te amo. Y el hecho de confesártelo no me hace vulnerable, me hace más fuerte.

La respiración de Simon rozó su boca porque ya se había puesto delante de ella. Agachado a su misma altura. No la besó. La hizo esperar. Y ese gesto, esa pausa deliberada, fue una muestra de superioridad sin palabras.

—Nunca tengas miedo de mí —le dijo él—. He fingido que podía controlar lo que me provocas. Estoy cansado de luchar contra ti, contra mí, contra mis propios sentimientos. Quieres que deje atrás al hombre reservado que siempre he sido y no es una petición fácil.

—Lo sé, pero quiero que confíes en mí. En nuestro amor, Simon. ¿Puedes hacerlo?

—Te daré tanto como tú me des a mí. Eso es lo que te prometo. ¿Te basta por el momento?

—Sí —le confirmó.

—Ahora te necesito y no podré ser amable. Seré duro y…

—Exigente —terminó ella por él—. Muéstramelo.

Lydia sintió que el pecho se le apretaba, no a causa del miedo, sino debido a la anticipación.

Simon la besó. No fue un beso delicado. Fue un beso que la silenció por dentro. Que la cortó en seco. Que le recordó, con una claridad insoportable, que él era capaz de convertir cualquier juego en una rendición.

El ajedrez quedó abandonado como una excusa inútil sobre la mesa. Las piezas, inmóviles y solemnes, parecían observar cómo el verdadero pulso de la noche se decidía lejos del tablero, en el brillo de

las velas y en la forma en que el aire se volvía más denso cuando un hombre dejaba de fingir que tenía paciencia.

Simon había estado conteniéndose para tenerla como a veces deseaba poseerla por una especie de honorabilidad. Lydia, que había aprendido a leerlo como se descifraban los peligros hermosos, había ido colocando migas de tentación con la misma calma con la que una dama ponía un alfiler en un moño: sin prisa, con paciencia… y con toda la intención del mundo.

La idea del juego había sido suya, y el descaro también. La victoria o la derrota eran solo un pretexto para verlo perder el control. Y lo había conseguido.

El primer movimiento de Simon no fue elegante. Fue inevitable. La puso de pie.

La mano de él se le cerró en la cintura; luego la apartó de la mesa. No hubo delicadeza, pero sí precisión; esa clase de dominio que parecía innato en él. Lydia sintió el tirón de la urgencia, el cambio de su propio pulso, y el modo en que el mundo se reducía a la palma firme de la mano de su marido.

Le desgarró el camisón. Una acción que no había repetido hasta ese momento. Ya desnuda, lo vio a él desembarazarse de su bata de seda y sacarse por encima de la cabeza la camisa de dormir. Los dos se quedaron piel contra piel y la hizo moverse por la habitación con él. La pared contra la que la colocó la recibió fría. Simon, no. La pegó contra ella con una

fuerza muy bien controlada que le obligó a soltar el aire de golpe. La piedra le heló la espalda, y el contraste del calor masculino, de esa presencia pesada y segura, le arrancó un estremecimiento ardiente. Simon se inclinó sobre ella y le cortó cualquier intento de pensamiento con la boca; le dio otro beso hambriento, sin juegos ni cortesías. Un beso dominante.

Lydia respondió sin vergüenza, porque ya no era la mujer que no sabía qué hacer con sus manos. Las manos, en esos instantes, supieron solas cómo moverse. Se le aferraron al cuello, buscaron la firmeza de sus hombros, sintieron la tensión de los fuertes músculos de su marido. Simon la sujetó con una mano en la nuca y con la otra le inmovilizó las muñecas contra la pared, por encima de la cabeza, obligándola a quedarse allí, abierta a él, expuesta a esa devoción feroz que no se parecía en nada a la frialdad con la que se presentaba ante el mundo.

La dominó como solo él sabía hacerlo.

Él le alzó una pierna; luego la otra, con una seguridad que la dejó sin aliento, y la sostuvo como si su peso no fuese nada, como si Lydia hubiese nacido para estar pegada a él y la pared hubiese sido solo un apoyo conveniente.

Lydia se enroscó instintivamente alrededor de su cintura. Sus piernas, elevadas, le dieron a él un acceso pleno a todo lo que quería; la virilidad de Simon conquistó la cavidad de ella con un empuje que no fue fino, pero sí desesperadamente certero. Y esa necesidad, lejos de asustarla, la encendió con

una violencia deliciosa. Tal y como él había prometido, no hubo dolor. Lydia estuvo lo suficientemente húmeda como para permitir tal intrusión.

El control de Simon no desapareció; se transformó en un sentimiento desesperado y constante. Sus movimientos se volvieron más seguros y exigentes. No se precipitó como un hombre sin disciplina, pero tampoco permitió que ella mandase. Lydia lo sintió en cada ajuste, en cada presión de sus manos en sus muslos, en la forma en que la mantenía elevada sin concederle la opción de escapar ni un milímetro. La pared ya no era un apoyo, era un testigo de su necesidad. De sus gemidos sin contención. Lydia, atrapada entre la piedra y su marido, descubrió que ese encierro la volvía más valiente, más salvaje y suya. Así que lo animaba a no contenerse, a ser libre con ella, a darle más placer.

Simon le mordió el labio con una crudeza breve, como si quisiera dejarle una marca invisible en la boca. Después bajó al cuello, y la besó con esa intención posesiva que no se confundía con ternura. Lydia sintió cómo la piel le ardía allí donde él la reclamaba, y el estremecimiento le bajó por el pecho con una rapidez que la dejó temblando.

La brusquedad apareció en ráfagas. No solo en los envites, sino en la manera en que él apretaba, en la forma en que la mantenía sujeta y no la dejaba escapar, en cómo le imponía el ritmo con una rudeza que a ella le encantaba. Lydia lo disfrutó con una sinceridad que habría escandalizado a cualquier dama en una sala de té. El placer se propagaba como un

incendio, y el sonido que se le escapaba era el de una mujer que ya no podía fingir compostura. Gritó su liberación a pleno pulmón.

Su esposo respondió pegándola aún más a él, como si no quisiera que hubiese espacio ni para que el aire lo ocupase. Su control se fue al infierno, y Lydia notó el temblor en todo el cuerpo masculino, esa lucha privada que él siempre libraba para no perderse. La diferencia era que, esa noche, parecía haber decidido que perderse con ella era esencial.

Los dedos de Simon se clavaron en sus posaderas con una firmeza que rozó la indecencia. Lydia arqueó la espalda sin poder evitarlo. La pared le raspó apenas los omóplatos; el cuerpo de Simon la cubrió por completo, y ella se encontró buscándolo con la misma hambre con la que él la apretaba, como si el deseo se hubiese convertido en una ley sin apelación.

La respiración de ambos era irregular. Los jadeos, incontrolables. El mundo se borró hasta dejar solo velas temblorosas y la certeza de que Simon no iba a detenerse hasta que así lo decidiese. Al contrario; iba a castigar ese atrevimiento dándole exactamente lo que había estado provocando.

Y el modo en el que Simon la poseía era devastador.

Lydia se descubrió a punto de ceder a una segunda liberación que iba a ser espléndida. Quería llorar y pedirle clemencia porque él le cortaba el

ritmo; sabía que lo hacía a propósito, para desquiciarla.

—Por favor, Simon… por favor… No puedo más… te lo ruego…

—Aguantarás, Lydia. Aguantarás todo lo que yo decida darte —le ordenó.

Cuando el temblor le llegó a las piernas, Simon la sostuvo mejor, como si supiera exactamente en qué segundo iba a fallarle la compostura a su mujer. La mantenía elevada, pegada, atrapada, y el ritmo de su cuerpo se impuso con una urgencia sublime. Lydia dejaba escapar el aire a bocanadas, tenía los ojos cerrados, la boca abierta y el corazón desbocado. Se sintió de nuevo al borde de algo grande, de algo que solo Simon era capaz de darle.

La presión aumentó. El calor se volvió insoportable. El placer se hizo más agudo, más alto, más difícil de contener. Lydia lo buscó con un movimiento instintivo, y Simon respondió sujetándola con más firmeza todavía, como si aceptara el desafío de su cuerpo, como si se propusiera ganarle la batalla no para humillarla, sino para dejarla temblando y satisfecha, marcada por dentro y por fuera.

Cuando la segunda ola la alcanzó por fin, Lydia se apretó contra él con una necesidad casi feroz, y el sonido que emitió resultó indecente incluso para una mujer casada. Simon gimió y por fin dejó que su semilla se derramase en su interior. Alcanzó el clímax al mismo tiempo que ella. Hundió el rostro en su cuello y el control le falló durante un segundo, solo

uno, lo bastante para que Lydia sintiera que también lo había roto.

Luego la bajó despacio, sin soltarla, como si temiera que se pudiera caer. Lydia apoyó los pies, tambaleante. Simon no se apartó; la mantenía contra la pared, respirando con ella, como si aún no pudiera decidir qué hacer con todo lo que acababan de compartir.

Y, aun así, no le dio tregua.

La besó otra vez, más lento, más profundamente. Lydia se aferró a él con la misma naturalidad con la que una mujer se aferraba a lo que no quería perder. No hubo palabras. Solo esa quietud cargada que llegaba cuando dos personas se lo habían dicho todo con el cuerpo.

Al final, Simon la levantó en brazos con gran facilidad, con la intención de llevarla hasta la cama. Lydia, todavía temblorosa, apoyó la frente en su hombro. Tenía la sensación de que la noche no había hecho más que empezar. Y no se equivocaba, porque después de preguntarle si estaba bien y de que ella le respondiera que sí, su marido le hizo el amor con una paciencia y dedicación que la hizo sentirse protegida, deseada y extraordinariamente amada.

Exacto. Su matrimonio comenzaba a ser una bendición. Una suerte para ambos.

Las semanas se sucedieron, y todo siguió su curso natural hasta que la paz dejó de existir y la

relación se convirtió en una batalla campal.

¡Ay, Dios!

Capítulo 10

Noticias inquietantes

Aquella mañana se había presentado con esa clase de luz pálida que no prometía nada bueno. El cielo gris se fundía con la finca de un modo extraño. La casa se hallaba en pleno funcionamiento desde bien temprano. Se escuchaba el murmullo de pasos en los pasillos, el lejano tintineo de una bandeja o el crujido de la leña en algún salón que todavía no había pisado nadie.

Lydia estaba en la salita de mañana, junto a la ventana, con un libro abierto en el que no lograba concentrarse. Sus dedos pasaban las páginas por costumbre, sin interés. No podía dejar de pensar en Simon. En el nuevo Simon que la tenía fascinada. ¡Quién iba a pensar que no sería tan aburrido como parecía! Desde hacía días, quizá semanas, comenzaba a comprender una verdad que la llenaba de gozo: era feliz. Lydia era una mujer felizmente casada.

La puerta se abrió con discreción y un lacayo entró con el paso tranquilo para entregarle, de modo muy solemne, una carta.

—Para usted, *milady* —dijo el sirviente.

Lydia levantó la mirada. El sello rojo estaba intacto. La caligrafía era firme y conocida. Le dio un vuelco bajo las costillas incluso antes de que su mano tocara el papel.

Constance. Seguro que le escribía para que le diese detalles de cómo avanzaba todo con su flamante esposo. Decidió que se los daría para tranquilizarla; le hablaría de esa felicidad que le proporcionaba Simon y que le alegraba el alma y la hacía sonreír cada día.

Apenas el lacayo se retiró, Lydia rompió el lacre con una uña.

Leyó.

Una frase, dos, tres… y de pronto el aire comenzó a faltarle.

«Azrael ha aparecido. No está bien. Ha sido agredido».

La habitación entera se inclinó como si el suelo hubiera decidido desafiar las leyes naturales. Lydia apretó el papel con fuerza, tanto que el borde le marcó la palma. Tragó saliva, pero no conseguía

aplacar el golpe que se le había instalado en el pecho.

Azrael.

No. Ben. El hombre que había idealizado; no la sombra hermosa que su memoria convertía en recuerdo del pasado. El hombre real. El que no había aparecido el día de su boda. El que había sido el primer amor que le había hecho creer que podía existir un destino escrito a fuego.

Y estaba herido.

La culpa regresó con más fuerza que nunca, como si fuese un verdugo dispuesto a decapitarla. No se presentó como una emoción noble, sino como un reptil sucio que se le enroscaba en el vientre.

Si no hubiese aceptado casarse con él, si no hubiese insistido en aferrarse a sus estúpidos sueños imposibles… Lydia se arrepentiría toda su vida por no haber sido más fuerte. Desde el principio supo que un hombre como Azrael no le convenía. Poco importaba que Ben estuviese escondido bajo la superficie; ella se conocía bien y sabía que no podría sacarlo a flote. No tenía la fuerza ni el carácter para ser la mujer que pudiese rescatarlo de su dolor porque Benedict, a diferencia de Simon, no la amaba. Oh, sí. Azrael estaba inmerso en un tipo de duelo tan fuerte que lo destruiría si no encontraba lo que necesitaba para abandonar esa autodestrucción. Así que cuando surgió la oportunidad de hacer algo al respecto, se quedó con Simon sin pensárselo dos veces. Era el mejor amigo de Ewan, quien no forjaría

una amistad con un hombre que no valiese la pena. Además, Simon la había amado casi desde el principio; era un hombre en el que se podía confiar, honorable y correcto. Lydia supo que tendría una oportunidad mejor con él. Todas las madres de las damas casaderas de Londres no podían haber estado equivocadas al decretar que era el mejor partido de la ciudad. Sabía que solo tenía que darle una oportunidad para descubrir lo que en verdad sentía por él. Esos sueños, en los que él se colaba para volverla loca con aquellos besos que solo habían ocurrido en su imaginación, no podían ser una cuestión banal. No era consciente de cuándo, pero la realidad era que había comenzado a desarrollar fuertes sentimientos por Simon. Terminar completamente enamorada de él solo fue lo más natural y lógico del mundo. No estaba sorprendida en absoluto. Simon era difícil, siempre lo fue, pero no era un caso imposible como su primo.

Ay, Azrael. El corazón le sangraba al pensar en él, malherido y tendido en la cama.

Sintió que los ojos comenzaban a empañarse. Parpadeó con rabia, pero las lágrimas no obedecían órdenes. Se deslizaron, calientes y traicioneras, por sus mejillas. La carta tembló un poco entre sus dedos.

—No… —susurró, aunque no sabía a quién se lo decía.

No podía seguir allí fingiendo que no había hecho nada malo. No merecía ser feliz mientras, a kilómetros de distancia, alguien sangraba por su

culpa. No podía dormir otra noche plácidamente mientras Azrael estaba malherido y ella… ella se quedaba en una casa feliz y protegida, como una muñeca de porcelana bajo una campana de cristal.

Se puso de pie de golpe.

Respiró hondo. Se limpió la cara con el dorso de la mano. Luego se obligó a caminar con firmeza, porque si empezaba a temblar no pararía.

Simon estaría en su despacho. Lo sabía porque, en esa casa, él era tan constante como un reloj. Controlaba el mundo con papeles, con números y decisiones que se firmaban con tinta y eran obedecidas sin rechistar.

Lydia cruzó el pasillo con la carta apretada contra el pecho. Cuando llegó a la puerta del despacho, no llamó. No pidió permiso. No podía.

Entró.

Simon estaba de pie junto a la mesa, revisando documentos. Solo. La luz de la ventana le marcaba el perfil, duro y elegante, como si la naturaleza se hubiese esforzado en que incluso su sombra pareciera competente. Llevaba puesta una chaqueta sencilla, pero aun así, sin estar vestido de gala, había en él una rigidez inevitable. Era un hombre que podía sostener una conversación con un duque sin sudar, firmar un contrato sin pestañear y decidir el destino de otros con una serenidad escalofriante. Incluso el de Lydia.

Al oírla, levantó la cabeza.

Y la vio.

Vio una carta en su mano; se fijó el brillo húmedo en sus ojos y el enrojecimiento en la nariz, que no era de frío, sino de llanto.

El gesto de Simon no cambió de manera evidente, pero Lydia llevaba suficiente tiempo mirándolo como para reconocer la tensión que aparecía en su mandíbula o el modo en que los dedos se le cerraban un poco más sobre el papel que sostenía.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

La voz no fue suave. Tampoco dura. Fue controlada, lo cual era peor. El control, en Simon, era una forma de amenaza.

Lydia tragó saliva con dificultad.

—Tenemos que regresar a Londres esta misma mañana.

El silencio se instauró durante lo que pareció un siglo. Simon dejó el documento sobre la mesa con una lentitud irritante, como si el mundo no estuviese tambaleándose para ella.

—¿A Londres? —repitió despacio—. ¿Y puedo saber por qué?

Lydia levantó la carta, como si al enseñársela pudiera arrancarle su permiso.

—Connie me ha escrito. Azrael ha aparecido. Está muy mal.

El nombre de su primo pareció cambiar el ambiente de todo el despacho. Simon no se movió, pero algo oscuro le cruzó por la mirada. Una sombra que ella bien conocía. No era buena señal.

—No tienes que preocuparte por él —dijo al fin, con una frialdad que le arañó la piel—. Está al cuidado de Constance y de Ewan. Está bien atendido.

Lydia frunció el ceño porque la noticia que le había dado no parecía ser una novedad para él.

—¿Te ha escrito Ewan, también?

—Sí.

—¿Y por qué no has mandado prepararlo todo para partir de inmediato?

—Porque no hay necesidad de hacerlo.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

Un presentimiento la recorrió. No se asemejaba a alguien que hubiese recibido malas

noticias después del desayuno.

—Simon… ¿desde cuándo sabes que Azrael está herido?

—Dos días —reconoció—. Y le dije a Ewan que ni él ni su esposa te comentasen nada. Debería haber supuesto que él no podría controlar a Constance.

—¿Cómo… cómo has dicho?

La pregunta salió con una incredulidad que no pretendía esconder. Simon la miró durante un instante demasiado largo.

—Me has escuchado perfectamente, Lydia.

La comprensión le cayó encima como una bofetada.

—¿Lo sabes desde hace dos días? —susurró. Notó cómo se le endurecía la espalda, cómo el orgullo, siempre listo para defenderla cuando el corazón flaqueaba, le subía por la garganta—. ¿Lo sabías y no pensaste que tenía derecho a saber la gravedad de la situación?

Simon no parpadeó.

—Así es.

—Y no me lo dijiste —repitió como si no lograse comprender lo que estaba sucediendo.

—No era necesario alarmarte.

Lydia soltó una risa breve, sin humor. Una risa de incredulidad.

—¿No era necesario? Simon… —La voz se le quebró, pero se recompuso—. ¿Quién te crees para decidir qué es necesario para mí?

El despacho, que hasta entonces había sido un lugar tranquilo, comenzó a sentirse como un campo de batalla. Simon apoyó ambas manos en la mesa y se inclinó un poco hacia delante.

—Soy tu marido.

La frase, que en otro momento habría sonado protectora, en esos instantes se le clavó como una cadena alrededor del cuello.

—Te crees mi carcelero —lo corrigió ella—. Te crees mi dueño. Consideras que por el mero hecho de haberme salvado del ostracismo social ya tienes potestad para regir mi vida y controlar mis sentimientos. ¡Me has mantenido en la oscuridad cuando no tenías ningún derecho a hacerlo!

Simon apretó la mandíbula.

—No dramatices.

—¿Que no dramatice? —Lydia dio un paso hacia él—. Me has ocultado que tu primo está herido. Que ha vuelto a aparecer. Te has negado a contarme

deliberadamente algo que me afecta. Que sabes que me preocuparía y no tienes ni la decencia de parecer arrepentido.

Las últimas palabras se le escaparon con una honestidad que detestó en cuanto las dijo. Porque ahí estaba la verdad, desnuda, indecente: le importaba. Azrael siempre le importaría.

Simon lo vio. Lo vio todo, como si le estuviese leyendo la mente. Y algo se le rompió en la mirada.

—Claro que te importa —dijo, y su voz se volvió más baja, más peligrosa—. Eso es lo único que te ha importado siempre. Y él es lo que siempre te importará, ¿no, Lydia?

La vizcondesa sintió la acusación como si hubiese sido un golpe físico.

—No digas estupideces.

—No son estupideces. —Simon se irguió, y en ese movimiento hubo una brusquedad que rara vez dejaba escapar—. He intentado… —Se detuvo, como si la palabra lo quemara—. He intentado que tengamos paz. He intentado construir algo aquí, lejos de Londres, lejos de él, lejos de todo lo que podría hacernos daño. Pero cada vez que resuene su nombre, tú lo lanzarás todo por la ventana para ir corriendo hacia él.

Lydia negó con la cabeza.

—Hablas como si solo tú hubieses puesto de tu parte, Simon. No, yo me obligué, desde el primer minuto, a tener paciencia contigo y no permitir que me hicieses daño, porque sabía que tu orgullo estaría tan herido que me harías pagar con sudor, sangre y lágrimas. Además, lo que has intentado siempre es controlarme. Tratas de controlarme ahora mismo ocultándome información —recalcó.

—Te equivocas. Desde el primer momento, como tú dices, he intentado protegerte, Lydia. He cargado con esa tarea tantos años que ya no puedo más. Sencillamente no puedo seguir —le confesó.

—¿Y quién te pidió que me protegieras, Simon? ¿Ewan? ¿Constance? Solo tenías que haberte negado, porque yo no te lo pedí. Eras libre; si decidiste protegerme, fue solo cosa tuya.

Simon la miró como si acabase de asomarse a un precipicio y se negase a quedarse a salvo.

—Al parecer, tú nunca pides nada —dijo—. Tú te lanzas al fuego y luego te sorprendes de que queme.

Lydia dio otro paso, sin apartar la mirada de él.

—No cambies de asunto. Has sabido que Azrael estaba herido y me lo has ocultado. Eso no es protección. Eso es… es crueldad. Ya no tienes motivos para dudar de mí. Por amor de Dios, Simon, te he dicho que te amo. ¿Qué otra prueba necesitas

para creer que te soy fiel y leal? Eres el hombre más cruel que he conocido en mi vida. Más cruel que Azrael —apostilló.

La acusación lo hizo comenzar a hervir de rabia. Simon se quedó inmóvil un instante. Luego soltó una exhalación corta, y la calma desapareció por fin. La ira que había aprendido a controlar durante años como si fuese un animal encerrado asomó los dientes.

—¿Crueldad? —repitió con un desprecio que Lydia no le había oído nunca—. ¿Quieres hablar de crueldad? Perfecto. Hablemos de lo que es la crueldad.

Lydia sintió que el corazón le daba un golpe. Había algo en el tono de Simon que le anunciaba que la conversación estaba a punto de convertirse en un desastre. No era solo un enfado doméstico. Ni un roce conyugal. Algo más profundo que ya no podía detenerse.

—Simon, creo que deberíamos tomarnos un momento para…

—¡Estoy cansado! —la interrumpió con un grito—. Cansado de tener que preocuparme por ti, de sostenerte, de evitar que te destruyas. —Lydia abrió la boca, pero no le salió nada. Su esposo continuó, y cada palabra parecía abrir una vieja herida—: Cansado de vigilarte como si fueras una obligación eterna. Cansado de tener que ser el hombre que arregla lo que tú, o mi primo, o el mundo, rompe.

—No soy una obligación —susurró Lydia.

Simon soltó una risa sin alegría.

—Eres exactamente eso. Para mí lo has sido siempre. Y lo peor es que te convertiste en eso debido a mi mala cabeza. Y has tardado bien poco en romper todo lo que estábamos construyendo. Siempre él. Siempre será Azrael lo que nos separará. Es bueno saberlo ahora y no más adelante. Todavía estoy a tiempo de remediarlo. Bien. Una vez dijiste que sabías que yo me había enamorado de ti. No, Lydia. No podías estar más equivocada. Confundiste mi sentido de la responsabilidad con amor —le dijo.

El golpe la dejó fría.

—¿Qué estás diciendo? —Necesitaba oírle decir que no la amaba. Sí. Había quedado implícito, pero era necesario que él lo confesase a viva voz de nuevo y con esas mismas palabras para ella creérselo.

Simon la miró como si, al fin, se hubiese permitido dejar de fingir.

—Que si pudiera volver atrás… —empezó, y se detuvo un instante para buscar la disciplina necesaria para callar. No lo logró. La furia lo tenía consumido—. Si pudiera volver atrás, no te lanzaría al Serpentine para que Ewan pudiera rescatarte.

El silencio que siguió no fue un silencio cualquiera. Fue un vacío.

Lydia comenzó a darle sentido a lo que acababa de escuchar. Sintió que algo en su interior cambiaba por completo.

—Repite eso —susurró.

Simon no apartó la mirada.

—No hace falta. Lo has oído bien.

Lydia dio un paso atrás sin darse cuenta, como si supiese que debería darse media vuelta y correr para olvidarse de la última revelación.

—Siempre he sabido que alguien hizo que me cayese —murmuró, y la voz le tembló—. Lo supe porque no tropecé. Alguien me empujó. —Simon no dijo nada. No necesitaba hacerlo. Su silencio era una confesión. A Lydia se le quedó la boca abierta. Estaba atónita, y el corazón comenzaba a latirle con furia—. ¿Fuiste tú? —preguntó, y el tono salió muy alto—. ¿De verdad fuiste tú? ¿Con la complicidad de Ewan?

Simon dio un paso hacia ella.

—Ewan no tuvo nada que ver. Todo fue cosa mía.

Lydia lo miró con los ojos abiertos, húmedos otra vez, con un brillo que reflejaba horror.

—¿Por qué?

—Porque era lo que había que hacer en ese momento. Al menos, así lo sentí —escupió Simon—. Ewan me habría partido la cara si hubiese sabido mis intenciones. Lo supo después porque tuve que confesarle lo que hice. Desde ese momento, me juré que te resarciría hasta el fin de tus días, porque comprendí que habías sido una víctima accidental y no te lo merecías. —Ya que había abierto la caja de Pandora, era mejor poner todas las cartas sobre la mesa.

—Pero, ¿por qué, Simon? ¿Qué mal te había causado yo para que me hicieses algo así?

El vizconde cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, había algo más peligroso que la ira. Había cansancio. Un cansancio corrosivo.

—Tú, nada. Aquello fue porque siempre he odiado a mi primo y, en parte a Rafe por ser su mejor amigo. En aquel momento, Rafe se había interesado por Constance y yo quería que Ewan se la quedase para que comenzase una gran guerra entre los cuatro. Como Connie no le daba tregua a mi mejor amigo y yo sabía que él estaba muy encaprichado con ella, decidí echarle una mano. Lo presenté como tu salvador para que a ella se le ablandase el corazón. Funcionó. Todo salió bien.

Lydia apretó el papel de la carta hasta arrugarlo. La imagen del lago, del agua helada, del vestido tirando de ella hacia abajo, del pánico… regresó con una claridad brutal.

—Bien. Todo salió bien, dices. ¿Comprendes que pude haber muerto?

—No. Nunca estuviste en peligro real. Yo estaba cerca por si algo fallaba.

Ella bufó ante su confesión.

—No sabía nadar. ¿Te haces una idea del pánico que sentí? ¿Del frío que pasé?

La reflexión le salió con un hilo de voz. Ella había cambiado la forma de mirarlo. Él lo sabía. Lo estaba examinando como si fuese un monstruo. Lo era. No podía negarlo. Se limitó a quedarse quieto y a apretar los dientes. Se le marcó un músculo en la mandíbula.

—Lo siento. No lo pensé bien del todo. Vi una oportunidad y no la desaproveché.

Lydia sintió un temblor en las manos. No era frío. Era ira. Dolor. Algo que la estaba hundiendo en la miseria.

—¿Y desde entonces me has seguido como una sombra para tratar de aliviar tu mala conciencia? ¿Me convertiste en tu obligación? ¿Decidiste que tenías que protegerme, porque así tu maldad parecería menos cruel?

Simon apartó la mirada. Ella notó su vergüenza.

—Sí —dijo con la vista fija en la pared.

—Dímelo, Simon. Termina de contarlo todo. Sé valiente —lo retó.

—No hay más. Me juré que siempre te protegería. Que nunca volverías a estar en peligro si yo podía evitarlo. Y ese juramento… —apretó los puños.

—Dilo de una maldita vez. Vamos, Simon. No lo reprimas más —lo azuzó—. Recuerda que soy la mujer que quiere ir a Londres para comprobar el estado de Azrael.

Los ojos de su marido se posaron en los suyos.

—Sí, Lydia. Ese juramento ha sido el peor error de mi vida. Por él, y solo por él, estamos atados el uno al otro hasta el fin de nuestros días.

Lydia sintió que le ardían los ojos. Se obligó a contener las lágrimas.

—¿Eso es lo que sigo siendo para ti desde que nos casamos? ¿Un recordatorio? ¿Una deuda? ¿Una obligación autoimpuesta? ¿Una condena de la que no podrás escapar? ¿La mujer que siempre se preocupará por Azrael?

Simon la miró con un desprecio que parecía dirigido tanto a ella como a sí mismo.

—¡Sí, maldita sea! —gritó—. ¡Eres una carga que yo mismo me colgué al cuello! —explotó, con toda la rabia destilando en su voz. Sus ojos no ocultaban la furia ya.

Lydia se quedó quieta. Su corazón terminó de romperse en mil pedazos.

—En el Serpentine se decidió toda nuestra suerte. Una equivocación con la que estamos condenados a vivir.

Simon apretó los dientes.

—Lo sé.

La frase le cortó la piel.

—Si no hubieses estado siempre pendiente de mí, si no te hubieses impuesto la obligación de salvarme, me habrías dejado flirtear con tu primo, no te hubiese importado que hubiera decidido casarme con él.

—Sí, Lydia. Me hubiese olvidado de ti. Hubieses sido solo problema de Ewan. Y, lo más importante, ninguno estaría en esta situación tan desagradable.

Lydia se obligó a respirar porque le faltaba el aire.

—Olvidarme… —repitió, como si la palabra no fuese un cuchillo perforando su corazón.

Simon alzó la barbilla.

—Sí. Olvidarte. Porque eso era lo que debía haber hecho. Ni vigilarte. Ni rescatarte. Ni convertirme en el sustituto de nadie. Ni casarme contigo con una licencia especial como si fueras una maldita responsabilidad de la que no podía librarme.

Cuando creía que era imposible que pudiese hacerle más daño… Lydia sintió que el pecho se le rompía por dentro, pero se obligó a sostenerle la mirada.

—¿Eso piensas? —susurró—. ¿Que fuiste un mártir?

Simon la seguía mirando como un lobo cuyos ojos solo albergaban rabia.

—No he sido un mártir. He sido un imbécil por creer que podría lograr que te olvidases de él.

—¿Y qué más te daría a ti que me pasase el resto de mi vida pensando en él, Simon? Solo he sido una molestia para ti. Tú nunca me has querido. Ahora que lo pienso, no te lo he escuchado decir antes, ni tan siquiera después de que llegásemos al campo. Solo yo te confesé que me había enamorado de ti. Lo comprendo al fin, todo tiene su lógica; no podías decirme que me amabas porque nunca lo has hecho. Yo lo atribuí a un sentimiento viril que te impedía confesarlo. Me equivoqué. —Suspiró. Había sido una completa estúpida—. Además, lo has dicho antes. Sabías que tarde o temprano, con el primer susurro

de su nombre correría hacia él. Tienes razón. Es mucho mejor que ambos hayamos averiguado la verdad más pronto que tarde.

Lydia negó con la cabeza, y las lágrimas, que había contenido, amenazaron con traicionarla de nuevo.

—No te martirices. Yo he estado desde el principio dispuesto a intentarlo. Dejé a medias mis negocios de Londres por ti —su mirada bajó a la carta—, y tú sigues corriendo hacia él como si yo no existiera.

La vizcondesa apretó los labios. Su esposo era un lobo herido que solo se defendería atacándola. Desistió de tratar de razonar con él. Simon no vería más allá de lo que él quería ver.

—Como sé que no lo entenderías y no tengo ganas de explicarte la verdad, me limitaré a decirte que lo que me motiva a ir a comprobar la gravedad de su estado, no es el amor, es porque yo también tengo un gran sentido de la responsabilidad. Necesito saber qué le ha sucedido para poder seguir con mi vida. —Suspiró de nuevo—. Aunque ya no quede nada por lo que seguir luchando.

—Lo amas —se reafirmó Simon—. Yo he sido valiente, te he confesado todos mis peores pecados. No me he guardado nada. Así que te reto a que seas valiente también, Lydia. Dilo. Lo amas y nunca podrás dejar de amarlo.

La acusación fue seca, sin adornos.

Lady Trowbridge se acercó a él y levantó la mano para acariciarle la mejilla. Se la rozó, pero él no tardó nada en rechazar su contacto y apartarse. Ella no se acercó más, dio un paso atrás. La primera lágrima ya rodó por su mejilla.

—Ay, Simon. Lo tuvimos todo en contra desde el principio. Fui una necia al no ver las similitudes que compartes con tu primo. Azrael está roto, pero tú no lo estás menos, solo lo sabes disimular mucho mejor que él. Lo que hemos vivido recientemente ha sido solo un espejismo. No podía ser real. Tú cargaste conmigo, con un peso que no te correspondía; yo lo malinterpreté y actué sin medir las consecuencias. Estamos acorralados en nuestro cerco por decisión propia y tendremos que aprender a seguir adelante.

—¿Qué tratas de decirme? Porque no te permitiré abandonarme —la avisó—. Azrael no te quiere ni te querrá nunca. Si yo no me hubiese convertido en tu protector en la sombra, él no te habría mirado ni dos veces. ¿Quieres saber la última verdad que me queda por confesarte? En la fiesta de los duques de Ravensvy, dos años atrás, conseguí que mi primo se apartara de ti. Con dinero. Con documentos que él deseaba. Así de fácil se alejó de ti. Si piensas que me quedaré de brazos cruzados mientras observo cómo te conviertes en su amante es que no has prestado la suficiente atención. Llora cuanto quieras por él, lo harás a mi lado, aunque yo tenga que seguir siendo el maldito villano de tu historia.

—Lo he entendido muy bien, Simon. No puedo ser una estúpida cuando por fin tengo todas las piezas. Sé que he sido vuestro juguete. El de él y el tuyo. Comienzo a saber cómo funcionáis ambos. Azrael también malinterpretó tus sentimientos por mí, pues él no sabía lo que ocurrió en el Serpentine. Estoy segura de esto último porque en caso de haber conocido tu secreto, me lo habría lanzado sin pestañear con el único fin de que me apartase de ti. Uno me quería porque el otro parecía quererme. Y ese otro solo sentía que debía resarcirme. Mi arrogancia fue tal, que siempre creí que los dos os habíais enamorado de mí porque yo era la hermana de un duque, hermosa y con una dote muy abultada. Nada de eso. Ninguno me quiso jamás. Ninguno de vosotros dos me amará nunca. Ni a mí ni a nadie. No está en vuestra naturaleza amar. Vuestro mundo, vuestra razón de ser, se reduce a odiar al otro y no importa quién caiga por el camino. No sé el motivo que empezó esta riña, ni tengo interés por conocerlo. —Llegados a ese punto Lydia, se limpió las lágrimas y alzó la barbilla—. Muy bien.

Simon parpadeó, como si no esperara esa calma.

—¿Muy bien? —repitió, desconcertado.

—Muy bien —insistió ella, con una serenidad fría que se amparaba en la supervivencia—. Entonces no hay nada que discutir. Me marcho a Londres.

Los ojos de Simon se encendieron.

—No.

La palabra cayó como un portazo.

Lydia lo miró sin pestañear.

—Sí.

Simon se acercó un paso más, tan cerca que Lydia notó el calor de su cuerpo. No la tocó, pero la amenaza estaba en el aire.

—Te lo prohíbo.

Lydia le sonrió con lástima.

—No puedes prohibirme nada.

—Soy tu marido.

—Te lo diré con una claridad que puedas entender, Simon. El único modo de impedir que me marche a Londres, sería si me encerrases bajo llave. Los dos sabemos que ya me has hecho mucho daño. ¿Quieres añadir una nueva maldad a tu lista?

Simon apretó los dientes, y en sus ojos apareció algo que Lydia no había visto en él hasta ese momento: pánico.

—No me abandonarás. No vas a ir a buscar al hombre del que sigues enamorada —insistió.

Lydia se dio cuenta de que era inútil hacerlo entrar en razón.

—No me llevaré a la ciudad tu carruaje. Haré que me deje en el pueblo y cogeré uno de postas.

Simon respiró hondo, y cuando habló, lo hizo con una brutalidad definitiva:

—Si te marchas, todo entre nosotros se habrá acabado. No vuelvas, Lydia.

Ella notó que el corazón le daba otro golpe seco. No por el ultimátum, sino por lo que implicaba: él todavía, de algún modo, creía que existía algo que podría sostenerlos.

—Será como tú quieras. Te permitiré decidir nuestro futuro —le dijo, y se obligó a que la voz no le temblara—. Es una suerte que no hubiese nada entre nosotros desde el principio. Después de todo… no es como si fuésemos un matrimonio que hubiera descubierto el amor, ¿verdad?

Acto seguido, y tras ver cómo el rostro se le endurecía todavía más, se giró.

Simon dio un paso, como si fuera a detenerla, pero se quedó clavado en su lugar. La veía avanzar hacia la puerta con una dignidad que lo tenía asombrado.

—Lydia… —la llamó, y en la voz se le coló algo íntimo, más humano.

—No —murmuró sin darse la vuelta—. Lo nuestro será imposible hasta que abras los ojos, Simon. Y la culpa no es solo tuya, también es mía.

Abrió la puerta y salió.

Lord Trowbridge se obligó a mantenerse frío y cabal. Que se fuera. No la necesitaba para nada. Nunca había necesitado a nadie. Se movió hasta el decantador y se sirvió un generoso vaso de *whisky*. Lo levantó y, acto seguido, lo estampó contra la pared más cercana. Entonces y solo entonces, Simon Beresford, vizconde Trowbridge, se dejó caer de rodillas. Los sollozos no tardaron en ser evidentes. La había perdido para siempre. Lydia nunca regresaría con él porque siempre amaría a su primo. El dolor que le atravesó el corazón lo hizo implorar piedad a Dios. Él, que no había vuelto a poner un pie en la iglesia desde que su madre se quitase la vida, se encontró pidiendo perdón por los pecados cometidos contra la única mujer que había podido considerar su compañera.

Azrael había vuelto a ganarle la partida una vez más. Y comenzaba a comprender que lo que acababa de perder era algo de incalculable valor que jamás podría ser repuesto.

Capítulo 11

Confesiones necesarias

El carruaje de postas había devuelto a Lydia a Londres y era como si la ciudad se hubiese cobrado un impuesto por permitirle entrar en sus dominios, pues se sentía exhausta, dolida y humillada. Desde que lo conoció, había pensado que Simon la amaba. ¡Qué despertar más amargo! El triunfo de ese hombre, al hacer que ella se enamorase por completo de él para luego romperle el corazón, había sido sublime. Cierto que ella siempre tuvo ojos solo para Azrael… al menos hasta que comprendió que una vida junto a Simon sería más fácil, placentera y segura. ¡Dios santo! ¡Cómo debería estar riéndose el destino de Lydia! Ella, que había hecho lo impensable para evitar el infierno, había acabado en un lugar mucho peor.

¿Cómo lograría desenamorarse de alguien que le había escupido esas verdades a la cara con la única motivación de hacerle daño? Simon tenía que

averiguar el modo de seguir adelante, de olvidar el pasado. Lydia no podía salvarlo. Le competía a su marido luchar, porque ella ya no estaba segura de poder llegar hasta él. Si tan solo pudiese dejar de amarlo con solo chasquear los dedos…

Llegó con el cuerpo entumecido, la espalda protestando a cada movimiento y la garganta convertida en un nudo áspero. El traqueteo le había golpeado los huesos con saña, el frío se le había colado por las costuras del abrigo, todo ello sin olvidar el gran dolor que la asediaba por dentro cada vez que recordaba las palabras de su marido.

Se había aferrado a una única disciplina durante todo el trayecto: no concederse consuelo. Ni un poco. Ni tampoco pensaba que de un modo u otro todo se arreglaría. No tenían futuro juntos si él no aprendía a confiar en ella. Tampoco se concedería la fantasía de pensar que Simon la perseguiría hasta Londres para bajarla del carruaje y suplicarle que regresara a su lado mientras le cantaba su amor.

Había permanecido cuerda a fuerza de puro orgullo. De puro miedo a volverse loca y romperse por completo. ¿Por qué tenía que doler tanto el amor?

Al llegar a casa de Constance, el mundo, que hasta entonces se había mantenido en pie por terquedad, se le inclinó de golpe.

El lacayo apenas hubo anunciado su nombre cuando Constance apareció en el vestíbulo. Lydia alcanzó a ver el gesto de alarma, la preocupación

inmediata en esos ojos que la conocían demasiado bien. No llegó a escuchar ninguna frase completa. Solo notó que sus rodillas cedían por dentro, como si llevasen horas aguardando permiso para rendirse.

—Lydia…

Constance no terminó de hablar. *Lady* Trowbridge se lanzó hacia ella, y todo lo que había contenido durante el viaje se rompió en el primer contacto. Soltó un sollozo que le subió del pecho como un gemido. Se aferró al vestido de Constance y hundió el rostro en su hombro con una desesperación que no le dejaba respirar.

—No… no puedo… —murmuró entrecortadamente, aunque no sabía qué era lo que no podía: si volver atrás, si seguir adelante o vivir con lo que había hecho.

Constance la rodeó con los brazos y la apretó sin titubear, como si aquel abrazo fuese un muro pensado para protegerla de todo mal.

—Shh… mírame —pidió con una firmeza dulce—. Lydia, mírame.

La joven alzó la cabeza. Tenía los ojos inflamados, la piel fría y húmeda y el labio le temblaba.

—Oh, Connie… —le salió.

Constance se negó a asustarse. Comprendía que Lydia hubiese estado asustada al recibir las noticias sobre el maltrecho estado de Azrael. Y eso que cuando le envió la carta a la joven no le había hablado de la verdadera gravedad de sus heridas.

—No te alarmes —dijo, al tiempo que le sujetaba el rostro con ambas manos—. Hace unas horas… Azrael por fin se ha despertado. Está fuera de peligro, Lydia. ¿Me oyes? Ha vuelto en sí. El médico ha dicho que… que la peor parte ya ha pasado.

La noticia, que debía haberle traído sosiego, solo le apretó más la garganta.

—Todo es culpa mía —susurró Lydia.

Constance frunció el ceño, confundida.

—No digas disparates. No sabes lo que dices.

—Lo sé —insistió Lydia, y una nueva oleada de lágrimas le nubló la vista—. Lo sé demasiado bien.

Unos pasos resonaron tras ellas. Ewan apareció. Se detuvo al verlas abrazadas en el vestíbulo. Sus ojos recorrieron a Lydia con rapidez, y la preocupación se le asentó en el rostro.

—Lydia… —la saludó, y la voz le salió grave —. ¿Estás bien?

La aludida quería responderle algo educado. Quiso enderezarse y comportarse como una vizcondesa. Pero era como intentar coser un desgarrón con un hilo de aire.

Constance le sostuvo el peso con un gesto instintivo porque notaba que la joven estaba al borde del derrumbe absoluto.

—Ewan, Lydia acaba de llegar y… ha venido sola —observó la señora MacCrae al caer en ese hecho.

Su marido apretó los labios y luego se cuadró.

—¿Dónde está tu esposo, Lydia?

Ella tragó saliva con dificultad. Sintió que el recuerdo de su marido se le clavaba donde todavía le ardían las palabras escupidas en el despacho. Miró a Ewan, pero no encontró la fuerza de mentir con elegancia. Tampoco la de decir la verdad.

—Yo… —empezó, y la voz le falló.

Constance se giró apenas hacia su marido, rápida como una cuchillada discreta.

—Luego —dijo, y el tono no admitió réplica.

Ewan apretó la mandíbula todavía más fuerte. Aun así, asintió. En sus ojos, sin embargo, se

quedó encendida la pregunta como una vela que se negaba a consumirse.

Lydia se secó la cara con el dorso de la mano, sin lograr frenar el temblor.

—Necesito verlo —dijo, y la frase no sonó a mujer enamorada o algo por el estilo, sino a necesidad física—. Constance, por favor. Necesito ver a Azrael.

—Ven conmigo —apuntó la otra dama al instante.

La condujo escaleras arriba, sin soltarla del todo, como si temiera que Lydia se deshiciera a mitad del tramo. La casa, tan cuidada, tan correcta, olía a cera y a lavanda como siempre, pero también a algo más punzante: a tisanas, a ungüentos y medicinas.

Al llegar frente a la puerta tras la que estaba Azrael, Constance la empujó con suavidad.

El dormitorio estaba en la penumbra. Las cortinas, entornadas, dejaban pasar una luz gris. En la cama, tendido con una inmovilidad antinatural, Azrael parecía una versión agotada de sí mismo. El rostro amoratado le deformaba los pómulos. Tenía una ceja partida, el labio inferior hinchado y una sombra violácea que se extendía por el cuello y se perdía bajo la camisa de dormir.

Lydia se quedó clavada en el umbral.

—Oh, Dios mío, Benedict… —susurró.

El nombre de él le salió como si llamase a un amigo.

Se llevó una mano a la boca, y las lágrimas regresaron sin aviso previo. El dolor fue inmediato y primitivo.

—Yo no… —balbuceó, al tiempo que avanzaba un paso—. Yo no había planeado… esto, te lo juro.

Constance se situó a su lado, firme, como un ancla.

—Respira —le ordenó con suavidad—. Respira, Lydia. Él está bien. Saldrá adelante con un poco de esfuerzo. Ya está fuera de peligro.

Lady Trowbridge se acercó a la cama con pasos torpes. Se inclinó un poco, sin atreverse a tocarlo. Aquel hombre, que había sido fuego y sombra en su memoria, estaba reducido a una quietud que le partía el alma.

Los párpados de Azrael se movieron. Lentos. Pesados. Al abrir los ojos, la miró como si el esfuerzo le costara una vida entera.

Durante un instante, Lydia creyó que él no la veía, que solo miraba a través de ella. Luego, una mínima curva intentó dibujarse en su boca maltrecha. Una tentativa de sonrisa.

—Ya… ya estás aquí —murmuró, con la voz raspada.

Lydia dejó escapar un sollozo.

—No me mires así —pidió—. No… no tienes derecho a sonreírme.

Azrael parpadeó, despacio.

—No llores… por favor, no… no… llores por mí —susurró—. No… no me merezco ese privilegio, Lydia.

A la vizcondesa le temblaron los dedos.

—Oh, Ben… no digas tonterías. ¿Cómo no voy a llorar cuando fui una cobarde y por eso estás así? —se lamentó.

Constance, detrás de ella, le posó una mano en el hombro. Lydia sintió el apoyo y lo agradeció.

Azrael respiró hondo, con dificultad, y la miró con una lucidez que no esperaba.

—He sabido… que te has casado —dijo.

Lydia se quedó inmóvil.

El golpe no fue de sorpresa, sino de vergüenza.

—¿Cómo…? —comenzó a preguntar, con un hilo de voz—. ¿Cómo lo sabes?

Antes de que Azrael respondiera, la voz de Constance se coló desde atrás, baja y suave:

—La primera persona por la que preguntó al despertarse fuiste tú. Y le dije que eras una mujer casada.

Lydia cerró los ojos un instante. Cuando los abrió, el dolor le quemaba por dentro.

—No deberías… —murmuró—. No deberías pensar en mí ni un solo segundo.

Azrael la observó, y en esa mirada hubo algo cansado, casi resignado.

—He pensado en ti… incluso cuando no debía.

Lydia sintió que el pecho se le quebraba. ¿Cuántas veces podía romperse una mujer en tan poco tiempo?

La culpa, esa bestia incansable, le trepaba por la garganta.

—Todo esto ha sido culpa mía —dijo al fin, con una claridad que le supo a castigo—. Todo.

Constance se tensó.

—Lydia…

—No, Connie. —La vizcondesa negó con la cabeza, y una nueva lágrima le rodó por la mejilla mientras lo seguía contemplando—. No puedo seguir callando. No después de verte así. ¿Qué te he hecho?

Azrael frunció apenas el ceño, como si intentara comprenderla.

—Nada… nada malo. Solo me quisiste… mucho —apuntó él.

Lydia tragó saliva con gran dificultad. Las palabras iban a costarle, pero las empujaría fuera como quien se arrancaba una espina que se le había hundido hasta lo más profundo del alma:

—Les dije que te mantuviesen cautivo hasta que fuese seguro que te soltaran. Te juro por lo más sagrado que jamás imaginé que pudieses acabar así. Tienes que creerme, Ben. Por favor, perdóname y créeme.

El silencio fue tan denso que Lydia escuchó su propia respiración temblorosa.

Constance abrió la boca, pero no dijo nada. Se limitó a mirarla con gran asombro.

—Lydia… —murmuró él.

—Deja que te lo cuente. Necesito confesar de una vez ese gran pecado para poder purgarlo.

Mandé… que te secuestraran —confesó Lydia, y cada sílaba le raspaba por dentro—. Vendí mi collar de diamantes para pagarles. Lo vendí para… para que te mantuvieran lejos. Para que no pudieras presentarte el día de la boda. —Se le quebró la voz. Aun así, siguió—: Te juro por mi vida que nunca… nunca les dije que te hicieran daño. Jamás. Yo solo quería… —Se llevó una mano al pecho—. Yo solo quería que aquello terminara. Que pudieras… que pudieras seguir sin mí. Y que yo pudiera… —Se le atragantó la frase—. Yo comprendí que no podríamos ser felices. Oh, Dios, te amaba. Te amaba con todo mi ser y habría dado cualquier cosa porque pudieses corresponderme, pero comprendí que no podías ser tú. Contigo no hubiese sido feliz, no estabas dispuesto a atarte a una sola mujer. ¿Dos amantes, Ben? —le preguntó con media sonrisa triste—. ¿Qué clase de hombre consigue dos amantes sin tener dinero para darles lo que ellas esperan en forma de regalos? Lo vi claro de inmediato. Estás hecho para que todas te amen sin condición, y confío en que algún día una buena mujer logre que puedas darle tu amor. Yo no era esa mujer. No soy yo quien te hará replantearte toda tu vida. Y no encontré la fortaleza para echarme atrás. No hubiese podido hacerlo. Me hubieses mirado de ese modo tan particular que tienes, me habrías tranquilizado y al final me hubieses convencido para que probásemos suerte. No. Yo no podía hacerlo. Así que… —Tomó una larga bocanada de aire—. Así que opté por la única solución que vi factible.

Azrael la miró en silencio. Luego, de forma inesperada, soltó una exhalación larga, como si

aquella confesión, en vez de matarlo, le quitara un peso.

—Tranquila —murmuró—. Tranquila, Lydia. Esto no es culpa tuya.

Ella negó con la cabeza, desesperada.

—¿Cómo puedes decirme eso? Mírate. Te han… te han dejado…

—Esto —interrumpió él, y la palabra le salió áspera— no fue por ti. No fueron los mismos que me sorprendieron la noche antes de… de la boda. Además, tienes… tienes que saberlo. —Le costaba un poco hablar—. Yo ya sabía que aquello fue obra de una mujer. —Lydia parpadeó, confusa. Azrael cerró los ojos un instante, reunió fuerzas y volvió a abrirlos. Le sostuvo la mirada—. Los hombres… los que me capturaron… Me trataron muy bien: comida, bebida y conversación —tragó saliva con dificultad—. Así que hablaban mucho. Creían que yo no los oía. Mencionaron a una mujer. Una mujer que había sido muy generosa. Una mujer que quería… quitarme de en medio. No conocía a ninguna que tuviese tanto dinero, pero luego pensé que sería… que sería Constance.

Lydia se quedó rígida y levantó la mirada cuando la que había sido su tutora no se mostró indignada con la acusación.

—¿Connie? ¿Tienes algo que contarnos? —la interrogó Lydia con suspicacia.

La aludida chasqueó la lengua.

—Fue una posibilidad. Le dije a Ewan que… En fin, no tiene sentido seguir ocultando la verdad. Lo que has dicho antes, Lydia, lo referente a que Azrael no te habría podido hacer feliz… pues digamos que yo lo tenía claro y que no podía quedarme a un lado viendo cómo acababas herida y humillada. No eras para él. Morna me avisó de que Azrael no había tenido tiempo todavía para comprender la verdad y que llegado el caso, yo tendría que decidir si ayudarte o quedarme callada. Ewan localizó a un par de hombres que hacen cosas que… Pero no lograron su cometido. No iban a tratarlo mal tampoco, solo privarlo de libertad unos pocos días. Ya está. Lo he dicho. He confesado que te quiero tanto que no pude dejar que te equivocases. Y que aunque esos hombres iban a llevarse a Azrael, no iban a hacerle ningún mal. Solo lo retendrían con comodidades múltiples, lo juro.

Lydia negó con la cabeza.

—Me has criado tú, Connie. Todo lo que sé lo aprendí de ti. No es descabellado que las dos hubiésemos tenido la misma mala idea. Yo tampoco quería que le hicieran daño. Es más, insistí en que estuviese seguro y cómodo y que no le faltase de nada.

—Sí, sobre eso debo decir —se apresuró a hablar la señora MacCrae— que los hombres a quienes pagó Ewan, no tenían órdenes de hacerte daño ni han sido ellos los que te dejaron así —le dijo con firmeza a Azrael.

—Yo me imaginé que… Comencé a sospechar que había sido Lydia. De algún modo lo supe. —La miró con atención—. Eras la única —dijo, y la voz, pese a la debilidad, mantuvo una extraña calma—. La única que podría tener motivos para… impedir que yo arruinara algo. Para impedir que te arruinase. Te perdoné entonces y sigo haciéndolo ahora.

Constance se llevó una mano a la boca, y el gesto fue rápido, como si intentara contener un sonido.

Lydia se inclinó más cerca de Azrael, temblándole todo.

—No te deseé, ni te desearé ningún mal por no poder amarme.

Azrael la miró con algo parecido a la ternura.

—Lo sé.

Lydia soltó un sollozo.

—No lo sabes. No puedes saberlo. Porque si lo supieras, no podrías… no podrías mirarme sin desprecio. Te secuestraron porque no fui valiente —repitió.

Azrael, con esfuerzo, volvió a intentar mostrarle una sonrisa mínima.

—No te desprecio —susurró—. Y… quizá debas odiarme tú a mí.

Lydia negó, incapaz de que algo así fuese verdad.

—No. Nunca.

Azrael respiró hondo, como si cada palabra le exigiera un tributo.

—Estoy… incluso agradecido.

Lydia abrió los ojos, atónita.

—¿Agradecido?

—Sí. —Parpadeó despacio—. Porque yo… no habría sido capaz de presentarme el día de la boda.

La frase cayó con un peso brutal. Lydia sintió que el mundo cambiaba de lugar.

—¿Qué?

Azrael apartó la mirada un segundo, como si le avergonzara admitirlo.

—No habría podido entrar en esa iglesia. No habría podido mirarte… y hacerlo. No después de… de comprender que no podría ser el marido que deseabas. Me capturaron cuando me marchaba de la ciudad, Lydia.

Lady Trowbridge notó que la garganta le ardía.

—Entonces… —susurró—. Entonces ibas a esconderte. A huir… —El peso del pecho se le hacía un poco más liviano.

Azrael apretó los labios hinchados.

—Sí.

Constance, muy cerca, exhaló profundamente. Lydia no se atrevía a mirarla. No podía.

—Ay, Dios… —murmuró la joven.

Azrael continuó, como si necesitara terminar de confesarse.

—Cuando tus hombres me soltaron… me fui a casa de un amigo. Me quedé unos días en el norte. —Su voz se volvió aún más baja—. No quería estar en Londres. Ni quería saber nada de nadie. No quería… oír tu nombre en cada maldita esquina.

Lydia apretó las manos contra la colcha, pero no se permitió tocarlo. Se odiaba por esa prudencia, por esa distancia que el mundo le imponía incluso en el dolor.

—Y entonces… —murmuró—. ¿Qué ocurrió?

Azrael la miró.

En esos ojos, Lydia vio algo que le heló la sangre. No era solo cansancio. Era un cansancio manchado de vergüenza.

—Me divertí como hago siempre. Luego volví a la ciudad, sin estar seguro de lo que habría sido de ti —dijo él, con una crudeza seca—. Y un esposo… celoso… me localizó y no estaba solo. Me dieron por muerto, pero tuve la suficiente fuerza para pedirles a quienes me encontraron en un callejón que me trajesen a casa de Ewan. Les prometí… una recompensa que imagino que el escocés les habrá pagado.

Constance se quedó inmóvil debido a la primera revelación, pues fueron dos tipos con muy mal aspecto los que lo llevaron a su puerta y exigieron dinero por el servicio prestado. Lydia sintió que el estómago se le hundía por el descubrimiento de que no fueron los hombres que contrató para secuestrarlo.

—¿Un esposo celoso? —repitió la vizcondesa.

Azrael asintió brevemente.

—Se enteró de… mi asunto con su mujer. Fue algo que ocurrió hacía meses y que se había acabado, pero decidió darme mi merecido. Trajo a otros con él. Se empeñaron en dejarme… casi muerto. Creo que esa era… era su intención.

El dormitorio se sumió en un silencio espeso.

Lydia se llevó una mano al pecho. No por una especie de moralidad herida, sino por la simple magnitud del desastre. Secuestro. Cobardía. Un hombre apaleado por un adulterio. Un matrimonio roto en el campo. Un esposo que había confesado lo imperdonable. ¿Las desgracias no terminarían nunca?

Constance le apretó el hombro a Lydia con fuerza, como si quisiera impedir que se desplomara allí mismo. Ella, sin embargo, permaneció serena. La culpa ya no era un reptil. Era un pozo. Y, aun así, miró a Azrael con los ojos llenos de lágrimas y compasión.

—Lo siento, Ben. Siento que todo esto haya sucedido. Si pudiese volver atrás, haría las cosas diferentes, no solo por ti, sino también por Simon —le dijo con honestidad.

Azrael la observó durante un instante largo, doloroso.

—Constance me dijo que te habías casado con Simon —murmuró—. ¿No había nadie mejor, Lydia? —La vizcondesa se mordió la lengua. Azrael trató de respirar con fuerza—. No importa. Está hecho. Además, lo que arrastro con mi primo no es por ti. Viene de mucho más lejos. Lo maldigo, esa es la verdad. Lo odiaré… lo odiaré el resto de mi vida, pero ahora más que nunca. El maldito Simon te amará para siempre porque decidiste deshacerte de

mí y tú lo harás inmensamente feliz. Has jugado tus cartas de la mejor manera posible.

Constance, detrás, contuvo el aliento.

Lydia sintió que se abría una puerta hacia una verdad aún peor. Y no estaba segura de querer cruzarla.

Pero ya había llegado a Londres.

Y, por primera vez desde que se subió al carruaje de postas, comprendió que lo peor del viaje no había sido el traqueteo.

Lo peor estaba por llegar.

***

El ambiente de la salita de Constance la reconfortó de inmediato. Habían servido té negro; el aroma a limón recién cortado y ese calor amable que tanto recordaba eran como un bálsamo; parecía que nunca se hubiese ido de allí. La chimenea ardía sin prisa. Afuera, Londres seguía con su ruido, su barro y sus rumores, pero allí dentro el mundo parecía haberse recolocado para darle un poco de tregua.

Constance había dejado a Azrael descansando. Más bien le había ordenado cerrar los ojos y dormir para sanar más rápido. Luego le dijo a Lydia con el mismo tono militar que la siguiera. Ella lo hizo sin discutir, porque ya no le quedaban fuerzas para ser valiente y decirle que no quería hablar de su gran problema marital.

Se sentaron frente a frente. Constance le ofreció una taza y Lydia la sostuvo con ambas manos, más por la necesidad de mantenerse anclada a algo que por otra cosa. El calor le atravesó los dedos y le subió por los brazos como si hubiese recibido una caricia discreta.

Durante unos instantes no hablaron. Lydia contemplaba el vapor que se elevaba en espirales perezosas y pensó que aquel vapor, al menos, tenía claro hacia dónde iba. ¿Qué sería de ella? ¿Estaría perdido?

Constance rompió el silencio con suavidad, pero sin rodeos:

—Ahora tienes que contarme lo que ha sucedido, Lydia —murmuró, y la frase sonó también a una orden—. ¿Por qué no ha venido Simon contigo?

Lydia bajó la mirada a la taza, como si buscase leer la respuesta en el fondo oscuro.

—¿No te lo imaginas? —resolvió ella.

—Sí. Sé bien que no soporta a su primo, pero un recién casado no deja a su esposa recorrer los caminos sola, por más cerca que esté la casa solariega de él.

—Yo tenía que venir, Constance, ya has averiguado el motivo por el que debía saber que Azrael estaba bien. Cuando leí tu carta, pensé que él habría tratado de escaparse o que simplemente los hombres que contraté le atizaron porque sí. No le hablé a mi marido sobre los verdaderos motivos para regresar porque… Bien. A diferencia de Azrael, yo no creo que un hombre tan recto como Simon apruebe lo que tramé, más después de haber tratado de huir de él desde que lo conocí y haberlo obligado a casarse conmigo. —Tras la confesión de su marido sobre su hartazgo de protegerla, estaba segura de que jamás la perdonaría si averiguase lo que hizo con respecto a Azrael—. Ya te imaginarás que cuando le dije que quería venir a Londres para ver a su primo, él… Simon… Bueno, me prohibió venir. —Trató de sonreír y le salió un gesto torcido—. Así que yo me marché sin él, en un vehículo de postas —aclaró.

Constance no parpadeó. Soltó una maldición, que su esposo solía decir en gaélico y que ella había aprendido, y luego se recompuso.

—¿Qué ha ocurrido exactamente?

Lydia soltó el aire despacio. En el pecho le ardía una mezcla de vergüenza y rabia. Lo peor no era el dolor, sino tener que contar la verdad.

—Discutimos. De una manera… —Se le quebró la voz y se obligó a recomponerse. Carraspeó —. Nos peleamos de una manera que no imaginaba posible.

—¿Hubo muchos reproches?

—Sí —afirmó la vizcondesa.

—Todo por Azrael, ¿verdad? —intuyó la señora MacCrae.

Lydia apretó los labios, incapaz de negarlo del todo, incapaz de afirmarlo sin matices. Se armó de valor.

—Fue por todo. Por mí. Por él. Por… la vida que creía que estábamos construyendo. —Alzó la vista y la miró sin poder ocultarle su desesperación—. Connie, yo siempre había pensado que Simon estaba tan pendiente de mí, que me miraba sin disimulo, porque me amaba. Lo he creído desde que prácticamente lo conocí. Cuando comprendí que Azrael me haría tremendamente infeliz, confié en el amor de Simon. Estuve tan segura de que me aceptaría cuando su primo no se presentase, que no me imaginé otro escenario más que el que ocurrió. Y yo ya había comenzado a sentir cosas extrañas por él. Creo que te lo comenté. Empecé a tener unos sueños en los que él me hacía feliz. Consideré mis opciones y elegí la más segura para Simon y para mí.

Constance la observó con esa seriedad que no se gastaba en frivolidades.

—Deduzco que en medio de la batalla, te dijo que no te ama.

Lydia asintió, muy despacio.

—Más bien, me lo ha escupido. Creo que sintió alivio al ver que me hacía daño. —La garganta se le cerró y sorbió el té con mucha dificultad—. Lo cruel es que… que… a pesar de saber que sería fácil llegar a amarlo, ocurrió casi sin darme cuenta. Estoy locamente enamorada de un hombre que ha disfrutado rompiéndome el corazón. ¿Qué clase de tonta soy? Mientras viajaba y pensaba en lo que había sucedido, yo… yo creo que Dios me ha castigado por todo lo que le hice mientras creía que Simon me adoraba. No me porté todo lo bien que debería con él y por eso ahora estoy pagando por mis errores. ¿Tiene sentido lo que digo, Connie?

Constance dejó la taza sobre el platillo y se escuchó un golpecito suave.

—Oh, sí. A veces deseo asesinar a Ewan y me contengo porque él ha aprendido a manejarme y sabe cómo hacer que olvide mi enfado rápidamente. Soy tan temperamental como tú, Lydia.

—Somos hermanas —le recordó con suavidad.

—Sí. Y yo también puedo ser muy hiriente como imagino que habrá sido el propio Simon. Tienes que comprender que la relación entre ambos primos

es… —se quedó pensativa un momento y luego añadió—: Ni yo misma sé cómo definirla.

—¿Sabes lo que ocurrió entre ellos, Constance?

—Oh, no. Nunca le pregunté a Ewan. No quiero saber más de la cuenta.

—No importa. Lo que sé es que Simon no arremetió contra mí solo porque estuviese dolido, celoso tal vez, porque quisiera ver al hombre que por lo visto él más odia de todo el planeta. Lo que me reveló fue… Solo hubo verdad en sus palabras y no sé cómo podré seguir después de saberlo todo. Este tiempo en el campo, llegué a pensar que estaba irremediablemente enamorado de mí. No como cuando lo conocí. Lejos de Londres, estábamos construyendo algo más profundo y bueno que nos hacía felices a los dos. Ahora no sé si me ama, Connie. No sé si alguna vez podrá hacerlo, ni si podrá confiar en mí.

Lydia bajó la mirada. El silencio la delató antes que las lágrimas.

Constance soltó un suspiro muy lento.

—¿Qué palabras concretas te dijo?

Lydia apretó la taza con más fuerza.

—Nunca estuvo enamorado de mí tal y como yo supuse. —Le temblaron los dedos—. Me dijo

que se arrepentiría toda su vida de haberse casado conmigo.

Constance se quedó inmóvil un instante, y Lydia vio cómo se le tensaban los hombros.

—¿Y por qué demonios se casó contigo, entonces?

Lydia soltó una risa breve, amarga.

—Deber y protección, Connie. Porque el escándalo ya estaba en marcha. Yo misma me aseguré de que así fuese cuando tramé el secuestro de Azrael. De modo que su primo desapareció y… mi esposo, quien ya se imaginaba que el novio no aparecería, cosa que el propio Azrael nos ha dicho que iba a ocurrir, tuvo que salvarme. Simon hizo un juramento por el cual se obligó a protegerme.

Constance alzó una ceja.

—¿Protegerte por qué?

Lydia se tensó. Allí estaba la cuestión que abría un pozo.

—Protegerme, sí. —Alzó la barbilla con una decisión que no era real—. Y ahora sé por qué. Sé que Azrael se interesó por mí… porque Simon se convirtió en mi sombra. Y Simon se convirtió en mi sombra por un juramento.

Constance la miraba con atención, sin entenderla.

—¿Un juramento? Lydia, eso suena a amor. Un hombre no se jura proteger de todo mal a una mujer si no la ama —le explicó.

La vizcondesa carraspeó. Había hecho ya tantas confesiones aquel día que le parecía que su alma se había quedado desnuda. Hacer la última no marcaría ninguna diferencia.

—No —susurró—. Nunca fue amor, fue culpa, Connie.

—Explícamelo porque no lo entiendo —le pidió con paciencia.

—Verás… —Lydia inspiró hondo—. ¿Recuerdas cuando me caí al Serpentine?

La pregunta, sencilla, cambió la temperatura de la estancia.

Constance asintió, lentamente.

—Claro que lo recuerdo. Fue el mayor susto de toda mi vida. Pensé que te perdería.

—No fue torpeza —dijo Lydia, y la voz le salió firme, extrañamente firme—. No me caí. Me empujaron.

Constance se quedó congelada.

—¿Qué?

Lydia notó que los ojos se le humedecían, pero no dejó que la emoción mandara sobre ella.

—Simon me empujó.

Constance se levantó de golpe.

—¿Simon? —repitió, y el nombre le salió con incredulidad—. ¡Imposible! ¿Simon Beresford empujó a una muchacha al Serpentine? ¡Imposible! —insistió.

Lydia asintió.

—Lo escuché de sus propios labios, Connie. Lo hizo para que Ewan pudiera erguirse como un campeón. —Apretó los labios—. Para que tú lo miraras como el héroe que me salvó. Para… para que te ablandaras.

Constance tardó un segundo en reaccionar. Cuando lo hizo, emitió un sonido que no llegó a ser una palabra, resultó ser algo como una mezcla de horror y furia.

—¡Esos dos…! —Se contuvo solo porque estaba Lydia delante, porque su hermana estaba rota y no era el momento de descargarlo todo—. Los mataré. Los mataré a los dos. De poco le servirá a mi marido que lo ame con todo mi ser. No puedo salvarlo, Lydia.

Constance estaba muy nerviosa. Lo veía todo rojo.

—No, no —se apresuró Lydia a negar con urgencia—. Ewan no lo sabía, al menos no cuando Simon decidió poner el plan en marcha. Tu marido no tuvo nada que ver con lo que sucedió. Se enteró después, cuando Simon se lo confesó. Connie, te lo juro, Ewan solo es culpable de no revelarnos la verdad cuando la averiguó.

Constance caminó hasta la chimenea; tenía los puños apretados.

—¿Y tú pretendes que me tranquilice con eso? —dijo entre dientes—. ¿Pretendes que me tranquilice porque mi marido no participó en la idea de…? ¡Oh, Dios santo, Lydia! ¡Y yo también traté de secuestrar a Azrael porque pensé que estarías mejor con Simon! ¡Con Simon! ¡Quien te empujó al Serpentine! —Constance no daba crédito a lo que escuchaba—. ¡Y mi esposo lo sabía! ¡Lo supo y no me lo confesó! —Su indignación era máxima.

Lydia se encogió un poco, culpable de nuevo, como si aquella rabia también fuese culpa suya.

—Ewan no nos lo contó porque le debía lealtad a Simon. Además, no sucedió nada que tengamos que lamentar. Aquello fue una insensatez de Simon, pero todo terminó bien —apuntó.

—¿¡Bien!? ¡Esto está lejos de terminar bien! —estalló Constance, al tiempo que se giraba para verla—. Precisamente por eso me enfurece. Porque me ha ocultado algo así y a la que más lealtad debe es a mí. ¡Soy su esposa!

Lydia soltó el aire con dificultad. La imagen de Simon, rígido en su despacho, regresó con una precisión cruel.

—Ay, Connie —se lamentó, en voz baja—. Con una de nosotras que tenga el corazón roto ya es suficiente. Yo he perdonado a Simon por lo que hizo. No por él, sé que estuvo mal haberme arrojado al Serpentine, pero si eso te ayudó a que conocieses al hombre al que amas y te haya traído felicidad, yo me alegro. Por favor, te lo suplico, no te disgustes con Ewan. No hagas que me arrepienta de habértelo confesado. No soportaría que te alejases de tu marido y terminases tan desdichada como yo.

Constance la miró de arriba abajo, como si la viera por primera vez en ese día. Se obligó a tranquilizarse.

—Y ahí tengo la prueba de que en verdad estás enamorada de tu marido. Lo amas. Lo amas tanto como para perdonarlo de inmediato. Y no solo amas a Simon. Me amas tanto que te sacrificarías por mí sin dudarlo. Y a Ewan lo amas sin condiciones también. Y de algún modo creo que los tres te hemos fallado. Yo le rogué a mi esposo que contratase a un par de villanos para que apartasen a Azrael de ti sin tener en consideración tu opinión. Egoísta, lo sé, pero debes saber que me guiaba el amor que siempre he

sentido por ti. Y mi marido sabía que Simon no se portó bien contigo y no te previno sobre lo ocurrido en el Serpentine. Y luego está Simon… darías la vida por él. ¿Me equivoco?

Lydia se tragó un sollozo.

—Sí. —Bajó la vista a sus manos—. Lo amo. Y lo detesto por lo que me ha dicho, pero nunca podré dejar de amarlo. Y lo amo por lo que he visto en él cuando se permitía ser… humano. —Las lágrimas caían sin descanso—. No hay nada más humillante que amar a un hombre que te ha dicho que nunca te amará y con el que nunca podré volver. Ay, Connie. Me dijo que si me marchaba, no me molestase en regresar. Lo he perdido y no puedo imaginarme la vida sin él. ¿Cómo ha logrado que lo ame tanto como para no poder sacarlo de mi mente después de todo el daño que me ha hecho?

Constance regresó a su silla, más despacio, como si su furia hubiera encontrado un cauce y estuviese más controlada.

—¿De verdad crees que no puede quererte?

Lydia soltó una risa sin alegría.

—Él lo cree. Y cuando un hombre como Simon cree algo, lo convierte en ley. —Alzó la mirada. Tenía los ojos inflamados—. Me dijo que me había convertido en su carga. Que todo fue por su mala conciencia. Que… debería haberme dejado casarme con Azrael y olvidarse de mí.

Constance apretó los labios, y en ese gesto Lydia vio que su hermana estaba juntando piezas.

—Entonces tú no solo has descubierto un secreto. Has descubierto que tu marido lleva años viviendo bajo una condena que él mismo se impuso.

—Sí —susurró Lydia—. Y me temo que ha decidido castigarme por recordárselo. Y no es solo eso, Connie. Yo… creo que yo…

Constance se inclinó hacia ella, bajó la voz para decirle:

—Lydia, puedes contármelo todo. Te prometo que no volveré a dejar que la furia me domine.

La vizcondesa se quedó muy quieta. El rubor le subió al rostro, mezcla de pudor y miedo.

—Desde que me casé… no he tenido los dolores de mujer. Sé que es muy pronto para pensar en un embarazo, pero también sé cuándo debía haberlos esperado.

Constance afirmó un par de veces con la cabeza. Después, alargó la mano y apretó la de Lydia con una calidez llena de ternura.

—Es la consecuencia lógica, Lydia. —Hubo un breve silencio. Después Connie la miró con atención—. Ahora, después de escuchar todo lo que me has dicho, y aunque le prometí a Ewan que no te

lo diría, te lo contaré. Ewan, tú y yo no fuimos los únicos que contrataron a varios hombres para secuestrar a Azrael.

—¿Qué? —Lydia se había perdido algo.

—Tu esposo. Tu marido cree que los que tenían a Azrael fueron los secuaces a los que pagó para que evitaran que se presentase el día de tu boda. Te ha dicho que no te ama, Lydia, y tal vez esté convencido de que solo se movía por la culpa de haberte empujado al Serpentine. Los hombres son muy ridículos cuando las cosas del corazón están sobre la mesa. ¿Quieres saber lo que opino yo? Creo que tramó todo el asunto para quitarse de en medio a su primo, consiguió una licencia especial y hasta un anillo, porque deseaba casarse contigo y no podía soportar que ni Azrael ni ningún otro pudiese tenerte. Sí. Eso es lo que yo creo. ¿Un juramento para protegerte? —La perfecta Constance sacó la lengua e hizo una sonora pedorreta—. Excusas para justificar que él no necesita a nadie porque él ya sabía que lo desobedecerías y vendrías a ver a Azrael. Los celos son peores en los hombres que en las mujeres. —Se quedó un momento pensativa—. Olvida lo que he dicho. Anoche mismo Ewan y yo estuvimos en una fiesta y una bonita viuda casi pierde la vida por flirtear con mi marido. Y el bruto escocés, al darse cuenta de las miradas que yo le echaba a la arpía cada vez que le sonreía y le hacía ojitos, se pavoneó lleno de satisfacción mientras yo deseaba matar a todo el mundo. Oh, Lydia. Los celos son una cosa terrible que creo que no entienden de género.

La posibilidad se le clavó en el pecho como una aguja con dos puntas: esperanza y terror. ¿Tendría Constance razón?

—¿Crees que Simon puede quererme, aunque ni él mismo lo sepa, Connie, y que quiso hacerme daño porque herí su orgullo una vez más por Azrael? —preguntó con cierta ilusión.

Constance le dedicó una mirada que mezclaba ternura y ese punto de ferocidad que convertía a una mujer en toda una reina.

—Eso no importa ahora mismo. No vas a quedarte sola en mitad de esta guerra. —Apretó su mano un poco más—. Eres la hija de un duque, ¿acaso lo has olvidado, Lydia?

La aludida tragó saliva con dificultad.

—No, claro que no, Constance. ¿Qué piensas que debería hacer?

La señora MacCrae sonrió, pero no fue una sonrisa dulce. Fue una de esas sonrisas que anunciaban consecuencias.

—Le daremos una lección. Será pequeña, pero servirá.

Lydia abrió la boca, todavía descolocada por el giro.

—¿Qué lección?

Constance se puso en pie y comenzó a enumerar con los dedos, como si estuviera organizando una cena y no una rebelión, mientras hablaba:

—Primero, Azrael seguirá bien cuidado aquí hasta que se valga por sí mismo. —Se acercó al timbre y tiró de la cuerda—. Haré que el ama de llaves ponga a la enfermera más estricta que encuentre a su lado. Y el médico vendrá dos veces al día, quiera el primo de tu esposo o no. No voy a permitir que se haga el valiente con el cráneo medio morado. Segundo —continuó—, tú y yo vamos a empacar lo justo. Lo imprescindible.

Lydia se puso rígida.

—¿Empacar para qué?

Constance asintió con una calma impecable.

—Nos marchamos a Escocia.

Lydia se quedó sin aire.

—¿Qué?

Su hermana mayor la miró con un fuego frío en los ojos.

—Partimos para Escocia. Es hora de volver a casa.

Lydia apretó los labios porque le temblaba un poco la barbilla.

—Connie, Simon no me ha seguido a Londres y dudo mucho que vaya a Escocia a…

—Simon que se las apañe con su conciencia —sentenció Constance—. ¿Crees que Ewan no irá a pedirle explicaciones cuando llegue esta noche, después de pasearse por el club de caballeros, y descubra que no estamos? Oh, sí. Es perfecto. Los dos se cocerán en su propio jugo malvado en cuanto sepan que nos hemos marchado lejos.

En ese instante apareció una doncella en la puerta, alertada por el timbre. Constance le dio instrucciones con una rapidez eficiente: calentar más agua, traer papel y tinta, avisar al ama de llaves, preparar un equipaje discreto y tener el carruaje a punto para salir.

Y mientras el fuego seguía crepitando y la casa se ponía en marcha con una eficiencia magistral, ambas supieron que aquella decisión no solo era una huida.

Sería una declaración de guerra y Lydia no opuso resistencia. Ya estaba todo perdido, así que, ¿qué más podía perder?

Capítulo 12

Acciones inmediatas

La furia fue irrefrenable; la culpa había sido un veneno lento, pero el pánico que siguió había resultado fulminante.

El vizconde Trowbridge se quedó en la casa de campo mucho más de lo que debía, como si el aire de allí lo hubiese convencido de que Lydia regresaría por sí sola, obediente y arrepentida al cabo de unas pocas horas. Se aferró a esa idea con una obstinación ridícula, impropia de un hombre que había construido su vida sobre el control. Sin embargo, a cada minuto que pasaba, la casa se le hacía más grande, vacía y cruel.

En el despacho, el cristal roto del vaso seguía brillando en el suelo como una burla. Y las palabras que le había escupido a Lydia, tan certeras y miserables, le regresaban una y otra vez, golpeándole las sienes.

¡Dios de los cielos! Le había dicho que nunca debió haberse casado con ella. Esa y otras *lindeces* más hirientes.

Las había arrojado como un arma; una sentencia para defenderse. Como si, al pronunciarlas, pudiera arrancarse del pecho algo que dolía y tirarlo al fuego. Lo único que había conseguido era quemarse por dentro.

Había tardado demasiado en comprenderlo, pero la verdad acabó alcanzándolo como alcanzaba todo lo importante: sin previo aviso. Lydia no había sido una carga. Fue una ilusión desconocida desde el principio. Había sido una luz cegadora filtrándose por una rendija que él llevaba años manteniendo cerrada a propósito.

Le había traído… felicidad.

La palabra le repugnó al principio. Le sonó a debilidad, ingenuidad. A cuento para niñas y promesa fallida. Luego, mientras su carruaje avanzaba hacia Londres, con la lluvia golpeando la madera y el barro salpicando las ruedas, Simon dejó de resistirse.

Sí, maldito fuese el infierno.

Ella lo hacía feliz. Y por eso había salido tras sus pasos en cuanto lo comprendió. No quería perderla. ¡No podía perderla! Y él no iba a renunciar a lo mejor que le había pasado nunca porque su orgullo fuera un animal hambriento.

No iba a volver a estar solo después de conocer la dicha marital; tras conocer lo que era llegar a una habitación y encontrarla allí, leyendo, sonriendo, levantando la vista como si su presencia importara. No renunciaría a su mujer después de haber escuchado su risa en el comedor, conocer su calor en el dormitorio y su obstinación dulce en cada pequeña discusión. Simon sabía que había construido un hogar a su lado y lucharía hasta el final.

¿Quién iba a pensar que Lydia se acabaría subiendo a un coche de postas para marcharse a toda prisa? Una vez la había subestimado. No era una mujer que se acobardase con facilidad. Le dijo que se iría sin él y lo había cumplido.

Las horas que pasó pensando en toda la discusión, sintiendo unos celos miserables por Azrael, temor por si a ella le sucedía algo malo durante el viaje por su culpa y el pánico por si no lograba convencerla para que le diese una nueva oportunidad, habían logrado que comprendiese que no quería ni podía dejarla marchar. Tenía que luchar por ella. Haría cualquier cosa para que le perdonase las cosas tan horribles que le había dicho al calor de la furia y la sombra de su primo.

¡Dios! Esta vez no podía echarle la culpa del todo a Azrael por cargarse algo tan bonito y precioso como era su matrimonio. Su unión con Lydia.

Cuando Londres apareció, gris y hostil, envuelta en humo y humedad como siempre, Simon ya había tomado una decisión. No se trataba de hacer lo correcto, ni de resarcirla, ni de protegerla.

Él había causado un gran estropicio y solo él era el responsable de arreglarlo. Se trataba de pelear por ella con uñas y dientes.

De implorar si era necesario.

De arrodillarse si eso era lo que ella exigiese.

De ofrecerle la verdad completa, incluso la que le dejaba el alma desnuda, porque Lydia se había colado en su interior y la necesitaba. ¡Dios, la necesitaba más que el aire para respirar!

Se bajó del carruaje antes de que el lacayo terminara de abrirle la portezuela. No fue al club ni a su casa. Sus pasos lo llevaron directamente a la de Ewan y Constance, porque era allí donde debía librarse la batalla.

Llamó una vez. Dos.

Cuando la puerta se abrió, el sirviente apenas tuvo tiempo de saludarlo. Ewan apareció en el pasillo con el semblante de un hombre que había pasado una tarde larga, y que todavía no había terminado. Se miraron un instante. Simon no habló, porque no se atrevía. Ewan tampoco decía nada.

El saludo de su mejor amigo llegó en forma de puñetazo cuando avanzó un par de pasos y se posó delante de él.

El bruto escocés le estampó el puño en la cara con una fuerza limpia, sin teatralidad, como quien cumplía una obligación moral largamente aplazada. Simon sintió el golpe estallarle en el pómulo y aguantó el impacto. Notó el sabor metálico de la sangre en la boca. Se enderezó despacio, sin llevarse la mano al rostro y se tragó el dolor con nobleza.

—¿Qué diablos te pasa, Simon? —escupió Ewan, con los ojos encendidos—. ¿Por qué tenías que arrastrarme contigo por el fango?

El vizconde inspiró hondo. Se obligó a no reaccionar como habría reaccionado el Simon de antes, el que devolvía golpes con palabras que dolían más que un puño.

Se limitó a mirarlo.

—Veo una gran recriminación ahí, aunque todavía no la entiendo del todo. En cuanto a lo del puñetazo… Lo asumo, me lo he ganado.

Ewan soltó una carcajada amarga.

—Oh, desde luego que te lo has ganado. Y me he contenido solo porque me has ahorrado tener que ir a buscarte. —Se acercó un paso más—. Ve a ver a tu primo. Y prepárate. Salimos en diez minutos. Pagarás por esto de alguna manera, ya lo averiguaremos luego.

Simon parpadeó, todavía con el eco del golpe zumbándole en la cabeza.

—¿Salir…? —repitió—. ¿En diez minutos? ¿A dónde?

Ewan le dedicó una mirada que habría hecho retroceder a un regimiento.

—A donde sea que se hayan ido mi esposa y la tuya. Y conociendo a Connie, eso será Escocia.

La última frase le dio a Simon en todo el pecho. Un puñetazo más fuerte que el que acababa de recibir.

—¿Lydia no está aquí? —No podía creérselo.

—Ha estado aquí —lo corrigió Ewan, con una rabia incontenible—. Llegó llorando como si el mundo se le hubiera caído encima y sin su esposo. ¿Qué diablos le hiciste? ¿No te dije que la enamorases por completo para que cuando se enterase de todo te lo perdonase? ¿Cómo diablos crees que logré que mi esposa me absolviese por haberla casado conmigo sin que lo supiera? ¡Por amor de Dios, Simon, eres un gran estúpido!

Trowbridge apretó la mandíbula.

—No quise hacerle daño. Solo… solo abrí la boca y no pude detenerme. Yo… No fue mi intención… Yo… —No sabía en qué escudarse. Se sentía mal consigo mismo, pero peor por saber que

su esposa no estaba donde él pensó que la encontraría.

—Claro —bufó Ewan—. Tú nunca tienes intención de hacer daño, solo te sale la maldad con la misma naturalidad con la que respiras.

Simon cerró los ojos un instante. El reproche le dolió más que el puñetazo, porque era cierto.

—Sé que estás enfadado —dijo—. Con razón. No estuve a la altura con Lydia. Lo siento.

Ewan cambió su rigidez. A su amigo se le veía muy afectado.

—Debería matarte, supongo que me tendré que contentar con saber que estás tan mal como Lydia. Estás hecho un desastre, Simon, ¿lo sabías? — No mentía. Se veía pálido como la misma muerte. Y estaba algo desarreglado, con el nudo del paño de la corbata ladeado, el cuello de la camisa torcida también. Todo ello era impensable porque Simon cuidaba muchísimo su apariencia impecable.

—Tu puñetazo me ha dolido mucho menos de lo que ha supuesto darme cuenta de… de lo que será mi vida si ella se niega a perdonarme. —Se le tensó el cuello—. Yo creo que… creo que…

Ewan chasqueó la lengua, impaciente.

—Estás enamorado de ella, tonto. Desde hace bastante, además.

Simon se quedó quieto.

La sentencia de su mejor amigo le cayó encima de un modo muy extraño. Era como si por fin una llave que encajaba en una cerradura que jamás había tratado de abrirse hubiese encontrado su finalidad.

—Yo… yo… yo… —No conseguía más que balbucear. Simon no sabía lo que le sucedía. Su inteligencia, esa que lo había salvado de tantos problemas, se negaba a salir a flote.

Ewan dio un paso atrás mientras resoplaba como quien se enfadaba por verse obligado a explicarle lo obvio a un hombre necio.

—Eres brillante para unas cosas y tan tonto para otras que deberías pagar más impuestos por ello —gruñó—. Haz lo que te he dicho. Ve a ver a tu primo. Tenemos que salir lo antes posible.

Simon lo miró; todavía intentaba reorganizar el mundo que él mismo había destruido.

—Ewan… ¿qué está ocurriendo?

El escocés se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó una hoja doblada. La desplegó con una violencia controlada y la agitó frente a la cara de Simon.

—Mi esposa me ha dejado esto.

Simon la miró. La letra de Constance era inconfundible. Y en el centro de la hoja había una sola palabra:

«Serpentine».

A Simon se le heló la sangre.

—Oh, oh… —Fue lo único que logró decir.

Ewan se inclinó hacia él.

—¿No podías callarte lo del Serpentine, Simon? —murmuró con una furia renovada—. ¿Tenías que abrir esa brecha precisamente ahora? ¿Qué clase de locura te impulsó a contarle aquello? Dime al menos que tratabas de que no hubiese fisuras en tu relación con Lydia y que por eso le confesaste tu peor secreto.

Simon sintió una punzada de vergüenza tan viva que casi le hizo apartar la mirada. No la apartó.

—Lo siento —dijo, y la palabra le supo a pura amargura—. Yo… perdí el control. Me… me cegaron los celos. La idea de que ella… —Apretó los dientes—. De que ella jamás podría olvidar a Azrael porque me exigió venir a verlo de inmediato fue… Yo…

Ewan soltó una exhalación brusca.

—Y decidiste atacarla con todo lo que tenías. —Lo señaló con un dedo—. Y poco te importó llevarme por delante. Porque esa palabra escrita no es para ti, Simon. Esa palabra es para mí. Constance debe estar furiosa. Eres el peor amigo del mundo. No solo te hundiste, me hiciste caer a mí también —le recriminó.

Simon se tragó la respuesta que le habría salido por instinto. No era el momento de defenderse. No después de que hubiese salido a la luz lo del Serpentine para Connie. ¡Dios de los cielos! Simon no solo tenía que lograr el perdón de su esposa, sino también el de la señora MacCrae para poder seguir viviendo en paz.

¡Qué desastre había hecho él solito!

—¿Seguro que se han marchado a Escocia? —preguntó, con la voz más baja.

Ewan apretó la mandíbula.

—Deben estar en camino. Nos llevan poca ventaja, porque a diferencia de ti, yo sí que conozco bien a mi esposa. Estoy seguro de que se dirige a Dunrath con Lydia. Le dije que no regresaría a casa hasta esta noche, pero algo me decía que tenía que venir antes, así que Constance no cuenta con que tiene tan poca ventaja sobre mí. Eso sin olvidar que al final no me he visto obligado a ir a buscarte a tu casa para darte el puñetazo con el que te he saludado a fin de que entrases en razón. Porque confío en que estás en Londres porque has entrado en razón… ¿o no? —Simon afirmó con la cabeza—.

De acuerdo. Si salimos a caballo podremos alcanzarlas en la primera posada donde espero que se detengan, o incluso tal vez un poco antes.

Lord Trowbridge sabía que si llegaba a Escocia, Lydia se atrincheraría con Morna, Connie y Cat. ¡No podría luchar contra esa horda de mujeres que exigirían que su cabeza les fuese servida en bandeja de plata! Oh, sí, Simon conocía bien al bruto escocés y al arrogante de Rafe, esos dos amigos no moverían un dedo por él hasta verlo sudar sangre para contentar a Lydia. Todo eso en el mejor de los casos, porque en el peor, lo que ocurriría sería que Lydia se quedaría allí y lo mandaría al cuerno definitivamente. El pánico se le instaló a Simon en el pecho.

—No puedo perderla, Ewan —dijo con honestidad.

El escocés levantó una ceja, con un sarcasmo despiadado.

—¿Ah, no? ¿Y qué vas a hacer? ¿Encadenarla a la cama? ¿Encerrarla con llave? ¡Tendrías que haberlo pensado mejor antes, Simon! —le gritó.

El vizconde apretó los puños. La rabia, vieja conocida, quiso asomar. No la dejó.

—Voy a pedirle perdón —le aseguró—. Le diré la verdad sobre lo que significa para mí, porque me han bastado unas pocas horas para comprender

lo vacía que está mi vida sin ella. Voy a… —Su voz fue apenas un hilo—. Voy a rogarle si hace falta, pero no sé si funcionará, Ewan. Por Dios que tienes que ayudarme a convencerla de que me dé otra oportunidad.

El escocés lo miró durante un buen rato.

—La destrozaste. No te callaste nada. —No había ni una sola pregunta. Estaba diciendo en voz alta lo que intuía que había hecho su mejor amigo.

—Sabes cómo me pongo cuando Azrael está por el medio. Tú mismo me has visto cometer locuras. —Simon tragó saliva con gran dificultad—. No tengo a nadie más que a ti, Ewan. Y sinceramente creo que mi mujer no podrá perdonarme nunca. Yo mismo no sé si podré perdonarme por todo lo que le lancé a la cara sin pestañear ni pararme a pensar en cuánto daño le estaba haciendo. Te lo juro, estaba tan herido porque ella quería ver a mi primo que solo… solo…

Ewan resopló.

—Pues tengo que decirte algo que no te hará sentirte mucho mejor. Había supuesto que lo agradecerías cuando te lo contase, pero creo que no te aliviará.

—¿De qué se trata, Ewan?

—Tu mujer te ama tanto, que preparó el secuestro de Azrael para que no se presentase el día

de la boda.

Simon se quedó clavado. El recibidor pareció inclinarse un instante.

—¿Qué has dicho?

Ewan lo observó con esa expresión de «¿en serio tengo que repetírtelo?» y, aun así, lo hizo.

—De los tres que pretendimos cazar a tu primo, fue ella la que se salió con la suya. Esa mujer haría cualquier cosa por ti, Simon. Cualquier cosa, incluso empeñó el collar de diamantes de su madre para costear la acción. ¿Qué más quieres?

Simon notó que el aire le faltaba. ¡Por eso los rufianes de los hombres que contrató no se habían vuelto a poner en contacto con él! Ya ajustaría cuentas con esos. El pensamiento se centró en una cosa más importante. Lydia, con su collar. Lydia vendiéndolo. Lydia ordenando un secuestro con la sangre fría de quien decidía salvarse a sí misma. Y luego de secuestrar a su primo, en la iglesia lo había llamado para… ¡Dios! Ella ya sabía que el novio no se presentaría porque lo había organizado todo al igual que él. ¡Desde que puso en marcha ese descabellado plan lo había elegido a él para casarse!

¡Lo eligió frente a Azrael! Y él le había pagado con furia, gritos y dolor.

—¿Ella te lo contó, Ewan? ¿Desde cuándo lo sabes? —murmuró.

Su mejor amigo se pasó una mano por el pelo, exasperado.

—Cuando volví a casa y no las encontré, fui directo a ver a Azrael. Ya estaba despierto. Malherido todavía, pero despierto. —Ewan apretó los dientes—. Me entregó la nota. La que me dejó Constance. Y me preguntó, así, como quien pregunta si hace frío fuera, si yo sabía que Lydia lo había secuestrado. —Simon abrió la boca. No le salió nada. Ewan continuó, disfrutando muy poco de ser el mensajero—: Al parecer, Lydia vendió el collar que te mencioné antes para pagarles a los hombres que se lo llevaron. Y, antes de que empieces con más preguntas; no, no fueron los mismos que le dieron una paliza. Eso fue después. Un marido celoso. Un asunto pasado. Ya conoces a tu primo. Le encanta coleccionar mujeres y problemas como si fueran medallas.

Simon se llevó la lengua al interior de la mejilla. El dolor del pómulo le palpitó. No le importó.

—Dios, Ewan… —musitó, y su voz salió ronca—. Si me hubieses dicho que mi mujer también les ordenó que le diesen una paliza, me hubiese puesto de rodillas ante ella durante el resto de mi vida. Supongo que no se puede tener todo.

—¿Por qué pareces contento de pronto, Simon? —preguntó con el ceño fruncido el escocés.

—Porque Lydia verdaderamente me ama, Ewan. Desde que me casé con ella he estado pensando en cómo podría averiguar la verdad sobre sus sentimientos hacia mí. Mi esposa me dijo que se

había enamorado de mí, pero me negué a creerla, especialmente cuando se enteró de que Azrael estaba malherido y quiso venir de inmediato para verlo, pero me ama. Me ama —repitió.

Ewan le gruñó, con una mirada asesina.

—¿Te olvidas de que le has roto el corazón?

—No, claro que no. Pero sabiendo que de verdad me ama, tendré más posibilidades de que me dé una segunda oportunidad.

—Bueno… si así eres más feliz, no seré yo quien te quite la ilusión.

—No me estás ayudando en absoluto, Ewan. ¿Te recuerdo que busqué a un cura católico para que te casases a toda prisa?

—¿Hasta cuándo tendré que pagar por ese pequeño favor, Simon? —se quejó el escocés.

—Hasta que mi esposa comprenda que he sido un necio y entienda que la amo… ¡Dios, lo he dicho en alto! ¡La amo! —gritó—. Oh, Ewan, es cierto, me he enamorado de ella y no me avergüenza decirlo.

—Ve a ver a Azrael. Sé que no podréis hacer las paces pese a que él ha estado a punto de morirse. Pero por lo menos descansarás tu conciencia y él… No sé lo que supondrá verte, pero… Me ha

dicho que en cuanto se reponga quiere comprarse una comisión en el ejército.

—¿Qué? —Simon, eso, sí que no se lo esperaba.

—Ha sido duro para él enterarse de que Constance, Lydia y tú tratasteis de apartarlo porque él… En fin, Azrael comprende que no es una persona decente, por decirlo de un modo suave, y quiere… No podemos dejarlo ir, Simon. No veré a mi amigo marcharse a la guerra.

—¿Guerra? Con Napoleón ya desterrado en Santa Elena no hay…

—Sudáfrica —lo cortó el escocés—. La han llamado la Guerra de la Frontera del Cabo, por lo visto es un conflicto en la colonia del Cabo entre fuerzas coloniales y los pueblos xhosa. Azrael cree que es un buen escenario para ir a purgarse o desaparecer. Hay una campaña en movimiento muy real y está barajando la posibilidad de irse. No me importa cómo lo logres, pero no dejes que tu primo se vaya.

—¿Yo? Si le digo que no vaya irá todavía más deprisa. Me temo que no podré ayudarte, Ewan. Confieso que siempre quise su ruina por… por cosas que solo nos conciernen a él y a mí, pero ahora mismo me da igual todo. Lo importante es recuperar a Lydia.

—Arreglemos un problema primero y luego el otro. Azrael no se irá de inmediato a ninguna parte todavía. Ve a verlo; primer piso, tercera puerta a la derecha. No discutas con él. Debe recuperarse. Nos iremos de inmediato para localizar a nuestras respectivas esposas.

Simon afirmó con la cabeza. En otro momento hubiese disfrutado de la caída de su némesis

Avanzó por la casa. La puerta se abrió con suavidad. Azrael yacía en la cama con el rostro amoratado, la ceja rota y el labio hinchado. Aun así, cuando Simon entró, los ojos de su primo se abrieron con esa lucidez insolente que ni la paliza ni el cansancio habían logrado arrebatarle del todo.

Azrael lo miró. Y sonrió con gran dificultad.

—Creo que has perdido una esposa, primo —se burló el paciente.

—Por poco tiempo.

—Ya me has visto. Tendrás alegría para un año por lo menos, aunque no te haya dado la satisfacción de morir. Ahora, lárgate de aquí —trató de despacharlo.

—Está enamorada de mí —le dijo Simon. Su propia frase sonó demasiado humilde, en opinión del vizconde.

—Lo sé. Y también sé que le has debido romper el corazón, dado que Constance se la ha llevado a toda prisa lejos de ti. Irónico… ¿no te parece? Todos queríais salvarla de mí, incluida ella misma, y has sido tú el que la ha hecho infeliz.

—He venido a verte solo porque Ewan me ha obligado.

Azrael soltó una exhalación que pudo haber sido una risa… o un quejido.

—Siempre tan encantador, primo. ¡Lárgate!

—Te perdono, Benedict. Te perdono por todo y a mí mismo. A mi madre también. Lydia me ha devuelto la fe.

—¿Qué tú me perdonas a mí? Vete antes de que me levante y te demuestre que puedo contigo incluso con las fuerzas bajas.

—No me importa que tú no vayas a enterrar el hacha de guerra. Yo lo hago en este mismo momento. No puedo seguir albergando odio cuando he descubierto que el amor es infinitamente más satisfactorio. Me voy sabiendo que lograré superar el pasado. Tú no fuiste la única víctima de nuestra familia. Yo, aunque no te lo creas, también sufrí. No seguiré peleando contigo porque voy a dedicarme a vivir por mi esposa. Te deseo buena suerte, aunque no creerás en mi palabra ni la aceptarás.

No esperó a que Azrael añadiese nada más. Se dio media vuelta y justo cuando salió de la habitación escuchó a su primo decirle:

—Te odiaré siempre y deseo que ella no te perdone.

El vizconde no se volvió. Acababa de cerrar una vieja herida. Se olvidaría para siempre de su primo. Azrael podía aceptar la verdad o no. Simon tenía que vivir en la luz porque la oscuridad ya no era ninguna opción para él.

***

Constance ya se había imaginado que Ewan daría con ellas. Conocía demasiado bien a su marido como para creer que le permitiría fugarse sin salir a cazarla como si fuese un ciervo en temporada. Y a Lydia con ella. Sin embargo, lo que no previó fue la velocidad con la que las atraparía.

El pequeño comedor que habían alquilado en la posada tenía una mesa redonda, dos sillas y una lámpara de aceite que derramaba una luz tibia sobre la loza. Lydia se había quitado el abrigo nada más entrar, aunque el frío del viaje todavía se le había quedado metido en los huesos. Constance le había servido té caliente con la misma autoridad con

la que, años atrás, le había corregido la postura de una reverencia o le había arrebatado una novela indecorosa de las manos.

Ambas estaban sentadas la una frente a la otra.

—Bebe —le ordenó—. No voy a permitir que te desmayes en una posada. Es un gesto muy dramático y no tengo paciencia para recoger mujeres del suelo esta noche.

Lydia soltó un bufido poco elegante.

—Nunca me he desmayado y no empezaré ahora —replicó, con una dignidad que se apreciaba un poco cansada—. Prefiero seguir rompiéndome por dentro; es mucho más refinado hacer lo segundo que lo primero.

La señora MacCrae iba a responderle cuando el sonido de unos pasos, pesados y húmedos, se filtró por el pasillo. No eran pasos de algún ayudante del posadero, ni de un huésped. Sonaban de un modo muy característico que ella bien conocía.

Lydia alzó la mirada, como si después de tantos años también hubiese aprendido a reconocer con facilidad ciertos sonidos familiares.

Constance dejó la taza despacio, demasiado despacio, como si ya supiera lo que estaba a punto de ocurrir y quisiera prepararse del mejor modo posible.

La puerta se abrió y el posadero asomó la cabeza con cierto nerviosismo.

—Señora MacCrae, *milady*… —empezó a decirles.

Ewan entró sin esperar permiso.

Y detrás de él apareció Simon.

El aspecto de ambos era deplorable. Lo cual era lógico, dado que habían cabalgado durante horas. El barro les manchaba las botas, el pelo se les había pegado a la frente por la humedad y el cansancio les colgaba de los hombros como si fuese una capa. Ewan tenía la expresión de un hombre que iba a abrazar y a regañar a su mujer con un único movimiento. Simon… Simon parecía más pálido que la luz de la lámpara. Llevaba la corbata mal anudada, la camisa arrugada y en el pómulo se le marcaba una sombra amoratada que no había estado allí cuando Lydia lo dejó en el campo después de la discusión.

Lady Trowbridge empezó a sentir que el latido del corazón se le disparaba.

Ewan no miró más que a Constance. Fue directamente hacia su mujer. Se veía fiero. Connie se negó a asustarse. Alzó la barbilla y, desde luego, ese pequeño gesto no lo amedrentó lo más mínimo.

—No vuelvas a marcharte de mi lado —dijo, y la voz le salió firme y segura, como si hubiese

hablado el mismo Dios para dictar un nuevo mandamiento.

Constance, que se había imaginado un discurso de disculpa o una reprimenda, se quedó inmóvil un instante. Después, como si su cuerpo se hubiera cansado de fingir resignación, se levantó de la silla dispuesta a plantarle cara frente a frente.

Ewan no le dio opciones ni tiempo a reaccionar; se limitó a pegarla contra su pecho y la besó con una intensidad que hizo que el posadero se retirase con la discreción de un hombre que comprendía que en esa habitación estaba de más.

Constance no se opuso al arrebato. Ni un poco. Era más, le estaba devolviendo el beso.

De hecho, cuando Ewan la envolvió en sus brazos, ella se limitó a rodearle el cuello y a ofrecerle sus labios, como si aquella decisión ya estuviera tomada desde el mismo momento en que había escrito la palabra «Serpentine» en una hoja en blanco.

—Ewan… —murmuró, aunque sonó a protesta sin convicción.

—Ni una palabra —la cortó él—. El pasado está lejos de lo que somos ahora tú y yo. No me juzgarás por ocultarte algo que nos habría traído problemas en un momento en el que nuestra relación no estaba asentada. Soy tu esposo, el padre de tus hijos y desde que me casé contigo no te he dado ni

un solo motivo para dudar de mí. Estamos bien, Constance. Esto no nos separará.

Y se la llevó después de que ella suspirase y afirmase con la cabeza.

Así, sin más.

Lydia los vio desaparecer por el pasillo y comprendió, al fin, por qué Constance había insistido en reservar dos habitaciones separadas. No por decoro. Fue una estrategia. La muy traidora ya sabía que vendrían. Cómo era posible que lo hubiese sabido, no lo comprendía aún. Esa reflexión le arrancó un pensamiento tan irritante como inevitable.

Recordó, además, el momento en que Constance, al subir al carruaje, le había pedido al cochero que la marcha fuese lenta, por precaución, para evitar un accidente. Lydia, en estos instantes, sospechaba que esa no fue la única idea que tuvo en mente la señora MacCrae. ¡Constance había querido ir más despacio de lo normal para que Ewan las pudiese localizar pronto! ¿Pero qué hacía ahí Simon?

La puerta se cerró y ese sonido trajo al presente a Lydia. Entonces, el comedor, que había sido un refugio, pasó a ser una trinchera.

La vizcondesa permanecía sentada; era como si su cuerpo se negase a reaccionar ante lo que estaba aconteciendo. Era muy consciente de la presencia de Simon sin necesidad de observarlo directamente.

Cuando alzó la vista, lo encontró de pie junto a la puerta, como si se hubiese quedado allí para impedir que ella escapara… o para impedirse a sí mismo avanzar demasiado rápido.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó Lydia, y la voz le salió ronca.

Simon tragó saliva con dificultad. Nunca había estado tan nervioso como en esos instantes. Consideró una buena señal el hecho de que su mujer no hubiese salido corriendo para dejarlo solo.

—Es evidente que tenía que encontrar a mi mujer —murmuró.

Lady Trowbridge se centró en el pómulo amoratado. Sospechaba quién estaría detrás de esa acción. En caso de que su marido hubiese ido a Londres a buscarla y dado que Azrael estaba débil como un recién nacido, solo quedaba Ewan para haberle atizado, y posiblemente lo hizo por haber hecho que su esposa huyese de casa debido a lo del Serpentine. Todos los años que había compartido con Ewan y sus amigos, le habían dado un buen retrato de cada uno.

—Pues ya lo has hecho. ¿Qué te ha pasado? —siguió con el interrogatorio, al tiempo que le señalaba con el dedo el rostro. Quería la confirmación de su sospecha.

—No es importante.

Lydia apretó los dedos alrededor de la taza. El calor del té ya no le servía de nada.

—¿Debo deducir que me seguiste a Londres y que por eso estás aquí con Ewan? —preguntó al ver que él no añadía nada más.

Simon bajó la mirada un instante, como si esa cuestión le doliera. Nunca tuvo que haberle declarado la guerra a alguien que de verdad le importaba, y por descontado que no debió dejarla marcharse sola. Levantó la vista para enfrentarse a una mujer que parecía una reina en un humilde trono. Se la veía muy segura de sí misma.

—Tardé demasiado en comprender la verdad y entrar en razón —admitió—. Y cada minuto que tardé me pareció una prueba más de que no te merecía.

Lydia sintió un aleteo en el pecho. Se obligó a mantenerse imparcial.

—Curioso. A mí me parecieron minutos de paz.

—¿Serviría de algo que emprendiese la misma acción que Ewan ha llevado a cabo frente a su mujer nada más entrar en esta sala, y te dijese unas palabras parecidas, Lydia?

Ella alzó una ceja de manera muy sardónica.

—¿Quieres que te ponga a juego el otro pómulo, Simon?

—No me culpes por intentarlo. —La mirada del vizconde volvió a bajar al suelo.

—Si estás aquí por el motivo que creo, no te resultará fácil que yo ceda. Así que si tu orgullo va a impedirte hacer lo correcto, puedes darte media vuelta ahora mismo. Pues ni yo soy Constance, ni tú eres Ewan —le indicó.

Simon alzó la vista. La lámpara le iluminó los ojos y Lydia vio algo que no había visto en él con tanta claridad hasta el momento. No era frialdad. Tampoco orgullo. Era miedo bañado con ¿esperanza? Tal vez sí.

—No estoy aquí para pelear contigo —dijo Simon, despacio—. Eso ya lo he hecho, y lamentablemente lo hice demasiado bien, debo añadir, y… y fui un cobarde. He venido a pedirte perdón.

Lydia arqueó de nuevo una ceja, incrédula.

—¿Ah, sí? ¿Y qué clase de perdón es el que estás pidiendo? ¿El que se implora cuando uno teme quedarse solo? ¿O el que se pide cuando uno se da cuenta de que ha ido demasiado lejos y de verdad está arrepentido? No creo que seas de los segundos, Simon.

El vizconde dio un paso hacia la mesa. No se acercó lo suficiente como para tocarla. Se detuvo donde el respeto aún era posible, pese a que se moría por estrecharla entre los brazos y besarla hasta que ambos desfallecieran.

—El que se pide cuando uno se despierta de una larga pesadilla y descubre que durante toda su vida había convertido la idea del amor en una amenaza.

Lydia notó que se le tensaban los hombros.

—No uses esa palabra a la ligera.

Simon asintió, como si aquella reprimenda le pareciera justa.

—No lo haré —prometió—. Por eso estoy aquí. Porque… porque ya no puedo seguir escondiéndome detrás de otras cosas.

Lydia soltó una risa corta, sin humor.

—Eres un experto en esconderte, Simon. En esconderte detrás del deber, de la corrección, de la dignidad… y detrás de mi desgracia. —Lo último aludía al Serpentine. Él lo sabía.

Simon apretó la mandíbula. Le tembló un músculo en la mejilla. Lydia pensó que iba a responder con un sentido ataque. En cambio, el gesto se le aflojó de inmediato.

—Me escondí detrás de la culpa —dijo él—. Y detrás de mi orgullo. Y detrás del odio a mi primo, como si eso me diera una identidad única. —Inspiró hondo—. Te he dicho cosas imperdonables.

Lydia apoyó la taza con cuidado, como si temiera que cualquier movimiento la delatara más que sus palabras. Estaba temblando por dentro.

—Y también me has hecho cosas imperdonables. Me empujaste al Serpentine —le recordó.

El nombre del lago dejó un frío repentino en la sala. Simon cerró los ojos un instante. Luego los abrió y se centró en su mujer.

—Lo sé bien. Te has convertido en la persona más importante de mi vida y no he hecho más que lastimarte desde que puedo recordar. Lo siento muchísimo. No hay palabras suficientes para expresar lo que me gustaría que supieras y creyeses, Lydia.

—¿Eso es todo, Simon? Porque recuerdo muy bien todas y cada una de las cosas que me escupiste sin compasión no hace demasiado. ¿Aquellas palabras eran diferentes de estas que ahora has dicho y que te propones que me crea? —No iba a permitirle responder y siguió—: Me dijiste que todo había sido por una deuda originada en el Serpentine. —Lydia lo miraba fijamente—. Que no me habías amado. Que me habías… soportado. Yo soy una carga colgada a tu cuello. ¿Quieres que te recuerde

más cosas? Las tengo bien grabadas a fuego. Dijiste que nuestro matrimonio fue un error.

La garganta se le endureció con esa última frase. Le dolió pronunciarla más que el resto.

Simon respiró hondo. Le dolía oírla.

—Lo dije para hacerte daño —confesó—. Lo dije todo porque te vi con esa carta en las manos y sentí que se me abría el pecho en carne viva. Me sentí atacado y herido y quise causarte el mismo dolor que yo sentía. Porque te vi llorar por él y creí que… que yo jamás podría competir con Azrael a tus ojos. ¿No lo entiendes? Estábamos en el mejor momento, los dos en paz, en armonía, construyendo un futuro… Lo vi todo tambalearse cuando te llegó la noticia de que él estaba malherido. Ibas a dejarme para ir a su lado, me rompiste y quise romperte. Esa es la verdad.

Lydia apretó los labios.

—¿Y esa fue tu solución al problema? ¿Destrozarme porque te sentiste atacado?

—Fue mi cobardía —repuso Simon—. Y mi crueldad. —Le sostuvo la mirada—. No voy a pedirte que lo entiendas. Solo voy a decirte la verdad.

Lydia se echó hacia atrás en la silla, como si necesitara espacio para soportarlo.

—Te escucho.

Simon tragó saliva con fuerza una vez más.

—No te empujé al Serpentine porque me diera igual tu vida —dijo, y el tono le salió áspero de vergüenza—. Te empujé porque en mi cabeza vi la oportunidad de provocar una guerra entre los dos bandos de mis amigos. Una vez que Rafe supiera que Ewan tendría a Connie, podría buscar venganza contra Azrael. Nunca he visto más allá de mi odio hacia mi primo, porque estaba convencido de que el mundo se movía como yo lo decidía. —Se le quebró la voz apenas—. Hacer lo que hice fue una monstruosidad. Y cuando te vi salir del agua… cuando vi tu cara… comprendí que había cruzado una línea que no debí haber cruzado nunca. Me propuse vivir para resarcirte, pero todo se complicó cuando entró en juego Azrael. Lo preferías a él. Yo no tenía sentimientos románticos por ti, o tal vez sí, ya no lo sé, Lydia. No sé lo que sentía en realidad, me negué a llamarlo celos y lo enclaustré en torno a la protección. Y cada vez que le sonreías, cada vez que te mostrabas más amable con él que conmigo, me sumía en un infierno.

—Tú eras frío, Simon. Siempre lo has sido conmigo. Te relacionabas con más naturalidad con Constance, incluso con Cat, pero jamás conmigo. Azrael se presentó ante mí como un ángel caído, hermoso, peligroso, con una sonrisa en los labios todo el tiempo. Me hizo sentir hermosa, deseada. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Cómo iba a verte si desde el principio me observabas desde la distancia, haciéndome creer que sentías algo por mí, pero cuando te acercabas me tratabas con desdén? ¡Me convencí de que me amabas, aunque no me

soportabas y te despreciabas por amarme! Has sido siempre una contradicción para mí.

Simon bajó la mirada.

—Ni yo mismo sabía lo que eras para mí. Solo veía que lo preferías a él. Es cierto que me juré que te protegería porque no supe hacer otra cosa con mi culpa. Me juré que compensaría lo imperdonable con una lealtad constante. —Alzó la vista—. Y en algún momento te vi. Creo que fue en la fiesta donde Cat y Rafe se enamoraron, cuando te vi de verdad. Una mujer. Con tu voz, con tu terquedad, con esa manera tuya de mirarlo todo como si la vida fuera a cambiar si te empeñabas lo suficiente para lograrlo. Y yo… me negaba a pensar que pudiese sentir algo más por ti que aquella culpa. Me negaba a ser seducido por una mujer que siempre preferiría a mi primo —insistió.

Lydia frunció el ceño.

—Eso no es amor.

Simon asintió despacio.

—No. Yo lo llamé responsabilidad, lo llamé deber, lo llamé protección… porque el amor me parecía algo peligroso. Algo que me volvería débil. Algo que me quitaría el control.

Simon dio otro paso, más cerca, y se detuvo de nuevo. No se atrevía a tocarla por si ella salía

corriendo. Contenerse para no abrazarla era un suplicio.

—¿Y si no tenemos arreglo, Simon? ¿Y si…?

—Escúchame —la interrumpió—. Me casé contigo y entonces, en la casa de campo, supe que podía hacerte feliz. —Se le endureció la garganta—. Te vi caminar por esos pasillos como si de verdad fueran tuyos. Te vi reírte de mí cuando me ponía serio. Te vi leer en silencio en la salita de mañana y levantar la vista cuando yo entraba… y me di cuenta de que llevaba años viviendo como si el mundo fuera una sala vacía, Lydia. —Ella no apartó la mirada. Simon continuó, y la verdad le fue saliendo con una sencillez devastadora—: Tú llenaste esa sala. Sin pedir nada a cambio. —Se tocó el pecho con la mano —. Y cuando te marchaste… comprendí que no quería volver a esa soledad. No podía.

Lydia sintió que la esperanza le nacía de nuevo por dentro. No la dejó salir.

—¿Y eso es amor? —preguntó, con frialdad —. ¿El miedo a la soledad?

Simon negó con la cabeza.

—No. El miedo fue lo que me hizo correr. — Alzó la vista, y en sus ojos no hubo artificio—. El amor fue lo que me hizo entender por qué corría tras de ti. —Lydia se estremeció. Simon respiró hondo, como si fuese a saltar al vacío y le hizo la última confesión—: Te amo.

Su esposa no reaccionó como él esperaba. No se suavizó, ni sonrió ni se levantó para echarse a sus brazos. Las dos últimas palabras solo le hicieron abrir mucho los ojos. Se mantenía quieta, con la barbilla alta.

—¿Por qué debería creerte? Dices muchas cosas cuando estás enfadado. Y dices otras cuando te conviene. Y yo no pienso volver a confiar en ti otra vez solo porque hoy has decidido ser valiente.

Simon apretó los dientes. Por un instante pareció herido. Luego asintió, como si comprendiera que ella tenía derecho a esa defensa.

—Te amo —repitió—. Te amo pese a que me da un miedo terrible estar enamorado, porque sé que soy vulnerable. Te amo incluso cuando me vuelves loco. Te amo cuando te empeñas en desafiarme, cuando me miras como si pudieras atravesar mi alma, cuando te ríes de mí, cuando te enfadas. Te amo… incluso cuando pronuncias su nombre o te preocupas por él, porque eres una buena mujer y siempre te deberás a tus amigos.

Lydia sintió que el aire le faltaba.

—No lo uses —dijo, con un hilo de voz—. No uses a Azrael para demostrarme nada. No lo traigas a esta conversación en este punto. Esto es entre tú y yo. Lo que está en juego es nuestro matrimonio y de eso solo somos responsables tú y yo.

Simon bajó la mirada.

—Tienes razón. —Se obligó a seguir—: Te amo porque has conseguido que te vea y te aprecie en todo lo que vales. —Alzó la vista—. Mientras veníamos al trote hacia aquí, Ewan me dijo que él podía vivir sin Constance, pero que había elegido no hacerlo. Yo te he elegido, Lydia. Quiero que seas mi compañera. Mi igual. Quiero confiar en ti. Una vez me pediste lealtad y fidelidad. Te las daré sin concesiones, solo tienes que quedarte a mi lado para comprobar que cumpliré mi palabra.

Lydia notó que los ojos se le empañaban. Se negó a llorar.

—¿Y qué se supone que debo hacer ahora que has decidido ser sincero solo porque has comprobado que podía alejarme de ti, pese a que me lo prohibiste? —susurró—. Me has destrozado, Simon. Te di mi amor y tú lo pisoteaste sin compasión.

—No creía que pudieses amarme. Las mujeres son volubles.

—¿Quién te hizo daño, Simon? ¿Os peleasteis tu primo y tú por una mujer?

—No era una mujer común.

—¿Quién era ella?

—Fue mi madre, Lydia. Mi propia madre me dejó atrás. Pero no quiero hablar más del dolor, del

odio o del pasado. He decidido enterrar esa parte, así se lo he dicho a Azrael antes de venir a buscarte. No más disputas en las que él esté. Tú eres mi presente y mi futuro.

—¿Y si no puedo quererte, Simon? ¿Y si no logro olvidar cada una de las cosas que me dijiste? Me duele, me duele muchísimo el corazón.

Simon vaciló un segundo. Luego procedió a hablar con una honestidad que le dejaría la voz desnuda:

—Ewan me dijo lo del secuestro. Organizaste el secuestro de mi primo, Lydia. Tú me amas. Me amas de verdad. Me ha costado creerlo, pero sé que me amas. Te quedarás a mi lado y lucharás.

Lydia se quedó helada.

—¿Te lo dijo? —murmuró.

—Sí.

La vergüenza le subió al rostro como una bofetada.

—Entonces… —susurró—. Entonces ya lo sabes. Te obligué a salvarme sin pedirte permiso ni tener en consideración tu opinión, porque sabía que tu honorabilidad haría su papel. Tampoco soy tan buena como crees.

Simon asintió.

—Lo eres. Sé que vendiste tu collar. Sé que lo hiciste para que él no pudiera presentarse el día de la boda. Sé que lo hiciste para… —se le tensó la garganta—. Para poder casarte conmigo.

Lydia apretó los labios con fuerza.

—No lo digas como si fuese una declaración romántica —espetó—. Fue una atrocidad. Desesperación. Fue… fue miedo. No lo conviertas en un poema. Porque en caso de haber sabido que tú no me amabas como yo creía, jamás lo hubiese hecho. No sé dónde nos deja todo esto, Simon. Yo… no sé si podremos… —Se calló porque la sola idea de que no pudiesen superar el pasado le causaba verdadera angustia.

Simon tragó saliva con dificultad otra vez, y cuando habló lo hizo con una humildad que Lydia no había oído en él antes:

—Lo que hiciste es una demostración más de mi error. No lo preferías a él frente a mí. Lo que sucedió es que mi primo supo conquistarte con mayor facilidad que yo. Lo sentí aquella noche, cuando aquel capitán trató de tenderte una trampa y me abrazaste, cuando me recriminaste que no hubiese llegado antes para salvarte. Yo… Lydia, iba a confesarte que sentía algo muy fuerte por ti, pero luego… Luego todo se torció. Él te pidió matrimonio y me acobardé porque nunca he podido ganar frente a él. Ahora eres mi esposa, y yo… yo quiero ser el

hombre por el que quieras vivir. Quiero que nos amemos hasta el fin de nuestros días.

Lydia sintió que el pecho le palpitaba.

—¿Y cómo vas a lograr todo eso que pretendes? —preguntó.

Simon dejó escapar el aire despacio.

—Con hechos. —Se detuvo—. Con verdades. —Volvió a respirar—. Con paciencia, aunque me mate. Y con algo que me costará más que cualquier cosa.

Lydia lo miró con el ceño fruncido.

—¿Qué?

—Renunciar a dominarte incluso cuando compartamos intimidad. Renunciar a decidir por ti. Renunciar a protegerte como si fueras una excusa para mi conciencia. Estaré a tu lado, ni delante ni detrás de ti.

—Oh, Simon. Eres el hombre más complicado que he conocido jamás. ¿Crees que yo no me he enterado de que también ordenaste el secuestro de tu primo? Cada vez que pienso en cómo me tuve que arrastrar en la iglesia… Tu orgullo es tu mayor defecto. ¿Qué pasará la próxima vez que sientas la necesidad de atacarme para defenderte de lo que consideres que hago para herirte? Quiero creer en tus palabras, en tu buena voluntad. Sé muy bien

lo que ha debido costarte salir de casa para venir a buscarme, pero ¿y si no basta con eso? Me siento insegura. No quiero sufrir.

Simon dio un paso más. Esta vez se acercó lo suficiente como para que ella sintiera el calor de su presencia, pero no la tocó. No se lo permitió.

—No he sabido amar a nadie —dijo—. Crecí creyendo que el amor era algo que te dejaba con las manos vacías. —Se le endureció la voz—. Así que aprendí a ser correcto, a ser frío y útil. A contar solo conmigo. Y luego llegaste tú y lo arruinaste todo.

Lydia soltó una exhalación, casi un resoplido.

—Vaya… ¡Qué discurso tan halagador! —ironizó.

Simon, por primera vez, dejó asomar un resquicio de humor.

—Ya sabes que no soy bueno con los cumplidos, pero soy honesto. —Lydia no sonrió, pero el comentario la ablandó. Simon continuó, más serio —: Lo arruinaste porque, sin querer, me mostraste que yo podía… descansar. —Se le quebró la voz—. Que podía volver a casa y no sentir que todo era una guerra. —Alzó la vista—. Contigo, Lydia, yo dejé de estar vigilando el mundo. Dejé de pensar en cada maldito segundo en mi primo. Y eso… eso es lo más parecido a la paz que he conocido. Tú me has traído

alegría, felicidad y paz. Iría tras de ti hasta el fin del mundo.

Lydia notó que el orgullo le temblaba, porque esa última frase sí la tocó.

—¿Y qué quieres de mí, Simon?

Él la miró como si la pregunta le doliera y le diera vida a la vez.

—Quiero la oportunidad de ganarme tu perdón —dijo—. No será hoy; lo entiendo. Ni lo obtendré en una noche o con una frase bonita. Quiero el tiempo que haga falta para demostrarte que no soy el hombre que te empujó al Serpentine ni el hombre que te ha destrozado con palabras en su despacho. Tú me haces mejor.

—¿Y si mañana te despiertas y te arrepientes de haberme dicho que me amas?

Simon negó con la cabeza.

—Ah, Lydia, eso es imposible, porque a riesgo de que te enfades más conmigo, debo decirte que lo he intentado todo para no amarte. Y he fracasado estrepitosamente en el intento.

La frase le arrancó a Lydia un temblor en la garganta. Aun así, lo miró como una jueza implacable.

—No voy a prometerte nada —dijo.

Simon asintió.

—No te lo estoy pidiendo.

—No voy a volver contigo para que me protejas de la vida.

—No quiero protegerte de la vida —repuso él, con firmeza—. Quiero vivirla contigo. Seremos felices, porque tú me enseñarás a serlo. Nuestros hijos nos harán dichosos. Una familia, querida mía. Seremos una familia feliz.

Lydia sintió que los ojos le ardían.

—Creo que podría estar encinta —soltó de golpe.

Simon se quedó inmóvil. Fue como si el mundo se hubiera detenido un segundo para obligarlo a entender.

—¿Qué? —susurró.

Lydia afirmó con la cabeza.

—No lo sé con certeza. Solo… —tragó saliva —. Solo sé que desde la boda no he tenido ninguna indisposición.

Simon respiró hondo. Sus ojos se humedecieron, pero no derramó ni una lágrima. En él, la emoción se quedó clavada pero resultó silenciosa.

—Si lo estás… —empezó, y se detuvo, como si temiera romper algo—. Si lo estás, Lydia, te juro que…

—Los juramentos no han funcionado para ninguno de los dos —lo cortó, feroz.

Simon asintió despacio.

—Tienes razón —dijo—. Sin juramentos. Habrá hechos y serás… —La voz se le quebró—. Serás mi vida. Y nuestro hijo será la extensión de nuestro amor. —Simon dio un paso atrás. Y entonces, sin teatralidad ni orgullo, se arrodilló. Fue un gesto de rendición. Luego siguió hablando—: Quédate conmigo. Me ganaré tu perdón. He pedido muchas cosas en mi vida. He exigido, he ordenado, he comprado silencios… —Alzó la vista hacia ella—. Pero pedir perdón de verdad, es la primera vez que lo hago y solo puedo hacerlo así. Es la primera vez que lo hago —reiteró— y será la última, porque no voy a causarte más dolor. Habrá solo amor.

Lydia se puso de pie mientras él seguía de rodillas. Bajó la vista. Entonces se inclinó y le tocó el pómulo amoratado con la punta de los dedos, con una caricia muy suave.

—¿Te duele?

Simon respiró hondo.

—Menos que imaginarme tu ausencia.

Lady Trowbridge soltó una exhalación que pudo haber sido una pequeña risa o un sollozo reprimido.

—¿Ha sido Ewan?

—Ha sido porque me lo merecía.

Lydia lo estaba mirando con mucha atención. Entonces, con una decisión firme, le ofreció una mano para luego decirle:

—Levántate, Simon.

Él aceptó la ayuda agradecido. Cuando se puso en pie, Lydia lo sostuvo por las solapas de la chaqueta, no para apoyarse, sino para que no se atreviera a creer que aquello iba a ser fácil. Él le colocó las manos en la cintura. Su vizcondesa no protestó, al igual que él.

—Te vas a ganar mi perdón —dijo ella—. Día a día. Frase a frase. Acción a acción. Me harás feliz. Jamás me negarás tu amor. Nunca volverás a decir que este matrimonio, que ambos tramamos tan bien para que se convirtiese en una realidad, fue un error.

Simon cerró los ojos un instante y al fin se permitió respirar con naturalidad. Cuando los abrió le sonrió tímidamente.

—Lo haré, Lydia.

—Y vas a aprender a decirme la verdad sin herirme.

—Lo intentaré —susurró.

—No. —Lydia apretó un poco más la tela—. No lo intentarás. Lo harás.

Simon abrió los ojos. La miró con una devoción que no admitía réplica.

—Lo haré. ¿Sabes que eres más tirana que yo mismo? —trató de bromear.

—Sí, Simon, y pronto descubrirás todas las ideas que he tenido para compartir el lecho. Porque, oh, sí, vas a ser un corderito durante mucho tiempo y aprenderás a ceder el control.

Él se permitió el placer de sonreír. Una sonrisa que le llegó a los ojos.

—Déjame adivinar, ¿tú serás una loba?

—Puedes apostar tu orgullo a que así será, amor mío.

—Repítelo, querida mía. Repite ese apelativo que tanto me alegra el corazón, porque al fin soy consciente de que lo dices con auténtica sinceridad.

—Lo eres, eres mi amor, aunque hayas sido un patán, Simon. Y fui a Londres solo porque

necesitaba averiguar si tu primo estaba herido a causa de los hombres que contraté. Tramar aquello fue un calvario y confesarlo al fin me hizo libre. ¿Es ahora cuando vas a besarme para sellar esta nueva paz, amor mío?

—Sí, querida mía. Es ahora cuando tu fiel vasallo te mostrará cuánto te quiere.

Y la besó. No fue un beso complaciente. Fue un beso increíble por lo extraño que resultaba. Un beso exigente pero a la vez tierno. Un beso que auguraba una noche de lo más carnal y satisfactoria. No había nada mejor para sellar una reconciliación que compartir la cama tras haber aclarado las cosas. De hecho, Ewan y Constance bien lo sabían.

Cuando Simon y Lydia se separaron, él apoyó la frente en la de ella.

—Te amo —susurró, con una voz tan baja que parecía una confesión a Dios—. Y me pasaré el resto de mi vida demostrándotelo.

—Te amo, Simon. Y también me pasaré el resto de mi vida demostrándotelo. Ahora es cuando me coges en brazos y te indico dónde está mi habitación.

—Te confieso que me preocupaba cómo íbamos a pasar la noche. Creo que Ewan y Constance deben… deben estar haciendo las paces también. ¿Le costará mucho a Connie perdonarme por lo del Serpentine, Lydia?

—En cuanto le diga que vuelvo a ser feliz, lo olvidará. Nunca más lo mencionaremos, Simon. Y te complacerá saber que Constance, la muy bribona, ya sabía que Ewan y tú llegaríais tarde o temprano, porque reservó dos habitaciones después de alegar que yo necesitaba tener mi propio espacio.

—Entonces… ¿me permitirás hacerte el amor? —preguntó con algo de timidez.

—Oh, no, Simon. Hoy haremos el amor los dos juntos.

Y él no se opuso. La alzó en brazos y encontró con facilidad la alcoba donde un esposo y su mujer aprendieron a escucharse mientras compartían su cuerpo y volvían a ligar sus almas.

¿Qué más placentero podía haber que un matrimonio que dejaba atrás el pasado para centrarse en el futuro?

Epílogo

Una misiva esperada

Meses después, castillo de Dunrath, Escocia.

La nieve no había cuajado aquel día, aunque el cielo escocés se empeñaba en fingir que sí. Había una luz blanquecina pegada a los cristales, un viento que se colaba por cualquier rendija con el descaro de un invitado mal educado y un olor constante a leña que, en el fondo, conseguía que todo pareciera más agradable.

Hacía un par de meses, Lydia y Simon habían decidido visitar el castillo de Dunrath para que ella tuviese el apoyo de las tres mujeres más importantes de su vida en un momento fundamental.

Lady Trowbridge estaba sentada cerca del fuego, con una manta sobre las piernas y una taza de leche tibia que Constance había decretado que era imprescindible para fortalecerse. Connie no era la

única que se preocupaba por ella. La abuela Morna no dejaba de darle tisanas para la angustia y Catriona insistía en que Simon debía darle friegas en los pies cada noche. Le resultaba un poco humillante que el mundo entero la tratase como un objeto frágil cuando, en realidad, se sentía capaz de matar a un hombre con solo una mirada si este le diese un motivo adecuado.

Aunque era cierto que, en esos instantes, se sentía pesada, la espalda le dolía y llevaba dentro una criatura que parecía haber decidido aprender a bailar justo debajo de sus costillas.

Se llevó una mano al vientre, y susurró unas palabras para ver si el bebé se calmaba. Había noches en las que el sueño se le escapaba por puro cansancio y otras en las que no dormía por miedo a pensar demasiado en el parto. Las dos cosas habían terminado por mezclarse hasta dejarla… rara. Vulnerable en la superficie y feroz por dentro.

La puerta se abrió. Simon entró con el cabello ligeramente húmedo y un gesto que advertía que tenía varias cosas en la cabeza, todas urgentes. Sin embargo, ya no tenía aquella rigidez propia de una estatua que la había intimidado tanto en el pasado. Seguía siendo Simon, desde luego. Aún era capaz de mirar una habitación como si fuera suya, pero había aprendido a ser más flexible.

Se acercó al fuego y dejó los guantes sobre una silla antes de arrodillarse junto a ella. No lo hizo por dramatismo, más bien porque era el único modo

de quedar a su altura sin que Lydia tuviese que inclinarse.

—¿Cómo te encuentras hoy, querida mía? Morna me ha recordado que además de la leche que te ha preparado Connie, tienes que tomarte la infusión de hierbas, y Cat me ha dicho que me dará de comer a las ovejas si no te froto, además de los pies, la espalda —le comentó con cierto humor.

—Pues Cat ya te ha puesto al corriente de lo que me duele hoy. Esta noche te ordenaré que me alivies la espalda. Te permitiré olvidarte de los pies, porque es más urgente lo otro.

—Lo haré. Todo lo que pidas… Uhm… ¿Sabes, Lydia? Cuando me dijiste que tenías ideas para el lecho, no pensé que me darías ese tipo de utilidad.

Su vizcondesa lo miró de reojo, con una mezcla de gratitud y cansancio.

—Ay, Simon, tú metiste dentro de mi cuerpo un bebé, precioso, sí, pero parece saber demasiado bien el poder que tienen sus piernas. Es un guerrero, no hay duda.

Simon alzó una ceja.

—Me siento ensalzado por la proeza que me atribuyes. Recuerdo bien lo mucho que te gusta que te siga ordenando ponerte de rodillas…

—Detente —murmuró ella—. Eres un ser malvado, cada vez que te tengo cerca me tientas.

—Cada vez que te tengo cerca y estamos solos, puedo darte mucho placer. ¿Quieres que hagamos una pequeña siesta, Lydia? —preguntó con aire juguetón.

—No, hoy no estoy de humor.

—Ni ayer tampoco… —susurró.

—¿Has dicho algo?

—Que te amo muchísimo —improvisó él.

—Mentiroso —lo acusó ella—. Sé que me estoy comportando como una arpía, pero no puedo evitarlo, Simon. Dios sabe que he puesto a prueba tu paciencia muchas veces con mis constantes cambios de humor. ¿Quién iba a pensar que llevar a un hijo en el vientre sería tan… tan…? Me duele todo, todo el día —se quejó.

—Lo sé, querida mía. Y si piensas que me iré lejos solo porque no podamos tener tanta intimidad como antes…

—Oh, no, Simon. No es solo porque la mayoría de las veces me sienta como una gran ballena blanca y me dé vergüenza que me…

—¿No quieres hacer el amor conmigo porque crees que no te encuentro hermosa, Lydia? —

Eso era nuevo.

—Un poco, pero no me refería a mi falta de… de apetito porque mi cuerpo ha cambiado mucho; es más porque en un solo día puedo odiarte tanto como amarte sin descanso. ¿Por qué me ocurre esto? Esta mañana le ladré a Ewan solo porque me trajo un vaso de agua demasiado grande. Y ayer mandé al infierno a Rafe porque me molestaba el tono de su voz. Todos acabaréis odiándome —se lamentó.

—La abuela Morna dice que es del todo normal que te sientas muy diferente. Hay embarazos que son un poco más delicados. Nadie te juzga, Lydia. Todos te queremos y vamos a hacer lo posible para que te sientas cómoda, especialmente yo.

—Estoy tan cansada, tan dolorida… —admitió.

Simon le sonrió.

—Cuando conozcas a nuestro bebé, estoy seguro de que sentirás que todo ha valido la pena.

—Tengo miedo. Recuerdo los gritos de Connie. Ella es mucho más fuerte que yo y pensé que se moriría. Y Cat también sufrió mucho.

—No, Lydia. Tú eres la mujer más increíble que he conocido nunca. Me has liberado de mis demonios, de todos ellos, no hay nada que no seas capaz de hacer o soportar. La abuela Morna dice que

el destino te tratará bien, a cambio de un embarazo difícil, te traerá un parto sencillo. Confía en ella. Yo tengo fe en sus palabras.

—Gracias, Simon —murmuró—. Nunca me imaginé que fueses tan formidable infundiendo ánimos. Me tranquilizas tanto…

—Pretendo seguir siendo un buen esposo. Tengo mucho que aprender.

—Lo haces muy bien. La que es una esposa nefasta soy yo. Te resarciré de todo el malhumor que estás soportando por mis dolores constantes y mi malestar, te lo prometo.

—No tienes que hacer nada, Lydia. Iremos adaptándonos a las circunstancias y lucharemos siempre juntos.

Simon se alzó un poco y le dio un beso ligero en los labios.

—¿Amor mío?

—¿Sí, Lydia?

—Tal vez sí que quiera dormir una pequeña siesta.

—Entonces eso haremos. —Ambos sabían que se referían a otra cosa más placentera.

—¿De verdad me encuentras hermosa?

—Me arruinaste para el resto de las mujeres, Lydia. Tengo una idea. Me gustaría mucho que hoy te desnudases por completo y te pusieras únicamente el collar de diamantes que logré que recuperases. Y las medias. —Ella sonrió.

—Sabía que hacer eso una vez sería una gran equivocación. Lo vi en tus ojos aquel día. ¿Por qué te gusta tanto el collar de mi madre?

—¿No lo sabes todavía?

—Dímelo.

—Porque además de que te hacía ver como una princesa prusiana en un baile y una cortesana exquisita en la alcoba, siempre me recordará que te libraste de mi primo para poder cazarme.

—¡Oh, serás engreído! ¿Vas a sacar a colación también que le diste su merecido a aquel estúpido conde porque intuiste que me hizo una proposición deshonesta?

—¿Eso ayudaría a que *durmiésemos* —arrastró la palabra al tiempo que le guiñaba un ojo— una larga siesta?

—¡Simon, eres incorregible!

Ambos se rieron. Las risas formaban parte de su matrimonio al fin. Hubo un silencio corto en el que se miraban con devoción el uno al otro, interrumpido tan solo por el crepitar de la leña. Un

movimiento en el umbral de la puerta captó la atención de Lydia. Era un lacayo que portaba una bandeja y una carta.

—Milord —anunció el hombre, solemne—, ha llegado esto para *lady* Trowbridge.

Lydia sintió un vuelco antes incluso de ver el sello. El papel venía maltratado por el viaje. El lacre no llevaba blasón, sino una marca sencilla. Simon lo vio al mismo tiempo que ella y la tensión que cruzó su rostro fue tan rápida que Lydia habría jurado que solo se lo imaginó.

Lady Trowbridge pasó el dedo por el borde del sobre.

—Viene de muy lejos —murmuró la vizcondesa mientras cogía la misiva.

El lacayo se fue y Simon se puso en pie. La miró desde la altura.

—África… Mi primo ha encontrado un modo de fastidiarme incluso desde el otro extremo del mundo. Hay que reconocerle la constancia, pero no me importa demasiado. Prometí que no me afectaría y lo cumpliré.

Lydia lo miró con suspicacia. Simon le sostuvo la mirada. Ya no apartaba la vista cuando la verdad le incomodaba.

—¿Algún día me contarás qué sucedió entre vosotros?

—No es una historia agradable, pero algún día tal vez te la desvele. Hoy no, Lydia.

—¿Quieres que la abra? —preguntó, como si le importara poco.

—Quiero que hagas lo que quieras. —Luego añadió, con una honestidad áspera—: Si la abres, me gustaría estar aquí.

Lydia lo estudió un instante. Había algo en esa petición que no era control. Era una vulnerabilidad que, en Simon, todavía parecía una herejía.

Rompió el lacre con la uña.

El papel crujió al desplegarse. La tinta era negra, el trazo firme y tan arrogante como quien la había escrito.

Lydia comenzó a leer.

Mi querida lady *Trowbridge, es extraño escribirte desde un lugar donde el sol no le ofrece algo de cortesía a un pobre londinense poco acostumbrado a tolerarlo, y donde el viento llega cargado de polvo en vez de lluvia. Aquí el mundo no se disfraza de elegancia. Si algo sangra, se ve. Si algo muere, no hay salón donde esconderlo.*

He visto cosas que harían palidecer a mis compañeros del club. También he visto hombres que, aun así, se levantan al día siguiente y siguen luchando. Supongo que eso es lo más cercano a la redención que se permite en este rincón de la Tierra.

No te escribo para pedirte nada. Sería una falta imperdonable y ya he cometido suficientes atrocidades contra ti. Te escribo para informarte, con la misma franqueza con la que tú solías mirarme cuando yo era demasiado orgulloso para merecerla, de que sigo vivo.

Tu marido pensará que lo hago para irritarlo. No negaré que me entretiene. Sin embargo, no es la única razón.

Nunca he sido un hombre fácil, Lydia. Lo sabes. Siempre he preferido el odio frente a otro sentimiento. Pero ese camino también cansa, y el calor no quema solo la piel. A veces quema lo que uno finge no tener.

Ewan, en su última carta, me dijo que estabas en estado de buena esperanza. No sé si ese es el modo correcto de calificarlo cuando Simon es el padre de tu bebé. Me alegro por ti. O, al menos, me alegra tanto como puede alegrarse alguien como yo sin sentirse ridículo.

Si alguna vez te dije algo que te hiciera sentir pequeña, considéralo retirado. Nunca fuiste pequeña. Solo estabas rodeada por dos hombres que necesitaban una batalla para sentirse grandes. He tenido que marcharme de casa para saber la poca

importancia que le di a cuestiones como la lealtad. Te alegrará saber que tengo a mi lado a un buen amigo que ha jurado protegerme tanto como yo a él. Por fin estoy haciendo algo bueno con mi rabia y mi odio. No te preocupes por mí. Si no logro sobrevivir, al menos sabré que hice algo, por una vez en mi vida, que fue lo correcto.

Cuídate mucho y no permitas que Simon tenga una existencia apacible. Castígalo en mi nombre cada vez que te plazca. Te pido esto, aunque sé que no lo harás. Eres una mujer que le entregaría el corazón sin reservas al hombre adecuado, y pese a que nunca lo entenderé, elegiste a mi primo. Sé feliz por mí también.

Tu querido amigo, Benedict.

Lydia bajó la carta despacio. Sentía un nudo en el pecho. Tanto Ewan como Rafe le pidieron encarecidamente a Azrael que no se marchase a la guerra. Simon no quiso intervenir y Lydia lo entendió. El primo de su esposo no les hizo caso a ninguno de los dos. Decidió irse porque dijo que tenía que hacer algo decente con su vida.

—¿Vas a decir algo? —le preguntó a su esposo con suavidad, pues sabía que había estado leyendo el texto mientras ella también lo hacía.

Simon afirmó con la cabeza.

—No le deseo mal. Durante muchos años quise que pagase por todo el dolor que había

sembrado y… —Suspiró—. No te aburriré con los detalles más escabrosos. Lo importante es que mi mundo cambió cuando llegaste a mí y me gustaría que él encontrase también esa paz. Yo mismo no supe que la necesitaba hasta que la conocí.

—Eres un buen hombre, Simon.

—No lo fui durante mucho tiempo. Ahora tengo motivos para serlo. —El vizconde se acercó a Lydia, le besó la frente y colocó la mano con suavidad en su vientre. El bebé pareció responder con una patada lenta, como si quisiera participar en la conversación. Lydia apretó los labios, entre molesta y emocionada.

—Me gusta que seas tierno también. No eres como te imaginé cuando te conocí.

—¿Qué pensaste?

—Que eras tremendamente aburrido y correcto.

—Lo soy —expuso él.

—Ah, amor mío, no lo eres donde no tienes que serlo. —Eso era en el lecho y él lo entendió—. Cuando decidí que serías mi esposo, creí que tendríamos un matrimonio sensato, sin pasión ni emoción alguna.

Simon le sonrió.

—No olvides que yo también había decidido convertirte en mi esposa.

—Creamos un buen embrollo los tres; Ewan, tú y yo cuando decidimos quitar de en medio durante unos días a tu primo. Me sentiré culpable el resto de mi vida. Cuando llegué a Londres y lo vi tendido en una cama tan frágil… Oh, Simon, no me malinterpretes, no estoy enamorada de él, pero sufro por él. No quiero que nada malo le suceda.

—Lo sé, Lydia. No temas por lo que yo pueda sentir. He aprendido a distinguir lo que duele de lo que es una amenaza. —Simon le sostuvo la mirada—. Y tu compasión nunca me ha amenazado. Me ha recordado por qué te amo.

Lydia notó cómo se le aflojaba algo en el pecho. Eran un verdadero matrimonio. Ya no había ninguna guerra entre ellos dos, solo cicatrices que, por fin, habían dejado de sangrar.

—Me entristece pensar en él allí… —confesó en voz baja—. No por lo que fue para mí, sino por lo que es para sí mismo. Por esa manera que ha tenido de huir hacia lo que sé que será un auténtico infierno.

Simon asintió con serenidad.

—También me entristece. Y jamás pensé que diría algo así. —Rozó la carta con la yema de los dedos, sin cogerla—. Te ha escrito para fastidiarme, sí, pero presiento que en esa carta había más

remordimiento que veneno. Tú le importabas, y jamás pensé que él pudiese llegar a apreciar a alguien, además de a Rafe y tolerar a Ewan. Esas letras contienen lo más humano que Azrael ha dicho en su vida.

Lydia dejó escapar un suspiro.

—Ewan dice que allí, en la colonia del Cabo, uno aprende a valorar la lealtad porque todo lo demás es polvo. Me gusta que haya encontrado a un amigo en quien apoyarse.

—Conociéndolo como lo hago, confío en que no lo lleve por el mal camino. Ojalá encuentre lo que ha ido a buscar tan lejos. Tuviste razón, Lydia. Mi primo y yo estamos rotos. Bueno, yo quiero pensar que ya no lo estoy tanto. Me voy recomponiendo. Tengo dos poderosos motivos para no flaquear. Tú y mi hijo sois lo primero para mí.

Lydia le acarició la mejilla con un gesto lento, casi maternal.

—No hablemos más de las penas, amor mío. Solo quiero… descanso.

Simon cerró los ojos un instante, y el alivio le cruzó el rostro como una bendición.

—Entonces descansaremos —dijo, y la besó de nuevo en la frente—. Te lo debo.

—No —lo corrigió ella con suavidad—. No me debes nada.

Simon la miró con todo el amor reflejado en sus ojos.

—No, no te lo debo —susurró—. Te elegí, al igual que tú me elegiste a mí, Lydia. Te confieso que cuando me casé contigo no sabía si algún día llegaría a saber si me amarías de verdad. La sombra de mi primo era muy alargada. Te dije que te quería a mi lado para hacer contactos, jamás me imaginé que serías tan efectiva. Hargreaves, sir Augustus Meyer y Redmayne siguen absolutamente deslumbrados contigo. Aunque también los dejó impresionados el duque de Wynthorpe. Cuando conocieron a tu hermano pensé que se desmayarían. Lo trataron como si fuese el mismo rey. Por cierto, los negocios siguen viento en popa. Tu hermano tiene olfato, no creía que la alta aristocracia poseyera cierto instinto.

—Henry es un estirado, pero demasiado competitivo. Basta con que haya escuchado lo formidable que eres para que desee superarte. Puedes confiar en que tus negocios estén en buenas manos con él. Querrá superarte.

—Que lo haga. No me importa. Uhm… ¿Qué vas a hacer con mi primo? ¿Vas a contestarle?

La vizcondesa dobló la carta de Benedict con cuidado y la guardó en el sobre sin prisa. Estaba colocando un recuerdo en una caja para cerrarla sin rencor.

—No. No voy a contestarle —dijo.

Simon arqueó una ceja, más divertido que tranquilo.

—¿No vas a castigarlo con tu elocuencia? Me sorprendes.

Lydia sonrió.

—Necesita estar centrado en lo que allí acontece. No quiero que piense ni en ti ni en mí. Si regresa a casa… No. Cuando regrese a casa —se enmendó—, me gustaría que… No sé ni lo que digo. No te obligaré a llevarte bien con él, pero me alegraré de saber que está bien cuando vuelva. ¿Te parece bien?

Simon soltó una exhalación.

—Eso suena peligrosamente sensato. Me parecerá bien —le confirmó.

Lydia le tendió una mano.

—Entonces llévame a la cama, amor mío, antes de que alguien irrumpa con otra carta o una recomendación para mi malhumor o mi salud.

Simon la ayudó a levantarse con delicadeza. La manta se deslizó, el fuego siguió crepitando, y la habitación se quedó atrás. Subieron despacio, con esa lentitud inevitable de los días avanzados de embarazo. Simon no se impacientó ni un poco. La

sostenía por la cintura, le besaba la sien cuando ella se detenía a respirar, y en cada gesto se adivinaba una idea muy sencilla que venía a demostrarle a Lydia que siempre la cuidaría.

En los aposentos que compartían en el castillo, la calidez los envolvió. Habían dejado una lámpara baja y el fuego encendido. Simon le quitó las horquillas con cuidado, una a una, hasta que el cabello le cayó sobre los hombros. Luego procedió a desvestirla. Lydia se dejó hacer, rendida, sin miedo a parecer poco bonita. Simon la contempló con gran deleite y ella se dejó admirar.

—Eres preciosa —susurró.

—No me mientas —murmuró ella, pero sin dureza.

Simon sonrió contra su cuello y le dio un beso ahí.

—No miento. Eres lo más bonito que jamás tendré, amor mío. Mi tesoro, una gran obra de arte. ¿Cómo podías pensar que no te encontraba hermosa, Lydia? Con una sola mirada me haces temblar. A mí, un hombre que se jacta de dominarlo todo, y me haces sentir como un colegial cada vez que te miro.

Lydia se rio por lo bajo. Simon la sentó en el borde de la cama y le frotó la espalda con muchísima delicadeza. El alivio le sacó un suspiro que no pudo contener. Él la besó donde el dolor se iba extinguiendo y le fue retirando tensión.

—Simon… —murmuró ella, con los ojos entrecerrados.

—Dime.

—Me gusta muchísimo lo tierno que eres.

—Eso me has dicho antes —le recordó.

—Lo sé, pero ahora que me consideras fuerte, lo seré más todavía; así que no tienes que tratarme como si me fuese a romper.

Él se detuvo lo justo para mirarla.

—No lo hacía. —Le besó la palma de la mano—. Te estoy tratando como si fueras lo más valioso que he tenido nunca. Y eso… eso no se toca deprisa.

Lydia le rodeó el cuello y lo atrajo hacia sí. Lo besó con calma, sin urgencia, con una dulzura extrema. Simon respondió con la misma ternura.

Se recostaron despacio, buscando la postura que la dejara cómoda. Simon la sostenía con el cuidado de un hombre que ya no se imponía, sino que había aprendido a compartir el lecho sin exigirlo todo de su esposa. Lydia le acarició el rostro, la nuca y los labios. En el silencio de la alcoba, entre la lluvia tenue contra los cristales y el fuego, se amaron con una intimidad tranquila, sin sombras, ni prisas ni autoritarismos. Habían aprendido a amarse de todas las maneras posibles, desde la más paciente hasta la

más urgente, aunque desde que ella estaba encinta, Simon se comportaba como un caballero en el lecho.

Cuando terminaron de hacer el amor, Lydia se quedó acurrucada contra el pecho de él, con la mano masculina sobre su vientre y la respiración de ambos acompasada.

—¿Lo sientes? —susurró ella.

El bebé se había movido; fue como si reclamara su lugar.

Simon dejó escapar una risa baja llena de emoción.

—Sí. Está aquí y nos pide nuestra atención.

—Soy tremendamente feliz, Simon. Nos amaremos siempre.

Su esposo la besó en la coronilla.

—Siempre —prometió.

Lydia y Simon habían encontrado lo que tanto habían buscado: paz y amor. Y eso era lo que ella deseaba, en silencio, para Benedict.

¿Qué le depararía el destino al último de esos cuatro amigos tan diferentes?

Fin.

No te pierdas la **siguiente** historia

«No perdonarás a un traidor»

Link: https://mybook.to/JWpvBcz



Un guerrero renacido de sus propias cenizas.

Una luchadora incansable con memoria de acero.

Una última historia de segundas oportunidades en la que dos corazones rotos tendrán que aprender a perdonar el pasado.

Benedict Beresford, más conocido como Azrael, se ve como el villano en la trágica historia de su vida; incluso él mismo ha sido siempre su peor enemigo. Marcado por el odio y sumido en la venganza, decidió marcharse lejos de casa para poder volcar su furia en un propósito más heroico, como combatir en la guerra. Cuando una herida en el hombro le impide seguir luchando, lo considera una señal para regresar a Londres, y lo hace con la promesa de ocuparse de la hermana de un fiel amigo que lo acompañó en el frente.

Para **lady Imogen Mansfield**, la pérdida de su mayor protector es mucho más dolorosa de lo que pueda parecer. No solo porque amó a su hermano con toda su alma, sino porque el destino de su hogar —el de su tía, el de una prima y el suyo propio— corre un serio peligro. Aceptar la ayuda de un bárbaro que exhibe una nueva fachada honorable sería su ruina y ella lo sabe. Prefiere librar sus batallas antes que depender de un traidor absoluto al que no piensa perdonar.

Viejas heridas, nuevas esperanzas y una pareja de lo más improbable cierran la serie *Las Normas de la Regencia*.

Aclaración sobre la historia

Mi queridísima bella y fiel lectora:

Esta historia nació con la intención de contar un romance que no fuese sencillo, sino muy humano. Un amor que se construyera con bastantes tropiezos, con decisiones equivocadas, con muchísimo orgullo, con miedo y también con ternura. No quería una relación de pareja que se ensuciase demasiado, pero sí con un poco de drama y que se resolviera con una conversación honesta después de un gesto sincero, como es el de Simon saliendo tras los pasos de su mujer. El personaje de Lydia es sencillo. Una mujer en esta época poco tenía que decir, pero como me la llevé a vivir un tiempo con esos fascinantes escoceses, consideré factible que tuviese un carácter menos templado que el de una auténtica dama inglesa.

Mientras, Simon es muchísimo más complejo. Sé bien que no se ha desvelado del todo lo que sucedió entre él y su primo. Eso corresponde a la historia de Azrael.

Centrémonos un poco más en Lydia y Simon. Ella necesitaba superar su culpa por haber secuestrado a Azrael para recuperar su voz y su criterio; necesitaba equivocarse, perderse y volver a elegirse a sí misma antes de poder elegir a nadie con libertad. Simon, por su parte, debía aprender lo más difícil para un hombre como él: amar sin imponerse ni dominar, sin creer que la protección le daba derecho a decidir por otra persona. Su viaje no consistía en ser salvado por Lydia, sino en encontrar el amor y olvidar el pasado para poder seguir viviendo en paz.

También he pretendido que el pasado no desapareciera como si nunca hubiese existido. Por eso Azrael permanece bastante presente en toda la trama, no como un simple obstáculo, sino como lo que a veces son los primeros amores, es decir, un eco que tienta, que hiere y que confunde incluso cuando ya no está.

He querido, además, que el dolor que ambos sienten cuando se pelean no se tratara como algo banal, sino como una consecuencia de toda la situación que acaba explotando.

También quiero hacer un inciso sobre el secuestro de Azrael. Pensé que sería un embrollo interesante que tres personas tramasen lo mismo. Ahora bien, me gustaría enfatizar que solo pensaron en retenerlo durante un pequeño espacio de tiempo y que todos, Simon incluido, pensaron en la máxima comodidad de este pícaro impenitente.

Si al llegar al final de la historia has sentido rabia, pena, deseo, o esa clase de satisfacción que se

queda una vez leída la última palabra, entonces la novela ha cumplido su propósito. Gracias por leerla con el corazón, por comprender a Lydia cuando se rompe y por acompañar a Simon mientras aprende a ser digno de lo que siempre tuvo delante.

Llegados a este punto, solo queda recordarte, de nuevo, y no me canso de decírtelo, que te amo mucho, mucho, muchísimo. Así que, por favor, y con mucha humildad, te pido que me sigas en mi próximo proyecto.

Y ahora, por otro lado, quería recordarte que es muy importante para las escritoras que dejes una valoración, y si es con una pequeña reseña, sería fantástico. En fin, mil gracias por seguirme y apoyar mi locura *escritoril*.

Dejo de escribir esta noche para ponerme mañana a primera hora con más. Sé que me repito hasta la saciedad, pero es que así de contenta me tienes, escribiendo como una esclava para ti, porque te adoro.

Nos vemos en la próxima con Azrael y su dama.

Todos los títulos por orden

Os recuerdo que el resto de mis sagas son las siguientes, y que no es necesario leer mis libros en orden:

Serie Las normas de la Regencia (en producción)

1) No subestimarás a una solterona

2) No tentarás a un seductor

3) No arruinarás a una debutante

4) No perdonarás a un traidor

Serie Hermanos Taverham

1) Casarse con un conde

2) Ligada a un granuja

3) Pactar con el diablo

Serie Corazones Rotos

1) Seduciendo a un caballero

2) Corrompiendo a un lord

3) Sanando a un canalla

4) No quiero, lord Harding

5) Enamorando a un disoluto

Serie Reinas de Corazones:

1) A un suspiro de ti

2) A un beso de ti

3) A una caricia de ti

4) A un abrazo de ti

5) A un tormento de ti

Serie Disolutos sin Corazón:

1) Una esposa para el duque de York

2) Un buen partido para lady Evangeline

3) Una institutriz para el vizconde Portman

4) Una Navidad para los duques de York

5) Una prometida para el duque de Phenton

6) Una amante para un lord

7) Una dama para el conde de Snow

Serie Soldados en la Batalla del Amor:

1) Lady Briana y el coronel

2) Lady Angela y el conde

3) Lady Elisabeth y el capitán

4) Lady Olivia y el teniente

Saga Amor, Amistad y Deber (Reeditada):

1) Lady V. no quiere casarse (Es de editorial. No tengo los derechos todavía)

2) Lady Lena y el amor

3) El duque y la maldición

4) Lady Susan y el error

5) El conde y la equivocación

6) La duquesa y el acierto

7) El marqués y el deber

8) La marquesa y el destino

9) El rey y la perversión

Trilogía Hermanas Davenport:

1) Amberly, la esposa perfecta

2) Tiffany, la esposa esquiva

3) Emily, la esposa de conveniencia

Trilogía Ducado de Mildre:

1) Loren, la esposa sin título

2) Jonas, el marido que no podía volver a desposarse

3) Gabriel, el esposo que quería ser digno

Trilogía Institutrices:

1) Rosemary, una institutriz soñadora

2) Philomena, una institutriz desdichada

3) Marianne, una institutriz realista

4) El diablo pelirrojo quiere ser duquesa (larga y picante)

Las especiales Navidades de la condesa

Bilogía Acuerdos:

1) El acuerdo de un lord inadecuado

2) El desacuerdo de un lord reticente

Serie Inesperada (Junto con A. S. Lefebre):

1) Una pupila inesperada

2) Una prometida inesperada

3) Una candidata inesperada

4) Una pretendienta inesperada

Serie Destino (Viejo Oeste Americano):

1) Un esposo inconveniente

2) Un amor inconveniente

3) Un matrimonio inconveniente

Libros multiautor, independientes:

Entre el deber y la pasión

Una segunda oportunidad para amar

Cómo volver a confiar

Novela Contemporánea:

Club Inhibiciones (Romance erótico)

¿Serás un error, Pablo? (New adult)

Un beso muy grande y muchas gracias por vuestro apoyo. Sin vosotras no sería nada, no escribiría nada, no soñaría nada…

Os adoro, queridas y bellas damas.

Hasta pronto, liVertinas mías.

Sobre la autora

Verónica Mengual, nacida en 1981, es española, vecina de Dénia. Se licenció en Periodismo por la Universidad Cardenal Herrera-CEU de Elche. Compaginó su trabajo como periodista y fotógrafa en un semanario comarcal durante un tiempo, pero luego decidió dedicarse en cuerpo y alma a su faceta como escritora.

Descubrió su pasión por la lectura del género romántico de autoras de ficción histórica como Lisa Kleypas o Julia Quinn, sin olvidar a la más importante: Jane Austen.

Tras ser una lectora acérrima, decidió escribir aquello que le gustaría encontrar en este tipo de obras.

El romanticismo en general la enamora y el drama con final feliz la enloquece.

Síguela en Facebook: Verónica Mengual

Instagram: @veronica_mengual

Twitter: @VernicaMengual1